

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año VII - N° 14 - Marzo de 2019

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación.

Archivos es una publicación del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI) y del Proyecto Ubacyt “Historia del movimiento obrero y las izquierdas en la Argentina, 1880-1983: experiencias, identidades y culturas políticas”, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras (UBA-Conicet).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales), de **Relatt** (Red Latinoamericana del Trabajo y los Trabajadores), de **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina), de **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas) de la Universitat de Barcelona, y de **Biblat**, portal especializado en revistas científicas de la UNAM.

Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65 (C1020ADH) CABA - Argentina

Sitio web: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: CEHTI - RevistaArchivos • Twitter: [@ArchivosRevista](https://twitter.com/ArchivosRevista)

CEHTI: Sitio web: www.cehti.com.ar

Facebook: Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (UBA - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (UBA - Conicet) • **Hernán Díaz** (UBA)

Comité Editor

Cristian Aquino (UBA) • **Sabrina Asquini** (UBA - Conicet) •
Alejandro Belkin (UBA - Conicet) • **Hernán Camarero** (UBA - Conicet) •
Laura Caruso (Universidad Nacional de San Martín - Conicet) •
Natalia Casola (UBA - Conicet) • **Diego Ceruso** (UBA - Conicet) •
Hernán Díaz (UBA) • **Mercedes López Cantera** (UBA - Conicet) •
Martín Mangiantini (ISP Joaquín V. González - Conicet) •
Ezequiel Murmis (UBA) • **Antonio Oliva** (Universidad Nacional de
Rosario) • **Leandro Molinaro** (UBA) • **Lucas Poy** (UBA - Conicet) •
Alicia Rojo (UBA) • **Gabriela Scodeller** • (Universidad Nacional de
Cuyo - Conicet) • **Silvana Staltari** (Universidad Nacional de Tres de
Febrero - UBA) • **Paula Varela** (UBA - Conicet)

Consejo Asesor

• **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein**
(Ruhr-University Bochum. *The International Newsletter of Communist
Studies*, Alemania) • **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) •
Daniel James (Indiana University, Estados Unidos) • **Rossana Barragán**
(IISH, Amsterdam) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise,
Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura,
Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität
Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) •
Massimo Modonesi (Universidad Nacional Autónoma de México) •
Sergio Grez Toso (Universidad de Chile) • **Julio Pinto Vallejos**
(Universidad de Santiago de Chile) • **Sebastian Budgen** (*Historical
Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República,
Uruguay) • **Victor JEIFETS** (Universidad Estatal de San Petersburgo,
Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) •
Gilles Candar (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) •
Rolando Álvarez Vallejos (Universidad de Santiago Chile) •
Nicolás Iñigo Carrera (UBA-Conicet. PIMSA) • **Cristina Viano** (UNR)
• **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Victoria Basualdo** (Conicet, AEyT de
FLACSO) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) •
Silvia Simonassi (UNR) • **Gabriela Águila** (UNR - Conicet)

ISSN 2313-9749

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año VII - n° 14 - Marzo de 2019

Índice

Dossier:
**“Trabajadores y trabajadoras en el siglo XIX.
Relaciones laborales, experiencias intelectuales, trayectorias
de lucha y organización”**

Presentación del dossier <i>Gabriela Mitidieri y Lucas Poy</i>	7
¿Huelgas antes de los sindicatos? Notas para una historia larga de las luchas de los trabajadores en Argentina y Uruguay <i>Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul</i>	11
Un fantasma recorre los Andes colombianos: socialismo y comunismo en el siglo XIX <i>Miguel Ángel Urrego</i>	33
Mercados de abasto y trabajadores. Negociaciones, disputas y formas de ganarse la vida en Buenos Aires, 1850-1870 <i>Valeria Silvina Pita</i>	53
¿Actores de reparto? Los obreros agrícolas pampeanos en los inicios de la etapa agroexportadora: afluentes, tareas, organización y conflictos (1880-1904) <i>Pablo Volkind</i>	75
Nociones de <i>trabajo</i> y <i>desocupación</i> en la prensa socialista de fines del siglo XIX <i>Sabina Dimarco</i>	97

Artículos

La historiografía sobre las izquierdas en Chile: un campo en expansión <i>Rolando Álvarez Vallejos</i>	121
El giro neutralista del Partido Comunista argentino y los efectos sobre su alianza con el Partido Socialista (1939-1941) <i>Gabriel Piro Mittelman</i>	141

Intervenciones:

“El estudio de la clase trabajadora y las izquierdas: recorridos historiográficos y perspectivas”

La historiografía reciente de la clase trabajadora y las izquierdas en América Latina. Una mirada desde Chile <i>Sergio Grez Toso</i>	163
A propósito de los estudios sobre las izquierdas en la historia reciente argentina <i>Gabriela Águila</i>	170
Algunas notas de agenda sobre la historiografía de la clase trabajadora y las izquierdas <i>Hernán Camarero</i>	177

Crítica de libros

<i>Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas</i> (de Adriana Valobra y Mercedes Yusta, comps.), por <i>Fátima Alvez</i>	187
<i>El comunismo en América Latina. Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955)</i> (de Patricio Herrera González, coord.) por <i>Andrés Carminati</i>	190

DOSSIER:

**Trabajadores y trabajadoras en el siglo XIX.
Relaciones laborales, experiencias
intelectuales, trayectorias de lucha
y organización**

Presentación del dossier

En Argentina, el campo historiográfico dedicado a examinar el desarrollo de la clase trabajadora y las izquierdas muestra una notable riqueza y vitalidad. Incluso a contramano de lo que ocurre en otros lugares del mundo –en particular en Europa, donde los estudios sobre el tema han dejado hace tiempo de ocupar un lugar destacado–, en nuestro país la historia del trabajo atrae la atención de especialistas de diferentes generaciones y crece a través de numerosos ámbitos de intercambio, diálogo y debate colectivo, entre los cuales se ubica esta revista y las diferentes iniciativas que impulsa el CEHTI.

Precisamente por su amplitud y riqueza, se trata de un campo en el cual se desenvuelven abordajes diversos, que se preocupan por encarar múltiples aristas –sociales, económicas, ideológicas, políticas y culturales– de la compleja y fascinante historia de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, un análisis atento permite advertir también que los límites temporales que enmarcan su estudio siguen siendo bastante estrictos. En efecto, son las últimas dos décadas del siglo XIX las que parecen marcar el punto de partida de cualquier pesquisa que pretenda ubicarse en el campo de la historia de la clase obrera y siguen siendo fundamentalmente las relaciones laborales asalariadas –sobre todo de obreros varones– las que delimitan los contornos del mismo.

Por supuesto existen múltiples factores de peso que contribuyeron a definir estos marcos temporales y temáticos. A fines del siglo XIX se produjeron tanto la consolidación de un capitalismo dependiente –en el cual se generalizaron las relaciones asalariadas– como un salto en calidad en la organización política y sindical de la clase trabajadora, que definió rasgos muy duraderos de la sociedad local. A su vez, la historia argentina contemporánea sería imposible de comprender sin un cuidadoso análisis de la organización política y sindical de sus trabajadores y trabajadoras, de su influencia en el plano ideológico y cultural y del

rol de vital importancia que han jugado –y siguen jugando aún– sus partidos políticos y sindicatos.

Aun así, sigue siendo significativo ese corte temporal que parece obturar una ampliación de las fronteras del campo hacia períodos anteriores y el diálogo con otro conjunto de especialistas. En efecto, son también numerosos y extremadamente ricos los estudios que examinan las experiencias y conflictos de las personas que vivían de su trabajo antes de la consolidación de ese movimiento obrero “moderno”. Así lo muestran los trabajos sobre población afrodescendiente y su experiencia de esclavitud, sobre artesanado urbano, sobre protestas y alzamientos de la población rural y urbana en el marco de los movimientos de independencia y en las décadas posteriores, por solo nombrar algunos de los campos. Lo que subsiste, sin embargo, es una falta de intercambio fluido.

Consideramos que derribar estas fronteras sería un aporte significativo para enriquecer las perspectivas de quienes nos interesamos por estudiar la historia de los explotados y explotadas, de quienes viven de su trabajo y se organizan para luchar contra un régimen opresor, perfilando y construyendo alternativas emancipatorias. El análisis de los vasos comunicantes que unen las luchas del movimiento obrero con las experiencias de resistencia de artesanos y esclavos, el estudio de las relaciones laborales híbridas que caracterizaron el proceso de expansión capitalista (la pervivencia de rasgos coactivos y serviles, la remuneración no siempre efectuada en dinero), el examen de las muy distintas variantes de invisibilización del trabajo femenino y de las tareas racializadas y feminizadas no siempre entendidas como dignas de remuneración, la reflexión sobre las resistencias de aquellos y aquellas que se buscaron la vida como pudieron: son solo algunos ejemplos de las formas en que pensamos el potencial de estos diálogos e intercambios.

Se trata, por supuesto, de un desafío que sólo puede encararse de manera colectiva. Recogiendo el guante de lo expresado ya en el número inicial de *Archivos*, que explicitaba la intención de trazar “fronteras generosas” en términos temporales y espaciales, el dossier que presentamos en esta ocasión buscar realizar un aporte y alentar enriquecedores intercambios en términos teóricos, metodológicos y conceptuales. En los cinco artículos que lo componen, importantes especialistas de la Argentina y el exterior proponen análisis sobre formas de trabajo, experiencias de lucha, trayectorias de organización y emprendimientos políticos e intelectuales que tienen como protagonistas a trabajadores y trabajadoras a lo largo del siglo XIX.

Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul abren el dossier con un recorrido de larga duración que explora los conflictos protagonizados por trabajadores criollos e inmigrantes, libres y esclavos, urbanos y rurales en el área rioplatense: su escala de análisis es amplia en términos

temporales –desde fines del siglo XVIII hasta el segundo tercio del siglo XIX– y también geográficos, incluyendo en el examen lo sucedido en ambas orillas del Río de la Plata. El trabajo reflexiona también sobre la coexistencia de relaciones laborales mercantiles y coactivas, subrayando así la importancia de tomar en consideración la heterogeneidad de ese mundo del trabajo decimonónico.

Prestar atención al modo en que esos trabajadores se organizaron permite, además, echar luz sobre el rico mundo de ideologías emancipatorias que circularon entre los explotados durante este período: el artículo de Miguel Ángel Urrego, que examina el uso de los conceptos de “socialismo” y “comunismo” en la Colombia de mediados del siglo XIX, nos permite en este sentido ampliar el horizonte y advertir las potencialidades que pueden abrirse con una escala de análisis interregional. Su trabajo rastrea las tradiciones de lucha de los artesanos desde las guerras de independencia y sostiene la necesidad de dar protagonismo a los propios sectores populares locales en la elaboración de conceptualizaciones políticas.

Pero también al acotar la escala y centrar el foco en las experiencias de la vida cotidiana pueden encontrarse fascinantes pistas para examinar la compleja historia de quienes vivían de su trabajo en esa sociedad decimonónica. Es lo que revela el artículo de Valeria Pita, con su análisis de las tensiones y conflictos que surgieron entre las autoridades estatales y los trabajadores y trabajadoras que transitaban los mercados de abasto de la ciudad de Buenos Aires en las décadas centrales del siglo XIX. Su trabajo muestra cómo un análisis de los mercados urbanos porteños permite dar protagonismo a una franja de hombres y mujeres –catalogados como “vagos y mal entretenidos”, como “mujeres de vida relajada e inmunda”– que suelen escaparse de la lente de la historiografía del trabajo.

De los mercados urbanos a las fondas de los pueblos rurales de la región pampeana: el artículo de Pablo Volkind pone el foco en otro sector a menudo invisibilizado pero fundamental para el proceso de estructuración capitalista de la Argentina moderna, el de los trabajadores agrícolas. Su trabajo ofrece un análisis detallado de las particularidades del proceso de trabajo –y las gravosas condiciones de explotación– de este conjunto también heterogéneo de hombres y mujeres que se emplearon, no siempre a través de relaciones completamente asalariadas, en faenas rurales en diversos puntos de la pampa bonaerense en la segunda mitad del siglo XIX: los auténticos protagonistas que hicieron posible ese “granero del mundo” que enriqueció a la burguesía argentina y le permitió integrarse en el mercado capitalista mundial.

El artículo de Sabina Dimarco que cierra el dossier muestra que incluso en el examen de fuentes más tradicionales de la historia del

movimiento obrero, como los primeros periódicos socialistas, pueden encontrarse ricas pistas para historizar la delimitación de lo que se entendía como proletariado. Su trabajo examina la forma en que estos órganos de prensa interpretaron –e interpelaron políticamente– a los obreros que carecían de ocupación, mostrando así que la idea de “desocupado” fue una construcción histórica que jugó un rol decisivo para incluir en un mismo colectivo a los asalariados y a quienes carecían de empleo y habitaban de diverso modo esos márgenes que este dossier apunta a visibilizar.

Nuestra intención es que este dossier convoque a nuevos diálogos fructíferos, que tensionen o pongan en suspenso cortes analíticos tajantes y estimulen la reflexión sobre la compleja historia de la clase trabajadora. Si cabe, queremos permitirnos dudar por un rato de la noción misma de proletariado “moderno”, por lo que oculta, por lo que pasa por alto. En absoluto se trata de retornar a conceptualizaciones como aquellas sugeridas por la historiografía de la década de 1980, que pretendía diluir a la clase obrera en una imprecisa conceptualización –los “sectores populares”– y silenciaba, sin ingenuidad política, su historia de luchas y sus perspectivas emancipatorias. Al contrario, se trata de incluir en esa historia y en esas perspectivas el lugar jugado por quienes se dejaron la piel en los trabajos invisibilizados, en las luchas pioneras, en las derrotas olvidadas, en los lugares remotos. De rastrear, a través de las experiencias situadas de trabajadores y trabajadoras, las cualidades precarias, inestables, feminizadas, racializadas de ciertos trabajos nodales para ese capitalismo en ciernes. De reconstruir aquellos procesos que delinearon los contornos de lo que fue entendido como trabajo. En suma, de hacer el intento de pensar el siglo XIX en su complejidad, sin teleologías, para hacerle justicia a sus trabajadores y trabajadoras y contribuir a reconstruir la genealogía profunda de la clase.

Gabriela Mitidieri y Lucas Poy

¿Huelgas antes de los sindicatos? Notas para una historia larga de las luchas de los trabajadores en Argentina y Uruguay

Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul

Ravignani, UBA Conicet, Unsam / Ravignani, UBA Conicet, UNLu / FHCE, Udelar, SNI
gabriel dimeglio@gmail.com / raul.fradkin@gmail.com / florenciathul@gmail.com

Title: Strikes before the unions? Notes for a long history of the struggles of workers in Argentina and Uruguay

Resumen: La consolidación de una sociedad capitalista a fines del siglo XIX y la llegada de inmigrantes europeos con militancia de izquierda se presentan habitualmente como los factores clave para comprender el origen del movimiento obrero argentino y uruguayo, en los que las primeras huelgas se habrían iniciado a partir de 1878. Todo esto tiene una importancia indudable, pero encuadra esta historia en el “tiempo corto”. ¿Alcanza con él para explicar las prácticas del movimiento obrero emergente? Este artículo plantea la conveniencia de rastrear las formas de protesta y resistencia de los trabajadores en el largo plazo, considerando la interacción entre coacción, mercado y acciones colectivas, las huelgas anteriores a 1878, las disputas laborales en el ámbito militar, y otras formas de conflicto.

Palabras clave: clase trabajadora – movimiento obrero – huelga – sublevación – salario

Summary: The consolidation of a capitalist society at the end of the 19th century and the arrival of European immigrants with left-wing militancy are usually presented as the key factors to understand the origin of the Argentine and Uruguayan labor movements, in which the first strikes would have started after 1878. All this is undoubtedly important, but frames this story in the “short time”. Is it enough to explain the practices of the emerging workers’ movement? This article raises the convenience of tracking the forms of protest and resistance in the long term, considering the interaction between coercion, market and collective actions, the strikes prior to 1878, labor disputes in the military field, and other forms of conflict.

Key Words: working class – workers’ movement – strike – uprising – wage

Recepción: 17 de diciembre de 2018. **Aprobación:** 1 de febrero de 2019.

Introducción

El 14 de enero de 1826, el oficial a cargo de las baterías en Punta Gorda, Entre Ríos, comunicó que los soldados se negaban a trabajar porque no les habían pagado su sueldo. Pidió que se los abonaran con urgencia, ya que existía un “estado de sublevación”. Y efectivamente un mes más tarde se rebelaron y huyeron al interior de la provincia (notas de José Luis Domínguez, AGN Argentina, X, 4-4-6). El episodio ocurrió entre las tropas movilizadas para la guerra entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el imperio del Brasil, y puede perfectamente ser estudiado en una investigación sobre ese conflicto, en una de historia militar o en un estudio de las acciones populares de la época.

Ahora bien, también puede ser pensado como un conflicto laboral, protagonizado por trabajadores –algunos voluntarios, otros forzados– que dejaron sus tareas, descontentos por el atraso de sus salarios. El pequeño evento, que por su naturaleza y su forma de acción empezó como una “huelga”, no tiene nada de excepcional. Por el contrario, hubo muchos similares en los ejércitos y las milicias de la región en los siglos XVIII y XIX. Y también, fuera de las fuerzas militares, se produjeron diversas negativas colectivas a trabajar y otros reclamos laborales en distintos establecimientos productivos, mucho antes de que los trabajadores comenzaran a constituir sus primeras organizaciones. Algunos de estos episodios fueron investigados por quienes se han dedicado a la historia agraria, y también a la historia laboral del período anterior al último cuarto del siglo XIX.

Sin embargo, casi no han sido explorados por la historiografía de la formación de la clase trabajadora en el espacio rioplatense, y en particular del movimiento obrero, cuyos “más remotos orígenes” suelen vincularse con los inmigrantes europeos llegados a mediados del siglo XIX a las ciudades del Litoral, y con la aparición de “organizaciones de expresión autónoma” de los trabajadores (Falcón, 1984: 13). Hay un consenso mayoritario en que la Sociedad Tipográfica Bonaerense fundada en 1857 fue la primera mutual protosindical argentina, mientras que en 1865 se creó una similar en Montevideo. A su vez, se ha supuesto que la huelga de los tipógrafos en 1878 fue la primera en Argentina, al tiempo que las huelgas de la década de 1880 fueron señaladas como las primeras de Uruguay (Marotta, 1960; Falcón, 1984; Zubillaga y Balbis, 1985). El foco se ha puesto en la asociación entre el movimiento obrero y las posiciones de izquierda, por lo cual aspectos como la llegada de emigrados de la Comuna de París o la primera circulación de las ideas de Marx sobre todo entre grupos inmigrantes han sido bien investigadas (Tarcus, 2007). Sin embargo, también conviene recuperar que la mayor parte de los socios de la Sociedad Tipográfica en 1879 habían nacido en

Argentina y medio centenar en los países vecinos; a ellos, Roberto Payró los calificó como “la clase más independiente y levantisca de nuestra Capital” (Ratzer, 1969: 25).¹

El hecho de que muchos contemporáneos destacaran a finales del siglo la novedad de los conflictos protagonizados por trabajadores reforzó la noción de que su historia era corta. Por ejemplo, un folleto publicado en Buenos Aires en 1896 proclamaba que “las huelgas entre nosotros son de un período reciente; el pasado no las había conocido” (Poy, 2014: XXIII). Es indudable que el masivo arribo de inmigrantes, la importancia de anarquistas, socialistas y sindicalistas revolucionarios, y los cambios económicos y urbanos provocados por el auge comercial de fin de siglo son elementos decisivos para entender la aparición del movimiento obrero. No obstante, esas grandes transformaciones han sido a veces retratadas como un recomienzo absoluto en el que solo lo nuevo parece ser digno de analizarse, en desmedro de rasgos y experiencias más antiguas.

Hubo autores que iniciaron sus análisis de la formación de la clase obrera con algunas referencias al temprano siglo XIX (Mafud, 1988) o que trazaron vínculos entre las acciones de los gauchos y los obreros (Viñas, 1971), pero la cuestión no ha sido indagada sistemáticamente. Como advirtió Nicolás Iñigo Carrera, antes del período que habitualmente se toma para investigar las luchas de los trabajadores hubo “infinidad de huelgas”, que denomina espontáneas, las cuales “no dieron lugar a una organización obrera más o menos perdurable y que constituyen la prehistoria del movimiento obrero” (2011: 47). Algunas investigaciones han empezado a avanzar en ese sentido, llevando más atrás los orígenes de la conflictividad obrera (Román, 2004; Leyes, 2014; Thul, 2016). En otros países de la región esto se viene haciendo desde antes. Por ejemplo, en Colombia y Chile se han buscado las conexiones entre movimientos populares decimonónicos, en particular del artesanado, y la clase obrera del siglo XX (Sowell, 2006; Grez Toso, 2007). En Brasil, posiciones parecidas a las de sus vecinos australes cambiaron cuando las luchas laborales de los esclavos fueron incorporadas a la historia de los trabajadores (Chalhoub y Teixeira da Silva, 2009).

El objetivo de este artículo es rastrear las evidencias disponibles e indagar si las disputas laborales de los siglos XVIII y XIX producidas en el litoral rioplatense pueden haber jugado un papel en el proceso de formación de la clase obrera en Argentina y en Uruguay. La decisión de observar estos países al mismo tiempo tiene que ver con que en ambos se constata la misma situación historiográfica respecto de este tema,

1. Por razones de espacio no podemos consignar la abundante bibliografía que existe en ambos países sobre el temprano movimiento obrero.

pero sobre todo con que la clase obrera consolidada a fines del siglo XIX en algunas ciudades tenía relaciones muy fluidas entre sí. Desde el siglo XVIII, los trabajadores, “criollos” e inmigrantes, libres o esclavos, circulaban entre los puertos y las áreas rurales rioplatenses, y por lo tanto la suya es una historia que necesita atender a esa circulación y a sus experiencias en común para hacerse inteligible. Por ejemplo, la huelga general de 1902 fue empujada por la Federación de Estibadores de los Puertos de la República Argentina y del Uruguay que se constituyó en abril de ese año, y se extendió a muy diferentes gremios de diversas ciudades (Boido, 2002).

El trabajo es un ensayo exploratorio basado en nuestras propias investigaciones y en las de otros colegas. No es una crítica historiográfica ni una investigación en regla, sino una búsqueda en la bibliografía y en algunas fuentes de elementos que permitan identificar algunos nudos problemáticos. Más que pensar hacia adelante, rastreando los orígenes de un actor del siglo XX, nos interesa pensar la formación de la clase obrera como producto de un proceso largo y sinuoso de antagonismos y experiencias. Y el foco está puesto en el litoral porque allí se concentran los estudios posteriores sobre el movimiento obrero, aun sabiendo que es fundamental tener en cuenta lo ocurrido en otras regiones y, en especial, en el antiguo Tucumán.

Primero nos ocupamos de la cuestión de la coacción, el mercado y las acciones colectivas de los trabajadores, luego de las huelgas anteriores a 1878, en tercer lugar, de las disputas laborales encuadradas en el ámbito militar, y finalmente de otras formas de organización y conflicto.

Coacción, mercado y acción colectiva

Aproximarse a las experiencias de los trabajadores durante los siglos XVIII y XIX implica tener en cuenta algunos aspectos. En primer lugar, la extrema heterogeneidad de esos trabajadores, por sus diferentes orígenes raciales y regionales, y su permanente renovación a partir de las intensas migraciones que atravesaron el área rioplatense. En segundo término, sus diferentes estatutos legales y la coexistencia de relaciones laborales mercantiles y coactivas. Dentro de los mismos establecimientos productivos se combinaban diferentes relaciones sociales de producción.

Ambos aspectos remiten a un tercero: la existencia de una antigua tradición de normas y prácticas coactivas que, lejos de desaparecer con la generalización del trabajo asalariado y la abolición legal de la esclavitud –entre 1842 y 1846 en Uruguay, y entre 1853 y 1860 en Argentina–, parecen haberse profundizado en diferentes ámbitos productivos durante la aceleración capitalista. Todo esto es relevante porque las formas de resistencia y de acción colectiva de los trabajadores fueron situadas y

estuvieron en buena medida determinadas por las condiciones del mercado de trabajo, el grado de acceso a otras formas de subsistencia por fuera de este mercado y por la eficacia de los dispositivos de coacción.

En el largo período aquí considerado, las calificaciones de “vagos”, “perjudiciales”, “haraganes”, “insolentes”, “indóviles”, “altaneros” y “revoltosos” fueron recurrentes en el discurso de patrones y autoridades para describir a los trabajadores y, especialmente, a los peones que se contrataban temporalmente. Esos tópicos refieren a los márgenes de autonomía, de movilidad espacial y ocupacional que esos trabajadores ostentaban y que porfiadamente intentaron defender y preservar. Una queja habitual era que los trabajadores “abandonaban” la relación laboral, algo que en muy pocas ocasiones pudo ser anulado a través de las estrategias de endeudamiento. Aunque muy pocas veces suministren indicios de que se tratara de acciones colectivamente organizadas, esa posibilidad no debiera ser descartada.

Impedir esas prácticas, no pocas veces calificadas también como “fuga” o “deserción”, fue uno de los objetivos de un conjunto de normas coercitivas y en especial de la famosa “papeleta de conchabo”, que entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX comenzó a exigirse en toda la región considerada. Estas disposiciones explicitan la voluntad gubernamental disciplinadora pero también sugieren el reconocimiento de que las relaciones laborales funcionaban bajo una suerte de regulación social: por eso las referencias a los “salarios acostumbrados”, montos salariales y modos de pago que estaban regulados por normas sociales de carácter local y que incluso podían ser consideradas válidas para algunas formas de conchabo compulsivo. Esto parece haber sustentado cierta capacidad negociadora de los peones, y no solo para reclamar los montos “acostumbrados” sino también para que los patrones respetasen algunas restricciones consagradas al ritmo de trabajo y a la extensión de la jornada laboral, el pago de un plus salarial por realizar tareas que no habían sido pactadas previamente o por trabajar en horarios y días que las costumbres reconocían como no laborables, como las horas de siesta, las destinadas a la oración o los días de fiesta. Estas condiciones solían regular también la composición de las raciones que debían recibir los trabajadores y los momentos en que ellas debían ser suministradas. De esta manera, esas mismas disposiciones coactivas llevaban inscripta la existencia de prácticas sociales en las que eran claves las formas de negociación, que difícilmente hayan sido exclusivamente individuales. Obviamente, la capacidad negociadora podía acrecentarse en algunas épocas del año y la ejercían con mayores posibilidades de éxito los trabajadores calificados y/o aquellos que aportaban a la relación laboral sus propios medios de producción. Por caso, a fines de 1794 el Cabildo porteño se quejaba de que los peones que se contrataban con sus

propias yeguas “exigen por la Trilla lo que se les antoja” (Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires, 1932: 445-453).

La inestabilidad de buena parte de los trabajadores libres en la región ha sido objeto de intensa discusión historiográfica, y no hace falta reponerla aquí.² Sí cabe anotar que, junto a las disposiciones coercitivas que emanaban de las autoridades para forzar el conchabo de los trabajadores, los empleadores no solo apelaron a salarios y jornales más altos sino también a pagar una parte anticipadamente. Y fueron estos adelantos la causa de muchas denuncias judiciales contra trabajadores, así como de sucesivas e infructuosas prohibiciones para erradicarlos. Es en algunas de esas ocasiones cuando se pudo registrar que quienes habían “abandonado” a su empleador lo habían hecho en forma colectiva y simultánea. Por dar un solo ejemplo, en 1805 un abastecedor de carbón desde Gualeguay acusó a los peones que había conchabado de dejarlo; según sus palabras, “mas como sea propio de estas gentes, el pedir adelantado a los que se hallan necesitados de su trabajo, al tiempo de levantar los hornos, se me fueron todos, sin reparar que estaban debiendo” (Perri, 2015: 352).³

Se entiende entonces que también encontraran enormes dificultades para efectivizarse los intentos de encuadrar las relaciones laborales dentro de un marco formal más estricto e imponer la obligación del uso de la contrata laboral escrita. En Buenos Aires, al menos hasta después de mediados del siglo XIX, seguían siendo repetidas las quejas por la vigencia de los anticipos salariales y las contratas verbales (Benítez, 1864: 195). No eran las únicas dificultades que habían hallado aun los terratenientes más grandes, quienes vieron diluirse sus sucesivos ensayos con nuevas formas de trabajo coactivo, como ocurrió en la provincia en las décadas de 1830 y 1840, cuando, ante la demanda creciente de trabajadores para las estancias incrementada por el peso del reclutamiento militar, la erosión del trabajo esclavo y la interrupción ocasional de las migraciones temporales por motivos políticos, apelaron al trabajo de indígenas cautivos y después a la contratación de peones gallegos endeudados, intentos que fallaron porque no pudieron anular

2. Remitimos al debate ya clásico entre Carlos Mayo, Samuel Amaral, Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman en el *Anuario del IEHS* número 2 (AA.VV., 1987) y a la discusión entre Jorge Gelman y Jonathan Brown-Ricardo Salvatore sobre la inestabilidad de la fuerza de trabajo en la Estancia de las Vacas, en la Banda Oriental (en Fradkin, 1993).

3. Las fugas también eran frecuentes entre los esclavos, y en Buenos Aires se siguieron practicando a mediados de siglo entre niños y jóvenes, muchas veces negros, que ingresaban como aprendices en talleres de artesanos urbanos, donde de hecho eran mano de obra gratuita o muy barata, con muy malas condiciones de vida y trabajo (Mitidieri, 2017: 53).

la capacidad negociadora de los trabajadores (Gelman, 1999). Mayor parece haber sido la eficacia de estas iniciativas en el Estado Oriental, en donde a la utilización de indios cautivos se agregó la contratación de peones canarios y formas más o menos disimuladas de perduración de la esclavitud bajo la figura de los “colonos africanos”, aún después de la abolición legal (Palermo, 2008; Thul, 2017; Borucki, 2017).⁴

Las dificultades de los patrones continuaron al menos hasta fines de la década de 1870, a pesar de que ese dispositivo normativo se hiciera mucho más eficaz y expeditivo (Garavaglia, 2001; Sedeillán, 2006-2007). En 1865 se sancionó en Buenos Aires el Código Rural, que buscó afianzar los derechos de propiedad, controlar los usos rurales basados en la costumbre y eliminar alternativas a emplearse para subsistir. Estas medidas tenían antecedentes, pero ahora el Estado contaba con más fuerza para hacerlas cumplir.⁵

En muy diferentes áreas rurales el período de aceleración de la expansión capitalista y de generalización del trabajo asalariado fue también aquel en que se reforzaron y perfeccionaron las disposiciones y prácticas coercitivas. En Uruguay, la ley de vagancia de 1882 declaró vagos a quienes no tuvieran bienes o rentas y que siendo aptos para el trabajo no ejercieran ninguna profesión, arte u oficio. Las penas variaban: los orientales eran remitidos al servicio de las armas y los extranjeros al destierro o la prisión (Armand Ugón, 1881: 362). En Entre Ríos también se dictó una nueva “Ley de Vagos” en la década de 1860, a través de la cual se intentó penalizar el “abandono” del trabajo exigiendo papeletas de antecedentes de conducta para circular y obtener empleo. A su vez, en 1878 fue sancionado el Código Rural en el cual se preveía que las contrataciones laborales fueran escritas y registradas en un libro que a tal efecto debía tener cada alcalde de distrito.

El examen de la aplicación de estas medidas ha permitido verificar que, a diferencia de lo que sucedía durante la primera mitad del siglo, las autoridades no solo detenían a menesterosos y a migrantes recién llegados sino también a los productores poseedores de ranchos, tro-pillas, rodeos y enseres de labranza. Resultaba claro que los grandes propietarios no podían recurrir ya a las “soluciones” a las que apelaban a principios del siglo, y con el correr de las décadas en la fuerza de trabajo rural dejó de haber esclavos, disminuyeron los labradores

4. De modo análogo, las “conquistas” de la Patagonia y del Chaco también crearon condiciones propicias para la utilización de indios cautivos como peones en los ingenios del Noroeste y del Nordeste.

5. Todavía en 1881 la municipalidad de Buenos Aires intentó nuevamente imponer el uso de una libreta de conchabo a los sirvientes, lo que generó la protesta de los mozos de hoteles y demás dependientes (Allemandi, 2015: 163-164)

y aumentaron significativamente los peones y jornaleros asalariados. No se dispone de evidencias firmes acerca de lo sucedido en las estancias y saladeros, pero los dispositivos legales montados sugieren que el “abandono” del trabajo y el ausentismo siguieron siendo frecuentes, así como también parece claro que en ocasiones algunas demandas de campesinos y trabajadores tendieron a canalizarse a través de la oficialidad de las compañías de milicias en que estaban encuadrados (Djenderendjian, 2011; Schmit y Alabart, 2013). Sin embargo, en esos saladeros entrerrianos junto al río Uruguay emergieron también otras formas de acción colectiva: las huelgas.

Las huelgas anteriores a 1878

Algunos estudios han señalado que una huelga se produjo en 1854 en el saladero Gianello de Gualeguaychú. Los peones se negaban a aceptar las papeletas de pago y suspendieron sus tareas. Dos años después, un encargado informaba que era imperioso arreglar la situación pues “yo estoy sitiado por los peones, donde quiera que me halle, hace un rato que me han sacado de a bordo de un buque, donde me había refugiado”. La causa le parecía fácil de detectar: “No pague Ud sus dependientes sirvientes y peones, y hallará Ud la clave del mismo misterio” (Schmit, 2008; Leyes, 2014). En los años siguientes los conflictos escalaron a través de enfrentamientos verbales y huelgas parciales hasta una huelga de todos los trabajadores de un establecimiento. En agosto de 1858, una “pandilla” de trabajadores vascos del gran saladero Santa Cándida –cuyo propietario era Justo José de Urquiza, y donde compartían labores con peones criollos, escoceses, irlandeses e ingleses– decidió “plantar el trabajo”. El administrador anotó “que nunca fueron tan imprudentemente exigentes” (Schmit, 2008). En los años siguientes la tensión se planteó también en la grasería a la cual los trabajadores se negaban a regresar si no se les pagaba lo adeudado. De modo que en 1862 “todos ellos se han convenido unánimemente” y no solo la “pandilla” de vascos (Román, 2004).

En estos años de fuerte transformación de las relaciones de producción parece haberse operado, entonces, una convergencia de las tradiciones de lucha que portaban tanto los trabajadores nativos como los inmigrantes. Y aunque es probable que los conflictos expresaran demandas económicas, no por ello deben haber dejado de tener implicancias políticas, en la medida que erosionaban la consistencia de las jerarquías existentes. No por nada los encargados de los saladeros entrerrianos se referían a estas huelgas como “sublevaciones” o “levantamientos”; no hablaron de “huelgas”.

El vocablo ya figuraba en los diccionarios españoles al menos desde

1734. Para entonces era definido de dos modos sugestivamente diferentes: por un lado, como “cesación del trabajo”; por otro se afirmaba que “Vale también placer, regocijo y recreación, que ordinariamente se tiene en el campo o en algún sitio ameno” (*Diccionario de la lengua castellana*, 1734: 185-2). Para inicios del siglo XIX las definiciones se han modificado: la primera ha desaparecido y ahora se incluyen otras dos acepciones: “El espacio de tiempo que uno está sin trabajar” y “El tiempo que media sin labrarse la tierra” (*Diccionario de la lengua castellana*, 1803: 470-1). Fue recién en 1884 que se agregó otra definición: “Abandono del trabajo, con que los que se ocupan en un arte u oficio quieren obligar a que se les conceda lo que pretenden; como por ejemplo, aumento de salario o disminución de horas de labor” (*Diccionario de la lengua castellana*, 1884: 578-2).

Las experiencias en los saladeros entrerrianos invitan a indagar las que puedan haberse producido en otras zonas. Por lo que se sabe, en los saladeros de Montevideo trabajaban conjuntamente trabajadores calificados y no calificados, libres y esclavos, e imperaba un régimen de disciplina de tipo penitenciario. A pesar de ello, se registraron diversas formas de protesta y resistencia: una fueron las “fugas” de esclavos, a veces para trabajar con otro amo y otras para escapar más allá del Río Negro “para incorporarse a los anarquistas”; pero en ocasiones también se produjo la paralización del trabajo, tal como sucedió en 1837, abarcando a varios saladeros simultáneamente. No casualmente las autoridades consideraron algunos de estos episodios como un “motín de peones” (Thul, 2014: 133-141). Pero este tipo de medidas no era exclusivo de los saladeros. En enero de 1839, el alcalde ordinario de la ciudad de Colonia denunciaba que los ordenanzas y escribientes de los juzgados de paz se negaban “a desempeñar sus empleos” ya que se les adeudaban 17 meses de sueldo (AGN Uruguay, AGA, MinGob, caja 912, carpeta 1).

La práctica tenía antecedentes ya largos. En la recientemente fundada Montevideo de 1750 el atraso en el pago de los salarios redundaba en que quienes se ocupaban en la construcción “o no trabajan por mucho que se vele sobre ellos o lo que hacen es cosa de mala gana”. En algunas ocasiones los trabajadores efectuaron peticiones colectivas, como hicieron maestros y oficiales de la construcción en 1761 amenazando con abandonar sus puestos de trabajo o, como decía el maestro mayor Francisco Meneses: “sin plata no trabaja y que si se le paga trabajará”. Las resistencias al ritmo de trabajo y las fugas, a su vez, parecen haber sido muy fuertes entre los indios tapes y guaraníes que estaban asignados a las obras y que al parecer en más de una ocasión intentaron amotinarse, como también sucedía entre los presidiarios que trabajaban allí (Luque Azcona, 2007: 279-291). En 1769, los peones voluntarios de

las reales obras de Montevideo –muchos de ellos eran a la vez soldados– pidieron un aumento de salarios y amenazaron con “no trabajar de hoy en más en dichas obras, si no se les aumentaba a su jornal de cuatro reales diarios un real más” (Rodríguez Molas, 1957: 52). Desde Buenos Aires, las autoridades se negaron y se desconoce cómo siguió el conflicto.

Si se sabe que en 1792 una docena de carpinteros y catorce calafateros de la maestranza del puerto en Montevideo protestaron ante una rebaja en sus jornales dispuesta por sus superiores, violando lo que consideraban como una “costumbre casi inmemorial” (Bentancur, 1997: 215). Y que hubo ocasiones en las que los mismos asalariados forzaron un proceso de negociación: eso hicieron en 1775 los operarios empleados en las Reales Obras cuando acudieron “todos en común” ante el comandante del fuerte de Santa Teresa para expresar sus reclamos de que se les pagaran los jornales de los días en que las obras se paralizaban por lluvia o por la falta de carbón. De este modo, tal como sucedía en el medio rural, era frecuente que en la ciudad los trabajadores abandonaran su trabajo para emplearse en el sector privado, y que los conchabados y voluntarios se escaparan para contratarse en la siega, actitudes que no sorprenden pues se ha verificado que la demanda laboral para estas obras era muy estacional (Thul, 2016).

En Buenos Aires no tenemos registros de este tipo de huelgas hasta mucho más tarde (lo cual no quiere decir que no haya habido ninguna).⁶ Se afirmó que una tuvo lugar en 1855, cuando los coristas del Teatro Argentino reclamaron que se hiciera una función anual en su beneficio (Yunque, 1984: 139). En el convulsionado 1871, año de la gran epidemia de fiebre amarilla, un periódico señalaba que “los serenos se han sublevado y no quieren concurrir a sus puestos porque se les debe varios meses de sueldo. La ciudad está abandonada ¡Qué escándalo!” (*La Tribuna*, 6 de julio de 1871). Nótese que se seguía hablando de sublevación para la no concurrencia al trabajo. Un grupo de serenos advirtió a otro diario que no iban a volver a trabajar hasta que les pagasen los tres meses que les adeudaban (*La Prensa*, 7 de julio de 1871).

Poco más tarde, unos 250 calafateros y marineros –catalanes, franceses, italianos y griegos– protagonizaron un conflicto salarial en la Boca del Riachuelo (*La Prensa*, 5 de octubre de 1871). El problema era que “varios agentes de lanchas de los que abastecen frutas del país desde Barracas hasta Balizas se habían puesto de acuerdo para bajar el sueldo de los marineros que trabajaban en esa carrera” (*El Nacional*, 5 de octubre de 1871). Por lo tanto, “una parte de los marineros de buques

6. Además, aparentemente se produjo una huelga en los astilleros de la ciudad de Corrientes en 1868, pero no hemos hallado información fidedigna sobre ella. En 1877 hubo una huelga de aguateros en Rosario.

de cabotaje «reclutó» otro número de camaradas, entre los trabajadores del mar de aquel mismo punto, se puso en marcha, con igual intento al departamento de Barracas, munidos de banderas y entregados a gritos descompasados de ¡Mueran los monopolizadores del trabajo, los ladrones!» (*La Tribuna*, 5 de octubre de 1871). La policía dispersó sin violencia a los protagonistas de lo que fue llamado por los dos últimos diarios mencionados un “motín”. Pero *La Prensa* introdujo un sinónimo: denominó al episodio “una huelga o motín contra los empresarios”.

Deserciones, motines y sublevaciones

Las experiencias de los varones en el ejército y en las milicias no pueden ser soslayadas en esta aproximación pues sin ellas no es comprensible la historia de las clases populares durante el siglo XIX. Los trabajadores compusieron siempre el grueso de las tropas (soldados, cabos y sargentos). Sobre ellos recayó primordialmente el reclutamiento compulsivo y durante varias décadas esa leva se convirtió en el objeto principal de la persecución de la “vagancia”. Los márgenes de autonomía de las poblaciones campesinas y sus posibilidades de reproducción se vieron muy restringidos bajo la presión reclutadora, de modo que ella creaba condiciones más propicias para empujar su proceso de proletarización (Garavaglia, 2003).

En las filas de los ejércitos los reclutas de diversos orígenes raciales, sociales, regionales y ocupacionales tuvieron experiencias compartidas, aun cuando la estructura tendía más a forjar identidades y solidaridades de cuerpo antes que clasistas. A su vez, las milicias reforzaban los lazos de pertenencia territorial y mantenían la segmentación racial en la configuración de las unidades. Pero la mayor parte del tiempo las tareas que desempeñaban reclutas y milicianos no eran muy diferentes de las que realizaban como peones de campo o artesanos. El servicio de armas amplió sustancialmente la esfera del trabajo asalariado y fue uno de los espacios de mayor concentración de trabajadores.

Pese a ello, la transformación de los paisanos en soldados obedientes se demostró extremadamente dificultosa y las evidencias sugieren que la experiencia en las armas los dotó de saberes que nutrieron su capacidad de protesta, acción colectiva e intervención política. Algunas de las disputas desarrolladas en el ejército o las milicias presentan cierta analogía con las que se producían en el mundo del trabajo, como en el caso con el que inicia este artículo.

Tomemos un ejemplo: cuando se decidió conformar las primeras compañías de Blandengues de la Frontera de Buenos Aires en 1752, el Cabildo tuvo que negociar con los propios milicianos el pago por adelantado de varios meses de servicio para lograr que se alistaran (Fradkin,

2014). Este tipo de soluciones –demostrativas de los límites que tenía la coerción– no resolvió los problemas y en los años siguientes el retraso en el pago del prest –como se llamaba al pago– generó intensas disputas: así, en 1762 los soldados se retiraron de la compañía de Salto y la situación solo fue momentáneamente contenida con pagos a cuenta; pero al año siguiente volvieron a reclamar y se presentaron ante su capitán amenazando con una desertión colectiva. Los soldados pusieron sus demandas por escrito y el capitán terminó autorizándolos a que fueran a efectuar la petición un cabo y los soldados que ellos mismos eligieran (Alemano, 2016: 266-268).

Estos episodios muestran que el servicio de milicias estaba sometido a negociaciones y constituía un campo de fuerzas en tensión. Como habría de repetirse en múltiples ocasiones posteriormente, los milicianos exigían adelantos de sus haberes, tal como solían hacer los peones con sus empleadores y, por tanto, que esa deuda se convirtiera en un dispositivo de sujeción dependía menos de la voluntad que de la relación de fuerzas. Muestran también que la autoridad de jefes y oficiales estaba lejos de ser omnímoda y que muchas veces debían contemplar las demandas de los milicianos –que no eran un conjunto de campesinos enteramente subordinados– y hasta convertirse en sus portavoces. Esta fue una de las formas más perdurables de la acción colectiva popular y uno de los mecanismos de construcción de liderazgos locales. No obstante, los episodios sugieren algo más: los milicianos podían convertir a la compañía en un espacio para articular solidaridades, desarrollar una acción colectiva que se apropiara del derecho de petición extremando sus alcances y eligiendo sus propios representantes.

De esta manera, el servicio de armas parece haberse convertido en un espacio en el cual se conformó una densa tradición de luchas por el salario y las condiciones de vida. Las desertiones fueron un fenómeno absolutamente generalizado y adquirieron enorme magnitud durante las guerras de la revolución, al punto que para 1816 las autoridades calculaban que una unidad militar que fuera movilizadada desde Buenos Aires al frente norte perdería entre un tercio y la mitad de sus efectivos en la marcha (Rabinovich, 2013: 137). En ambas situaciones, el cobro del prest, la alimentación, el vestuario y los malos tratos fueron las causas más frecuentes de descontento; es decir, lo que estaba en disputa era el trabajo que realizaban los soldados, su remuneración y las condiciones del servicio (Fradkin, 2013). Un solo ejemplo de muchísimos posibles: un soldado contó que “la causa de haber desertado fue el verse sumamente pobre: que no le faltó el rancho ni vestuario, pero que dinero jamás le dieron a buena cuenta” (Di Meglio, 2006: 167). A su vez, entre los milicianos se agregaban otros motivos como el incumplimiento de los turnos de rotación, la negativa a ser movilizados a zonas alejadas,

prestar el servicio bajo el mando de oficiales regulares o su pretensión de convertir en electivos a sus jefes e incluso a los mismos comandantes que debían gobernar los pueblos y los partidos rurales.

Y en condiciones críticas, los descontentos podían dar lugar a motines o sublevaciones, que fueron muy numerosos a lo largo del siglo XIX. Hay muchísimos ejemplos, desde movimientos como el que organizaron en la Buenos Aires de 1815 unos sargentos de artillería “para salir a formarse a la Plaza con todos los cañones, a pedir que se nos pagase”, ya que los sueldos estaban muy atrasados (Di Meglio, 2006: 176), hasta el protagonizado en la Montevideo de 1843 por 60 efectivos vascos, que desertaron haciendo fuego contra sus compañeros; hubo varias razones, entre las que estaba el atraso de sus sueldos (Etchechury, 2015).

La posibilidad de actuar colectivamente y con armas en la mano permitió en ocasiones defender derechos laborales. En 1822 un propietario quiso desalojar en San Pedro a lo que llamó un grupo de “vagos”, pero que según un juez era “una multitud de milicianos” cuyos servicios en años previos habían sido premiados por el gobierno con esos terrenos, sin títulos y sin pagar un canon. Fueron dilatando el desalojo, siguieron reiterando las siembras, designaron a uno de los suyos como representante y propusieron pagar un arrendamiento, pero no aceptaron marcharse. Vecinos de la zona recomendaban no proceder a un desalojo violento, ante el cual “tememos montonera”. Cuatro años más tarde el conflicto continuaba y el juez de paz declaraba que “no he procedido por la fuerza porque no la tengo y pudiera traer consecuencias funestas”, dado que “hay más de 50 hombres con sus respectivas familias y todos armados, pues son soldados de la Milicia activa del Estado” (Fradkin, 2001).

Este repertorio de acción colectiva se mantuvo durante décadas y estaba aún vigente en las de 1860 y 1870, cuando la organización militar y los dispositivos de control y disciplinamiento eran mucho más consistentes. Las fugas, deserciones y evasión del servicio seguían siendo habituales, mientras que también continuaba la tradición de pedidos colectivos de dispensa del servicio o incluso las sublevaciones.

Probablemente la mayor de esas sublevaciones fueron los famosos desbandes de las tropas entrerrianas que iban a marchar a la guerra contra Paraguay, producidos en Toledo y Basualdo en 1865. Como tantas veces había sucedido antes, los informes que recibía Urquiza repetían que “se piensa Gritar en la Reunión que no marchan si no se les Paga” y lo cierto es que en Toledo la desbandada fue precipitada por suboficiales y tropa, y que la forma organizativa que sustentaba la revuelta era la misma estructura miliciana conformada para imponer obediencia y subordinación a los paisanos (Alabart, 2015; Fradkin, 2013).

Organizaciones y política

Para completar este breve panorama de las acciones colectivas que en parte moldearon la experiencia de los trabajadores rioplatenses, es importante tener en cuenta otros aspectos, como los intentos organizativos. Los gremios de artesanos fueron poco exitosos en el Río de la Plata colonial. En la Buenos Aires de fines del siglo XVIII se quiso fundar un gremio de zapateros, pero algunos miembros, sobre todo europeos, impugnaron la elección de autoridades porque maestros “de segunda clase”, pardos y morenos, habían participado en ese acto a pesar de tenerlo prohibido. Más tarde los zapateros pardos y morenos quisieron crear un gremio diferenciado, y fueron otra vez obstaculizados por el grupo rival. Desde España se autorizó la concreción de dos gremios separados, pero las autoridades locales decidieron terminar con el largo conflicto y no autorizaron a ninguno de los dos (Johnson, 2013). Las diferencias raciales jugaron un papel decisivo.

Los artesanados porteño y montevideano no tuvieron asociaciones estables en el siglo XIX, como sí ocurrió en otras ciudades americanas. Sin embargo, en varias ocasiones se expresaron colectivamente. Así ocurrió en Buenos Aires en 1836: días después de que el gobierno de Rosas sancionara una ley que ponía aranceles a varios productos, los zapateros le solicitaron que directamente se prohibiera importar calzado. Se reunieron y nombraron comisionados para redactar la petición, que fue firmada por 618 personas (Katz, 2017: 11).

Hay otros episodios de organización ante conflictos puntuales. En 1842, veinte aguateros de Montevideo se negaron a pagar el impuesto de dos reales por pipa de agua que pretendían cobrarles (AGN Uruguay, AGA, MinGob, caja 940, carpeta 8). Unos años antes, el “gremio de carretilleros” denunció la presencia de algunos “falsos carretilleros” que falsificaban documentación para cobrar viajes que nunca habían hecho (*El Comercio del Plata*, 30 de junio de 1836). En 1834 un grupo de grandes abastecedores de carne de Buenos Aires impulsó un nuevo reglamento para su actividad, intentando terminar con la autonomía de los peones de los mataderos, quienes tenían bastante control sobre el proceso de producción ya que se encargaban de tareas que iban desde matar a los animales a vender la carne y el cuero. Estos peones, que se autodenominaron “abastecedores”, actuaron colectivamente para reivindicar su libertad de participar en el mercado, y discutieron punto por punto el reglamento propuesto (Salvatore, 2003). Donde el nuevo reglamento decía que “todo abastecedor deberá ser matriculado, y acreditar tener existencias, como son carretas, puestos de carne y demás útiles de matanza”, los peones respondieron que “todo abastecedor deberá ser matriculado, podrá traer ganado y matar o vender a quien

sea de su gusto por más que no tenga carretas ni puesto, como se ha acostumbrado siempre”. Esta lucha en nombre de lo que era consuetudinario frente a los avances de los derechos de propiedad, los contratos y las codificaciones fue un elemento persistente que llevó a la acción popular durante todo el siglo XIX. Con distintas periodizaciones –desde el período tardocolonial en partes de la Banda Oriental, la década de 1820 en Buenos Aires, después de la mitad de siglo en Entre Ríos– los habitantes rurales se movilizaron por esa causa, y también ocurrió en las ciudades.

Esto se relaciona con un último aspecto, que no hay espacio para desarrollar: la participación política. Como es sabido, ella subsumió en muchos momentos del siglo XIX tensiones raciales y sociales, incluidas laborales, que se expresaron a través de la conflictividad entre facciones y partidos. Por ejemplo, en la Buenos Aires de Rosas, ser su partidario o un opositor podía definir un diferendo no surgido de la política, fuera criminal, civil o laboral (Di Meglio, 2007). La identidad política permitió incluso que grupos que tenían mayores impedimentos para las acciones colectivas pudieran canalizar sus malestares, como ocurría con quienes trabajaban en el ámbito doméstico.

Los episodios que delineamos remiten a trabajadores varones, lo cual no quiere decir que sea una cuestión histórica; es más probablemente un problema historiográfico, de enfoques. Aunque recientemente hubo aproximaciones importantes a distintos grupos de trabajadoras de Buenos Aires antes de 1880 (Allemandi, 2015; Schettini, 2016; Mitidieri, 2017), todavía falta mucho por investigar sobre sus luchas en los más variados ámbitos laborales. Por ejemplo, en San Luis (fuera del área aquí considerada), las maestras de la Escuela Graduada, debido a los “grandes descuentos del valor del pret que por nuestro trabajo nos asignan”, advirtieron que “no nos queda otro remedio que suspender las tareas escolares” e iniciaron una huelga (*Monitor de la Educación Común*, n° 2, 1881: 53-54).

Conclusiones

¿Cómo se relaciona lo expuesto con la clase obrera afianzada en el área rioplatense a fines del siglo XIX? Si desde la década de 1880 se hicieron frecuentes en Buenos Aires y Montevideo las huelgas en la industria textil y del calzado, los puertos, los mercados de frutos, los ferrocarriles y otros transportes, en la construcción, las panaderías y la fabricación de fideos, ¿solo pueden explicarse en el tiempo corto, por los recientes cambios estructurales, por la formación de nuevas organizaciones de clase y la circulación de ideas de izquierda provenientes de Europa? Ninguno de estos factores debe ser soslayado. Pero nuestro

interrogante es: ¿hasta qué punto pueden también haber tenido un lugar las experiencias de luchas forjadas desde el siglo XVIII?

Por ejemplo, ¿la conflictividad en los saladeros entrerrianos de mediados del siglo XIX nutrió la que años después se desarrolló entre los trabajadores de los frigoríficos? No lo sabemos, pero a fines de 1894 se produjo la que parece haber sido la primera huelga en uno de ellos, en Las Palmas, al norte de Zárate. Y fue a fines de esa década que aparecieron las primeras asociaciones de obreros de frigoríficos (Tarditti, 2008: 63-64). La cuestión importa pues la ola huelguística de principios del siglo XX no se restringió solo a Buenos Aires y Montevideo, sino que abarcó a muchas ciudades (Andreassi Cieri, 1991; Boido, 2002; Poy, 2014).

¿En qué medida las experiencias en el ejército y la milicia influyeron en la formación de los primeros movimientos de protesta obrera? ¿Hasta dónde la participación popular decimonónica dejó sus huellas no solo en los movimientos políticos del siglo XX sino también en los modos de acción en conflictos laborales? El estado de las investigaciones no permite todavía responder estos interrogantes y tan solo es posible tener en cuenta los indicios que hemos presentado.

Pero es claro es que para comprender lo que pasó después de 1880 es necesario visibilizar la permanencia de los miembros de la sociedad previa. Para ello es útil recuperar algunas de las conocidas observaciones de Biale Massé, quien en 1904 registraba que las organizaciones obreras estaban integradas mayoritariamente por inmigrantes recientes, aunque advertía que durante las cosechas “es de ver a ese criollo ladino y socarrón hacer lo que le da la gana, y al primer reto pedir que le arreglen la cuenta para irse; y gracias si al pedirla uno no la piden todos” (Biale Massé, 2010: 180). La movilidad espacial y ocupacional de los trabajadores y su “insolencia” continuaban siendo irresolubles para los patrones. Si esto podría ser visto como una actitud individual, no dejaba de tener implicancias colectivas. De todos modos, en diversas actividades se siguió apelando al reclutamiento de estos trabajadores para enfrentar las huelgas sindicalmente organizadas: “criollos del Interior” llevados a Rosario en 1902 frente a la huelga de estibadores, correntinos y entrerrianos convocados a Buenos Aires por la gran huelga de portuarios, y varios casos más (Biale Massé, 2010: 188-200). Por lo tanto, si bien las patronales pueden haber obstruido la organización obrera y la eficacia de las huelgas, contribuyeron también a crear condiciones propicias para la integración de trabajadores de muy diferente origen, experiencias y tradiciones en una misma clase.

Y esto se torna más significativo si se lo examina a largo plazo: los movimientos migratorios provenientes del mundo campesino de las provincias del interior para trabajar temporal o definitivamente como

asalariados en el bajo litoral y en Buenos Aires eran un fenómeno crucial al menos desde el siglo XVIII, que se explica no solo por los salarios más altos y más monetizados o por la menor rigidez de las relaciones coactivas sino también por las mayores oportunidades de empleo y de acceso a la tierra. Sin este condicionante estructural de la conformación del mercado de trabajo, que ni siquiera la gran inmigración producida desde la década de 1870 pudo anular, no se comprenden ni las vertientes que configuraron la clase trabajadora ni la eficacia de la “fuga” como estrategia de resistencia. Y aunque no tuvimos espacio para plantearlas, también en las provincias hubo largas experiencias de conflicto protagonizadas por los trabajadores.

Las fragmentarias evidencias relevadas suscitan más interrogantes que conclusiones taxativas. Su relevancia reside en que ayudan a precisar un problema que merece una investigación mucho más amplia y necesariamente colectiva. Cobran mayor entidad si se las sitúa en el contexto de las enormes dificultades que pudieron afrontar los trabajadores rioplatenses para desplegar acciones colectivas en sus ámbitos laborales. Sus posibilidades estuvieron limitadas no solo por factores coyunturales o circunstanciales sino también estructurales. Por lo pronto, porque muy pocos establecimientos productivos concentraban un grupo numeroso de trabajadores: es por ello que tiene particular importancia considerar sus experiencias de protesta y resistencia en las unidades militares o milicianas.

Hubo otros factores limitantes: la diversidad de orígenes regionales y raciales, los distintos estatutos legales en que estaban inscriptos, los disímiles niveles de calificación, la combinación de distintas relaciones de producción dentro de los mismos establecimientos, las posibilidades de encontrar otros modos de subsistencia por fuera del mercado de trabajo o las cambiantes relaciones con los dispositivos de poder. En ese contexto, las migraciones laborales hacían factibles la circulación y el intercambio de tradiciones de lucha, ideas y experiencias, pero también pudieron obstaculizar las posibilidades de acción colectiva y aumentar la diferenciación.

Debemos enfatizar algo más. La expansión del trabajo asalariado fue una tendencia decimonónica central, aunque es probable que hasta muy avanzado el siglo los salarios no conformasen el componente principal y permanente de los ingresos de las familias trabajadoras y, sobre todo, que no estuvieran en condiciones de asegurar la supervivencia y menos su reproducción. Con todo, la información disponible atestigua la capacidad de los trabajadores para disputar los niveles de remuneración y, en algunas coyunturas, incluso un aumento de los salarios reales (Gelman y Santilli, 2015; Moraes y Thul, 2017).

La generalización del trabajo asalariado, entonces, no se desarrolló

en forma simple ni lineal sino de manera contradictoria y con enormes variaciones tanto regionales como entre las distintas ramas de la actividad económica. La tendencia se desplegó en simultáneo a la erosión de la esclavitud, aunque coexistió con el desarrollo de otras formas de trabajo coactivo. Tampoco puede ser asimilada a un proceso de proletarización y menos a una expropiación generalizada de los medios de producción que disponían los trabajadores. Algunas evidencias del Buenos Aires rural, por ejemplo, indican que hasta mediados del siglo XIX el aumento del número de asalariados no significó la desaparición del amplio espectro de pequeños productores, que por el contrario persistieron e incluso aumentaron. Así, los hogares rurales de no propietarios seguían disponiendo de acceso a los medios de producción y ello parece haber incidido en el funcionamiento del mercado de trabajo y el nivel de los salarios. Y no es improbable que, también, lo haya hecho en sus estrategias y modos de acción.

Mirando hacia adelante aparece como necesario aumentar las exploraciones sobre el peso de las prácticas y vivencias de las mujeres, los criollos, indígenas y afrodescendientes, y los trabajadores forzados en el origen del movimiento obrero. Ello ayudará a complejizar la construcción de un sujeto colectivo que, a partir de su propia experiencia, se estaba constituyendo como clase.

Referencias

- AA.VV. (1987), "Estudios sobre el mundo rural. Polémica: gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial", *Anuario IEHS*, n° 2, pp. 25-70.
- Alemano, María Eugenia (2016), *El Imperio desde los márgenes. La frontera del Buenos Aires borbónico (1752-1806)*, Tesis de Doctorado, Universidad de San Andrés.
- Allemandi, Cecilia (2015), *Servientes, criados y nodrizas. Una aproximación a las condiciones de vida y trabajo en la ciudad de Buenos Aires a partir del servicio doméstico (fines del siglo XIX-principios del XX)*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de San Andrés.
- Alabart, Mónica (2015), "Los desbandes de Basualdo y Toledo: hacia la fractura del federalismo entrerriano", en Roberto Schmit (ed.), *Caudillos, política e instituciones en los orígenes de la Nación Argentina*, Los Polvorines: Ediciones UNGS, pp. 101-131.
- Andreassi Cieri, Alejandro (1991), "Inmigración y huelga. Argentina, 1900-1920", *Ayer*, n° 4, pp. 117-145.
- Armand Ugón, Enrique *et al.* (1881), *Compilación de leyes y decretos*, Tomo 13, Montevideo.
- Benítez, Mariano (1864), *Antecedentes y fundamentos del Proyecto de Código Rural*, Buenos Aires: Imprenta de Buenos Aires.

- Bentancur, Arturo (1997), *El puerto colonial de Montevideo*, Montevideo: FHCE, vol. 1.
- Bialet Massé, Juan (2010), *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*, La Plata: Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires, vol. 2.
- Boido, Jorge (2002), *La primera huelga general en la República Argentina. Sus características y significados como expresión de la presencia de los obreros como clase en la lucha político-económica*, Tesis de Licenciatura, UNLu.
- Borucki, Alex (2017), *De compañeros de barco a camaradas de armas. Identidades negras en el Río de la Plata, 1760-1860*, Buenos Aires: Prometeo.
- Chalhoub, Sidney y Fernando Teixeira da Silva (2009), “Sujeitos no imaginário académico: escravos e trabalhadores na historiografia brasileira desde os anos 1980”, *Cad. AEL*, vol. 14, n° 26, pp. 15-45.
- Di Meglio, Gabriel (2006), *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires: Prometeo.
- (2007), *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Djenderendjian, Julio (2011), “Optimizando recursos escasos en un área de frontera. La opción por la mano de obra esclava en las grandes estancias entrerrianas coloniales”, *Quinto Sol*, vol.15, n° 2, pp. 1-27.
- Etchechury, Mario (2015), “De colonos y súbditos extranjeros a «ciudadanos en armas». Militarización y lealtades políticas de los españoles residentes en Montevideo, 1838-1845”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 4, pp. 119-142.
- Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: CEAL.
- Fradkin, Raúl (comp.) (1993), *La historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos*, I, Buenos Aires: CEAL.
- (2001), “¿«Facinerosos» contra «cajetillas»? La conflictividad rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales”, *Illes i Imperis*, n° 4, pp. 5-33.
- (2013), “La participación política popular en el litoral rioplatense durante el siglo XIX. Notas y conjeturas”, en Gabriel Di Meglio y Raúl Fradkin (coords.), *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 239-272.
- (2014), “Las milicias de caballería de Buenos Aires, 1752-1805”, *Fronteras de la Historia*, vol. 19, n° 1, pp. 124-150.
- Garavaglia, Juan Carlos (2001), “De Caseros a la guerra del Paraguay: el disciplinamiento de la población campesina en el Buenos Aires postroquista (1852-1865)”, *Illes i Imperis*, n° 5, pp. 53-80.
- (2003), “Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860”, en *Anuario IEHS*, 18, pp. 153-187.
- Gelman, Jorge (1999), “El fracaso de los sistemas coactivos de trabajo rural

- en Buenos Aires bajo el rosismo. Algunas explicaciones preliminares”, *Revista de Indias*, vol. LIX, n° 215, pp. 123-141.
- Gelman, Jorge y Daniel Santilli (2015), “Salarios y precios de los factores en Buenos Aires, 1770-1880. Una aproximación a la distribución funcional del ingreso en el largo plazo”, *Revista de Historia Económica*, vol. 33, n° 1, pp. 153-186.
- Grezo Toso, Sergio (2007), *De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago: RIL.
- Íñigo Carrera, Nicolás (2011), “La clase obrera en Argentina, ayer y hoy”, *Travesía*, n° 13.
- Johnson, Lyman (2013), *Los Talleres de la revolución. La Buenos Aires plebeya y el mundo del Atlántico, 1776-1810*, Buenos Aires: Prometeo.
- Katz, Mariana (2017), “Los artesanos proteccionistas. Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX”, *Economía y Política*, vol. 4, n° 2, pp. 5-36.
- Leyes, Rodolfo (2014), “Destellos de un nuevo sujeto: Los conflictos obreros en los saladeros y la formación de la clase obrera entrerriana (1854-1868)”, *Mundo Agrario*, vol. 15, n° 30.
- Luke Azcona, Emilio (2007), *Ciudad y poder: la construcción material y simbólica del Montevideo colonial (1723-1810)*, Sevilla: CSIC-Universidad de Sevilla-Diputación de Sevilla.
- Mafud, Julio (1988), *La clase obrera argentina*, Buenos Aires: Distal.
- Marotta, Sebastián (1960), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Período 1857-1907*, Buenos Aires: Lacio.
- Mitidieri, Gabriela (2017), *Costureras, modistas, sastres y aprendices. Una aproximación al circuito de trabajo de la costura. Buenos Aires, 1852-1862*, Tesis de Licenciatura en Historia, UBA.
- Moraes, María Inés y Florencia Thul (2017), “Los salarios reales y el nivel de vida en una economía latinoamericana colonial: Montevideo entre 1760-1810”, *Revista de Historia Económica*, vol. 36, n° 2, pp. 185-213.
- Palermo, Eduardo (2008), “Cautivos en las estancias de la frontera uruguayo-brasileña”, *Mundo Agrario*, vol. 9, n° 17.
- Perri, Gladys (2015), *El trabajo y los trabajadores en el mundo rural durante una época de transición. Buenos Aires, 1780-1830*, Tesis de Doctorado, Universidad Pablo de Olavide.
- Poy, Lucas (2014), *Los orígenes de la clase obrera argentina: huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Rabinovich, Alejandro (2013), *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Ratzer, José (1969), *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba: Pasado y Presente.
- Rodríguez Molas, Ricardo (1957), “Una huelga en el Montevideo de 1769”, *Boletín Histórico*, Montevideo: Estado Mayor del Ejército, n° 71-72.

- Román, César (2004), “Los cambios en la protesta: los trabajadores de las estancias y saladeros. El caso del oriente entrerriano (1850-1862)”, *PIMSA. Documentos y Comunicaciones*, n° 46, pp. 54-71.
- Salvatore, Ricardo (2003), *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham: Duke University Press.
- Schettini, Cristiana (2016), “Ordenanzas municipales, autoridad policial y trabajo femenino: la prostitución clandestina en Buenos Aires, 1870-1880”, *Revista Historia y Justicia*, n° 6, Santiago de Chile, pp. 72-102.
- Schmit, Roberto (2008), “Poder político y actores subalternos en Entre Ríos, 1862-1872”, *Anuario IEHS*, n° 23, 199-226.
- Schmit, Roberto y Mónica Alabart (2013), “Cambio institucional y prácticas sociales en los orígenes del capitalismo rioplatense: Entre Ríos, 1860-1878”, *Quinto Sol*, vol. 17, n° 1, pp. 1-24.
- Sedeillán, Gisela (2006-2007), “Las leyes sobre la vagancia: control policial y práctica judicial en el ocaso de la frontera (Tandil 1872-1881)”, *Trabajos y Comunicaciones*, n° 32-33, pp. 141-166.
- Sowell, David (2006), *Artesanos y política en Bogotá, 1832-1919*, Bogotá: Pensamiento Crítico - Círculo de Literatura Alternativa.
- Tarcus, Horacio (2007), *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tarditti, Roberto (2008), *La formación de la clase obrera. Alcances y límites de la organización sindical de los obreros de frigorífico durante la presidencia de Yrigoyen. Las huelgas de 1917-1918 en Avellaneda*, Tesis de Doctorado, FFyL, UBA, t. I.
- Thul, Florencia (2014), *Coerción y relaciones de trabajo en el Montevideo independiente, 1829-1842*, Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.
- (2016), “Entre la coacción y la resistencia. Prácticas asociativas de los trabajadores de Montevideo en la década de 1830”, en *A Contracorriente*, vol. 14, n° 1, pp. 148-172.
- (2017), “Deuda, trabajo y coerción. Las experiencias de colonización canaria en el Estado Oriental del Uruguay (1830-1843)”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 74, n° 1, pp. 185-209.
- Viñas, David (1971), *De los montoneros a los anarquistas*, Buenos Aires: Carlos Pérez.
- Yunque, Álvaro (1984), *Leandro Alem. El hombre de la multitud*, tomo 1, Buenos Aires: CEAL.
- Zubillaga, Carlos y Jorge Balbis (1985), *Historia del movimiento sindical uruguayo*, tomo I: *Cronología y fuentes (hasta 1905)*, Montevideo: Banda Oriental.

Colección Archivos

Hernán Díaz (coord.)

Espionaje y revolución en el Río de la Plata

**Los archivos secretos de
una red diplomática de
persecución al maximalismo
(1918-1919)**



Desde que el movimiento obrero empezó a organizarse, el poder recurrió de manera sistemática al espionaje, la delación y la infiltración, utilizando agentes e informantes para conocer y prevenir los levantamientos sociales.

Poco se sabe de estas actividades de inteligencia. En este libro, el décimo de la Colección Archivos, ofrecemos una investigación sobre la red de espionaje creada en Buenos Aires por las embajadas de Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia, al finalizar la Primera Guerra Mundial en 1918, con el fin de tener un conocimiento preciso de lo que en la época se llamaba “maximalismo”: anarquistas, revolucionarios, bolcheviques, todos favorables a la revolución rusa.

La red abarcó tanto Buenos Aires como Montevideo, dos ciudades donde el movimiento obrero había demostrado una gran combatividad y cuyos dirigentes circulaban con facilidad entre una y otra capital.

Incluimos también un anexo con una selección de los documentos elaborados por la red de espías, entre los que sobresale un listado de los 400 maximalistas más peligrosos de ambas márgenes del Río de la Plata.

Un fantasma recorre los Andes colombianos: socialismo y comunismo en el siglo XIX

Miguel Ángel Urrego

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
mangelurrego@gmail.com

Title: A Ghost walks the Colombian Andes: socialism and communism in the XIX century

Resumen: A mediados del siglo XIX en Colombia circularon los conceptos de socialismo y comunismo. Esto fue posible debido a la existencia de un lenguaje político radicalizado por el proceso de Independencia; a que los campesinos, negros e indígenas participaron activamente en política desde el estallido del Movimiento de los Comuneros en 1781; a la organización de los artesanos en las Sociedades Democráticas; a la toma del poder por sectores reformistas del ejército y de los artesanos en 1854; y al permanente contacto con la literatura del primer socialismo europeo. Los conceptos fueron empleados por los artesanos y el sector radical del liberalismo para defender proyectos de reforma social y por ello fueron condenados por el conservatismo y la Iglesia.

Palabras clave: socialismo – comunismo – Colombia – artesanos – Sociedades Democráticas – guerra civil de 1854

Abstract: In the middle of the 19th century in Colombia, the concepts of socialism and communism circulated. This was possible due to the existence of a political language radicalized by the process of Independence; that peasants, blacks and indigenous people participated actively in politics since the outbreak of the Comuneros Movement in 1781; to the organization of artisans in the Democratic Societies; to the seizure of power by reformist sectors of the army and artisans in 1854; and to the permanent contact with the literature of the first European socialism. The concepts were used by the craftsmen and the radical sector of liberalism to defend projects of social reform and for that reason they were condemned by the conservatism and the Church.

Keywords: socialism – communism – Colombia – artisans – Democratic Societies – civil war of 1854

Recepción: 13 de noviembre de 2018. **Aprobación:** 11 de febrero de 2019

Introducción

La historia del comunismo y el socialismo en Colombia ha sido tradicionalmente presentada como un suceso propio del siglo XX.¹ Y cuando los historiadores aceptan la circulación de estos conceptos en el siglo XIX la perciben como resultado de una moda intelectual de los “señoritos blancos” de las ciudades –que los difundieron entre los sectores artesanales con la intención de movilizarlos de acuerdo a sus intereses– que, por tanto, no corresponde a la realidad colombiana ni a las posibilidades intelectuales o políticas de los sectores populares. Esta postura se hace manifiesta igualmente a la hora de analizar sucesos como las actividades de las Sociedades Democráticas de artesanos –organizaciones que congregaron a los trabajadores y pobres de gran parte de Colombia, especialmente a mediados del siglo– y el denominado golpe de José María Melo (17 de abril de 1854). Éste llevó al poder a un sector del ejército y a las Democráticas, quienes gobernaron hasta el mes de diciembre, cuando fueron derrotados en una guerra civil por una alianza entre liberales y conservadores.

Los artesanos en Colombia representaron un variopinto sector de trabajadores de las escasas actividades que podían considerarse industriales en aquel momento o que desempeñaban un oficio manual. A mediados del siglo XIX los artesanos se organizaron alrededor de Sociedades Democráticas, algunas de ellas por gremios y bajo la protección de un santo, empleando un lenguaje político avanzado, con claras referencias al primer socialismo europeo, con un plan de acción que incluía la lucha por la defensa de sus intereses, la oposición al libre cambio y, en algunos casos, la búsqueda de reformas sociales. La mayoría de ellas se guió por el reglamento de la Sociedad establecida en Bogotá en noviembre de 1847. Sus primeros pronunciamientos fueron una carta al congreso pidiendo la cancelación de las medidas que reducían los aranceles a la importación de productos manufacturados y el apoyo a la candidatura presidencial de José Hilario López, decidida por la mayoría en una asamblea. La Democrática inició sus actividades con 300 socios, pero gracias al apoyo que ofrecía a los artesanos, especialmente con diversos cursos de instrucción, defensa de sus actividades económicas y otros beneficios, a los dos años ya contaba con 1.500 miembros.

Sin embargo, los artesanos quedaron en medio de la confrontación

1. Este texto se elabora en el marco de actividades de año sabático gracias a la beca del Conacyt y la hospitalidad de la Goethe Universität de Frankfurt am Main, en particular la del profesor Roland Spiller. El autor agradece a los evaluadores anónimos y a los editores de la revista sus atinadas recomendaciones y espera haber respondido satisfactoriamente a la mayoría de ellas.

entre liberales y conservadores que luchaban por el control del Estado y la implementación de su particular visión sobre el orden social, de allí que se buscó su incorporación a la lucha política, especialmente durante las guerras civiles que se sucedieron a lo largo del siglo. El sector radical del liberalismo –los denominados *gólgotas*– contribuyó a la circulación de los nuevos conceptos, entre ellos los de socialismo y comunismo, pero generó una confrontación al plantear el librecambio, que fue visto como la razón de la ruina de los productores locales y por ello con el paso del tiempo se presentó una ruptura con los artesanos. Por su parte, los conservadores también animaron su organización, pero con la clara intención de alejarlos de ideas radicales y para movilizarlos en torno a la defensa de la religión, el Papa y lo que en aquel entonces se consideraba la moral católica.

La mayor parte de los historiadores coinciden en señalar que, por una parte, el socialismo fue invocado por un sector del liberalismo, el ala radical de los *gólgotas*, y que tal hecho expresaba una contradicción entre los intereses políticos y económicos de un sector de la clase dominante y la necesidad de organizar a los artesanos para que apoyaran sus reformas (Colmenares, 1997: 108). Para otros, se trataba del exceso de interés por copiar las modas europeas y unos pocos académicos señalan la importancia y la originalidad de estas ideas en el escenario colombiano.

Los ataques contra Melo se originaron en juicios políticos del siglo XIX que consideraron que éste se impuso por un “golpe” o una “dictadura”. En el siglo XX una valoración igualmente polémica fue la de Luis Ospina Vásquez, uno de los más importantes historiadores colombianos, quien criticó la experiencia del gobierno de Melo y de los artesanos de 1854. De igual forma los balances sobre la guerra civil de 1854, cuya bibliografía aún es escasa, también limitan el alcance del proyecto de Melo (Uribe de Hincapié y López Lopera, 2010: 355).

La visión apologética, que resalta la toma del poder por parte de sectores no hegemónicos por primera y única vez en la historia de Colombia, la exponen Gustavo Vargas Martínez (1972) y Carmen Escobar Rodríguez (1990). Los dos autores utilizan casi los mismos términos para referirse a los sucesos acaecidos entre abril y diciembre de 1854: de acuerdo a la segunda, fue “un acontecimiento histórico sin precedentes en la historia nacional del país. La primera revolución política eminentemente popular cuya dirección y hegemonía estaba en manos de la clase de los artesanos, de los militares y de la intelectualidad democrática pequeño burguesa” (Escobar Rodríguez, 1990: 268).

Por nuestra parte, creemos que la circulación de los conceptos de comunismo y socialismo en la Colombia del siglo XIX fue un proceso que estuvo ligado al impacto de las movilizaciones sociales que llevaron a la

crisis al orden colonial, a la naturaleza del debate político entre liberales y conservadores, a los complejos vínculos con una tendencia planetaria y, finalmente, a las características propias de los artesanos y a la forma que adquirió la defensa de sus intereses. Debido a la amplitud del tema únicamente haremos una mención muy rápida a los elementos señalados para centrarnos en el estudio de la circulación de los conceptos, pero siempre teniendo en cuenta que no fue resultado de una copia promovida por una adopción ingenua de un orden epistemológico occidental, eurocentrista y racista; ni por la “influencia” de la revolución de 1848; ni tampoco el resultado de una moda intelectual de los señoritos blancos e ilustrados de la ciudad letrada que luego fue impuesta a los artesanos.² Por el contrario, se trata de un largo camino recorrido por los sectores populares de las grandes ciudades colombianas que “tradujeron” –leyeron desde sus circunstancias– a algunos escritores europeos y latinoamericanos y que dejaron en periódicos, memorias y diversos escritos y acciones políticas, que fueron comentadas por miembros de los partidos tradicionales, su particular manera de emplear estas nociones. De igual forma, el uso de los conceptos expresa las complejas alianzas entre elites y subalternos en el siglo XIX.

Origen de los conceptos de comunismo y socialismo

El surgimiento de los conceptos de comunismo y socialismo en Europa tiene una larga tradición que reúne cuatro tipos de experiencias de utopía social: la de las tradiciones religiosas ligadas a imágenes igualitarias del cristianismo, de allí el énfasis en una nueva moral que formularon los primeros socialistas; la de la literatura de utopía, muy popular en el siglo XVIII; la de las luchas sociales de artesanos y diverso tipo de trabajadores en el siglo XVIII y comienzos del XIX; y la de los teóricos que promovieron críticas a las extremas condiciones de los trabajadores, se opusieron a la burguesía y promovieron la necesidad de un nuevo orden social.

Para finales del siglo XVIII ya se encontraba activo François Babeuf

2. El debate alrededor del eurocentrismo nos parece útil desde el punto de vista teórico, pero de escasa utilidad para América Latina. En general, creemos que en el terreno de las ideas en nuestro continente no ha existido copia o sometimiento a epistemes occidentales. Por el contrario, encontramos una fuerte reelaboración de los conceptos, ideas, autores y libros; hubo aportes significativos al arte, la cultura y la ciencia; y ha sido permanente la estrecha colaboración con los intelectuales europeos y estadounidenses. Por ello, el punto de vista de los decoloniales de reivindicar el lugar de enunciación nos parece absurdo, especialmente cuando consideramos los aportes de la historia del libro, la historia conceptual o el funcionamiento de las redes intelectuales.

y su grupo Los Iguales (1795-1796), considerado el primer partido comunista activo (Cordillot, 2014: 40 y ss). Al iniciarse el siglo XIX comenzaron a elaborarse planteamientos de los pioneros del socialismo, quienes reflexionaban sobre la naturaleza humana y a la vez proponían un plan de acción, un programa de transformación de la sociedad. Los estudiosos sobre el primer socialismo coinciden en señalar, como lo sostiene Michel Cordillot, que comunismo se entendía como “comunidad de bienes” y socialismo se concibió como contrario al individualismo o egoísmo, aunque era indiferente a la forma que adoptara el gobierno (2014: 40). Las formulaciones con cierto grado de elaboración del concepto de socialismo se produjeron alrededor de 1827 en Inglaterra por parte de quienes seguían las propuestas de Robert Owen, quien lo usó de manera clara en 1830.³ Este personaje, rico propietario de una industria textil, se preocupó por mejorar las condiciones de los trabajadores de su fábrica y por crear experimentos sociales en Estados Unidos, donde dio origen a una comuna para aplicar sus ideas, e incluso pensó una tentativa similar para México. Fue precisamente a partir de estas dos experiencias que comenzó a emplearse la noción de socialismo, que ganó gran popularidad dentro de los reformadores sociales de su época.

Posteriormente, con el surgimiento de la Liga de los Proscritos (1834), exiliados que buscaban una transformación de la situación social en Alemania, se dio un paso importante en la organización de los más radicales, proceso consolidado con la formación de la Liga de los Justos (1836), quienes se orientaban por el lema “Todos los hombres son hermanos”. Sin embargo, lo más importante es que dos de sus activistas, Karl Schapper y Wilhelm Weitling, comenzaron a darle un matiz socialista y comunista a la Liga, planteando en 1838 que el protagonista de la transformación social debía ser la clase obrera. Tras una insurrección fallida en mayo de 1839, Schapper, Joseph Moll y Heinrich Bauer se establecieron en Londres y crearon la Sociedad Comunista de Formación Obrera, la cual publicó un manifiesto en un periódico de Hamburgo donde se aprecia una depuración de los conceptos (Bravo, 1976: 308). Por su parte, Marx y Engels comenzaron en los años 1840 una reelaboración de los presupuestos teóricos de los primeros socialistas y luego fundaron en 1846 el denominado Comité Comunista de

3. El empleo de la noción “socialismo utópico” para caracterizar las elaboraciones de las primeras décadas del siglo XIX se origina en el *Anti-Dühring* de Engels. Los críticos posteriores al utilizar la expresión “primitivo” tendieron a crear imágenes incorrectas sobre las limitaciones de pensadores como Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen (Stedman Jones, 1984: 199 y ss). Las polémicas se mantienen hasta hoy día especialmente porque algunos historiadores comienzan la historia del socialismo en 1871 o porque no perciben la existencia de una corriente claramente diferenciada de socialismo en las primeras décadas del siglo XIX (Pilbeam, 2000).

Correspondencia, con el cual iniciaron acercamientos a la Liga. En el congreso de 1847, la Liga encargó a Marx y a Engels la redacción de un programa, que finalmente adoptó el nombre de *Manifiesto del Partido Comunista* y se publicó el 21 de febrero de 1848. Además, se adoptó el nombre de Liga Comunista y la consigna: “Proletarios de todos los países uníos!”. De manera que cuando Marx y Engels publican el *Manifiesto* los conceptos adquieren su configuración no solamente más elaborada sino la de uso corriente hoy día (Droz, 1984: 607-608).

Los artesanos y las ideas radicales en el siglo XIX

Diversos historiadores han estudiado la gran capacidad de los subalternos para dotarse de liderazgos, organizaciones y teorías. George Rudé (1971), por ejemplo, sostuvo que puede hablarse de dos tipos de ideología en un movimiento popular: la inherente y la derivada. La primera es aquella elaborada por los propios sectores populares, mientras que la derivada es la que adoptan en su permanente contacto con las elites. Por supuesto, no se trata de dos construcciones contrapuestas, sino que se encuentran en permanente y mutua transformación y reelaboración. Otros campos de saber, como la historia del libro, la historia de la lectura o la historia de la cultura popular, apuntan a una dirección similar: la precariedad en la que viven los subalternos o su analfabetismo no es impedimento para acceder al mundo de las ideas. De manera que descartamos cualquier consideración sobre la incapacidad o imposibilidad de los artesanos latinoamericanos del siglo XIX para acceder por su propia cuenta a las doctrinas radicales. Lo importante a nuestro juicio es analizar la forma específica que adquirió la traducción –circulación, apropiación y transformación– de los conceptos de socialismo y comunismo en la cultura popular colombiana del siglo XIX y estudiar los acontecimientos políticos que la hicieron posible.

Desde el siglo XVIII, y especialmente durante la independencia, existió una estrecha relación de los intelectuales con ideas radicales que circulaban en Europa y con las nuevas formas de sociabilidad, las empresas científicas, los viajes y las sociedades masónicas. La mayor parte de los líderes de la independencia fueron masones y en particular los más inclinados a romper las relaciones de dependencia con España se mostraron partidarios de asumir las tradiciones radicales de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. No obstante, no se trató de una aplicación mecánica o copia de dichas ideas; por el contrario, pensamos que existió una importante reelaboración del lenguaje político. Lo importante para nuestra explicación es que la mayoría de quienes participaron en la formación de las Sociedades Democráticas, en la difusión de ideas radicales y en el levantamiento del 17 de abril de 1854, que para algunos puede

ser catalogado como “socialista”, habían tomado parte de una manera u otra en las luchas que dieron lugar a la independencia. Por ello fueron frecuentes los usos de pensadores socialistas y comunistas, pues toda esa generación estaba familiarizada con la idea de “revolución”.

Por otra parte, hay que considerar que la formación de sociedades de artesanos comenzó en la década de 1820 y fue impulsada por el general Francisco de Paula Santander, encargado de la República de Colombia ante la ausencia de Simón Bolívar, en su afán de crear una nueva base política. De manera que también es necesario corregir el equívoco de los historiadores que señalan que este tipo de organizaciones irrumpieron a finales de los años 40. Creemos que es mejor hablar de ciclos, siendo el más prolífico el que va de 1847 a 1855, y que es al que se refieren la casi totalidad de los historiadores y quienes vivieron en aquel entonces y consignaron en memorias su opinión sobre el gobierno de José María Melo y los artesanos de 1854.

En el siglo XIX existieron varios conceptos de uso frecuente con los cuales se quiso englobar a un variopinto conjunto de habitantes de la Nueva Granada.⁴ Inicialmente se empleó la noción de “pueblo” para referirse a los sectores que carecían de instrucción, recursos económicos y tenían derechos civiles limitados. Alrededor de la participación del pueblo en política existieron dos enfoques: los que consideraban que era consecuencia de la manipulación de las pasiones y aquellos que pensaban que era el resultado de la labor de ilustración de las elites. De manera que, en cualquiera de los dos casos, se concebía al pueblo como un infante o carente de voluntad e instrucción. Posteriormente, y ya bajo la incorporación de noticias sobre la experiencia francesa, la noción de pueblo se sustituyó por la de ciudadano, pues a la hora de explicar el factor de cohesión de las sociedades las elites se encontraron ante la disyuntiva: ciudadanía o religión. Por ello, el debate fue alrededor de las libertades públicas (libertad de prensa, propiedad, amplios derechos civiles, etc.) y la moral.

Cuando comenzaron a circular, los conceptos de socialismo y comunismo se incorporaron a las polémicas alrededor de la definición del pueblo y la ciudadanía. Por ello podemos encontrar en un mismo artículo de prensa o comentario las posiciones de quienes concebían el socialismo como la posibilidad de acceso a la ciudadanía. Solamente a medida que se avanzó en la depuración de los conceptos se pudo establecer una clara distinción de términos.

4. Colombia tuvo los siguientes nombres a lo largo del siglo XIX, República de Colombia (unidad con Venezuela y Ecuador) (1819-1830); República de la Nueva Granada (1831-1858); Confederación Granadina (1858-1863); Estados Unidos de Colombia (1863-1886); República de Colombia (1886 en adelante).

Origen de los conceptos socialismo y comunismo en la Colombia del siglo XIX

Desde mediados del siglo XIX se conocieron en América Latina corrientes de pensamiento que empleaban y difundían los conceptos de socialismo, comunismo e, incluso, marxismo, obviamente de una manera muy particular y sin el contenido que tienen hoy día. La mayor parte de estas corrientes se alimentaban de lo que genéricamente se ha denominado “utopías sociales” y que han tenido una larga tradición en el pensamiento y la literatura.⁵

Es necesario señalar que en el siglo XIX se presentaron una serie de circunstancias que privilegiaron la circulación de nuevos conceptos: existió desde la independencia un amplio uso de lenguaje político radicalizado. En segundo lugar, el ascenso de las Sociedades Democráticas y el golpe de José María Melo estimularon las posturas radicales en los artesanos colombianos. Finalmente, hay que mencionar que a lo largo del siglo XIX existió una amplia búsqueda de doctrinas y autores que representaran las vanguardias políticas y no fue ajena la circulación de ideas al mismo tiempo que se encontraban en boga en otros países. Ello explica que, en la Colombia del siglo XIX, también se conocieran los conceptos elaborados por los primeros socialistas.

La coyuntura de la historia de Colombia en la que usualmente se detienen los historiadores es la de mediados del siglo XIX, caracterizada por tres eventos muy importantes: el gobierno de José Hilario López (1849-1853), en el que se aplicaron las reformas liberales de medio siglo, como la libertad de los esclavos; la fundación de las Sociedades Democráticas de artesanos, agrupaciones que difundieron un mensaje de igualdad; y el ascenso al poder de José María Melo (7 de abril de 1854), el cual fue respaldado por los artesanos de Bogotá, quienes gobernaron hasta el 4 de diciembre con propuestas de reforma social.⁶

Melo fue un militar descendiente de indígenas pijaos, participó activamente en las actividades de la conformación de la República de Colombia y desde Venezuela luchó en 1835 por su restauración. Tras su

5. Algunos estudios parten de la consideración de que el marxismo se inició con la fundación de los PC y le brindan poca atención a los pensadores del siglo XIX; véase a manera de ejemplo Guadarrama González (1999). Una propuesta que rescata los primeros pasos del socialismo en Argentina en Tarcus (2016); para el caso de México, véase Illades (2008).

6. Para el conservatismo se trató de un “golpe militar” y una “dictadura”. Un relato de los protagonistas de la guerra civil que se desató luego del ascenso de Melo al poder en Venancio Ortiz (1855). Véase además el folleto anónimo *La revolución. Orijen, progresos, fines i estado actual de la revolución democrática, que se prepara en esta ciudad*, Bogotá, Imprenta F.T. Amaya, abril de 1858.

derrota debió viajar a Inglaterra, donde continuó sus estudios militares, y se acercó a las ideas que impulsaban los reformistas sociales. En 1841 retornó a Ibagué (la actual capital del departamento del Tolima) y se involucró con los artesanos. Bajo el gobierno de José Hilario López fue nombrado general con la tarea de defender la reciente libertad de los esclavos (1851).⁷ Luego de asumir el gobierno provisional en abril de 1854, y tras ser derrotado, tuvo que viajar a Centroamérica y después a México: allí defendió la causa de Benito Juárez en las Guerras de Reforma, por lo que fue fusilado en 1860 (Ortiz Vidales, 2002).

Las sociedades, católicas o democráticas, tuvieron un período de auge a finales de la década del 30. En mayo de 1838 Ignacio Morales fundó en Bogotá la Sociedad Católica y posteriormente, el 10 de julio, Lorenzo María Lleras y Juan Nepomuceno Vargas hicieron lo mismo con la Sociedad Democrática Republicana de Agricultores i Labradores Progresistas de la Provincia de Bogotá. En octubre de 1847 surgió la Sociedad de Artesanos, de carácter mutualista y pedagógico, que dos años más tarde se transformó en Democrática, y también la Sociedad de Bogotá. Se ha calculado que el número de asociados en sus mejores momentos fue de alrededor de 4.000 individuos, cuando la ciudad tenía 25.000 habitantes. En la década del 40 los ecos de la revolución de 1848 y los sucesos políticos nacionales fortalecieron a las Democráticas en todo el país. Para mediados de la década siguiente existió un nuevo auge de fundación de sociedades en gran parte del país: alrededor de 112 según la *Gaceta Oficial*, aunque las más fuertes se concentraron en Bogotá, pues había allí más artesanos y mayores recursos para crear periódicos y publicar hojas volantes.

Existe un debate historiográfico sobre el impacto de las ideas de los primeros socialistas en la Colombia de mediados de siglo. Desde hace varias décadas historiadores como Jaime Jaramillo Uribe hablaron de una “etapa romántica” en la cual la circulación de autores franceses fue fundamental, entre ellos Eugenio Sue, Víctor Hugo y especialmente Alphonse de Lamartine (Jaramillo Uribe, 1968: 21). La importancia de estos escritores fue señalada por José María Samper, testigo de excepción de los sucesos, quien resaltaba especialmente a Lamartine, cuando comentaba su encuentro en París con el escritor francés, a quien le habló de la importancia de sus ideas en el país y de la circulación de sus libros, especialmente *Viaje a Oriente* (1835) y la *Historia de los Girondinos* (1847).

7. José Hilario López (1798-1869) se vinculó al ejército libertador desde los 14 años y participó en las más importantes batallas de la guerra de independencia; asumió el cargo de presidente el 7 de marzo de 1849 gracias a la presión de los artesanos, por lo que el suceso fue bautizado por los conservadores como “la noche de los puñales”; y fue el artífice de las reformas liberales de medio siglo.

José María Samper, quien inicialmente fue animador del socialismo y luego defensor del proyecto más retardatario del conservatismo, nos permite apreciar que a mediados del siglo XIX existía en Colombia un conocimiento de los autores que en Europa desarrollaban el conjunto de ideas que fueron bautizadas posteriormente como “primer socialismo”, aunque en su caso, afirmó, las teorías no las había aprendido en Fourier, Saint Simon, Proudhon ni Blanc sino en la Biblia (Samper, 1858: introducción).⁸

Por su parte Rafael Núñez, quien más adelante fue presidente de Colombia, haciendo un balance de esta coyuntura resaltó el impacto de la revolución del 48 en Francia y la presencia de Lamartine y sostuvo, además, que en la Nueva Granada eran muy populares Louis Blanc y Pierre-Joseph Proudhon. Por ello concluyó que “de 1849 en adelante tuvimos un verdadero alud de utopías y paradojas francesas” (Nieto Arteta, 1962: 231).

Evidentemente, desde ese mismo momento se estableció en la oposición conservadora un rechazo al socialismo y al comunismo con un doble argumento: son ideas europeas que no son útiles en Colombia y éstas solo buscan la movilización de un pueblo ignorante en torno a proyectos de disolución de la nación y la religión. Por ello los políticos que vivieron en esa época y dejaron memorias, como José María Obando, argumentaron que no eran las mismas condiciones europeas las que prevalecían en la Nueva Granada, pues en el viejo continente se explotaba inmisericordemente a las masas obreras y en Colombia se podría prevenir el impacto negativo del capitalismo (Obando, 1853).

Las reflexiones históricas, aún en el siglo XX, estuvieron cargadas de prejuicios elitistas que reproducían juicios de valor sobre los artesanos elaborados en el siglo XIX. Lo particular es que tal postura ha sido sostenida por historiadores de reconocida trayectoria como Luis Eduardo Nieto Arteta, para quien los artesanos se caracterizaron por la “insignificancia de sus pretensiones” y por ser simplemente instrumento utilizados por los políticos (Ospina Vásquez, 1974: 225).

Los sectores más retardatarios de la sociedad rechazaron estos discursos igualitarios y vieron en los *democráticos* a lo más bajo de la sociedad: en una mezcla de elitismo y racismo comenzaron a emplear el término de “Guaches” para identificarlos.⁹ Fueron igualmente comunes los ataques contra las Democráticas señalando las limitaciones del

8. Fue tan importante esta influencia del cristianismo que el sector del Partido Liberal más radical fue denominado “gólgota” por su permanente referencia a Cristo en sus discursos.

9. Según el diccionario del RAE, la palabra se origina en el término quechua “huacha”, que significa pobre. En la Colombia de siglo XIX quería decir, además, ruin y canalla.

pueblo. En un documento del 23 de agosto de 1851 contra la Sociedad Democrática de San Gil (Departamento de Santander) se lee: “La democrática de aquí no se compone sino de una media docena de bribones degradados en la opinion, tramposos por oficio i fallidos por sus vicios; de hombres escandalosos como casados, entregados a la crápula, acribillados de deudas, i que quieren saldar cuentas i cubrir su relajacion gritando democracia”.

De manera enfática, los críticos de la Democrática ampliaron sus juicios con los siguientes argumentos:

El espíritu de secta que la tumultuaria demagogia pretende establecer en todas partes, a fin de que los mas corrompidos i los mas inmorales sean los Señores de la Nación, unido al odio que naturalmente inspiran a los secuaces de esta escuela, los hombres o los pueblos que tienen independencia o alguna riqueza; debía producir su eco en esta provincia i lo ha producido en efecto Los Sanjileños han sido escojidos como víctimas, i cuando se vió que su union i su entereza podian preservarlos, se ocurrió al espediente de producir una escision entre sus hijos estableciendo la mas inicua, la mas infame i la mas injusta de las divisiones entre nosotros, a saber, una guerra de castas. Aquí ha tenido orijen en la Sociedad democrática, que para darle un aspecto político i para pretender hacerla prestigiosa se la ha apellidado “Obando”.¹⁰

Lo interesante de esta respuesta a la creación de la Sociedad Democrática en San Gil es que empleó la noción de comunismo y, por otra parte, destacó el peligro que representaban los *democráticos* para dos hechos considerados sagrados: propiedad y mujeres. Señalaba el documento:

El objeto de la democrática es corromper al pueblo nuestro, tendiendo a establecer el *comunismo de los bienes i la libertad ó el comunismo de las mujeres*.¹¹

El uso de los conceptos de socialismo y comunismo

Una de las primeras referencias a los conceptos apareció en 1849 en el periódico *El Alacrán*, que publicó un artículo titulado “Comunismo” donde se hacía una referencia directa al concepto y a sus implicacio-

10. A los autores de la publicación que contiene el programa de la Sociedad Democrática “Obando” de Sanjil. p. 3. Las cursivas son del original.

11. Ibidem.

nes. Dada la importancia del texto nos atrevemos a citarlo a pesar de su extensión:

Nuestro enemigo es la clase rica, nuestros enemigos reales son los inicuos opresores, los endurecidos monopolistas, los agiotistas protervos. ¿Por qué esta guerra de los ricos contra nosotros? Porque ya han visto que hay quien tome la causa de los oprimidos, de los sacrificados, de los infelices, a cuyo número pertenecemos; porque son acusados por su conciencia de su iniquidad; porque saben que lo que tienen es una usurpación hecha a la clase proletaria y trabajadora, porque temen que se les arrebaten sus tesoros reunidos a fuerza de atroces exacciones y de diarias rapiñas, porque temen verse arrojados de sus opulentos palacios, derribados de sus ricos coches con que insultan la miseria de los que los han elevado allí con sus sudores y su sangre; porque ven que las mayorías pueden abrir los ojos y recobrar por la fuerza lo que se les arrancó por la astucia y la maldad; porque temen que los pueblos desengañados y exacerbados griten al fin como, deben hacerlo y lo harían un día no lejano: ¡abajo los de arriba!; porque saben que el comunismo será y no quieren que sea mientras ellos viven, infames egoístas. Sí, el comunismo será; ¿por qué no había, de serlo? ¿En qué apoyarán sus derechos los expoliadores del género humano? ¿Será por ventura en la justicia? ¡Irrisión! Pero la palabra comunismo pertenece ya al dominio de las mayorías; la discusión está abierta; de la discusión brotará la verdad; las masas conocerán al fin que unos pocos hombres están gozando solos de los bienes ¡las dichas que el Supremo Creador puso en el mundo para todos! en las masas está la fuerza;

Temblad ¡oh! monstruos que se acerca él día.
Temblad tiranos de lá especie humana,
ya la coyunda que el error ponía
rota en pedazos volará mañana;
¿Qué son vuestros derechos? ¡Ironía!
Inventor torpe de ambición insana;
el eco de ¡venganza! hondo, profundo
resuena por los ámbitos del mundo.¹²

12. El periódico fue fundado por Joaquín Pablo Posada y Germán Gutiérrez de Piñerez; su primer número se publicó el 28 de enero de 1849 y el último el 22 de febrero del mismo año. Durante su corta existencia generó una gran polémica por su lenguaje y sus ideas, fue ampliamente recibido por los artesanos de Bogotá, pero igualmente perseguido por los poderosos de la ciudad y generó un duelo a cuchillo entre uno

El 29 de enero de 1852 se publicó en Bogotá un periódico titulado *El Socialista. El amigo del pueblo*, en apoyo al caudillo militar José María Obando y al gobierno de López. Lo interesante es que en ese momento se empleó nuevamente el concepto de “comunismo”:

El divino escritor Dumas dijo que
 “religi3n cristiana sin comunismo, era
 un castillo que el aire”. Si, porque el comunismo
 encierra en s3 mismo, los verdaderos
 principios de moralidad cristiana,
 hacer bien a todos comunalmente.
 El comunismo hace prevenir cr3menes
 El comunismo reforma las malas costumbres.
 El comunismo enseña buenos ejemplos
 Debe el hombre social,
 Sana moral predicar
 El vicio i prostitucion,
 Siempre, siempre condenar.
 Nosotros somos felices.
 Porque sabemos gozar;
 A los hombres instruir,
 A los necios despreciar.¹³

En el mismo a3o circul3 un trabajo firmado por Carlos Mazade, fechado en Par3 el 15 de mayo de 1852 aunque impreso en Bogot3, en el que se analizaban las posibilidades del socialismo para los pa3ses de Am3rica del Sur. Lo particular, adem3s de anticipar que Panam3 terminari3 siendo parte de Estados Unidos, es que se3al3 las limitaciones del socialismo dado el escaso control del territorio existente en la Nueva Granada (Colombia) y el tama3o de su poblaci3n, adem3s de otros factores. No obstante, identificaba todo tipo de excesos del pueblo radicalizado que protestaba en todo el pa3s con las acciones de las Sociedades Democr3ticas y con el socialismo, con la clara intenci3n de

de los ofendidos y Posada y el encarcelamiento de los editores, aunque luego fueron indultados por el reci3n elegido presidente L3pez, quien anul3 los cargos por delitos de imprenta. La mayor3a de los autores que escriben sus memorias sobre el periodo resaltan estos hechos (Cordovez Moure, 2006: 890-897; Borda, 1974: 63 y ss). Los editores fueron miembros de la logia Estrella del Tequendama, encarcelados por el delito de difamaci3n, y Posada fue el redactor de *El 17 de abril*, peri3dico oficial del r3gimen de Melo. Un an3lisis del juicio a los editores de *El Alacr3n* en Ruiz (2016: 279-305).

13. *El Socialista. El amigo del pueblo*, 29 de enero de 1852. Loaiza Cano (2014) nos brinda otros ejemplos de circulaci3n del concepto socialismo y una completa imagen de la relaci3n entre los liberales y los artesanos miembros de la Sociedades Democr3ticas.

desprestigiarlo (Mazade, 1852).¹⁴ Esta postura se empleó para justificar la violencia que se desató contra las democráticas y los artesanos que respaldaron a Melo en Bogotá. En efecto, liberales y conservadores se aliaron militarmente y desataron una cruenta represión para aplastar al pueblo radicalizado, por lo que muchos fueron desterrados a calurosas cárceles en el Caribe.

En otro escrito elaborado para hacer un balance sobre el avance del socialismo en América del Sur se desarrolló una feroz crítica al proyecto de López y al socialismo y una defensa del catolicismo. Nos permitimos citar en extenso el documento para tener los elementos necesarios para entender qué era lo que se temía del socialismo en aquel entonces. El autor del documento sostenía:

Creemos que la cuestion social que ajita actualmente la América i la Europa, puede enunciarse en estos breves términos: ¿Son los principios de la relijion cristiana los mejor calculados para fundar sobre ellos la sociedad? Los que resuelven esta cuestion negativamente se llaman socialistas. Esta secta tiene dos escuelas: la una pretende destruir todo lo que existe, sin proponer cosa alguna en su lugar, para que del desórden sumo, salga el bien, como el mundo salió, en concepto de ellos, del caos –es decir, por “casualidad”–; la otra pretende, que desaparezcan la familia, la relijion cristiana i la propiedad, para sustituir al matrimonio la promiscuidad de las mujeres; a los cuidados paternos, los de un poder comun que crie, cuide i eduque los niños; a la propiedad, la administracion de los bienes por un poder tambien comun, que reparta entre los hombres lo necesario para satisfacer sus necesidades; i que no permita a nadie gozar de lo superfluo, mientras todos no tengan lo necesario. Hai, pues, dos sectas de socialistas: 1. Socialistas destructores. 2. Socialistas visionarios.

El centro de estas dos sectas está en Francia, pero sus agentes andan por todo el mundo, i en todas partes aparecen asumiendo diferentes formas, segun que conviene al progreso de sus doctrinas. La maña, la astucia, la hipocresía, la violencia, la adulacion, la calumnia, la incredulidad, hasta la pre-

14. Este folleto generó una polémica en la Nueva Granada, anota Restrepo en su *Diario*: “Se ha publicado en París un folleto titulado *El Socialismo en América del Sur*; su autor, Carlos Mazade, da un fuerte ataque al gobierno de López y socios y les hace cargos hartos graves. Les hirió mucho este papel que contestara en la discusión el vicepresidente Obaldía, con la palabrería que acostumbra pero sin solidez. Probablemente aquel escrito y otros varios atribuyendo el socialismo al gobierno de López, ha obligado a los miembros que redactaron la discusión a repetir cada semana un artículo en que niegan que sean socialistas y comunistas” (Restrepo, 1954, IV: 257)

dicación del cristianismo, todo les sirve, de todo echan mano. Los socialistas cuentan además con muchos instrumentos, que están trabajando para ellos, i no lo saben, como el buen hombre de Molière, que al cabo de muchos años de estar escribiendo, no sabía que estaba escribiendo prosa.

Ambas sectas socialistas están de acuerdo en que la familia i la propiedad son inconvenientes sociales que deben removerse; i como precisa e indispensable consecuencia, sostienen que el cristianismo no consulta las necesidades, ni resuelve los problemas sociales (Eldropeito, 1852: 6 y 7).

A pesar de que Colombia era un país con limitado poder económico, a mediados del siglo XIX visitaron el país Mijail Bakunin y Élisée Reclus, importantes difusores del anarquismo. El primero de ellos estuvo de paso en Panamá, territorio que formó parte de Colombia hasta 1903. El segundo arribó en 1855 y permaneció dos años realizando una expedición científica de la cual surgió el libro *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, publicado en 1861 en París (Reclus, 1869).

Sin embargo, la mayor presencia de un pensador anarquista fue la de Proudhon, autor que fue frecuentemente citado en la prensa de mediados de siglo, especialmente en el periódico *El Neogranadino*, en el que escribieron el radical liberal Manuel Murillo Toro y el joven conservador Manuel María Madieto, conocido por fundir ideas católicas y socialistas. Son muchos los artículos que se pueden comentar y que permiten apreciar el rastro de los primeros socialistas europeos, pues permanentemente se escribe por ejemplo contra los monopolios.¹⁵ Estas ideas de Murillo Toro, en calidad de Secretario de Hacienda del gobierno de José Hilario López, las llevó a un proyecto de reforma que fue aprobado por el congreso, aunque objetado por el presidente. En su artículo cuarto señalaba: “ninguno podrá hacerse en adelante dueño de una extensión de tierra de la perteneciente al Estado mayor de mil fanegadas”. No obstante, a juicio de Germán Colmenares la oposición de Murillo Toro a los monopolios escondía la defensa de la propiedad de la tierra, pues para él la explotación capitalista era confundida con la que ejercían los terratenientes. De igual forma, su oposición a los monopolios, especialmente del tabaco, tenía una mezcla de defensa de los pequeños propietarios y su rechazo al *laissez faire* era una puerta abierta a la apropiación, por lo cual se mostró partidario de la intervención estatal (Colmenares, 1997: 109-110).

15. En el primer número del periódico *El Neogranadino*, donde se señalan su ánimo crítico y de buscar la imparcialidad ante los partidos políticos, Madieto escribe, citando previamente a Comte, el artículo “Monopolio del tabaco” (4 de agosto de 1848); más adelante se puede leer “Abajo los monopolios” (2 de abril de 1852).

Comentario final

Para responder a la pregunta de por qué los artesanos colombianos de mediados del siglo XIX conocieron y emplearon los conceptos de socialismo y comunismo, es necesario comprender varios fenómenos de larga, media y corta duración. El primero de ellos es una tradición de lucha de los subalternos antes, durante y luego de la independencia. Pensar que las revoluciones de esta época fueron resultado de la acción política de las elites criollas es un error, tanto como suponer que se trató de movimientos que simplemente reflejaban lo que sucedió en las cortes de Cádiz y el ascenso de ideas liberales en España. Por el contrario, hay que señalar dos hechos capitales: el que los sectores populares estuvieron en capacidad de crear sus propias nociones de orden político y que la independencia expresó la existencia de una alianza entre elites y subalternos. Con lo primero queremos decir que es necesario considerar los movimientos de masas, especialmente de 1781 en adelante, como una gran escuela en la que se formaron campesinos y artesanos.¹⁶ Creemos que sin observar los resultados de estas protestas es imposible apreciar que estas generaron liderazgos, dotaron a los subalternos de herramientas interpretativas, formas de sociabilidad modernas, etc.

Además, existió un movimiento republicano, mestizo y negro, en los inicios de la independencia de la Nueva Granada, el cual tuvo como centro político a Cartagena de Indias. Allí se dieron nuevamente dos hechos significativos: las posiciones más radicales que reclamaban la independencia y la alianza de clases.

Luego de la guerra civil de 1854 los artesanos fueron debilitados política y organizativamente y, además, sufrieron el embate del catolicismo que acentuó su pretensión de organizarlos y controlarlos en sociedades católicas. Sin embargo, los ecos de la coyuntura de mediados de siglo se volvieron a escuchar en la década de los 70 a propósito del denominado “Motín del Pan”, cuando a raíz de un alza inusitada en los precios del alimento se desató una fuerte protesta contra las panaderías de la ciudad y se obligó a los tenderos a retornar a los precios originales. Lo particular fue que las consignas agitadas durante la protesta tuvieron una clara mención a la revolución francesa, pues se lanzaron vivas a Robespierre, Danton y otros líderes.

16. La historiografía de la independencia tiene un largo debate sobre la participación de los subalternos. Sin entrar en detalle diríamos que en algunos historiadores hay un reconocimiento de un periodo de auge de las luchas sociales, aunque la mayor parte de los autores limitan sus alcances políticos, en particular su papel en la independencia y sus acciones las conciben como reacciones conservadoras a las reformas borbónicas. Estudios clásicos son Phelan (2009), McFarlane (1984) y, para México, Van Young (2006).

Con el paso del tiempo las referencias a los conceptos de socialismo y comunismo comenzaron a presentarse con el contenido que hoy le asignamos. Varias razones explican esta circunstancia: el conocimiento de los sucesos de la Comuna de París; la censura de la Iglesia católica que desde la publicación del *Syllabus* y otros documentos condenaron al socialismo y con ello permitió, aunque falseando los hechos, la circulación del concepto; la acción de organizaciones anarquistas y socialistas, que vivieron una etapa de auge en América Latina; y una mayor presencia de redes intelectuales y medios de comunicación, con lo cual las noticias y libros circularon ampliamente.

El inicio de un período denominado “hegemonía conservadora” (1880-1930) fortaleció aún más las dinámicas de control de la Iglesia católica y de las elites más retardatarias de la ciudad y el campo. En la constitución de 1886 se impidieron las sociedades secretas, especialmente la masonería. Además, a diferentes niveles se impuso la censura, se estableció un índice de lecturas prohibidas y la necesidad de dispensa eclesiástica para leer periódicos liberales y se consideró un pecado a esta corriente política. En su afán por cuestionar las costumbres de los pobres de la ciudad, la prensa católica calificó con los peores términos las prácticas cotidianas de los subalternos, especialmente de aseo. Esto fue catalogado como una afrenta por los sectores pobres de la ciudad, quienes en 1893 generaron violentas protestas, que luego se articularon con un intento de guerra civil liderada por los liberales para detener a los conservadores (Aguilera, 1997).

Los sectores más retardatarios de la época consagraron una idea: el socialismo se justificaba en Europa por el impacto del capitalismo y por la creación de una masa de menesterosos, pero en Colombia estaba todo por hacer y era posible que los relativamente pocos pobres encontraran oportunidades en el trabajo. La mayor parte de los historiadores coinciden en señalar que el socialismo era expresión de un sector del liberalismo, del ala radical de los *gólgotas*. Para otros, se trata del exceso de las modas intelectuales que llevaron a copiar las ideas producidas en Europa. Ambas posiciones, a nuestro juicio, son herederas de la visión conservadora del siglo XIX que despreció el proyecto de gobierno de Melo y la acción de las Democráticas.

Creemos que, en la Colombia del siglo XIX, dada la naturaleza de la confrontación entre liberales y conservadores y la debilidad numérica de los artesanos y otra serie de limitantes, el encuentro con los conceptos de socialismo y comunismo se manifestó en una pluralidad de alternativas. Existieron en las elites liberales socialistas circunstanciales, como José María Samper; artesanos influenciados por una gran variedad de representaciones sobre la religión y la utopía social; y, finalmente, un grupo decididamente inclinado a la aplicación de las nuevas ideas, aunque

evidentemente minoritario. Este pequeño grupo fue el que mantuvo, a pesar de las circunstancias, la denominación de socialismo y comunismo y siguió ahondando en la lectura del pensamiento crítico. Los herederos de este último sector, a finales del siglo XIX y especialmente a comienzos del siglo pasado, dieron origen a organizaciones políticas claramente socialistas y comunistas y, por supuesto, a corrientes anarquistas, y tuvieron la capacidad de emplear los conceptos de acuerdo a los problemas locales que enfrentaban los subalternos. Es decir, los enriquecieron con nuevos contenidos y los usaron creativamente y de acuerdo a las demandas de la coyuntura histórica y a las necesidades de la movilización social.

Referencias

- Aguilera Peña, Mario (1997), *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín conspiración y guerra civil, 1893-1895*, Bogotá: Colcultura.
- Borda, Francisco de Paula (1974), *Conversaciones con mis hijos*, Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 65, tomo I, pp. 63 y ss.
- Bravo, Gian Mario (1976), *Historia del socialismo, 1789-1848. El pensamiento socialista antes de Marx*, Barcelona: Ariel.
- Colmenares, Germán (1997), *Partidos políticos y clases sociales* [1968], Bogotá: Universidad del Valle-Colciencias-Tercer Mundo.
- Cordillot, Michel (2014), "Socialismo y comunismo en Francia, 1830-1848", en Carlos Illades y Andrey Schelchkov (coords.), *Mundos posibles. El primer socialismo en Europa y América Latina*, México: El Colegio de México-Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, pp. 37 y ss.
- Cordovez Moure, José María (2006), *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Bogotá: Fundación Editorial Epigrafe.
- Droz, Jacques (1984), "El socialismo alemán del Vormärz", en Jacques Droz (dir.), *Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875*, Barcelona: Destino.
- Eldropeito (1852), *Las republicas hispanoamericanas y el socialismo*, Bogotá: reimpresso por Nicolás Gómez, 26 de enero de 1852.
- Escobar Rodríguez, Carmen (1990), *La revolución liberal y la protesta del artesanado*, Bogotá: Fondo Editorial Suramérica.
- Guadarrama González, Pablo (1999), "Bosquejo histórico del marxismo en América Latina", en *Despojado de todo fetiche. Autenticidad del pensamiento marxista en América Latina*, Bogotá: Universidad INCCA de Colombia, Universidad Central de Las Villas, capítulo 1, pp. 1-72.
- Illades, Carlos (2008), *Las otras ideas: estudios sobre el primer socialismo en México, 1850-1935*, México: Era.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1968), "Tres etapas de la historia intelectual de Colombia", *Revista de la Universidad Nacional (1944-1992)*, Bogotá, 1968, n° 1, pp. 5-26.

- Loaiza Cano, Gilberto (2014), “Del débil utopismo de las élites a la formación de una cultura política popular en Colombia”, en Carlos Illades y Andrey Schelchkov (coords.), *Mundos posibles. El primer socialismo en Europa y América Latina*, México: El Colegio de México-Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, pp. 189 y ss.
- Mazade, Carlos (1852), *El socialismo en la América del Sur*, Bogotá: Espinosa.
- McFarlane, Anthony (1984), “Civil disorders and popular protests in late colonial New Granada”, en *Hispanic American Historical Review*, 64 (1), 1984, pp. 19-54.
- Nieto Arteta, Luis Eduardo (1962), *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Obando, José María (1853), “Alocución a los granadinos, del 1° de abril de 1853”.
- Ortiz, Venancio (1855), *Historia de la revolución del 17 de abril de 1854*, Bogotá: Francisco Torres Amaya.
- Ortiz Vidales, Darío (2002), *José María Melo: la razón de un rebelde* [1980], Ibagué: Producciones Géminis.
- Ospina Vásquez, Luis (1974), *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín: La Oveja Negra.
- Phelan, John L. (2009), *El pueblo y el Rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá: Universidad del Rosario.
- Pilbeam, Pamela (2000), *French Socialists Before Marx*, Durham: Acumen.
- Reclus, Élisée (1869), *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá: Foción Mantilla.
- Restrepo, José Manuel (1954), *Diario político y militar: memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la Historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada, desde 1819 en adelante*, Bogotá: Imprenta Nacional, 4 tomos.
- Rudé, George (1971), *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Madrid: Siglo XXI.
- Ruiz, Paola (2016), “La libertad de imprenta en la Nueva Granada: los juicios contra *El Alacrán* a mediados del siglo XIX”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, vol. 43, n° 2, pp. 279-305.
- Samper, José María (1858), *Apuntamientos para la historia social i política de la Nueva Granada 1810, i especialmente de la administración del 7 de Marzo*, Bogotá: Imprenta del Neogranadino.
- Stedman Jones, Gareth (1984), “Reconsideración del socialismo utópico”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 199 y ss.
- Tarcus, Horacio (2016), *El socialismo romántico en el Río de La Plata (1837-1852)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Uribe de Hincapié, María Teresa y Liliana María López Lopera (2010), *Las palabras de la guerra: metáforas, narraciones y lenguajes políticos. Un*

estudio sobre las memorias de las Guerras Civiles en Colombia, Medellín: La Carreta.

Van Young, Eric (2006), *La otra rebelión. Lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México: Fondo de Cultura Económica.

Vargas Martínez, Gustavo (1972), *Colombia 1854: Los artesanos y el socialismo*, Bogotá: La Oveja Negra.

Mercados de abasto y trabajadores. Negociaciones, disputas y formas de ganarse la vida en Buenos Aires, 1850-1870

Valeria Silvina Pita

Conicet - IIEGE
vspita@gmail.com

Title: Markets of supply and workers. Negotiations, disputes and ways to make a living in Buenos Aires, 1850-1870

Resumen: Este artículo busca examinar una serie de encuentros y desencuentros entre tenderos, trabajadores de los mercados de abastecimiento y agentes del municipio para vislumbrar algunas de las tensiones que surgieron ante la presencia de esa autoridad pública en los mercados. Al acompañar las demandas de los hombres y mujeres de los mercados es posible registrar experiencias laborales –con sus jerarquías, características y dinámicas– y algunas de las nociones sobre lo justo y los derechos que quienes las ejercían empleaban o recreaban ante las intervenciones municipales.

Palabras clave: trabajo – mercados de abasto – puestos – regulaciones municipales – derechos

Abstract: This article seeks to examine a series of encounters and disagreements between shopkeepers, workers of the markets of supply and agents of the municipality, in order to glimpse some of the tensions that emerged before the presence of public authority in the markets. It explores the demands of men and women in the markets, understanding that it is possible to record labor experiences –with their hierarchies, characteristics and dynamics– and some of the notions of fairness and rights that those who exercised them used or recreated before municipal interventions.

Keywords: work – market – stalls – municipal regulatios – rights

Recepción: 9 de enero de 2019. **Aceptación:** 1 de febrero de 2019.

Introducción

En septiembre de 1868, el alemán Emilio Frings pidió a las autoridades de la Municipalidad de Buenos Aires que lo eximieran de abonar una multa por carecer de la patente correspondiente para el Café y Billar que había abierto a fines de agosto en el Mercado de Constitución. En la nota que presentó, declaró que había intentado cumplimentar los trámites en tiempo y forma, pero “como extranjero ignoraba” lo que debía hacer.¹ Por ello, no había podido dar con los distintos funcionarios que tenían que sellar el permiso para la apertura de su comercio. Unos días después, su versión de los hechos fue confrontada por el encargado de inspeccionar los puestos del radio del mercado y por los municipales de la oficina de patentes, quienes desmintieron su declaración. Al ser interrogados, el inspector y el empleado de la oficina de patentes indicaron que el alemán había comenzado los trámites de patente de su comercio una vez que se le había intimado a hacerlo.² No es posible saber cuál de las partes tenía razón. Mas entre ambas versiones es posible detectar el hilo de unas desavenencias que escondían acuerdos y desacuerdos cotidianos en un espacio, como el del mercado y sus alrededores, en el cual puesteros, comisarios, inspectores, agentes municipales, comerciantes y trabajadores se reconocerían al cruzarse e interactuar.

Un tiempo más tarde, Juan Lanza, un italiano que tenía una carnicería en una casilla de madera en la calle del Parque número 40, en las inmediaciones de otro mercado, denunció ante las autoridades municipales haber sido intimado por el comisario de policía de la sección 1° para desalojar su local. Según expuso en su nota, desconocía si había una disposición municipal que lo obligara a cerrar su local, ya que “me ha ordenado el dicho comisario (a desalojar) en el corto término de tres días”.³ Desde el municipio debieron preguntar al comisario sobre dicha acción, ya que efectivamente no existía una razón municipal para ello. Ante lo que el comisario respondió que el desalojo había sido demandado por los puesteros del mercado que se hallaba en el radio y que veían afectados sus negocios por dicha carnicería.

La autonomía con la que actuaban algunos comisarios de policía,

1. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 6 de septiembre de 1868, Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires (AHCBA), Fondo Corporación Municipal (FCM), Economía (E), Caja 4, 1868.

2. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 14 de septiembre de 1868, AHCBA, FCM, E, Caja 4, 1868; “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 22 de septiembre de 1868, AHCBA, FCM, E, Caja 4, 1868.

3. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 24 de abril de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 5, 1869.

sus arreglos con los puesteros y las tensiones que se libraban ante la ruptura de los acuerdos entre funcionarios policiales y agentes municipales tampoco eran excepciones en aquellos tiempos. Por el contrario, en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX, altercados y confrontaciones como los protagonizados por el alemán Frings o el italiano Lanza fueron corrientes en los mercados porteños y sus alrededores. Agentes municipales y hombres y mujeres que vivían de sus pequeños negocios en los mercados de la ciudad entraban en tensiones y negociaciones cotidianas. En los litigios sobre permisos y patentes, la disposición de los puestos, el estado de las mercaderías, el cumplimiento de los impuestos, las ventas y los intercambios permitidos y los no permitidos, es posible observar una diversidad de situaciones cotidianas que hacían a los mundos del trabajo y a las formas de relación entre trabajadores, comerciantes, habitués de los mercados y ciertos agentes municipales que buscaron regular esos espacios. Al acercar el foco a los mercados de abasto, estos sitios de uso y circulación colectiva, habilitados para realizar transacciones mercantiles, y apropiados y resignificados como ámbitos de encuentro y sociabilidad popular, es posible repensar algunas de las dimensiones de ese mundo del trabajo y de las relaciones sociales que ahí se gestaron.

Este artículo busca registrar algunas de las disputas y de las negociaciones cotidianas entabladas entre quienes arrendaban los puestos, trabajaban en ellos o concurrían a los mercados y quienes, desde el municipio porteño, intentaron regular las actividades que en esos espacios se generaban. Al dirigir la atención a las relaciones entre agentes públicos y aquellos y aquellas que laboraban, comerciaban, o circulaban en los mercados, es posible vislumbrar algunas de las tiranteces que hicieron a la presencia de autoridades públicas en esos sitios de múltiples usos. A su vez, al acompañar determinadas demandas pueden rastrearse los contornos de algunos de los significados sociales del trabajo, lo justo y los derechos empleados por hombres y mujeres ante las intervenciones municipales.

Entre la década de 1850 y la de 1870, funcionaron en Buenos Aires una decena de mercados. Sus edificaciones habían comenzado a planearse a finales de la década de 1850 y fueron inaugurándose formalmente en la de 1860. Se idearon como sitios de venta de productos de abasto, con locales y puestos diferenciados, jerarquizados según el sitio de ocupación en la edificación y el tamaño. La mayoría de ellos habían sido construidos por empresarios que labraron contratos con las autoridades municipales, en los cuales concentraban los locales en un sitio centralizado, abonaban anualmente un canon y respetaban ciertas injerencias públicas en materia de seguridad, higiene y patentes, entre otras. A cambio, el municipio garantizaba un radio libre de locales a

la calle y de vendedores ambulantes, instituyendo de este modo a los mercados como sitios exclusivos de intercambio, compra y venta. Estas características no solamente hicieron de los mercados espacios para el comercio de abasto sino que los conformaron como instancias de permanentes idas y vueltas entre empresarios, puesteros, trabajadores, policías y municipales por la observancia de los contratos, las normativas vigentes, los saldos de impuestos y multas, la actualización de las patentes comerciales, la higiene, como así también por las tensiones y desencuentros que se generaban entre las personas que circulaban por esos mercados.

Entre los mercados más populosos estaban el de Lorea (1864), el de Independencia (1866), el de Florida (1866), el Del Centro (1862) el Del Plata, (1862), el Del Comercio (1862) y el de Constitución (1862). En su mayoría, estos mercados funcionaban en sitios que en el pasado habían sido plazas o antiguos mercados. Desde la inauguración o reapertura de los mercados edificados o consignados por un terreno y sus radios, empresarios, municipales, funcionarios, comerciantes, trabajadores, transeúntes, viajeros, personas de ciudad y de campo, se encontraron y desencontraron en ellos. Los espacios no siempre se organizaron de modo ordenado. Por el contrario, puestos, cuartos, casillas, tiendas y carretas se ubicaban caóticamente. Entre ellos circularon inspectores, porteros, dependientes y habitués que se abastecían en los mercados. Hubo en esos mercados personas que se ganaron la vida en la ciudad como el alemán Emilio Frings, quien decidió armar su negocio en el mercado de Constitución, en una casilla de madera con unas mesas y un billar usado. Pero también hubo otros trabajadores y trabajadoras que compraban, vendían, ofrecían emplear su tiempo en faenas ocasionales, dormían, comían y se entretenían en los mercados y sus cercanías.

La historiografía social ha reparado escasamente en los mercados y sus gentes en la ciudad de Buenos Aires para las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX. Las preocupaciones de historiadores e historadoras se centraron en explicar las dinámicas económicas y financieras que hicieron de Buenos Aires el principal centro mercantil de productos agropecuarios del país. Comerciantes y empresarios, así como las redes comerciales que se gestaron entre la campaña y la ciudad, fueron también tema de estudio entre distintos especialistas interesados en discernir cómo esas redes funcionaron ensanchando las posibilidades de un desarrollo capitalista en la región. Los estudios en torno a los mundos del trabajo acompañaron los interrogantes sobre la formación de una economía capitalista, revisitando la formación de un mercado de trabajo asalariado, libre y unificado. Los trabajadores de la ciudad y del campo, las maneras en que hombres de origen europeo se incorporaron a los mundos del trabajo bonaerenses y las caracte-

rísticas que iba asumiendo un mercado de trabajo capitalista fueron los principales tópicos abordados por la historiografía del periodo. El empeño en estudiar la formación de un mercado de trabajo capitalista involucró describir quiénes y cuántos eran los trabajadores, reconocer cuáles fueron los vínculos que establecieron con ese mercado en proceso de conformación. No obstante, el peso analítico se inclinó más hacia los trabajadores varones vinculados a la economía agroexportadora. En tal sentido, al preguntar por otros hombres y mujeres que de una u otra manera llevaban sus vidas laborales en los mercados de la ciudad, es posible no solo entrever a las mujeres sino también reflexionar sobre las categorías empleadas, la elección de las evidencias y de los abordajes metodológicos. A la vez, al interrogar por las relaciones de trabajo y vida en los mercados de Buenos Aires puede repensarse en una escala más cercana la formación cotidiana de las relaciones capitalistas. Tales cuestionamientos forman parte de una investigación en curso y, aunque superan las posibilidades de este artículo, tenerlos en consideración guía el camino.

El artículo se divide en dos partes. En la primera, el alemán Frings del mercado de Constitución permite describir algunas de las características de ese mercado y sus gentes para percibir ciertas distinciones de quienes circulaban, transitaban, trabajaban o pernoctaban en ese mercado de las orillas. Reconocer algunas de sus características hace posible comenzar a reconocer unos mundos del trabajo poco explorados, los changarines, los hombres y mujeres observados como “vagos y mal entretenidos”. En la segunda parte, el foco se desplaza a otros mercados porteños y sus radios, pone la atención en el mercado del Centro para reconocer algunos de sus conflictos cotidianos. Las tensiones entre inspectores, empresarios, dependientes de comercio y vendedores ambulantes invita a identificar conflictos y disputas, negociaciones y acuerdos entre quienes hacían de los mercados sus sitios de trabajo y estancia.

En las orillas de la ciudad: el mercado de Constitución y sus gentes

El café que abrió el alemán Emilio Frings en 1868, sin el permiso municipal, era una casilla de madera que constaba de unas mesas y un billar usado. Estaba ubicado sobre la calle Brasil, en el radio inmediato del mercado de Constitución. En esos años, se consideraba como parte del mercado a los puestos y casillas que se hallaban a una cierta distancia del mismo. Esta pertenencia implicaba obligaciones de permisos y pagos de patentes e impuestos municipales; como contraparte, se suponía que al estar ubicados en esos sitios los beneficios comerciales eran mayores. El mercado de Constitución, a diferencia de los otros que existían en la ciudad, no estaba estacionado en ninguna edificación

centralizada. En realidad, no era más que un amplio asiento de tierra apisonada sin árboles ni otro tipo de vegetación. Había sido fundado por iniciativa de unos empresarios en unos terrenos municipales o municipalizados a comienzos de la década de 1860. Según constaba en los papeles, ocupaba el radio comprendido entre las calles Lima, Salta, Caseros y Cochabamba. Estaba estacionado en la zona sur de la ciudad, en un paraje cercano a los corrales de ganado, los mataderos y los saladeros de carne. Era un sitio que oficiaba como límite de la ciudad, lo que lo transformaba en una puerta de entrada y de salida de la misma. Para los contemporáneos, ese vértice sur, aunque apartado del casco urbano, no dejaba de estar vinculado al mismo. Cuando el alemán abrió su billar en 1868, hacía unos tres años que el Ferrocarril del Sur llevaba y traía hombres y acercaba granos y otros productos agropecuarios entre la localidad de Chascomús, a unos 100 km. de la ciudad puerto, y la estación terminal también ubicada en el paraje. El tráfico y asiento de carretas era intenso y con el correr de los años siguió aumentando. Este movimiento constante de personas que ingresaban o salían por el ferrocarril, las carretas o caballos, así como su localización periférica, le dieron al mercado un perfil singular. En Constitución, los comerciantes ofrecían sus productos en casillas de madera, en tiendas de tela o desde sus carretas. Entre los intercambios que se declaraban oficialmente predominaban los vinculados a distintos cueros, principalmente vacunos, aunque también había puestos que ofrecían de nutria y de venado. Otras tiendas mercadeaban garras, plumas, cerda, lanas, astas, grasas y cereales como trigo y maíz (*Memoria*, 1860: 58).

El ir y venir de personas y productos generaba no solo intercambios comerciales sino también otras transacciones y encuentros. El canto, los bailes o el juego habilitaban acuerdos entre varones y mujeres, traían la ciudad a las personas del campo y el campo a quienes habitaban en la ciudad. A inicios de los años 1860, los empresarios del mercado de Constitución observaron con preocupación a quienes circulaban y rodeaban el paraje. Declararon que en los alrededores de los terrenos delimitados para funcionar como mercado había una

infinidad de rancheros que sin tendencia mercantil, ni elementos de negocio, no son sino otras tantas madrigueras de mujeres relajadas e inmundas, asilos de desertores y bandidos, foco de escándalos y robos.⁴

La estampa que delineaban esos hombres de negocios, que tenían

4. "Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad", sin fecha, 1862, AHCBA, FCM, E, Caja 16, 1862.

intereses económicos en juego y que buscaban generar una decisión a su favor de parte de las autoridades municipales, no sorprendía a sus contemporáneos. Municipales y otros agentes públicos, viajeros y observadores, periodistas, vecinos y moradores podían reconocer a simple vista que en ese extremo de la ciudad, como en otros parajes de Buenos Aires, podían encontrarse hombres y mujeres como los descritos por esos empresarios.⁵ Los rancheros de Constitución, que vivían en casillas de adobe, paja o madera, sobreviviendo de maneras diversas, a veces de lo que ganaban por unos días de trabajo como peones, changarines, mandaderos en los mercados, en las tropas de carretas, en los corrales o los saladeros o las fincas cercanas, y otras veces de lo que robaban o hurtaban, eran parte del universo laboral varonil de una Buenos Aires popular. También lo eran las mujeres que vivían de la prostitución o que hacían de ella un trabajo alternado entre los trabajos de costura, las cocinas de las casas o fondas u otras ocupaciones que ingresaban en el ambiguo mundo del servicio doméstico.

Entre autoridades públicas y publicistas del liberalismo, estas mujeres y estos varones eran comúnmente identificados bajo la figura de “vagos y mal entretenidos”. En esta denominación entraban no solo aquellos y aquellas que carecían de una ocupación estable sino también quienes no poseían papeles que acreditaran dirección, dependencia laboral o colocación. También incluía a los desertores del ejército o de las fronteras. La de “vagos y mal entretenidos” era además una figura de largo aliento, que había conformado una especie de hilo conductor de prácticas y discursos judiciales y policiales desde tiempos coloniales. Sin embargo, las concepciones, las nociones y los valores que se forjaron alrededor de la misma fueron mudando. Los vagos y mal entretenidos o las prostitutas, nombradas por estos hombres de negocios como “mujeres relajadas e inmundas”, ponen el acento en una sanción moral. Mas en esa Buenos Aires popular, la sobrevivencia portaba inestabilidades y ambigüedades que se niegan tras las determinaciones morales de esos contemporáneos. En las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX hubo mujeres que vivieron de la prostitución o de otros trabajos, del conchabo de ellas o de sus hijos, de otros tipos de ayuda o socorros, moviéndose de una forma de sobrevivencia, de un modo más suelto que el que los juicios de los empresarios dejarían registrar. Las experiencias laborales y de sobrevivencia de estas mujeres, que acompañaban a los rancheros, asentados en los terrenos públicos, a los changarines, que les preparaban comidas, que bailaban y dormían con quienes circulaban por sitios como el del mercado de Constitución, permiten renovar las

5. “Medidas Higiénicas”, *La Tribuna*, 3 de marzo de 1871; “Es digno de aplausos”, *El Nacional*, 2 de marzo de 1871.

preguntas sobre los mundos del trabajo decimonónico, sobre la convivencia de distintas formas de contratación, de retribución, de valoración del trabajo y sobre la delimitación de lo que los y las contemporáneas entendían por trabajo.

Para esos empresarios, además, quienes paraban en esos terrenos aledaños carecían de algo que era apreciado por empleadores y empresarios, la disciplina laboral, lo que redundaría en una idea que fue cobrando fuerza con la instalación del régimen liberal en los años 1850 y que hacía de la figura de la vagancia un opuesto al trabajo. En la provincia de Buenos Aires esta asociación política fue acompañada por dispositivos legales que reprimieron diversas prácticas con el objetivo de reducir la autonomía de esos hombres y mujeres.⁶ Estas medidas recayeron principalmente sobre varones jóvenes, peones del interior que se trasladaban a Buenos Aires. Se los reclutó para los ejércitos, ya sea para continuar con las luchas armadas entre la provincia y el interior o para custodiar y avanzar sobre la frontera indígena. También las reglamentaciones disciplinarias facilitaron la satisfacción de las demandas del empresariado rural que requería de mano de obra para sus actividades. No obstante, no eran pocos los que se salían del servicio en las estancias o en los fortines de la frontera dirigiéndose a la ciudad, viviendo de un modo no tan lejano al que conocían de la campaña. Esos hombres vistos, por otros de la elite, como “desertores y bandidos”, circulaban por los pasos de ingreso y salida de la ciudad, los terrenos baldíos y los mercados y sus alrededores, buscando changas, trabajos de ocasión, dineros a cambio de algunos productos que podían conseguir en la campaña próxima, u otros rebusques no siempre considerados dentro de la ley.

Unos años después de la nota de los empresarios de Constitución, el encargado municipal de la Comisión de Higiene de la parroquia de Monserrat, uno de los barrios más populosos de Buenos Aires, densamente poblado por afrodescendientes, demandaba la atención de las autoridades en un sentido semejante. El problema radicaba en un terreno baldío en el radio del mercado de Lorea. Según explicaba, en la esquina formada por Zeballos y Moreno había “un terreno baldío depositario de materias fecales e inmundicias de todo género y abrigo perpetuo de escandalosas escenas nocturnas”.⁷ Reclamaba, entonces,

6. En este mismo dossier, ver un análisis de estas prácticas coactivas para disciplinar a la fuerza de trabajo en el artículo de Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul, así como una reflexión sobre los usos del concepto de “vagancia” en el trabajo de Sabina Dimarco.

7. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 4 de agosto de 1871, AHCBA, FCM, Servicios Públicos (SP), Legajo 16, Caja 16 (73).

la acción de las autoridades para limpiar el sitio y la de la policía para disuadir las reuniones.

Cerca del terreno denunciado había otro en condiciones similares. Los municipales denunciaron que en la esquina de la calle Entre Ríos y Belgrano existía “una casa en malas condiciones de aseo y en mal estado que es al mismo tiempo un foco de infección y una rinconada, que hace la misma casa”.⁸ A comienzos de los años 1870, las rinconadas hacían referencia a terrenos vacíos o sin dueños conocidos, y a la par a las reuniones nocturnas que ahí se daban. Los habitués de las rinconadas eran mayoritariamente hombres, cuyos trabajos u ocupaciones los acercaban a esas zonas. Conductores de carretas, peones y cargadores de bultos o bolsas, changarines de ocasión, se movían por los radios del mercado, muchas veces iban armados y se trasladaban en sus propios caballos.⁹ Cuando llegaba la noche preparaban un fogón y alrededor de éste comían, bebían, cantaban y jugaban, lo que resultaba ser una forma de convivencia y encuentro colectivo que despertaba alarma entre municipales, inspectores, vecinos notables o empleadores.

Al volver al mercado de Constitución y a sus alrededores a finales de los años 60, es posible reconocer que el universo de personas que ahí circulaban no distaba demasiado de las denunciadas por los empresarios unos años antes. En el verano de 1871, la seccional policial del lugar había detenido y remitido al Departamento Central de Policía a un grupo de varones, quienes eran definidos por el escribiente de la policía en los términos siguientes:

Todos ellos pertenecen a lo que se conoce con el nombre de vago y mal entretenido, y cada uno ha tenido repetidas entradas en nuestras cárceles, sin que las correcciones que han sufrido hayan sido eficaces para modificar sus actitudes. Y todos estos arrestados carecen de ocupación, y viven en las casas de prostitución, jugando y estafando y cometiendo materias de delitos cuando se les presenta la oportunidad.¹⁰

La asociación entre vagos, prostitución, juego, delito, hombres sin ocupación seguía presente y habilitaba en este caso al comisario de

8. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 10 de octubre de 1871, AHCBA, FCM, SP, Legajo 11.

9. Archivo General de la Nación (AGN), Archivo Intermedio, Policía de la Capital, año 1868-1871, Número 3, División Central, sección 14, Copiador de notas desde el 4 de noviembre hasta el 7 de enero, Libro 65, caja 11, 1871, F: 285 y F: 297.

10. AGN, Archivo Intermedio, Policía de la Capital, año 1870-1871, Jefatura, C. de Órdenes, Notas al Gobierno 1 de abril a 21 de mayo, 1871, papel suelto entre los folios 176 y 177.

la seccional a suponer que tenía la prerrogativa de apresarlos sin que hubieran cometido contravención alguna salvo la de carecer de papeles, buscando –como lo declaró– que el Tribunal de Justicia les aplicara el código rural que permitía hacerlos cumplir servicios obligatorios. Sin embargo, el crecimiento del mercado y la radicación de nuevos y más trabajadores también en su radio otorgó al sitio una impronta más matizada, la que a la par podría indicarnos la heterogeneidad del mundo de los trabajadores y trabajadoras vinculados a este mercado.

Al observar la cuadra del Café y Billar del alemán Frings, es posible registrar algo de esto. Sobre la calle Brasil, al lado del café, había una casa de cuartos de alquiler donde, según se declaró en el censo de población de 1869, se alojaban peones, dependientes, changadores, cuidadores de caballos, cocheros y sirvientas. También en la misma cuadra había un corralón para animales, un puesto de comidas y otros dedicados al pequeño comercio.¹¹ En esa parcela las edificaciones eran de madera, adobe y paja. Oficialmente, se contaron unas 24 familias, censándose a unas setenta y seis personas de orígenes nacionales variados entre los que había italianos, franceses, alemanes, ingleses y también locales, aunque no eran parte de la mayoría.¹² Frings, como otros de sus vecinos comerciantes, vivía en su local. En su misma cuadra, el italiano Gandolfi, que se declaró tendero, lo hacía con su familia, que era numerosa. En Constitución, aunque rápidamente se habían construido casillas que funcionaban con distintos fines, no era nítida la distinción entre lugares de trabajo, dormitorio, alimentación y diversión. La indiferenciación de espacios no era algo que sucediera sólo en la zona de este mercado. Por el contrario, se podría considerar que era una de las características cardinales de los hábitats populares en la ciudad de Buenos.

Casillas, billares, carretas, ferrocarriles, bailes, naipes, changarines, mujeres relajadas, vagos y mal entretenidos formaban parte de un sitio y un escenario popular en el cual trabajo, dormitorio, entretenimiento y comercio se combinaban de un modo poco comprensible para autoridades públicas y patrones. Sus presencias permiten divisar los contornos de unos mundos del trabajo en los cuales hombres de campo y de ciudad no estaban tan separados como se los ha colocado en los estudios del trabajo. Tampoco son tan evidentes las diferencias entre sitios de trabajo y de estancia, entretenimiento o dormitorio, invitando a consi-

11. Fichas censales del Censo Nacional de 1869. Disponible en línea en *FamilySearch.org*, FHL microfilm 677,648.

12. Fichas censales del Censo Nacional de 1869. Disponible en línea en *FamilySearch.org*, FHL microfilm 873,901.

derar con mayor detenimiento las posibles combinaciones entre trabajo y sociabilidades populares en espacios públicos y de circulación masiva.

En el centro de la ciudad: de los negocios de los mercados y sus conflictos

A partir de la década de 1860, los mercados comenzaron a ser objeto de negocios empresariales que buscaron convertirlos en los principales centros mercantiles de la ciudad. En 1862, los miembros de la Municipalidad reforzarían dicha política al prohibir mercados de abasto en las plazas. La resolución de los municipales obligaba en los papeles a concentrar la venta y la compra de productos en ciertos sitios supervisados, prohibiendo las ferias y mercaditos desregulados o no controlados por alguna empresa. Municipales y administradores argumentaron que los mercados centralizados formaban parte de un proyecto urbano, que implicaba erigir edificios, iluminar las calles, volver a diagramar los paseos y plazas públicas, lo que también implicaba desplazar preteritas formas de reunión y encuentro popular. En 1856, un redactor del periódico *El Nacional*, cuando se inauguró el mercado del Plata en lo que era la Plaza de las Artes, celebró su apertura al entender que la edificación de mercados, con los consecuentes desplazamientos de feriantes y vendedores ambulantes, era una muestra del grado de “la civilización de los pueblos”.¹³

Probablemente, quienes vivían de los intercambios comerciales a distintas escalas que se daban en la antigua plaza no pensaran de manera afín al redactor. Tampoco coincidirían con los supuestos beneficios económicos que traería rentar un puesto en el mercado, ya que desde entonces deberían abonar un alquiler a los administradores del mercado, como también impuestos y gravámenes diversos a la Municipalidad y a la Provincia. A pesar de las intenciones políticas, la creación de nuevos mercados no impidió que estos funcionaran como centros de encuentro y convivencia popular. Las epidemias y brotes de cólera, fiebre amarilla, tífus y viruela hicieron que hombres de prensa, inspectores y políticos municipales, policías, médicos y hombres de la élite produjeran una gran masa de escritos de denuncia y alarma ante las superposiciones de funciones en ellos.

En la actual Plaza de Mayo, los puestos de la llamada Recova Vieja, un edificio alargado y con arcos que había sido inaugurado a fines de la colonia, eran motivo constante de quejas. Allí se vendían telas, lanas, artículos de bazar, cueros. Pero también se podían hallar en sus extremos tiendas de carnes y verduras. Varios días a la semana, las carretas llegaban con productos del campo y los puestos en el piso se

13. “Mercado del Plata”, *El Nacional*, 3 de octubre de 1856.

multiplicaban. Desde antaño, las negras vendían golosinas y comidas al paso, patas de vaca, empanadas, mazamorras, huevos, refugiándose cuando llovía en medio de los puestos de la Recova (Wilde, 1922: 13). La aglomeración de personas, los fuertes olores que se desprendían de los puestos, las pequeñas habitaciones en los altos y altillos generaban la voz de alarma en tiempos de epidemia y los pedidos de clausura y expulsión de sus habitués o moradores.

A menos de diez años de su inauguración, el mercado del Plata también fue foco de denuncias. En medio de la epidemia de fiebre amarilla de 1871, un redactor del periódico *La República* lo definió como “ratoneras [...], donde se ocultan toda especie de podredumbres y verdaderos focos de infección”.¹⁴ Denunciaba a quienes ahí se alojaban, entendiéndolo que la profusión de cuartos y altillos que hacían de dormitorio en su interior eran ámbitos privilegiados para el contagio. Otra crónica afirmaba que “sin mucho esfuerzo se nos ofrece el espectáculo del sucio colchón, de las más sucias almohadas y frazadas del abastecedor” que dormía en el mercado, como también “los zapatones, las medias, los escarpines, los pantalones”¹⁵ de aquellos otros que pernoctaban ahí.

Los municipales ordenaron a “sus dueños u ocupantes a deshacer los altillos construidos sobre puestos de los mercados”,¹⁶ justificando su decisión en la existencia de normativas que indicaban que debía mediar un espacio mínimo de cuatro varas de alto en los techos, lo que no sucedía con frecuencia a causa de que los altillos se construían con menos altura para aprovechar el espacio.

La policía fue la encargada de supervisar la demolición de altillos y los desalojos en los mercados. Algunos comisarios mandaron a publicar que habían llevado adelante las tareas encomendadas. Este fue el caso de quien actuó en los mercados del Plata y de Lorea, que avisó que habían sido desocupados “todos los puestos establecidos en el suelo de las calles y las mesas situadas en el cuadro interior”.¹⁷ El funcionario que intervino en el mercado de la parroquia de Catedral al Sur también informó haber cumplido con la orden. Dejó asentado y mandó a publicitar que durante dos días seguidos se había presentado a las dos de la mañana “a efecto de dar las disposiciones necesarias para la mejor dirección en la descarga y acomodamiento de las verduras y remover los puestos ambulantes” que no cumplieran con las disposiciones del momento.¹⁸

14. *La República*, 8 de marzo de 1871.

15. *La República*, 4 de marzo de 1871.

16. *La República*, 6 de marzo de 1871.

17. *La República*, 6 y 7 de marzo de 1871.

18. “Nota al Sr. Presidente de la Corporación Municipal”, 6 de marzo de 1871, AHCBA, FCM, SP, Caja 14, 1871.

Unas semanas después, reaparecieron las denuncias sobre los dormitorios y albergues en los mercados. Así lo hizo saber el mismo presidente de la Comisión de Higiene de Catedral al sur al Presidente Municipal, cuando anunció la resolución de no asistir a partir de la fecha “a ninguna persona atacada de la epidemia en las habitaciones y fondines que se encuentran indebidamente en el interior del mercado, así como en los fondines de las inmediaciones”. Acompañó la medida con otra, la del cierre de “los bodegones y almacenes de bebidas que se hallan también en el interior del mismo”. La decisión intentaba inhabilitar esos pequeños dormitorios y el ir y venir de gentes en el mercado. La aglomeración de personas en los mercados dejaba en claro que estos funcionaban, para hombres y mujeres del mundo popular, como sitios donde pernoctar, trabajar y también entretenerse. El billar de Frings no era el único que estaba habilitado en el radio del mercado de Constitución y menos aún era el único sitio donde se jugaba. Los hombres del municipio, los mismos que denunciaban la presencia de vagos y mal entretenidos, no dudaban en habilitar licencias para este tipo de locales. Las autoridades públicas habían prohibido hacía décadas las corridas de toros y las riñas de gallos. Sin embargo, habían alentado la lotería, los naipes y la quiniela al convertirlos en una fuente de recaudación, pues se vendían licencias, se organizaban loterías y se recaudaban impuestos. El juego en los mercados, con sus sitios habilitados, se habría transformado en una instancia de negociación y de tensión, en la cual podían confluír hombres del municipio, encarnados en recaudadores e inspectores, policías, trabajadores y prostitutas, entre tantas otras gentes que se movían en aquellos.

En los mercados de la ciudad, las relaciones entre los hombres del municipio y quienes tenían sus puestos en estos no eran sencillas. La creación de los mercados había significado exclusiones, corrimientos y nuevas demandas para quienes comerciaban, sobre todo para los más pobres o sin capital. La reapertura del mercado del Centro en 1862 y las exigencias que estableció la Municipalidad nos permiten acercarnos a la situación que debieron afrontar a partir de ese momento quienes se dedicaban a vender distintos productos en escalas muy disímiles. Reconocer estas situaciones hace accesible saber algo del mundo del pequeño comercio y de sus hombres y mujeres.

El mercado del Centro había sido edificado en la manzana comprendida entre las calles Perú, Chacabuco, Adolfo Alsina y Moreno. La construcción tenía una planta alta y una planta baja, diferenciadas además en tres tipos de locales: puestos, cuartos y casillas. Tales distinciones, que involucraban en cada caso un tipo de construcción, una cantidad de metros cuadrados, ubicaciones centrales o periféricas dentro del mercado, podrían indicar una variedad de posibilidades para quienes

accedieran a rentarlo y por lo tanto la existencia también de fuertes distinciones y jerarquías entre aquellas y aquellos que se dedicaban a vender para vivir. En efecto, los puestos diferían entre los de primera, de segunda y de tercera clase. Los de primera eran aquellos que daban a las concurridas calles Chacabuco y Alsina, los que daban hacia la calle Moreno, donde se encontraba la Comisaría de la Parroquia, todos los que estaban ubicados en las esquinas del edificio y los que tenían mostrador. Desde su reacondicionamiento, todos estos puestos debían pagar por ser de primera clase, además de un alquiler mensual, un canon extra que se contabilizaba por la cantidad de varas de frente que tuvieran. Para el año 1863, la tasa se estableció para los de primera clase en 2 pesos por vara, y para los de segunda y los de tercera clase en 1 peso por vara. Simultáneamente, los alquileres estaban gravados de modo diferencial según el tamaño, el sitio en el mercado y el rubro al que se dedicaran los locales. Las rentas más onerosas eran las de los cuartos bajos dedicados a la chanchería, cuyo alquiler ascendía –según los papeles– a unos 1.200 pesos. Le seguían los que estaban estacionados en las entradas, esquinas o en sus cercanías; por ejemplo, los cuartos bajos que llevaban el número 1 y 2 y que estaban en la entrada principal del mercado abonaban unos 200 pesos mensuales y los puestos cercanos abonaban unos 150 pesos mensuales. No obstante, si el puesto era de fruta o carne, aunque no tuviese una ubicación central podía llegar a abonar unos 300 o 250 pesos, según su asiento. Los cuartos se abonaban entre 200 pesos si eran bajos y entre 100 pesos y 50 pesos si estaban en los altos. A su vez, se distinguían una serie de rubros: cuartos o puestos de carne, de carne y de pescado, chanchería, de diferentes abastos, de carnero y cordero, de fruta y de verdura.¹⁹

Quienes estaban comerciando adentro del mercado no eran los únicos que tenían exigencias de abonar aranceles. La instalación de un radio y la consideración de que este estaba compuesto también por las calles y plazas exteriores al mismo implicó nuevos gravámenes para quienes trabajaban vendiendo en carretas, carros, mantas o canastas. Aquellas personas que, desde una carreta, ofertaran por las calles artículos de mercado, abonarían una suma por día. También lo harían aquellos vendedores o vendedoras que circularan a pie por las manzanas del radio.

Se sabe poco sobre cómo se hacía efectivo el pago de alquileres e impuestos y cuáles eran las posibilidades de los vendedores más pobres de escapar a la supervisión de autoridades públicas y a los recaudadores de impuestos de los empresarios. La municipalidad solía publicar en sus balances el monto de lo recaudado en impuestos y multas y el

19. “Contrato con Don Carlos Urien sobre el derecho del Mercado del Centro y Plaza exteriores”, en *Memoria* (1863: 118-122).

cumplimiento de los contratos con los empresarios. Si los empresarios abonaban el canon acordado se puede suponer que esto significaba que habían cobrado los alquileres y los dineros de las otras obligaciones a los hombres y mujeres del mercado. En enero de 1869, salió a la luz el conflicto suscitado desde el año anterior, cuando los vendedores ambulantes del radio del mercado del Centro se negaron a pagar el llamado derecho de sisa a la empresa que administraba el mercado. Tal evento trae algunos indicios acerca de cómo esos hombres y mujeres, que vivían de la venta callejera, se comportaron ante la presión recaudatoria de los empresarios. Según quedó registrado, se habían rehusado a pagar desde agosto del año anterior, presentándose además ante el “Gobierno pretendiendo se les exonerase del referido pago”. Por algún motivo, las autoridades municipales dieron la orden de no hacer intervenir a la Policía de la ciudad. Solicitaron a los alcaldes y auxiliares del mercado, quienes dependían del municipio, buscar la manera de cobrar el impuesto. Medio año después, los empresarios todavía aguardaban recibir esos dineros. Reclamaron nuevamente la acción del municipio a su favor, “suplicando se sirva determinar su autoridad que ha de hacer efectivo el pago, imponiéndoles a los contraventores la correspondiente multa como la tienen establecida los vendedores ambulantes”.²⁰

A inicios de 1869, el pedido de los empresarios ponía de relieve una dificultad concreta, la de cobrar a los vendedores ambulantes que circulaban por el radio del mercado del Centro, quienes de alguna manera se habían reunido para no abonar. Por otra parte, la decisión de las autoridades municipales de no hacer intervenir a los oficiales de policía abre interrogantes acerca de sus posibilidades para convocar a aquella fuerza en aquel momento. Pero, a la par, esa medida permite preguntar por el tipo de relaciones que podían darse entre ciertos empleados municipales y los vendedores y vendedoras ambulantes, y por los acuerdos y negociaciones que formarían parte de aquellas. Alcaldes de los cuarteles, auxiliares e inspectores del municipio formaban parte de la dinámica cotidiana de los mercados. Estos empleados que compartirían el espacio, que recorrían los mercados de vez en cuando, que estaban en ocasiones domiciliados en sus cercanías y que tenían relaciones con algunas autoridades públicas, podrían en distintas oportunidades habilitar o trabar sus negocios y trabajos. Este fue el caso del alemán Emilio Frings, quien en una de las notas para evitar pagar la multa por su falta de licencia invocó que había mantenido contacto

20. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad, Empresa del Mercado del Centro”, 26 de enero de 1869, AHCB, FCM, E, Caja 3, 1869.

con “el Alcalde Don José Rey”, a quien le había hecho “presente que iba a abrir un Billar en el Mercado de Constitución”.²¹

El municipio no recaudaba directamente aquellos gravámenes diarios o mensuales que habilitarían a los vendedores y vendedoras ambulantes a trabajar en los radios de los mercados. Los llamados inspectores de mercados (uno para el norte de la ciudad y otro para el sur) eran los encargados de inspeccionar y supervisar los negocios y vendedores de los mercados, sus radios y demás comercios. Las condiciones laborales no siempre parecían ser las mejores para estos hombres. En 1869, uno de los inspectores que había sido recientemente nombrado reclamó al Presidente del Municipio que subvencionara la manutención de un caballo. Dejó asentado que le era “indispensable para recorrer el inmenso radio que abraza la sección a mi cargo”, que comprendía a los mercados del Centro, Comercio, Independencia y los pueblos de la Boca, Barracas y San Antonio. Basaba su pedido no solo en la inmensa área que debía recorrer para detectar locales y puestos sin licencia, intimidar y multar a los infractores, sino también en

la exigüidad del sueldo que disfruto con relación a la tarea personal, pues excede en muchas horas de trabajo a cualquier otro destino, me impelen a solicitar la referida subvención sin la que no me es posible dar debido cumplimiento a mis deberes sin el sacrificio de una parte de mi sueldo.²²

Este hombre, que declaraba necesitar de una subvención para mantener a su caballo, era uno de los encargados de supervisar a los negocios y vendedores del radio de los mercados. Es difícil suponer que el inspector pudiera moverse por su cuenta y sin el auxilio de un animal. En esa ciudad transitar por sus calles a pie no era fácil, no solo por las distancias que debían cubrirse sino porque con las lluvias dichas calles se anegaban, mientras que los arroyos desbordaban y los pantanos se ensanchaban. En ocasiones, este inspector debía informar su imposibilidad para llegar a ciertos lugares. En octubre de 1869, advertía a la municipalidad que “el mal estado de algunas calles no me ha permitido llegar a algunos puestos distantes”.²³ Al seguir los pasos de este hombre a lo largo de ese año, se puede reconocer que tenía una presencia más

21. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad”, 6 de septiembre de 1868, AHCBA, FCM, E, Caja 4, 1868.

22. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad, Inspector de Mercados al Sud”, 3 de septiembre de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

23. “Nota al Sr. Presidente de la Municipalidad, Inspector de Mercados al Sud”, 8 de octubre de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

constante en ciertos momentos y en determinados sitios, en especial en los de mayor aglomeración mercantil como el mercado del Centro y sus alrededores, el de Independencia y el de Constitución. Esto no habría pasado desapercibido para otros municipales. Así lo hicieron saber los miembros de la Comisión de Higiene de la parroquia de San Miguel cuando denunciaron el mal estado del mercado del Plata, que debía quedar bajo su vigilancia. En la denuncia presentada afirmaban: “La Comisión pues cree que el actual Inspector del Mercado del Plata, el cual nunca inspecciona ni pasa en él, debería removerse de su empleo”.²⁴

A pesar de las críticas de esos municipales, el inspector en cuestión tenía una cierta presencia en la vida cotidiana y laboral de vendedores, puesteros, comerciantes y otros trabajadores de los mercados de la zona sur de la ciudad. Podía multar sus actividades, convocar a la fuerza pública, hacer tirar la fruta que considerara verde o podrida o determinar la remoción de sus puestos, entre otras acciones. Los italianos Juan Vianchessi, Domingo Girandelli y Rafael Folio, puesteros de los exteriores del mercado de Constitución, entre otros, lo sabrían. En una de las visitas semanales al mercado los había apercibido con una multa de 100 pesos por infracciones al reglamento.²⁵ La cifra era significativa para unos carniceros con puestos menores y ubicados en lugares periféricos del radio del mercado. Un tiempo antes Santiago Cires, quien también trabajaba de carnicero en un local de la Boca del Riachuelo, fue multado “por no tener su puesto de carnes como prescribe el reglamento”.²⁶ Durante ese año 1869, este mismo inspector revisaría puestos y casillas en los radios más concurridos de los mercados que le estaban adjudicados y cobraría en persona multas por distintas infracciones.

En junio de ese mismo año, el mismo inspector fue el encargado de notificar a los puesteros y vendedores del radio acordado entre la Municipalidad y los empresarios del mercado Independencia que debían desalojar los locales, pues en el contrato establecido no se permitía su permanencia. Según la resolución municipal se otorgaban tres meses para desalojar todos los locales cuyos rubros compitieran con los del mercado que se establecería. Dejó constancia de que entre las calles había notificado a 69 puesteros sobre el plazo y las razones de los desalojos. Sin embargo, no todos los puesteros acataron la decisión municipal. A fines de agosto, cuando ya el plazo estaba cumplido, el inspector buscó

24. “Nota al Presidente de la Municipalidad, Comisión de Higiene de la Parroquia de San Miguel”, 2 de abril de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

25. “Nota al Presidente de la Municipalidad, Inspector de los Mercados al Sud”, 10 de septiembre de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

26. “Nota al Presidente de la Municipalidad, Inspector de los Mercados al Sud”, 20 de mayo de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

labrar un acta sobre aquellos locales y puestos que seguían abiertos en el radio. Según informó, el encargado de uno ubicado sobre la calle Chile al 300 “se negó a oír”, aunque había sido comunicado junto con el resto de los puesteros. Al tiempo que estaba preparando el acta que quería hacerle firmar “apareció una mujer profiriéndose en el lenguaje más impropio e insolente contra la municipalidad, atropellándome hasta fuera del umbral del puesto”. El inspector requirió entonces “el auxilio del comisario de la sexta sección” para que le hiciera comparecer y le aplicase la multa que le correspondía “por escándalos e injurias, y que en caso de reincidencia de tales impropiedades, lo remitiese al departamento de Policía”.²⁷

Unas semanas después, una situación semejante sobrevino en la calle Santiago del Estero 185, cuando otro puestero se negó a firmar la notificación sobre la obligatoriedad de cierre de su puesto. El inspector dejó asentado que “no quiso dar su nombre”, asociando su actitud a lo ocurrido en el puesto de la calle Chile, “donde el dependiente y la mujer produjeron un escándalo que fue preciso contener con el auxilio de la fuerza pública”. Ese día, en su informe detalló que “muchos de los notificados [se habían] expresado en términos poco dignos”, y que además le habían manifestado “la resolución de no trasladar sus puestos fuera del radio señalado”.²⁸ Pedía autorización a las autoridades municipales para convocar a la fuerza pública para que interviniese a fin de cerrar los puestos que se negaban a hacerlo hasta la fecha.

La creación de un radio para este mercado generó rechazo y resistencias entre aquellos y aquellas que tenían puestos sobre las calles. Entre ellos los había como Juan Lemerique, en cuyo local trabajaba un dependiente y su mujer, quien no tuvo empacho en sacar al inspector a empujones. Pero también había otros que sólo contaban consigo mismos para vender. Había quienes eran propietarios y otros que alquilaban. La mayoría vivía en los altillos o en la parte trasera de los locales. De tal manera que la clausura de sus negocios involucraría no solo tener que salir a buscar otro local u otra manera de arreglarse para vivir, sino también un sitio para hacer de dormitorio. Tales cuestiones dieron marcha además a quejas formales. Distintos puesteros escribieron o hicieron escribir notas a la Municipalidad para denunciar lo injusto de la decisión que los dejaba sin trabajo o en la calle.

Otros argumentaron basándose en lo que entendían era el marco legal más contundente que tenían a su disposición: la Constitución Nacional.

27. “Nota al Presidente de la Municipalidad, Inspector de los Mercados al Sud”, 31 de agosto de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

28. “Nota al Presidente de la Municipalidad, Inspector de los Mercados al Sud”, 13 de septiembre de 1869, AHCBA, FCM, E, Caja 3, 1869.

En base a lo que interpretaban de su contenido, algunos puesteros desmintieron las órdenes municipales, al entender que la municipalidad no tenía autoridad para mandar a clausurar sus negocios y cerrar sus trabajos. El inspector de los mercados del Sud dejó constancia de esto. Según escribió eran los extranjeros, además, quienes “han concentrado el más decidido empeño en contrariarla”, dándoles “una interpretación errónea a nuestras leyes, creen que la municipalidad carece del poder de reglamentar” sobre la materia. Aclaraba además que había tenido que estar presente y oír:

discusiones que me han sido tan indecorosas, Señor que me han sostenido estas nuevas ilustraciones, interpretando nuestra Constitución y nuestras leyes, que por impropias, no las digo. No obstante, pretenden traernos la Civilización, los que en su mayor parte i aun saben leer.

Las palabras del inspector dejarían entrever la sorpresa e irritación que le generaba que las apelaciones impugnatorias sobre la potestad de la municipalidad fueran hechas en base a comentarios amparados en leyes y los derechos que estas garantizarían. El uso de la ley para defenderse de autoridades, personas o grupos con poder no era una novedad. Por el contrario, hombres y mujeres sin derechos legales, o con limitados derechos, o excluidos de los marcos legales, en distintos tiempos y lugares, apelaron a ella para defenderse, para demandar o reclamar ante lo que consideraban atropellos o injusticias. En 1869, no obstante, el uso de la ley como escudo por parte de sujetos no alfabetizados, no pertenecientes a la elite ni acaudalados, así como también extranjeros, llamó poderosamente la atención del funcionario. Estos hombres y mujeres objetaron las facultades que se atribuía la municipalidad. Así, cuando se ordenaba inspeccionar o clausurar un puesto, se lo hacía avasallando el derecho constitucional a la inviolabilidad del domicilio y dejando sin efecto las garantías a la libertad de trabajo y de comercio.

A modo de cierre

Este artículo se propuso reconocer algunas de las características de los mercados de la ciudad de Buenos Aires en sus primeros años de existencia. Intentó delinear ciertos rasgos físicos de algunos de ellos. En particular, del mercado de Constitución y del mercado del Centro. Dicha descripción permitió ubicar dónde estaban localizados y cómo estaban delimitados o edificados. Aspiró a la par a registrar algunas de las disputas y de los tratos cotidianos entre aquellos y aquellas que

arrendaban puestos, trabajaban en estos o circulaban por los mercados, y quienes desde el municipio trataron de llevar adelante la regulación de los mismos y de las actividades que ahí se forjaban. Al señalar algunas de las relaciones gestadas entre municipales y hombres y mujeres vinculados a los mercados, hizo perceptible los alcances y límites de las intervenciones de las autoridades públicas en el área de aquellos.

También se registraron las formas en que ciertos trabajos eran considerados por empresarios y posibles patrones y más precisamente cómo ciertos hombres y mujeres eran definidos moralmente y no por sus trabajos, siendo los que llevaban, traían y vendían las mercaderías u ofrecían sus servicios en los mercados. Al detectar a esa franja de trabajadores definidos como “vagos y mal entretenidos”, “mujeres de vida relajada e inmunda” se intentó traer también al mundo del trabajo a esos hombres y mujeres en ocasiones desplazados del mismo por la historiografía. Simultáneamente, al traer a un primer plano ciertas tensiones y conflictos entre inspectores, agentes públicos y trabajadores, fue posible reconocer que entre carniceros, mondongueros, encargados de cafés, vendedores de frutas o mazamorreras, nacidos o nacidas en el país o en el extranjero, circulaba por entonces un lenguaje de derechos, que invita a considerar cómo esos espacios de trabajo –los mercados y sus radios, con sus áreas de uso y circulación colectiva– fueron sitios de intercambios no solo mercantiles sino también culturales y políticos.

Referencias

- Allemandi, Cecilia (2012), “El servicio doméstico en el marco de las transformaciones de la ciudad de Buenos Aires, 1869-1914”, *Diálogos*, vol. 16, n° 2, pp. 385-415.
- Cecchi, Ana (2009), “Policía y juego: formas de legalidad en la ciudad de Buenos Aires (1890-1902)”, en Ernesto Bohoslavsky, Lila Caimari y Cristiana Schettini (eds.), *La policía en perspectiva histórica. Argentina y Brasil (del siglo XIX a la actualidad)*, Buenos Aires, CD-ROM.
- Lobato, Mirta Zaida (2007), *Historia de las trabajadoras en Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa.
- Memoria de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente al año 1859* (1860), Buenos Aires: Imprenta del Orden.
- Memoria de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente al año 1862* (1863), Buenos Aires: Bertheim.
- Mitidieri, Gabriela (2017), *Costureras, modistas, sastres y aprendices. Una aproximación al circuito de trabajo de la costura. Buenos Aires, 1852-1862*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Pita, Valeria Silvina (2016), “Historia social del trabajo en perspectiva de género en Argentina: aspectos de un entramado en construcción”, en S.

- Pérez Toledo y S. Paolo Solano (coords.), *Pensar la historia del trabajo y de los trabajadores en América, siglos XVIII y XIX*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, pp. 183-201.
- (2017), “El género de la historia del trabajo: lecturas y dilemas situados. Buenos Aires, segunda mitad del siglo XIX”, en S. Bandieri y S. Fernández (coords.), *La historia argentina en perspectiva local y regional. Nuevas miradas para viejos problemas*, Buenos Aires: Teseo, tomo 3, pp. 255-270.
- Sábato, Hilda y Luis Alberto Romero (1992), *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Vial Moreira, Luis (2005), *Las experiencias de vida en el mundo del trabajo: los sectores populares del interior argentino (Córdoba, 1861-1914)*, Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Profesor Carlos S.A. Segreti”.
- Wilde, José Antonio (1922), *Buenos Aires, desde setenta años atrás*, Buenos Aires: Ediciones de la Luz.

Alejandro Belkin

Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina

**De la gestación en el Partido
Socialista a la conquista de la
FORA (1900-1915)**



Alejandro Belkin nos ofrece en este libro un detallado análisis sobre el proceso de emergencia del “sindicalismo revolucionario” y de su conquista de la hegemonía dentro del movimiento obrero, retratando su labor militante y los principales debates que lo singularizaron dentro de las organizaciones obreras de principio del siglo XX. Este esfuerzo de comprensión es esencial para deshilvanar la formación ideológica del movimiento obrero argentino, comprensión que en el caso del sindicalismo revolucionario la historiografía desfigura o desconoce, a pesar de haber sido una de sus principales corrientes ideológicas.

El trabajo aporta mayor luz a distintas fases del desarrollo de la “nueva corriente” desde sus orígenes dentro del Partido Socialista (PS) y su posterior ruptura, su papel en la reorganización de las centrales obreras, en los principales conflictos laborales y, en particular, revaloriza su incidencia en la huelga de la Semana Roja de 1909 y en los acontecimientos del Centenario que marcan un punto de inflexión en la historia del movimiento obrero de principios de siglo. Aporta además, para mayor originalidad, un análisis del proceso de reconstrucción de las organizaciones obreras luego de la crisis del Centenario, que desembocan en el IX Congreso de la FORA, donde se consolida el papel dirigente del sindicalismo revolucionario dentro del movimiento sindical, papel que conservará con diferentes altibajos durante más de una década.

(Del “Prólogo” de Edgardo Bilsky)

¿Actores de reparto? Los obreros agrícolas pampeanos en los inicios de la etapa agroexportadora: afluentes, tareas, organización y conflictos (1880-1904)

Pablo Volkind

Universidad de Buenos Aires (FFYL - FCE) - Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios
pvolkind@gmail.com

Title: Supporting actors? The Pampean agricultural workers at the beginning of the agro-export period: tributaries, tasks, organization and conflicts

Resumen: Este artículo indaga sobre los orígenes del proletariado agrícola bonaerense durante las últimas décadas del siglo XIX. En este período se evidencia una notable expansión agrícola que requirió del concurso de miles de trabajadores asalariados que trabajaban entre noviembre y mayo para cosechar el trigo y el maíz. La atención se concentra sobre aquellos que desarrollaban sus tareas dentro de las explotaciones: ¿de dónde provenían?, ¿cuáles eran sus labores?, ¿en qué condiciones trabajaban?, ¿cuáles fueron los primeros conflictos? Estos interrogantes estructuran el artículo y permiten identificar la centralidad de esta fracción de la clase obrera argentina durante los inicios de la etapa agroexportadora.

Palabras clave: trabajadores agrícolas – condiciones laborales – etapa agroexportadora – Buenos Aires

Abstract: This article explores the origins of the agricultural proletariat in Buenos Aires during the last decades of the 19th century. In this period there is evidence of a remarkable agricultural expansion that required the assistance of thousands of salaried workers who worked between November and May to harvest wheat and corn. The attention is concentrated on those who developed their tasks within the farms: where did they come from? What were their jobs? In what conditions did they work? and what were the first conflicts? These are the questions that structure this writing and allow us to identify the centrality of this fraction of the working class during the beginning of the agro-export stage.

Key words: agricultural workers – labor conditions - agro-exporting period - Buenos Aires

Recepción: 12 de enero de 2019. **Aceptación:** 1 de febrero de 2019.

Introducción

Los estudios sobre la historia del movimiento obrero argentino se concentran, en su mayoría, en el análisis de los procesos y acontecimientos que se desarrollaron en el ámbito urbano. Esto resulta comprensible dado que para 1914 la población registrada en las ciudades ya superaba a la radicada en el campo, proceso que se aceleraría con el crecimiento del comercio, los servicios y la industria en el país. Sin embargo, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, los trabajadores rurales tuvieron un papel fundamental –tanto en términos cuantitativos como cualitativos– no sólo en la producción de mercancías sino también en la conflictividad social.

En este trabajo, indagamos sobre los orígenes del proletariado agrícola pampeano durante las últimas décadas del siglo XIX, momento en que la Argentina se transformó en un país capitalista y dependiente con eje en la producción agropecuaria para la exportación. El recorte cronológico del tema se fundamenta en que hacia 1880 se inicia el proceso de consolidación de esta relevante fracción de la clase obrera argentina, etapa que se extiende hasta los inicios del siglo XX cuando dicha fracción protagoniza sus primeros conflictos colectivos. A lo largo de estos 24 años pueden identificarse múltiples elementos comunes que le otorgan una fisonomía particular al período y que se evidencian tanto en el plano objetivo como subjetivo. A su vez, para poder captar los diversos factores que concurrieron e interactuaron en los procesos de producción y a fin de iluminar el fenómeno general, en el trabajo se concentra la atención en la provincia de Buenos Aires, ya que resulta altamente representativa de lo sucedido en la región pampeana.

Para abordar esta problemática se analizaron una variada gama de fuentes cuantitativas y cualitativas entre las que se destacan los boletines de población del partido de Pergamino del Segundo Censo de la República Argentina, efectuado en 1895, y diversas publicaciones periódicas como *La Protesta*, *La Vanguardia*, *La Agricultura*, *La Nación* y *La Prensa*. También se consultaron boletines, anuarios, censos e informes elaborados por las distintas dependencias del Ministerio de Agricultura de la Nación y del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires.

El cultivo de la tierra requería la puesta en práctica de un conjunto de labores, diversas temporalidades y disímiles grados de calificación. En el presente escrito se focaliza la mirada sobre aquellos que desarrollaban sus tareas dentro de las explotaciones, los “estrictamente rurales”. ¿Cuántos eran? ¿De dónde provenían? ¿Cuáles eran las labores que debían llevar adelante? ¿En qué condiciones desempeñaron sus tareas? ¿Cuáles fueron los primeros conflictos que protagonizaron? Interrogan-

tes que estructuran este escrito y permiten identificar la centralidad de estos trabajadores durante los inicios de la etapa agroexportadora.

Al respecto se advierten interpretaciones contrapuestas. Desde una visión apologética de aquel período, se enfatizan las múltiples oportunidades que tenían los jornaleros rurales para transitar un camino de ascenso social (Míguez, 1993), lo atractivo que resultaban los salarios ofrecidos en las tareas agrarias (Beccaria, 2006) y el armónico funcionamiento del mercado de trabajo que tendía a equilibrarse sobre la base de la elasticidad de ese peculiar factor de producción (Cortés Conde, 1979; Díaz Alejandro, 1975). Estas lecturas presuponen la ahistoricidad de las leyes económicas y las formas de producción, eternizando las relaciones propias del capitalismo. Más aún, desestiman los debates en torno a las formas particulares que tuvo el desarrollo de dicho modo de producción en Argentina.

Otro grupo de autores, desde perspectivas heterogéneas, aportaron posiciones más críticas sobre la situación de los obreros agrícolas, sus condiciones laborales y los recurrentes y prolongados periodos de desocupación a los que estaban sometidos la mayoría de los trabajadores rurales (Ansaldi, 1993; Ascolani, 1993, 1997; Sartelli, 2005; Pianetto, 1984; Blanc Bloquel, Bonaudo, Sonzogni y Yensina, 1987; Adelman, 1989). Más atentas a la historicidad de los procesos, algunas investigaciones proponen que en Argentina el régimen de producción capitalista pasó a predominar entre 1850 y 1880 (Sábato y Romero, 1992; Sartelli, 1997).

Entre ambas corrientes se pueden identificar, sin embargo, algunas coincidencias: la jerarquización del carácter elevado de los jornales rurales así como el papel protagónico que le otorgan a los inmigrantes en la formación del proletariado agrícola pampeano (Sartelli, 1993; Palacio, 2004; Ascolani, 1998; Sansoni, 1990).

La pertinencia de estudiar hoy a los obreros agrícolas de aquella etapa agroexportadora se deriva de la relevancia que aún tiene en nuestro país esta rama productiva. Esto se expresa con mucha nitidez en que, en las últimas décadas, aparece, tomada en su conjunto para las diversas economías regionales y en diversas estadísticas, como la actividad que cuenta con el mayor número de asalariados. Al mismo tiempo, por el grado de precarización, estacionalidad y trabajo informal imperante, es notoria la dificultad de cuantificación general, que obliga a los estudios de caso. En relación a este presente complejo, vinculado a la importancia de la mano de obra rural en una de las principales producciones del país, es importante rastrear el origen de la formación y el desarrollo de este actor social fundamental.

Determinar las diversas formas que fue adoptando la expansión de la mano de obra asalariada (inmigrante y criolla) en la agricultura permitirá

reconstruir históricamente el pasaje del nivel económico de existencia de los trabajadores asalariados a su “formación social” como actores concretos en el plano gremial, político y cultural, en sus relaciones y conflictividad con los otros actores sociales agrarios y con la sociedad urbana de la que muchos formaban parte.

Condiciones para el predominio del trabajo rural asalariado

Durante el período que culmina en 1880 (cuyo inicio lo ubicamos hacia mediados del siglo XIX) se crearon las precondiciones básicas para el desarrollo y consolidación del capitalismo en la región pampeana, las cuales se manifestaron tanto en el plano material como en el político-jurídico.

En las décadas de 1860 y 1870 la fuerza de trabajo efectivamente asalariada comenzó a adquirir una mayor relevancia, especialmente en Buenos Aires, asociada principalmente a actividades comerciales y artesanales urbanas, así como a la construcción del ferrocarril. Si bien todavía este medio de transporte sólo conectaba los partidos próximos a la ciudad de Buenos Aires, tuvo un papel muy importante en dos sentidos: fue generando un nuevo estímulo a la producción en distritos más alejados y, al mismo tiempo, afianzó un nuevo tipo de vínculo laboral estable y mediado por el salario (Sabato y Romero, 1992).

También en los ámbitos rurales bonaerenses, en relación con la expansión sin precedentes del ganado ovino, se fueron extendiendo/ampliando dichas relaciones salariales. Parte del salario que recibían los peones temporarios se establecía en comida, vivienda y “vicios” (antiguo nombre dado a productos como yerba, tabaco y alcohol) y sólo una pequeña proporción en moneda (Sabato, 1989: 36). En muchos casos la parte monetaria de la paga se efectuaba en vales que debían ser canjeados en la propia proveeduría de la estancia o de algún socio del estanciero; es decir que un porcentaje significativo del ingreso de muchos jornaleros continuaba siendo un estipendio de apariencia salarial antes que un auténtico salario moderno, dado que principalmente garantizaba la reproducción de su fuerza de trabajo a través de actividades de autosubsistencia (Azcuy, 2011: 16-42).

Este proceso de conformación de un mercado de fuerza de trabajo a escala social recorrió un sinuoso camino en el ámbito rural, dado que convivían allí elementos contradictorios propios de una etapa de transición y acumulación originaria. Por un lado, crecía la demanda de jornaleros y cada vez resultaba más difícil para campesinos y artesanos acceder a los medios de producción o conservarlos. Por el otro, se promulgaba el Código Rural de la provincia de Buenos Aires (1865), que daba muestras claras acerca de la dificultad que todavía existía para

reclutar trabajadores en las zonas rurales y el peso que mantenían diversos mecanismos de presión extraeconómica (en este caso legal) para lograr aquel fin. Aún eran etapas de la historia argentina en donde la frontera hacia el sur no se había consolidado y era posible sobrevivir, para un sector de la población, eludiendo la telaraña de las relaciones salariales. Justamente, dicho Código tenía por objeto el control y disciplinamiento de la fuerza de trabajo y tipificó los delitos rurales con especial énfasis en el robo de ganado o la caza que posibilitaban vivir “sin trabajar para otro”. Además, impuso la obligatoriedad de portar un documento de trabajo para poder transitar por la campaña (disposición que fue eliminada en 1873), y simultáneamente estipuló salarios y condiciones de trabajo para los peones (Martínez Dougnac, 2010: 37-39).

Los jornaleros quedaron excluidos de la reglamentación y no gozaron de ningún tipo de amparo legal. Por el contrario, si bien se fijó el descanso dominical, quedaron exceptuados los períodos de cosecha y esquila que debían garantizarse de forma ininterrumpida. De este modo, y a pesar de que el Código Rural perdió vigencia en la década de 1880, se inauguraba una historia de precariedad y desamparo para los trabajadores rurales más pobres (los transitorios) que se extendería hasta la década de 1940.

Otro de los tópicos característicos de este proceso fue la progresiva consolidación de la moderna propiedad privada de la tierra, la cual se operó, principalmente, a través de la apropiación latifundista del espacio rural que pasó de las comunidades originarias o el fisco a manos particulares. Una de las claras manifestaciones de este derrotero se materializó en el alambrado de los campos que delimitaron con exactitud las dimensiones de las propiedades. Si bien el alambre para cercos había sido introducido ya en 1845 por Newton desde Inglaterra, esta práctica recién se generalizó en Buenos Aires durante la década de 1880.

De este modo, se fue cerrando el acceso directo a los medios de vida para un porcentaje significativo de la población rural que alternaba el trabajo en la esquila o la cosecha de granos con otras formas de supervivencia como el cultivo de una pequeña parcela, la caza de animales, la apropiación del ganado o alguna “changa” en el pueblo.¹ La transitoriedad de las labores asalariadas y las formas alternativas de supervivencia tuvieron su correlato en la forma que adoptó el descontento y la conflictividad de este período. Lejos de coagular en una organización colectiva, la elaboración de un pliego de reivindicaciones y la huelga como medida de lucha, se expresó a través de fugas y desplazamientos hacia otras latitudes.

1. Archivo General de la Nación (AGN), Colecciones particulares, Fondo Luis María Doyhenard, Sala VII, legajo 3554 (1882-1902), f. 118.

Durante estas décadas el crecimiento de la agricultura en Buenos Aires tuvo un papel mucho menos relevante que la ganadería. Hasta los inicios de la década de 1860 casi no se registraban iniciativas concretas para fomentar la colonización en la provincia. A pesar de los avances generados en la primera mitad del siglo XIX, el cultivo de la tierra se circunscribía al área periurbana y a un limitado número de colonias como las de Chivilcoy y Baradero.

Durante esta etapa transicional, los principales cambios en las prácticas agrícolas tuvieron su epicentro en las colonias del Litoral. Entre mediados del siglo XIX y la década de 1880, las provincias de Santa Fe y Entre Ríos fueron escenario de cambios sustanciales en las prácticas que acompañaron la extensión de las superficies cultivadas, el acceso a la propiedad de un número significativo de agricultores y, sobre todo, la organización de nuevos procesos de producción que requerían el uso de máquinas y la creciente demanda de trabajadores asalariados, dado que la dimensión de las parcelas superaba la capacidad de trabajo de la mano de obra familiar (Gallo, 1984). Fue en estos espacios donde se ensayaron y consolidaron las nuevas formas productivas que luego se irradiarían al resto de la región pampeana, particularmente a Buenos Aires.

El proletariado agrícola bonaerense entra en escena

En la década de 1880 se operaron transformaciones que resultaron en la consolidación de una formación económico-social capitalista y dependiente. En un proceso simultáneo y contradictorio, aumentó la producción y crecieron las ciudades, la inmigración extranjera y la demanda de trabajadores temporarios en las zonas urbanas y rurales.

La expansión de la agricultura y la ganadería durante estas décadas, y las tareas transitorias asociadas a ambas actividades, fueron un factor fundamental en la estructuración de un mercado rural de fuerza de trabajo asalariado. Aunque persistía en los inicios de la década de 1880 el predominio del ganado lanar, la agricultura se iría abriendo paso estimulada por el incremento de la demanda mundial de granos y las necesidades de refinamiento del ganado. Al respecto, pueden identificarse dos momentos en el desarrollo de la superficie cultivada interrumpidos por la crisis del 90 y sus efectos: el primero se extendió de 1880 a 1889, mientras que el segundo se inició en 1895 y se prolongó hasta los primeros años del nuevo siglo. Así, en la primera etapa el área implantada con trigo, maíz y lino ascendió de 220.000 a 910.000 hectáreas, mientras que en la segunda pasó de 1.100.000 hectáreas a más de 2.500.000.

El crecimiento del área sembrada –fundamentalmente la de maíz– estaba vinculado a la puesta en producción de partidos más alejados

de la ciudad de Buenos Aires donde se multiplicaban las unidades agrícolas de diversas dimensiones que demandaban fuerza de trabajo extrafamiliar para ejecutar las distintas y sucesivas labores.² Primero estaban aquellas vinculadas a la preparación del suelo, la siembra y el cuidado de los cultivos, y luego se encontraban las que requerían mayor volumen de mano de obra: la cosecha y la trilla de los granos.

Para las tareas iniciales prácticamente no se requerían asalariados. La mayoría de las chacras no tenía más de 200 hectáreas y el grupo familiar podía resolverlas si contaba con dos adultos y un niño mayor de 7 años (Raña, 1904: 120). Las condiciones se modificaban en el turno de la recolección. En ese momento el titular de la explotación necesitaba indiscutiblemente contratar jornaleros. Para segar el trigo o el lino eran necesarios –en promedio– unos 5 a 7 peones, que en 20 días cosechaban alrededor de 150 hectáreas (Miatello, 1904: 251-254).

Posteriormente, para obtener el grano embolsado, se efectuaba la trilla, que demandaba un mayor número de operarios. Ahí entraban en escena los contratistas que, en aquel período, eran mayoritariamente empresarios poseedores de un volumen importante de capital en maquinaria o terratenientes que disponían de las mismas. Para proveer el servicio se desplazaban de chacra en chacra con la trilladora, el motor a vapor y un contingente de 20 a 25 trabajadores que cumplían diversas tareas y poseían distintas calificaciones. El maquinista tenía a su cargo el funcionamiento del equipo y el foguista se encargaba del motor a vapor. También había un engrasador, dos embocadores, dos plancheros y 6 a 8 horquilleros que debían alimentar la trilladora con las gavillas de trigo. El “yuguero” debía retirar la paja de la cola de la máquina, el “rondador” se ocupaba del cuidado de los animales. Completaban la cuadrilla el embolsador, el cosedor, un cocinero y el aguatero (Raña, 1904: 143).

Cuando se terminaba el trabajo de la trilladora en una parcela, los obreros desmontaban todo y lo trasladaban hasta la próxima explotación para reiniciar el proceso. Cada temporada de trilla podía extenderse entre 40 y 60 días y, en algunos casos, alcanzaba los tres meses. Para 1896 se registraron en territorio bonaerense 892 trilladoras mientras que en 1881 ese número apenas ascendía a 66 (Cilley Vernet, 1896: 60). El sustancial incremento de la maquinaria puesta en uso tuvo su correlato en el aumento de la demanda de asalariados.

En el caso de la cosecha del maíz, existía una diferencia importante con respecto a la recolección de granos finos dado que la juntada se realizaba de manera manual, por lo que requería el concurso de una enorme cantidad de trabajadores y trabajadoras de tipo temporario.

2. Según los datos del *Segundo Censo de la República Argentina*, en 1895 se registraron 36.777 unidades agrícolas en la provincia de Buenos Aires.

Esta tarea comenzaba en el norte de la provincia de Buenos Aires hacia el mes de marzo y podía extenderse, en algunos casos, hasta junio. En estas labores participaban mujeres, hombres y niños que tomaban parte de esta sacrificada tarea en condiciones inhumanas.³

Una vez instalados los juntadores en la parcela, reconocían el lote a cosechar y marcaban el área que le correspondería a cada uno. Luego se distribuía la cantidad de hileras, a las que se denominaban “luchas”, que cada trabajador debía recolectar. Esas eran sus “luchas diarias”. En general, estos obreros podían completar una hectárea de maíz en 5 o 6 días aproximadamente (Miatello, 1904: 399-400). Posteriormente a la juntada se efectuaba el desgrane, utilizando, en general, máquinas estáticas impulsadas por motores a vapor, muy similares a las requeridas para la trilla del trigo y el lino.

Así, puede advertirse que los trabajadores asalariados, en su mayoría transitorios, fueron protagonistas destacados en la expansión agrícola de fines del siglo XIX. En la década de 1880 oscilaron en torno a los 20.000/30.000 jornaleros y para los inicios del XX, se calculaban que eran necesarios 70.000 obreros para garantizar las cosechas (Lahitte, 1905: 72).

Todos los caminos conducen a las cosechas

Estos trabajadores, durante la primera etapa del auge agrícola, provenían fundamentalmente de dos afluentes: la población de las zonas rurales y pueblos de los partidos bonaerenses y de la ciudad de Buenos Aires, a la cual arribaban anualmente miles de europeos. En menor medida –tal como sucedía desde el período colonial– acudían también pobladores de otras provincias.

La mano de obra asalariada que participaba en las cosechas residía, generalmente, en las zonas próximas. Una parte minoritaria estaba compuesta por individuos que habitaban en explotaciones de hasta 10 hectáreas y debían complementar el ingreso de su parcela con la venta de su fuerza de trabajo a efectos de alcanzar la reproducción del grupo familiar.⁴

Otra porción de los trabajadores asalariados estaba constituida por los habitantes de las pequeñas ciudades y pueblos del interior provincial que sobrevivían intercalando el trabajo en la esquila de las ovejas (durante los meses de octubre, noviembre y diciembre) con la posterior cosecha de trigo (diciembre, enero y febrero) y maíz (marzo, abril, mayo) para luego buscar ocupación en diversas “changas”, o sobrevivir mediante la

3. *La Agricultura*, 4 de abril de 1895; *La Vanguardia*, 10 de septiembre de 1904.

4. *La Agricultura*, 2 de agosto de 1894.

caza de animales menores que les permitían resolver su alimentación. En este sentido, el desarrollo del capitalismo los había expropiado de los medios de producción pero no había estabilizado todavía en las áreas rurales una demanda solvente capaz de determinar –sin perjuicio del ejército de reserva– un proletariado *full time*!

Al respecto, resulta ilustrativo analizar la composición de la población rural de la provincia. Aunque el panorama ocupacional que brinda el censo resulta insuficiente –porque subregistra el trabajo de mujeres, niños y jóvenes–, habilita una aproximación general a la problemática. En este sentido, podemos advertir que en el distrito bonaerense de Pergamino –el tercero más poblado luego de La Plata y Chivilcoy– el 32,5% de las personas registradas en 1895 (mayores de 14 años) declaraban desempeñarse como jornaleros/as. De este grupo, el 67% eran argentinos y en su mayoría habían nacido en la provincia de Buenos Aires. El 33% restante se distribuía de la siguiente manera: 20% eran italianos, el 6% eran españoles, el 3% eran franceses y el 4% restante de otros países europeos. Además, eran numerosos los grupos familiares que trabajaban en las zonas rurales. En muchos de estos casos, el hombre se desempeñaba como jornalero mientras que la mujer era contratada como costurera, cocinera, lavandera, planchadora e inclusive jornalera. Los hijos e hijas mayores de 12 o 13 años también efectuaban diversas tareas similares a las de sus padres. Esta era la única forma en que el grupo familiar podía conseguir los medios de vida básicos para su subsistencia. El papel de las mujeres resultaba fundamental, y si bien sólo figuran registradas con ocupación remunerada el 31,5% de las habitantes de Pergamino mayores de 14 años, eran miles las que se desplazaban a los campos durante las cosechas.⁵

En estos años iniciales de la expansión agrícola bonaerense, la proporción de jornaleros nacidos en Argentina era una clara señal de dos fenómenos: por un lado, el proceso de proletarianización que se venía desplegando en la población rural local y, en segundo término, las mayores posibilidades que tenían los inmigrantes para instalarse como agricultores junto a la preferencia de otros por permanecer en las zonas urbanas. De este modo, se puede advertir la relevancia de los criollos en la inicial conformación del proletariado rural. Esta situación se modificó hacia 1905, cuando se produjo un notable incremento del arribo de europeos a estas latitudes, que se extendió hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial.

El aumento de la superficie cultivada estimuló el desplazamiento de nativos e inmigrantes desde las grandes ciudades, especialmente en

5. Cédulas de población del *Segundo Censo Nacional*, 1895. Partido de Pergamino, Provincia de Buenos Aires (AGN), Legajos 801, 802 y 803.

las coyunturas de fuerte desocupación urbana (Alsina, 1905: 291-292). La necesidad de conseguir dinero para sobrevivir llevó a que miles de trabajadores se movilaran hacia los campos entre diciembre y mayo, tal como lo evidencia el caso de los vendedores ambulantes (que se calculaban en 12.000 para 1901), de los obreros de la construcción o de los mecánicos, donde unos 2.000 se ofrecían como maquinistas y foguistas.⁶ De este modo, confluían con torneros, costureras o zapateros que migraban a los campos empujados por la fluctuación propia de sus labores durante el período estival (García Costa, 1990: 146-154).

Esta primera etapa de la expansión agrícola, a diferencia de lo que sucedería a mediados de la década de 1900, no estuvo caracterizada por el papel protagónico de obreros *golondrina* (aquellos que viajaban sólo por seis meses y luego retornaban al Viejo Mundo). En este sentido, desde diversas publicaciones se argumentaba que la mayoría de los inmigrantes que se desplazaban en tercera clase desde Europa venían por un período de tiempo más prolongado –alrededor de cinco años–, dado que no resultaba redituable en términos económicos regresar a los seis meses a su país de origen.⁷

También se desarrollaron migraciones urbano-rurales con destino a las cosechas dentro de los propios partidos de la provincia, como ocurría, por ejemplo, con los barraqueros de Bahía Blanca, los albañiles de Coronel Pringles o los empleados contratados para el tendido de las vías férreas en el sur bonaerense. Una vez que finalizaban esas tareas se trasladaban hacia los campos para transformarse en jornaleros agrícolas.⁸

Ante el progresivo crecimiento de la superficie sembrada, otra de las estrategias que alentaron diversos sectores de las clases dominantes para resolver el problema de la mano de obra para la cosecha fue estimular las migraciones internas de trabajadores desde otras regiones del país.⁹ Sin embargo, este tipo de iniciativas tuvieron escaso éxito cuando pretendieron movilizar a pobladores del norte argentino (Volkind, 2015). A los sujetos que realizaban este periplo por iniciativa propia, Biale Massé los caracterizó como los “golondrina criollos”. Se trataba de santiagueños, cordobeses y correntinos, algunos catamarqueños y riojanos y uno que otro tucumano que migraban a Santa Fe y Córdoba para la cosecha (1985: 150).

Otro afluente de mano de obra que fue cobrando alguna importancia

6. *La Prensa*, 30 de agosto de 1901; *La Agricultura*, 27 de noviembre de 1902.

7. *La Prensa*, 22 de septiembre de 1897; *La Agricultura*, 13 de noviembre de 1902. A lo largo del período bajo estudio se registró un ingreso promedio anual de 110.000 extranjeros a la Argentina (Vázquez-Presedo, 1971: 15).

8. *La Prensa*, 23 de agosto de 1901; *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1901.

9. *La Nación*, 29 de noviembre de 1902.

con el paso del tiempo era el de los denominados *linyeras*, individuos de vida errante que desempeñaban diversas labores agrarias munidos de su pequeño atado de ropa y algunos utensilios a cuestras (Nario, 1980: 8).

Dinámica del mercado laboral agrícola

Atendiendo a las características del funcionamiento del mercado de fuerza de trabajo agrícola, existían diversas formas y mecanismos para procurar ocupación en las distintas faenas.

En general, si se contrataban peones para la preparación del suelo, la siembra o el cuidado de los cultivos, éstos provenían de las zonas próximas, permanecían varios meses en la unidad productiva y existía un amplio conocimiento y mayor familiaridad con el patrón. Esta vida, según Biale Massé (1985), “casi común” que llevaba con el chacarero, ese vínculo más estrecho, dificultaba las negociaciones salariales.

A la hora de la cosecha, confluían en las zonas rurales miles de personas con diversos orígenes, experiencias y anhelos. Los que se desplazaban desde las grandes ciudades del litoral podían inscribirse en una agencia privada de colocación, que tomaba a su cargo la tarea de conseguir conchabo a las personas que contrataban sus servicios. Estas empresas se valían para ello de distintos medios, como la publicación de avisos clasificados en los diarios. A cambio de estas prestaciones, las agencias cobraban a los obreros elevados porcentajes de sus salarios y en infinidad de casos ofrecían condiciones laborales que luego no se cumplían.¹⁰

La forma de contratación de los trabajadores más calificados, como maquinistas y foguistas, era diferente. En algunos casos ofrecían sus servicios a través de publicaciones en los periódicos o podían tener un trato preferencial en las agencias.¹¹ Por el papel que cumplían en la trilla, era común que –al igual que en la actualidad– los dueños de las trilladoras los contrataran a partir de un cierto conocimiento previo. Los obreros que desarrollaban esta tarea podían llegar a entablar una relación más estrecha con el propietario de este medio de producción, quien depositaba en las manos del asalariado una costosa inversión.

Otros se trasladaban por cuenta propia hacia los partidos bonaerenses, se arrimaban al almacén, a la casa de acopio o al boliche y esperaban que algún patrón agrario los convocase. En general, estos obreros agrícolas transitorios solían tener muchas dificultades para sobrevivir durante el tiempo de espera –a veces prolongado– que debían transitar

10. *La Nación*, 7 de diciembre de 1895; *La Nueva Provincia*, 4 de marzo de 1904; *La Vanguardia*, 24 de octubre de 1903; *La Protesta*, 28 de septiembre de 1904.

11. *La Nación*, 6 de diciembre de 1897.

entre el arribo a la estación y la ocupación efectiva en la chacra. Una vez finalizadas las tareas se desplazaban a otras zonas donde pudieran encontrar trabajo. Sin embargo, las transiciones entre una labor y otra no siempre resultaban armoniosas. La mayoría de los jornaleros tenía dificultades para conseguir ocupaciones sucesivas, a veces podían transcurrir días, semanas y hasta meses enteros desocupados. En esos períodos, los asalariados se consumían los restos de los jornales abonados y sufrían la apremiante necesidad de vender nuevamente su fuerza de trabajo en el campo o en la ciudad (Lallemant, 1974: 181). Al respecto, *La Prensa* informaba que en 1901 había en la ciudad de Buenos Aires unos 20.000 obreros que sólo accedían a trabajos transitorios y otros 6.500 inmigrantes desocupados que sólo conseguían empleo en las cosechas.¹² Así, miles de trabajadores que residían en las urbes obtenían lo principal de sus ingresos a partir de las labores que realizaban en el ámbito rural.

El Estado nacional también intervino con el objeto de garantizar la provisión de brazos para la cosecha. Sin embargo, las medidas que implementó tuvieron modestos resultados tanto en la atracción de los inmigrantes a nuestro país como en la distribución de los recién llegados en los diversos partidos del interior bonaerense.¹³

En la medida en que la expansión del área sembrada era más veloz que la disponibilidad de mano de obra, y si no se transitaban coyunturas de fuerte desocupación urbana, podían generarse desajustes temporales entre la oferta y la demanda de fuerza de trabajo. Así, a partir de 1895 comenzaron a reiterarse las quejas de los contratistas, grandes terratenientes y pequeña burguesía agraria sobre la falta de jornaleros para recolectar los granos, lo cual podía resultar más notorio con respecto a la juntada maicera.¹⁴ Sin embargo, la contracara de esta situación no se explica, en todos los casos, por la escasez real de trabajadores sino que la precariedad de los salarios, los engaños de las agencias de contratación y las condiciones de trabajo que se ofrecían limitaban –en ciertos momentos– el desplazamiento hacia las zonas rurales. Por otra parte, a esta situación se le sumaban las dificultades

12. *La Prensa*, 21 de noviembre de 1903; *El Comercio*, 23 de octubre de 1902; *La Protesta*, 31 de octubre de 1903; *La Agricultura*, 7 de abril de 1904; *La Prensa*, 21 de agosto de 1901.

13. *Memorias del Departamento General de Inmigración*, 1896, 1897, 1898, 1900; Alsina (1903: 23-26).

14. *La Prensa*, 1 de enero de 1904. En reiteradas oportunidades, estos reclamos tenían por objeto incrementar la oferta de fuerza de trabajo en alguna localidad determinada para así imponer menores jornales a los trabajadores que se habían movilizizado y no tenían otras alternativas para sobrevivir.

para resolver favorablemente en la justicia los conflictos que se suscitaban con sus patrones.¹⁵ Se evidencia, de este modo, que existía una problemática abierta, ineludible y paradójica: desocupación y falta de brazos simultáneamente.

En relación con este panorama, cabe remarcar que el desarrollo de un proceso de urbanización y proletarización en la región pampeana tuvo la particularidad de que, en lo fundamental, no se correspondió con el crecimiento de un polo industrial pujante y diversificado que absorbiera de manera sostenida y estable la fuerza de trabajo creciente alimentada año tras año por los flujos de la inmigración (Pianetto, 1984: 301).

En este sentido, la dinámica laboral en curso, signada por la transitoriedad de las labores y el permanente desplazamiento entre los ámbitos rural y urbano, resultaba consistente con la estructura productiva que se iba configurando en el núcleo pampeano de la Argentina moderna. Así, entre las actividades que demandaban mayor proporción de trabajadores estaban aquellas vinculadas con el comercio, la construcción y la cosecha de granos, lo cual contribuyó a consolidar una “infantería ligera del capital” que rotaba entre diversas labores.¹⁶ Esta presencia entrega uno de los rasgos distintivos de la estructura socioeconómica local, donde todavía no se configuraba un clásico “ejército de reserva” que presionara sobre el salario de los obreros ocupados, sino que la proporción mayoritaria de los proletarios vivía en la inestabilidad laboral.

De las “luchas diarias” a los primeros conflictos

Los trabajadores agrícolas, que mayoritariamente se desempeñaban en tareas transitorias, desarrollaban sus labores en condiciones muy precarias. El trabajo en la cosecha de maíz resultaba extenuante, sobre todo cuando las plantas tenían muchas malezas. No sólo se estropeaba la ropa sino que mujeres, hombres y niños estaban más expuestos a lastimarse. Muchas veces padecían infecciones en las manos que eran difíciles de curar por la ausencia de condiciones de higiene y de atención médica. Por esta razón, los juntadores solían exigir un sobreprecio por bolsa para compensar la lentitud de la tarea. Avanzada la temporada y con las primeras heladas de otoño, la labor se volvía más sacrificada. El rocío mojaba los pies y, en lotes con mucha gramilla, también se humedecía la ropa hasta la cintura. Las escarchas de las heladas en las chalas también producían cortes. Además, no faltaban los dolores

15. *La Prensa*, 6 de septiembre de 1904; *La Vanguardia*, 9 de abril de 1904; *La Agricultura*, 27 de junio de 1895 y 30 de abril de 1903.

16. Sobre el tema, ver Marx (1995: 563). Esta conceptualización fue retomada por Sartelli (1997).

musculares y sobre todo el de cintura, ya que el cosechero se desplazaba todo el día con las piernas abiertas y a medida que pasaban las semanas las plantas de maíz comenzaban a volcarse y era necesario inclinar mucho el cuerpo para alcanzar las espigas (Buratovich, s/f).

Estos obreros pasaban de dos a tres meses en la misma chacra. Se alojaban en una especie de choza construida con palos unidos con alambres y cubiertas con la chala del maíz. La chala, a su vez, también era utilizada a modo de colchón, debido a que no existía ninguna protección contra el frío que arreciaba en los meses finales de la tarea (Miatello, 1915).

Para los juntadores de maíz la jornada se extendía de sol a sol (en realidad de estrella a estrella), y sólo se interrumpía para comer. El almuerzo y la cena consistían en pucheros muy sencillos mientras que para el desayuno y merienda se consumía mate cocido y galleta.¹⁷ En muchas oportunidades se acordaba con el peón el pago del salario más la comida. Si el alimento no era provisto por el chacarero, la familia cosechera debía cocinar en un fogón improvisado. La remuneración para estos trabajadores se fijaba a destajo, o sea en función de la cantidad de bolsas recolectadas por día. De este modo, los contratadores pretendían transferir al juntador la responsabilidad sobre los montos de sus jornales.¹⁸

Los trabajos requeridos en la producción agrícola triguera, especialmente en la cosecha, también resultaban extremadamente duros y pesados. Tanto el corte y trilla como la realización de las parvas, el acarreo y la estiba implicaban grandes esfuerzos y riesgos que se prolongaban en jornadas agotadoras (Sartelli, 2000; Ascolani, 2009). A esto se sumaba la impericia de muchos dueños de trilladoras que –por desconocer el modo adecuado de su funcionamiento– exponían al peón a un ritmo feroz y a un gran peligro físico por la posible explosión del motor a vapor y el incendio de la trilladora, que en general traía aparejada la muerte de varios trabajadores.¹⁹

Las tareas en la zona del trigo, en los aspectos referidos a duración y alimentación, no diferían de las experimentadas por los juntadores de maíz, salvo en lo que respecta a las viviendas. Para los trabajadores ocupados en la cosecha triguera ni siquiera existía la posibilidad de construir una choza de chala, ya que solían permanecer menos tiempo en cada chacra, no contaban con la materia prima y, por lo tanto, debían dormir a la intemperie.

17. *La Protesta*, 28 de septiembre de 1904; *La Vanguardia*, 23 de enero y 13 de febrero de 1904.

18. *La Prensa*, 6 de septiembre de 1904.

19. *La Prensa*, 18 de enero y 4 de febrero de 1904; *La Nación*, 15 de noviembre de 1905.

En torno a la problemática salarial, la ausencia de estadísticas oficiales, referencias en los periódicos obreros e investigaciones de organismos públicos o privados dificultan la posibilidad de elaborar series completas y conocer con precisión los montos y la evolución de los mismos. Sin embargo, puede advertirse que el ingreso percibido por los peones contratados para la preparación del suelo, siembra y cuidado de los cultivos solía abonarse por mes (debido a que eran tareas que se prolongaban por varias semanas) y era sensiblemente menor a la suma de los jornales recibidos por los peones de cosecha. Para esta última tarea existía todo un escalafón salarial vinculado al tipo de labores desempeñadas por los obreros. Los mejores pagos eran los maquinistas y foguistas de las trilladoras: además de su remuneración mensual recibían un porcentaje cada 100 kilogramos de trigo que se procesaba. En cambio, un peón de horquilla o de parva percibía un monto muy inferior y se le abonaba por jornal.²⁰

La aludida segmentación del mercado de fuerza de trabajo en el terreno salarial no sólo se explica por las diferentes calificaciones demandadas. También incidían la ubicación geográfica de la chacra y el tipo de cultivo. Al respecto, tenía mucha relevancia la densidad de población en el área, la cercanía a importantes centros urbanos, el tamaño de las explotaciones (y por lo tanto el requerimiento simultáneo de peones) y la importancia de la producción cerealera en ese partido. En ese sentido, el hecho de que en el norte bonaerense se pagaran montos más elevados a los juntadores de maíz, mientras en el sur de la provincia se ofrecieran mejores jornales a los peones de trilla, respondía justamente a las características productivas de cada región.

La desigualdad de género a la hora de fijar las remuneraciones fue otro de los factores que se evidencian desde los inicios del capitalismo en Argentina. Mientras que los varones con manutención cobraban \$18,17 m/n, las mujeres sólo percibían \$9,75.²¹ Al respecto, en un informe oficial de 1898 se afirmaba que un boyero (joven que cuidaba de los animales) recibía \$30 pesos mensuales mientras que una cocinera en una chacra mediana o grande cobraba \$20 por mes (Seguí, 1898: 51).

Con respecto a la evolución de los montos salariales podemos identificar dos momentos. En un principio, a lo largo de la década de 1880, los demandantes de fuerza de trabajo rural tuvieron que elevar los jornales que ofrecían para estimular los desplazamientos hacia los campos, ya que la construcción de ferrocarriles, las obras públicas y privadas y la posibilidad que aún existía –en cierto grado y medida– para acceder a una parcela de tierra impactaban sobre la disponibilidad de obreros

20. *Anuario Estadístico del Ministerio de Agricultura de la Nación* (1901).

21. *Censo Agrícola-pecuario de la provincia de Buenos Aires* (1888: 94).

agrícolas para las cosechas. Esta afirmación, sin embargo, puede ser matizada en función de los elementos de juicio que entrega el experimentado ingeniero agrícola Florencio Molina sobre los ingresos de los jornaleros santafesinos. Molina argumentaba que, en aquel período, el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo era de cuatro horas y media mientras que esos trabajadores cumplían jornadas de 12 horas o más. Los años “normales” eran aquellos en donde los salarios eran bajos, lo contrario era una excepción y no la regla (Blanc Bloquel *et al.*, 1987: 287). Esto evidencia una elevada tasa de explotación por parte de los múltiples empleadores temporarios, situación que resulta opacada por aquellos que resaltan la supuesta existencia de jornales elevados en la época.

Luego, hacia 1890, los salarios rurales perderían su “atractivo” por el impacto de la crisis y sus repercusiones. Diversos indicios señalan que, durante la década de 1890, en Buenos Aires, los jornales medios de las diversas ocupaciones no acompañaron los incrementos en los precios de bienes y servicios (Poy, 2015: 39 y 77-86). Al respecto, un periódico insospechado de obrerismo como el *Review of the River Plate* afirmaba que para 1895 el salario de un obrero rural era casi un 50% inferior comparado con la década anterior (Girbal de Blacha, 1982: 170). Para la cosecha de 1898-1899, un funcionario del Ministerio de Agricultura reconocía una situación similar (Lahitte, 1908: 43-44).

Así, hacia fines del siglo XIX, un conductor de segadora-atadora podía cobrar un jornal de \$2,50, al igual que un horquillero de trilladora o un bolsero. En la juntada de maíz cada bolsa completa de 80 kilos se pagaba alrededor de \$0,25 a \$0,30 centavos mientras que en la ciudad de Buenos Aires un peón albañil recibía \$2,20 por día y un oficial \$3,50 (Seguí, 1898: 52 y 55; García Costa, 1990). En los inicios del nuevo siglo la situación se agravó producto del incremento de la desocupación urbana y de la mayor disponibilidad de brazos para las cosechas, que impactó nuevamente en el descenso de los salarios rurales.

Si bien estas cifras deben ser consideradas con muchos recaudos, indican que los ingresos percibidos por la gran mayoría de los peones rurales contratados transitoriamente sólo superaban a los de los trabajadores urbanos no especializados. Aunque si se comparan las remuneraciones por hora, el resultado se invierte, en detrimento de los obreros agrícolas. En las ciudades la jornada laboral rondaba las 12 horas mientras que en la cosecha podía alcanzar las 16 horas, “de estrella a estrella”.

A su vez, el monto efectivo recibido en mano una vez concluida la tarea estaba mediado y condicionado por diversos procedimientos puestos en práctica por los dueños de trilladoras y almaceneros de ramos generales –a veces personificados en el mismo sujeto– mediante los cuales reta-

ceaban los jornales.²² A la hora de calcular el salario que debía recibir cada trabajador, se le realizaban los descuentos correspondientes a los objetos consumidos durante las semanas que duraban las labores y que eran provistos por el dueño de la máquina: “alpargatas, tabaco, vino, calzoncillos, comida o bien adelantos en efectivo”. Esto le permitía al empresario (que monopolizaba el abastecimiento de bienes para sus obreros) embolsar mayores ganancias debido a los elevados precios a los que vendía los bienes. Los trabajadores protestaron contra estas medidas y en los pliegos de reivindicaciones incluyeron reclamos que iban en ese sentido.

A lo largo de estas décadas se fueron acumulando el malestar, los reclamos y las tensiones, al tiempo que se perfilaban con mayor nitidez las particularidades de esa fracción de la clase obrera argentina. La conformación de este proletariado agrícola estuvo atravesada por múltiples factores que incidieron en el plano objetivo y subjetivo. Por un lado, resultó de la confluencia de diferentes sectores sociales: peones y campesinos expropiados del acceso a los medios de producción para garantizar su subsistencia, pequeños artesanos, cuentapropistas. Por otro, requirió de la amalgama de sujetos que provenían de diversas latitudes y portaban disímiles experiencias culturales: migrantes internos, obreros urbanos, jornaleros y campesinos inmigrantes que, en muchos casos, se proletarizaron al cruzar el Atlántico. A su vez, la dispersión espacial, la baja concentración de trabajadores por unidad productiva, la estacionalidad de las labores y la heterogeneidad de los empleadores que los contrataban también generaron mayores dificultades para reconocer y reconocerse (Villulla, 2015: 30).

Las tensiones que recorrían los vínculos laborales en las zonas rurales se evidenciaron fundamentalmente a través de conflictos cotidianos, informales, aislados y acotados, que se manifestaron incluso en el ámbito legal (Palacio, 2004: 161-162).²³ Así, las diversas formas –latentes y manifiestas– en que se canalizó la protesta obrera no se explican sólo por condiciones coyunturales adversas: “abundancia” de brazos, malas cosechas o crisis externa, sino que “más bien pueden definirse por la presencia de cierto tipo de conciencia política acerca de dichas situaciones o antagonismos de parte de los trabajadores. Dicha subjetividad se fue cocinando con los ingredientes que le proporcionaban una experiencia singular, es decir, en determinado país, en cierta producción y proceso de trabajo, y en cierto estado de ideas en el seno de la sociedad y la clase de trabajadores que formaban parte” (Villulla, 2015: 31).

22. *La Protesta*, 12 de octubre de 1904.

23. Sobre el despliegue de otras formas de resistencia menos perceptibles consultar Scott (2000).

Esta multiplicidad de elementos maduró en los primeros años del siglo XX. En una coyuntura caracterizada por la caída de los salarios reales, el incremento de la inmigración, el aumento de la desocupación urbana y el crecimiento de la superficie cultivada, se produjeron las primeras protestas de obreros agrícolas reflejadas por la prensa del período.²⁴

En este proceso jugaron un destacado papel inmigrantes y criollos anarquistas y socialistas que buscaron agrupar y orientar políticamente a los asalariados rurales y a los pequeños y medianos agricultores. Los individuos arribados desde Europa contaban con un bagaje y una experiencia previa que tuvo mucha incidencia en la formación de los gremios rurales. Así, para 1901, se elaboraron los primeros pliegos de reivindicaciones mediante los cuales se reclamaban mayores salarios y mejores condiciones de trabajo para los operadores de las trilladoras. También, al calor de la extensión de los conflictos, se fundaron diversos centros y sindicatos que agrupaban a los obreros rurales del norte de la provincia de Buenos Aires.²⁵

En este contexto, a instancias del Partido Socialista, se reunió en agosto de 1902 el Primer Congreso de obreros agrícolas, al que concurrieron 12 organizaciones de 10 localidades bonaerenses y santafesinas.²⁶ Se acordaron allí varios reclamos, decidiéndose la conformación de la Federación Regional de los Centros Obreros del Norte y de la Costa de la Provincia de Buenos Aires y del Sur de Santa Fe. Si bien la vida de esta Federación fue efímera, su creación señaló el progreso de una nueva realidad que cobraba fuerza en la pampa a partir del peso creciente de los asalariados en las labores agrícolas.

Ilustrando esta tendencia, hacia 1904 se produjeron nuevos conflictos de obreros rurales, los cuales tendieron a desarrollarse en los períodos de cosecha, momento en el cual se concentraba el mayor número de asalariados y existían mejores condiciones para negociar.²⁷ Sin embargo, estas protestas no podían extenderse demasiado debido a que el lapso de tiempo que había para recolectar los granos era relativamente breve. Así de breve también solía ser la vida de los sindicatos que se conformaban para unificar los reclamos de los braceros y obreros de trilladoras que se desempeñaban en la campaña entre los meses de diciembre y mayo (Ansaldi, 1993).²⁸ Esta dificultad tenía como contracara la recurrente movilidad entre el campo y la ciudad que le permitía a los trabajadores

24. *La Vanguardia*, 22 de febrero de 1902; *La Nueva Provincia*, 4 de abril de 1903.

25. *La Vanguardia*, 7 de diciembre de 1901.

26. *La Vanguardia*, 13 de septiembre de 1902.

27. *La Protesta*, 24 de diciembre de 1904; Biallet Massé (1985: 689).

28. *La Vanguardia*, 9 de enero de 1904.

entrar en contacto con las corrientes, los dirigentes y los sindicatos que se organizaban en el medio urbano y que tanta influencia tuvieron en el ámbito rural, particularmente el anarquismo que se amalgamó y sintetizó con la experiencia y el sustrato de esos peones rurales criollos.

Conclusión

A lo largo del período analizado, Argentina se transformó en un país dependiente y capitalista. La consolidación de esta nueva formación económico-social presentó un derrotero particular, sinuoso y zigzagueante, determinado por el entrelazamiento y la coincidencia de intereses entre los grupos oligárquicos locales (grandes terratenientes y comerciantes) y el capital extranjero y por la centralidad que tuvo la producción agropecuaria para exportación.

Este desarrollo se evidenció en el marcado crecimiento del número de asalariados rurales que atendieron las distintas tareas asociadas a una agricultura cerealera que se desplegaba a ritmos inusitados. Dichas tareas estacionales, articuladas con la demanda de obreros para las obras públicas, la construcción, el tendido de vías férreas o los trabajos portuarios, tendieron a generalizar una pauta de trabajo transitoria que integraba los ámbitos rurales y urbanos a través de los desplazamientos interregionales e intrarregionales. Esta dinámica laboral urbano-rural se fue expandiendo y acentuando entre una elevada proporción de la población económicamente activa, dado que la demanda de fuerza de trabajo industrial, de puestos fijos, no se hallaba suficientemente extendida. De este modo, la tendencia a la salarización de buena parte de la fuerza de trabajo se contrarrestaba parcialmente, o en todo caso hallaba una de sus mayores especificidades, en el hecho de que sólo durante unos meses al año los trabajadores tenían medianamente garantizada la venta de su peculiar mercancía. A pesar de esta situación, esta fracción del proletariado argentino se fue consolidando como producto de la amalgama de diversos ingredientes que le otorgaron una fisonomía particular y reconocible a pesar de la diversidad de experiencias, procedencias, costumbres, conocimientos y anhelos.

Estos peones agrícolas pampeanos desarrollaron sus labores bajo la inexistencia de leyes protectoras, durante jornadas interminables, en condiciones insalubres, recibiendo pésima alimentación y alojándose a la intemperie. Los salarios recibidos podían resultar tentadores para aquellos que desempeñaban tareas temporarias en las ciudades o en los pueblos y zonas rurales cercanas, pero el trabajo de estrella a estrella, la venta de mercancías a un costo muy elevado y las posibles deducciones a sus jornales a las que estaban expuestos, le quitaban parte de su atractivo. A su vez, fueron víctimas de engaños y estafas, no sólo

por parte de los almaceneros de ramos generales, sino también por los titulares de las grandes explotaciones, las agencias de contratación y los empresarios de trilla, que se valieron de un sinnúmero de estrategias para garantizarse la explotación de la mano de obra necesaria al menor costo posible. Por lo tanto, habría que relativizar la idea, extendida entre algunos protagonistas de la época y en interpretaciones historiográficas posteriores, de que los salarios rurales eran elevados, expresión de dudosa validez teórica. Estas reconstrucciones historiográficas, en línea con una visión apologética de la etapa agroexportadora, presuponen la existencia de un crecimiento económico excepcional que habría permitido el “derrame” de la riqueza sobre el conjunto de la sociedad. Bordean, así, una lectura fisiocrática que asocia unilateralmente la riqueza nacional a la “productividad natural” y a las “ventajas comparativas” derivadas de la fertilidad del suelo argentino. De este modo, pretenden difuminar la relación social de explotación de la cual emanaba dicha riqueza.

Para contrarrestar las condiciones laborales y salariales, los trabajadores buscaron distintos canales de expresión: el reclamo particular, la rotura de una máquina o una presentación judicial. Entrado el siglo XX, iniciaron un proceso de organización que derivó en la conformación de gremios y sindicatos, mayoritariamente orientados por socialistas y anarquistas. En este derrotero fueron conformando un sustrato común y reconocible que se evidenció a través de los diversos conflictos que protagonizaron en estos años.

Referencias

- Adelman, Jeremy (1989), “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la primera guerra mundial”, en *Anuario del IEHS*, n° 4.
- Alsina, Juan (1903), *Población, tierras y producción*, Buenos Aires.
- (1905), *El obrero de la República Argentina*, Buenos Aires.
- Ansaldi, Waldo (comp.) (1993), *Conflictos obreros rurales pampeanos (1900-1937)*, Buenos Aires: CEAL.
- Ascolani, Adrián (1993), “Labores agrarias y sindicalismo en las villas y ciudades del interior santafesino (1900-1928)” en Adrián Ascolani (comp.), *Historia del sur santafesino*, Rosario: Platino.
- (1998), “Hacia la formación de un mercado de trabajo rural «nacional». Las migraciones laborales en la región cerealera (1890-1930)”, en *Res Gesta*, n° 36.
- (2009), *El sindicalismo rural en la Argentina*, Buenos Aires: Edunqui.
- Azcuy Ameghino, Eduardo (2011), *Una historia casi agraria. Hipótesis y problemas para una agenda de investigación sobre los orígenes y desarrollo del capitalismo en Argentina*, Buenos Aires: PIEA.
- Beccaria, Luis (2006), “El mercado de trabajo argentino en el largo plazo:

- los años de la economía agro-exportadora”, *Serie Estudios y Perspectivas*, n° 33.
- Bialet Massé, Juan (1985), *Informe sobre el estado de la clase obrera*, Buenos Aires: Hyspamérica.
- Blanc Bloquel, Adriana, Marta Bonaudo, Elida Sonzogni y Carlos Yensina (1987), “Conformación del mercado de trabajo en la provincia de Santa Fe (1870-1900). Algunas aproximaciones”, *Anuario. Escuela de Historia UNR*, pp. 271-316.
- Buratovich, Tadeo (s/f), “La Juntada de maíz”, *Trabajos, publicaciones y notas de asesoramiento. Asociación de Museo de la Provincia de Santa Fe*, http://museosdesantafe.com.ar/descargas/35_texto8.pdf
- Cilley Vernet, José (1896), *Los cereales y oleaginosos trillados en la provincia de Buenos Aires en la cosecha de 1895-1896*, La Plata.
- Cortés Conde, Roberto (1979), *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Díaz Alejandro, Carlos (1975), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Gallo, Ezequiel (1984), *La pampa gringa*, Buenos Aires: Sudamericana.
- García Costa, Víctor (1990), *Adrián Patroni y “Los trabajadores en la Argentina”*, Buenos Aires: CEAL.
- Girbal de Blacha, Noemí (1982), *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, Buenos Aires: Fundación para la educación, la ciencia y la cultura.
- Lahitte, Emilio (1905), “Puertos, transportes y jornales”, en *Boletín del Ministerio de Agricultura*, Buenos Aires.
- (1908), *Informes y estudios de la División de Estadística y Economía Rural*, Buenos Aires.
- Lallemant, German Avé (1974), *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires: Anteo.
- Martínez Dougnac, Gabriela (2010), “Viejas leyes aggiornadas y nueva legislación: reflexiones en torno al carácter y papel de algunos instrumentos de legislación agraria durante el primer peronismo”, en *Documentos del CIEA*, n° 5.
- Marx, Karl (1995), *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Miatello, Hugo (1904), *Investigación agrícola en la provincia de Santa Fe*, Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes.
- Miatello, Hugo (1915), *El hogar agrícola*, Buenos Aires.
- Míguez, Eduardo (1993), “La frontera de Buenos Aires en el siglo XIX: población y mercado de trabajo”, en Raúl Mandrini y Andrea Reguera, *Huellas en la tierra*, Tandil: IEHS.
- Nario, Hugo (1980), “Los crotos”, *Todo es Historia*, n° 158.
- Palacio, Juan Manuel (2004), *La paz del trigo*, Buenos Aires: Edhasa.
- Panettieri, José (1988), *El paro forzoso en la Argentina agroexportadora*, Buenos Aires: CEAL.

- Pianetto, Ofelia (1984), "Mercado de trabajo y acción sindical en la argentina, 1890-1922", *Desarrollo Económico*, n° 94.
- Poy, Lucas (2015), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Raña, Eduardo (1904), *Investigación agrícola en la provincia de Entre Ríos*, Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma e Hijo.
- Sábato, Hilda (1989), *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires*, Buenos Aires. Sudamericana.
- y Romero, Luis Alberto (1992), *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Sansoni, Mariela (1990), "Mercado de trabajo agrícola y el paro estacional en el agro pampeano (1890-1920)" en *Mercado de Trabajo y paro forzoso. Desde los comienzos de la Argentina moderna hasta la crisis de los años 30*, UNLP.
- Sartelli, Eduardo (1993), "Sindicatos obreros-rurales en la región pampeana, 1900-1922", en Ansaldi, Waldo (comp.), *Conflictos obreros rurales pampeanos (1900-1937)*. Buenos Aires: CEAL.
- (1997), "Ríos de oro y gigantes de acero: tecnología y clases sociales en la región pampeana (1870-1940)" en *Razón y Revolución*, n° 3.
- (2000), "Procesos de trabajo y desarrollo capitalista en la agricultura. La región pampeana, 1870-1940" en *Razón y Revolución*, n° 6.
- (2005), "Hombres y mujeres "cuyos nombres ignorase". El trabajo rural y el mito de la Pampa pródiga, 1880-1930" en *Razón y Revolución*, n° 14.
- Scout, James (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: ERA.
- Seguí, Francisco (1898), *Investigación Parlamentaria sobre agricultura, ganadería, industrias derivadas y colonización. Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.
- Vazquez Presedo, Vicente (1971), *Estadísticas Históricas Argentina, 1875-1914*, Buenos Aires: Ediciones Macchi.
- Villulla, Juan Manuel (2015), *Las cosechas son ajenas. Historia de los trabajadores rurales detrás del agronegocio*, Buenos Aires: Cienflores.
- Volkind, Pablo (2015), "Un incierto y sinuoso camino: la formación del mercado de fuerza de trabajo en la agricultura bonaerense entre fines del siglo XIX y el inicio de la Primera Guerra Mundial", *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, n° 43.

Nociones de *trabajo* y *desocupación* en la prensa socialista de fines del siglo XIX

Sabina Dimarco

Conicet - ICI - UNGS
sabinadimarco@hotmail.com

Title: Notions of *work* and *unemployment* in the socialist press in the late nineteenth century

Resumen: El artículo analiza el modo en que desde el socialismo de finales del siglo XIX se fue conceptualizando al desocupado como categoría y grupo social y el lugar que se le otorgaba en el naciente movimiento obrero. En ese proceso, a su vez, se iba delineando una determinada idea acerca de lo que se esperaba del *trabajo*. Para ello, analizaremos dos publicaciones de la época: *El Obrero* (1890-1892) y la primera etapa de *La Vanguardia* (1894-1900).

Palabras clave: socialismo – clase obrera – desocupación – trabajo

Abstract: The article analyzes the way in which the socialism of the late nineteenth century conceptualized the unemployment as a category and social group, and the way in which, in contrast, a certain idea about how work should it be. To do this, we analyze two publications: *El Obrero* (1890-1892) and *La Vanguardia* (1894-1900).

Keywords: socialism – working class – unemployment – work

Recepción: 6 de diciembre de 2018. **Aceptación:** 15 de enero de 2019.

Introducción¹

La noción de desocupación, entendida como aquella situación de falta transitoria de trabajo por motivos ajenos a la voluntad de quien la padece, empezó a delinearse en los países europeos a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX. En Argentina, algunos estudios mostraron que la falta de trabajo comenzó a ser objeto de reflexión por parte de expertos ligados a la función pública en el marco de la crisis de 1913 y con más intensidad en la de 1930 (Grondona, 2012; Daniel, 2013; Bertolo, 2008). Sin embargo, la falta de salario como experiencia de vida de los trabajadores antecedió por mucho a esos momentos de problematización, y las organizaciones de izquierda atentas al mundo del trabajo fueron las primeras en abordar la cuestión e intentar nombrar, describir, fundamentar y buscar soluciones para un fenómeno que, entendían, no podía ser pensado bajo las tradicionales conceptualizaciones de la pobreza y la vagancia.

Pobreza y vagancia eran los términos con los que la ausencia (o insuficiencia) de ingresos a través del trabajo había sido tratada a lo largo del siglo XIX. Diversos estudios analizaron el modo en que los pobres válidos que no podían demostrar ocupación ni domicilio fijo eran etiquetados bajo las categorías de vagancia y perseguidos con medidas de carácter represivo mientras que los considerados pobres “merecedores” accedían al aparato asistencial de la Sociedad de Beneficencia.² Desde su creación como brazo asistencial del Estado, esa sociedad se distanció de la tradición colonial de socorro a la pobreza. La lógica de la beneficencia, que suponía mayor sistematicidad en la intervención que la arbitrariedad de la caridad, encontró un sólido punto de apoyo en la demarcación entre pobres merecedores y no –verdaderos y falsos pobres– que formaba parte de las representaciones compartidas en la época (Moreno, 2009; Golbert, 2010). En ese marco, toda pobreza no sustentada en la invalidez era atribuida a la impostura. Ese paradigma recién comenzó a transformarse en parte hacia comienzos del nuevo siglo (González Bernaldo y González Leandri, 2015).³

El presente artículo analiza las representaciones de la falta de tra-

1. Agradezco las valiosas sugerencias de los coordinadores del presente dossier. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las *II Jornadas Internacionales de historia del movimiento obrero y la izquierda* (2018), organizadas por el CEHTI y la revista *Archivos*. Agradezco también los estimulantes comentarios de Lucas Poy en aquella oportunidad.

2. Ver los trabajos de Valeria Pita, entre ellos el que se incluye en este dossier.

3. Los autores encuentran en la tesis de 1899 de Luis A. Galli, “De la mendicidad”, un testimonio de cambios en la visión de la pobreza. En ella la pobreza (a diferencia

bajo plasmadas en la prensa socialista en ese momento clave, en lo que refiere a los cambios en las concepciones y el tratamiento de la pobreza en el siglo XIX. En particular, estudia cómo desde el socialismo de la década de 1890 se fue conceptualizando la falta de trabajo como un problema específico y a los *desocupados* como categoría y grupo social. En ese proceso, veremos, los socialistas se encuentran inexorablemente atravesados por aquellas representaciones hegemónicas que signaron el siglo en que se inscriben, a la vez que las confrontan y proponen concepciones alternativas por momentos más cercanas a las que caracterizarán al siglo venidero.

De este modo, el artículo entabla un diálogo con los trabajos que abordaron la historia de las representaciones de la pobreza en Argentina como así también con aquellos que indagaron en la historicidad de las categorías sociolaborales (“desocupado” en particular) desde una perspectiva sociohistórica (Topalov, 1994; Zimmermann, 2001). A su vez, se nutre de los estudios sobre la historia de las izquierdas y del movimiento obrero, y fundamentalmente del socialismo en sus primeras etapas y su rol en la estructuración de la clase obrera (Falcón, 1984; Spalding, 1970; Bilsky, 1985; Ratzer, 1969; Poy, 2014; entre otros).

Nuestro *corpus* se basa en dos publicaciones socialistas de ese período: *El Obrero* (EO) (1890-1892) y *La Vanguardia* (LV) en los números correspondientes al período 1894-1900. Ambas comenzaron a publicarse con anterioridad a que el socialismo se constituyese como partido en 1896. Esa “prehistoria” del PS estuvo signada por la publicación de varios periódicos. Como sostuvieron diversos autores, la palabra impresa dirigida a los trabajadores como público específico, en sus múltiples modalidades (periódicos, revistas, folletos, etc.), fue la vía fundamental para la difusión de ideas doctrinarias en todo el arco de las izquierdas (Lobato, 2009; Tarcus, 2007; Camarero y Herrera, 2005). En ese marco se inscribe la aparición de *El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria*, que se posicionó en la filiación del materialismo histórico. A pesar de su corta existencia, este periódico resulta significativo porque fue el órgano de difusión de la incipiente Federación Obrera, pero también porque constituye el primer intento sistemático de interpretación de la realidad argentina en clave marxista (Tarcus, 2007; Martínez Mazzola, 2003-2004). Una realidad, la de la crisis económica y política de 1890, particularmente difícil para quienes vivían de su trabajo. Germán Avé Lallemant, su primer director, ya se había convertido para ese entonces en un referente destacado en el campo intelectual socialista.⁴

de la mendicidad) es definida como un riesgo inherente al trabajo y ya no como la ausencia de disciplina laboral asociada a la “vagancia”.

4. Luego de dejar el puesto continuó como colaborador y figura clave del periódico.

En abril de 1894, a instancias de Juan B. Justo, comenzó a publicarse el que se convertiría en el célebre periódico *La Vanguardia*.⁵ Como destaca Tarcus, su subtítulo “periódico socialista científico, defensor de la clase trabajadora”, resuena como un eco de su antecesor. Y en su primer número rendía homenaje a aquella publicación a la que reconocía como “el primer periódico de la clase obrera argentina” y destacaba a sus principales figuras, Lallemand y Kühn (LV, 7 de abril de 1894), quienes también tuvieron participación en la nueva experiencia editorial. A partir de 1896, con la creación del PS, LV se convirtió en su órgano de difusión oficial.

Es conocido el papel de Justo como traductor de *El capital*, así como es sabido que a pesar de ser un gran conocedor de la obra de Marx nunca se consideró a sí mismo un “marxista”, ni buscó orientar hacia allí al socialismo. Su forma de vincularse con la obra del pensador alemán fue entonces marcadamente diferente a la que entabló Lallemand. De acuerdo con Aricó, se consideraba más bien “un socialista que encontraba en Marx, pero también en otros pensadores, un conjunto de ideas y de propuestas útiles” (1999: 70).

En este escrito las figuras de Lallemand y Justo no nos interesarán en sí mismas sino por la impronta que estos intelectuales del socialismo dejaron en sus publicaciones. Así, más que las personalidades que se encuentran por detrás de las distintas notas que conforman nuestro corpus –a cuyas identidades no siempre nos es posible acceder, por otra parte–, nos interesa cómo estas publicaciones, pensadas como instrumento para el adoctrinamiento y la organización de los trabajadores, fueron forjando una determinada interpretación de la realidad social de su época. En particular, el posicionamiento y la clave interpretativa que adoptaron frente a la cuestión de la falta de trabajo.

Por supuesto, el lugar que ocupó ese tema no puede deslindarse de la situación del mercado de trabajo en el momento histórico concreto en que cada una de esas publicaciones se desarrolló (e incluso, a lo largo de la trayectoria de una misma publicación). Por ello, si bien en el caso de LV analizaremos la totalidad de sus contribuciones desde su aparición y hasta el fin de siglo, nos concentraremos en dos momentos de crisis económicas: la de 1890 (en EO) y la de 1897 (para LV).

Este artículo se propone profundizar una línea de indagación que hemos comenzado a desarrollar en otros trabajos (Dimarco, 2016a y 2018a), partiendo de la hipótesis según la cual el socialismo de fines del siglo XIX tuvo un papel relevante en la puesta en forma de una modalidad novedosa de plantear el problema de la ausencia de trabajo.

5. En 1893 se publicaron *El Obrero* (segunda época) y *El Socialista*, desprendimientos de EO. En ellas no encontramos menciones a este tema.

En trabajos previos nos concentramos en la crisis de 1890. Nos proponemos aquí analizar el papel que en ese proceso jugaron los socialistas nucleados en torno a *La Vanguardia*, atendiendo a los cambios que pueden identificarse entre ambos períodos (y periódicos).

Siendo la conceptualización del desocupado nuestro objetivo principal, el artículo indaga en otras dos cuestiones relacionadas. Por un lado, se pregunta por el lugar que este sector de las izquierdas otorgó a quienes empezaban a ser pensados como “desocupados” en su relación con la clase obrera. Por el otro, observa de manera exploratoria el modo en que al problematizar la falta de trabajo iban configurando su reverso: lo que entendían por “trabajo”.

***El Obrero* y los “sin trabajo” en la crisis de 1890**

El Obrero comenzó a publicarse en el contexto de una crisis económica que tuvo fuerte impacto en las posibilidades de generación de empleo y en las condiciones de trabajo y de vida obrera. Durante esos años las principales ciudades, y muy particularmente Buenos Aires, vieron incrementarse la cantidad de personas en busca de alguna ocupación que les permitiese la subsistencia. Ciertamente, los períodos sin ocupación eran frecuentes entre la población trabajadora de la Argentina de mediados del siglo XIX puesto que la ocasionalidad y la inestabilidad caracterizaban al mercado de trabajo de esa estructura productiva agroexportadora.⁶ Los desplazamientos entre el empleo rural y urbano, los trabajos ocasionales, la alternancia entre empleo asalariado y por cuenta propia y los períodos sin trabajo eran moneda corriente en ese mercado laboral que se había visto transformado por la llegada masiva de inmigrantes y, con ellos, de una enorme diversidad de oficios, lenguas, ideologías y trayectorias sociales.

Pero a medida que el siglo avanzaba, las posibilidades de trabajo autónomo comenzaron a hacerse más inaccesibles, forzando la proletarización. Hacia 1890, entonces, esos períodos sin ocupación rentada se hacían más difíciles de sobrellevar. Ahora bien, salvo escasísimas excepciones entre las que se encuentran las organizaciones socialistas y anarquistas, esas situaciones de extrema fragilidad en las que las personas se encontraban sin ocupación fueron pensadas en su época –y también por buena parte de la historiografía posterior– como formas de vagancia. Es decir, fueron interpretadas en la clave de una responsabilidad individual. El uso de términos como “vagos” o “atorrantes” en memorias municipales, debates legislativos, actas policiales, prensa

6. Ver los artículos de Pablo Volkind y de Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul, en este mismo dossier.

(no obrera), etc., dan cuenta de esa dificultad para pensar y nombrar situaciones de ausencia de trabajo aún en el marco de una profunda crisis económica.

Es por eso que resulta significativo que, desde sus primeros números, *EO* haya posicionado la falta de trabajo como un tema de relevancia para el naciente movimiento obrero. Lo hizo desde diferentes frentes: por un lado, disputando decididamente las representaciones hegemónicas relativas a la vagancia y a los *atorrantes*. Por el otro, enmarcando el problema de la falta de trabajo en la *cuestión obrera*. Finalmente, promoviendo la organización política de quienes se hallaban en esa situación. Podríamos incluir, aunque de manera menos decidida, los intentos de innovación que buscaban escapar a las categorías habitualmente utilizadas y a las que ellos consideraban claramente estigmatizantes.⁷

En relación al primer punto, dedicaron numerosas notas a contraponer, a lo que consideraban el discurso “burgués” de la vagancia, una representación de los “sin trabajo” que los figuraba como personas voluntariosas, esforzadas, deseosas de encontrar ocupación y dispuestas a cualquier tarea con tal de ganarse por sí mismas el sustento. Con frecuencia, estas notas se planteaban como respuesta a algún artículo publicado en la prensa burguesa, particularmente *La Prensa* y *La Nación*. Acusaban a estos medios de construir una imagen distorsionada de la realidad de los “sin trabajo” –como parte de su rol como aparatos de la burguesía– y ridiculizaban las representaciones sobre la vagancia que esa prensa producía.

En cuanto al segundo punto, a través del cuestionamiento a la asociación de la falta de trabajo con la vagancia, y por medio de la movilización de categorías marxistas características del vocabulario de esta publicación, los socialistas de *EO* reflexionaron sobre los “sin trabajo” en términos de *ejército de reserva*, es decir, como un sector de la clase obrera transitoriamente sin ocupación pero funcional al capital. En este punto resulta central la forma en que aparecía problematizada la figura del *atorrante*. Aunque algunas de sus descripciones pueden llevar a pensar en el *atorrante* como el *lumpenproletariado* de la categorización marxista (Martínez Mazzola, 2003-2004), lo cierto es que la insistencia con la que lo definían como un “obrero sin trabajo”, que quería trabajar pero no encontraba ocupación, se alejaba de aquella noción que Marx reservó a la “escoria” de todas las clases. Para *EO* los *atorrantes* constituían “un gran número de trabajadores, que andan en busca de una ocupación” (*EO*, 16 de enero de 1892). Sostenían incluso que esa figura no era más que una invención burguesa para justificar la represión a las personas que no hallaban dónde ocupar sus fuerzas a cambio de

7. Sintetizamos en este apartado lo trabajado en Dimarco (2016a).

un salario. No la consideraban, como vemos, una categoría deslindada del mundo obrero y, en este sentido, el atorrante estaba más cercano al *ejército de reserva* que al *lumpenproletariado*.

Esto se relaciona con el tercer punto, relativo al plano político-organizativo. Pensarlos en términos de *ejército de reserva* resultaba importante en el marco de un sector obrero que ellos buscaban forjar como movimiento organizado. Si verlos como *lumpenes* deslindados de la clase obrera conducía a desentenderse de su situación, presentarlos como ejército de reserva –en el caso argentino, decían, se trataba fundamentalmente de un “ejército de reserva agricultor” (*EO*, 27 de junio de 1891)– ubicaba el problema de “los sin trabajo” como un *problema obrero*, al que debían orientarse también las luchas del socialismo. Así, a comienzos de enero de 1891, desde sus páginas se difundió el primer “meeting de trabajadores sin ocupación” organizado por el Comité Obrero Internacional (*EO*, 9 de enero de 1891). A ello dedicó una extensa nota que constituye en sí misma una forma de instalar el tema tanto en la agenda gubernamental y mediática como en la de los propios trabajadores.

Mencionamos, como un último elemento a destacar, los intentos por innovar en la forma de nombrar a las personas que se encontraban en una situación de ausencia involuntaria de trabajo de modo de evitar los términos de lo que consideraban una perspectiva burguesa. No sólo buscaban eludir la terminología asociada a la vagancia (mendigos, atorrantes, vagos) sino que se la confrontaba incorporando formas de nominación que incluyeran las palabras “obreros” o “trabajadores”. Sin embargo, hay que destacar que en *EO* no hubo una forma específica de nombrarlos. Se recurrió a una diversidad de fórmulas tales como “obreros sin ocupación”, “trabajadores sin trabajo”, “trabajadores baldíos”, “hombres sin trabajo” o “proletarios sin ocupación”. Esto resulta importante porque la inexistencia de un término específico para aludir a ese no-trabajo involuntario da cuenta de la ausencia de una conceptualización estabilizada (Zimmermann, 2001).

La Vanguardia y los “desocupados” entre 1894 y fin de siglo

La caracterización de la falta de trabajo

A diferencia de lo ocurrido en torno a la crisis de 1890, poco después, en vísperas del cambio de siglo, comenzó a ser más frecuente que las columnas de la prensa no obrera hiciesen alusión a los “síntomas alarmantes” de la época. Eran los signos visibles de la “cuestión social” (Suriano, 2000). Hacia fin de siglo, efectivamente, el problema obrero

logró ubicarse, por la fuerza de las movilizaciones, en el centro de las preocupaciones públicas.

Desde los círculos liberal-reformistas la disminución de las posibilidades de empleo solía ser incluida en la serie de problemas que conformaban la “cuestión social” (Zimmermann, 1995). Sin embargo, ello ocurría siempre que el problema fuese pensado como una incertidumbre o dificultad que pudiese afectar a los trabajadores; es decir, como factor de inseguridad de la vida obrera. Pero una vez que la persona se encontraba efectivamente sin ocupación y salía a rebuscárselas para obtener algún magro ingreso, su problemática quedaba inmediatamente excluida de la cuestión obrera para ser percibida y tratada desde la perspectiva de una cuestión de vagancia, en continuidad con la tradición del siglo XIX. Por eso, a pesar de que los problemas obreros estuviesen cada vez más presentes en el ámbito público de esos últimos años del siglo, la percepción respecto de las personas sin trabajo no se había visto sustancialmente modificada (Dimarco, 2016a).

En los años siguientes a su aparición en 1894, *La Vanguardia* adoptó respecto a este tema una posición algo oscilante para luego, en el marco de la crisis de 1897, inclinarse hacia una postura más cercana a la que había sostenido *EO*. Lo primero que llama la atención al comparar el tratamiento que ambas publicaciones dieron al tema con unos pocos años de diferencia es que en *LV* se utilizaron con total naturalidad desde el primer momento, en 1894, los términos “desocupación” y “desocupados”. Esto es, los movilizaron como si esos términos fuesen de uso corriente. Sin embargo, no sólo prácticamente no se los utilizaba sino que, las pocas veces en que se recurría a esos vocablos, era como sinónimo de mendicidad y vagancia. Por otro lado, no habían sido utilizados ni una sola vez en el *EO*, ni en la principal publicación anarquista de ese mismo período, *El Perseguido* (Dimarco, 2018a).

Si bien *LV* no desarrolló ninguna definición ni caracterización acerca de dicha categoría, es claro que se la utilizó en un sentido que empezaba a aproximarse a su significado moderno (Topalov, 1994; Pugliese, 2000). Siguiendo a Pugliese, la acepción moderna del término, aunque varía según los países y etapas históricas, presenta al menos tres dimensiones: ausencia de trabajo que genere ingreso, estar en condiciones de trabajar y tener voluntad o disposición para hacerlo. Señala este autor que el criterio de la *involuntariedad*, es decir el carácter *forzoso* de la ausencia de trabajo, es uno de los más difíciles de establecer y el más controversial. Es en esa línea, creemos, que los aportes del socialismo a la caracterización de un no-trabajo involuntario resultan más relevantes.

En *LV*, decíamos, se recurrió desde el comienzo y sin definición previa al término *desocupados* para dar cuenta de personas que no contaban con trabajo pago pero que necesitaban y buscaban trabajar. De

este modo, se inscribían en un proceso que se estaba dando en países como Alemania, Francia, Inglaterra o Estados Unidos como parte de una configuración reformista, en general proveniente de intelectuales ligados a la función pública. Topalov plantea que los reformadores de esos países debieron inventar (o reformular) un término para inducir distinciones que los usos comunes no hacían (1994: 161). Los términos *unemployment/unemployed* y *chômage/chômeur* cumplieron esa función: designaron una figura nueva cuyos contornos se delinearon en la diferenciación con una variedad heterogénea de situaciones de pobreza. El uso del término “desocupados” por parte de los socialistas de LV parece cumplir esa función. Entre la variedad de situaciones que podían conducir a la pobreza, el desocupado era identificado como un *obrero* involuntariamente sin trabajo. Así, si desde EO se dieron pasos fundamentales en esa conceptualización, con la puesta en marcha de LV se avanzó en la incorporación de un término único y específico para nombrarlo.

Para tomar dimensión de este hecho, vale recordar que el término “desocupado”, que es el que llega hasta nuestros días, no fue utilizado por el reformismo liberal sino hasta bastante más tarde. No lo usó Bialet Massé en su célebre informe, ni aparecía mencionado de ese modo en el proyecto de Código de Trabajo de 1904. Gálvez, por su parte, en su importante informe sobre el paro forzoso (1913), planteó que consideraba más apropiado el término “paro forzoso” al de “desocupado”, mientras que recurría también a los términos “inocupados” o “chômeur”. Recién el informe de Alejandro Unsain de 1920, redactado luego de participar en la Primera Conferencia Internacional de la OIT –hito fundamental en la universalización de una conceptualización del desempleo– puede considerarse un momento importante de estabilización del término (Unsain, 1920; Dimarco, 2018c). Estamos en condiciones de decir, entonces, que la utilización generalizada de los vocablos “desocupación” y “desocupados”, en el marco de la publicación socialista, fue un eslabón importante en ese largo proceso de estabilización de un término definido.

Los primeros años de LV transcurrieron en el marco de una mejora de los indicadores económicos que habían signado la grave coyuntura de los años previos. Durante un tiempo, se reactivó la economía y mejoraron los niveles de ocupación dando lugar a un ciclo ascendente de agitación obrera (Poy, 2014). En esa activación de las luchas obreras, la desocupación quedó rezagada en las reivindicaciones frente a otros tópicos relativos a las condiciones del trabajo, tales como la jornada de ocho horas, el trabajo de mujeres y niños, las condiciones del empleo agrícola, entre otros. Pero la falta de trabajo, si bien dejó de tener un peso importante entre las demandas, no estuvo ausente.

Hasta la irrupción de la crisis de 1897, los socialistas consideraban

que la desocupación no era un problema en Argentina, no obstante lo cual debía prestársele atención. Dado que se lo consideraba un producto natural del capitalismo (y funcional al mismo), el país se dirigía a paso veloz a incorporarse al núcleo de naciones que sufrían ese mal, por lo que no debía ser considerado un problema ajeno. En línea con el socialismo internacional, destacaban el avance del maquinismo como un peligro creciente. Era en la producción agraria y ganadera donde veían el principal riesgo de esos desarrollos, entre los que incluían la incorporación de maquinaria pero también la generalización del alambrado. Ese sector, decían, cada vez “da más empleo a las máquinas y menos a los brazos del hombre”. Veían además en la tecnología del alambrado, creada sólo unos pocos años antes (1874) y rápidamente adoptada en el país (Netz, 2004), un problema para la generación de empleo dado que se requería menos personal para cuidar el ganado (*LV*, 5 de mayo de 1894).

Pero esos señalamientos constituían, en el mejor de los casos, advertencias sobre un futuro no muy lejano más que preocupaciones sobre el presente inmediato. Las consecuencias de la maquinización y el alambrado en la pérdida de fuentes de trabajo habían sido atenuadas, según planteaban, por el avance simultáneo de la superficie cultivada. El peligro radicaba en “tomar ese estado transitorio por definitivo” y creer que “aquí no va a faltar nunca el trabajo” (5 de mayo de 1894). La desocupación ocupó entonces un lugar no desdeñable en los primeros números, pero casi siempre en referencia a otros países como Estados Unidos (7 de julio de 1894; 7 de abril de 1894), Francia (27 de octubre de 1894), Inglaterra y Escocia (31 de agosto de 1895).

La caracterización no difería demasiado de la que se hacía en *EO*. Se consideraba que era un fenómeno consustancial al capitalismo. Y si bien la noción de *ejército de reserva* estaba menos presente que en su antecesor, seguía siendo la grilla de lectura desde la que se interpretaba ese “ejército de desocupados”. Pero si en *EO* dicha caracterización conducía a la demanda de intervenciones que redujesen ese excedente, en el caso de *LV* de esos primeros años se advertía sobre los riesgos de darle al tema el estatus de “problema” y de habilitar así la intervención del Estado.

Esta cuestión aparecía tratada en un artículo traducido del periódico italiano *Lotta di classe*, sugestivamente titulado “Un problema que no es un problema”. Planteaba que liberales y anarquistas coincidían en creer en la “quimera” de que “la sociedad arreglará por sí misma estas anomalías” (*LV*, 5 de mayo de 1894) y que aunque los liberales consideraban los problemas sociales como fenómenos transitorios el de la desocupación era el que más les preocupaba; “de ahí los innumerables proyectos que deberían, como la piedra filosofal, resolver radicalmente el «problema»”. Se refería, sin dudas, al trabajo de los reformadores europeos en el

marco de lo que Topalov (1994) llamó la “invención del desocupado”. Los socialistas de *Lotta di Classe*, en ese artículo que *LV* se interesó en traducir y difundir, eran por supuesto críticos y desconfiados de esa preocupación burguesa. Pero fundamentalmente consideraban un error “concebir la desocupación como un «problema»”. Hacerlo, es decir “creer que la desocupación es un fenómeno aislado que puede desaparecer de la sociedad burguesa”, suponía, justamente, desconocer por completo la estructura de esa sociedad. En consecuencia, la nota cuestionaba cualquier forma de intervención y desestimaba otorgarle el estatus de “problema” (por lo que recurrían a las comillas para usar el término) puesto que no había resolución posible en el marco del capitalismo.

Desde *LV* se hacían eco de esa crítica a una intervención sobre el tema –que referían no sólo a la Argentina por la escasa magnitud del fenómeno sino también a Europa–. Esto contrastaba con la batería de propuestas mencionadas (sin desarrollo) en *EO*: colonias agrícolas y obras públicas (9 de enero de 1891), Bolsa de Trabajo gratuita (21 de febrero de 1891; 29 de agosto de 1891; 20 de febrero de 1892), limitación legal de la jornada de trabajo a ocho horas para distribuir mejor el trabajo disponible (14 de febrero de 1891; 14 de mayo de 1892), y control de la inmigración. Algunas de esas propuestas eran mencionadas en *LV* con el fin de desestimarlas. En cuanto a las colonias agrícolas, por ejemplo, A. Kühn sostenía que: “[Gracias a ellas] los industriales se surten de obreros, los particulares de sirvientes domésticos, a salarios sumamente bajos, que a su vez influyen infaliblemente en el sentido de bajar los salarios de los demás obreros” (*LV*, 16 de mayo de 1896).

Hacia mediados de 1896 comenzó a plantearse que el problema había llegado a la Argentina y el tema adquirió un lugar relevante en las páginas del periódico de Justo: “la desocupación forzada es el más cruel tormento para los obreros” (*LV*, 27 de julio de 1896). A comienzos de 1897 podía leerse que “desde hace años no ha habido tantos obreros sin trabajo como en estos días” (*LV*, 6 de febrero de 1897). Poco después, Adrián Patroni vaticinaba un duro invierno: “Trabajadores: La crisis avanza, el ejército de desocupados es cada día más numeroso; todo contribuye a demostrar claramente que tendremos un invierno cruel” (*LV*, 10 de abril de 1897).

En línea con lo sostenido desde *EO*, atribuían las causas a la activa promoción para atraer inmigrantes (lo que llamaban la inmigración “artificial” para contraponerla a la “espontánea”), a lo que se sumaba un año particularmente malo para la agricultura. Según esa nota, “el número abrumador de desocupados [...] presagia muy mal año para la clase trabajadora”. A partir de entonces las menciones a este tema fueron cobrando impulso y a mediados de 1897 la Federación Obrera organizó un encuentro de desocupados en el teatro Doria.

Desocupados, trabajo y clase obrera

A partir de 1890 los socialistas tuvieron un lugar destacado en la organización y estructuración de la clase trabajadora (Falcón, 1984; Bilsky, 1985; Poy, 2014). Ello suponía el desarrollo de una cierta identidad de clase, con sus inclusiones y exclusiones, en un marco de notable heterogeneidad en cuanto a las nacionalidades, diferencias étnicas, idiomáticas, de oficios y de género. En este sentido, resulta significativa la pregunta por la forma en que desde este sector se pensó la articulación entre los excluidos del trabajo y la clase obrera.

De acuerdo a Marx, la población obrera, “con la acumulación de capital producida por ella misma, produce en volumen creciente los medios que permiten convertirla en relativamente supernumeraria” (2004: 785). Esta superpoblación deviene ejército de reserva a disposición del capital para ser reclutado en sus fases expansivas. Ese ejército de reserva funciona como condición de existencia del sistema. Para Marx, entonces, el ejército de reserva no constituía algo distinto de la clase obrera misma. Pero esa no es la única representación de la vida sin salario que se encuentra en su obra. El *lumpenproletariado*, al que define como la “basura de todas las clases” (1998), compuesta por “vagabundos, delincuentes, prostitutas” (2004: 802), constituye en cambio “una masa bien deslindada del proletariado industrial” (1988: 62). Esta categoría le permite a Marx definir los contornos de la clase obrera, trazando los límites hacia “abajo”. Huard (1988) señala que en la obra de Marx el proletariado y el *lumpenproletariado* van tomando forma de manera paralela y complementaria: mientras que el segundo condensaba los atributos negativos que en su época se atribuían generalizadamente a los trabajadores, el primero pudo erigirse, en contraposición, como una figura liberada de la condena moral. En esa línea, la distinción entre ejército de reserva y *lumpenproletariado*, a pesar de que en ambos la ausencia de trabajo sea un elemento en común, resulta clave para la estructuración de la clase obrera.

Retomando una pregunta que nos hicimos en relación a *EO*, resulta pertinente interrogarse por el modo en que los “sin trabajo” eran pensados por *LV* en su relación con la clase obrera. Ya mencionamos que para *EO* la categoría de atorrante era considerada una invención burguesa destinada a estigmatizar toda forma de no-trabajo y justificar las medidas represivas. Por eso, la figura ocupó un lugar clave en la disputa que entablaron por las representaciones del no-trabajo. En el caso de *LV*, este tema tiene menos lugar, a pesar de que la figura del atorrante seguía estando muy presente en la sociedad de aquella época tal como se refleja en la prensa, el lenguaje de la calle o la narrativa policial, pero también en las obras de importantes referentes intelectuales

de la época como Ramos Mejía, Miguel Cané o Antonio Dellepiane. No es casual que una de las notas en las que se mencionaba al atorrante proviniese de la pluma de Avé Lallemand. Decía en ella que, en la sociedad argentina de “*fin de siècle*”, “el millonario de la clase *high-life*, el pequeño burgués de la clase media, el obrero de la clase proletaria y *el atorrante de la clase* del último residuo social, están allí luchando” (LV, 16 de junio de 1894). El atorrante aparecía claramente por fuera y por debajo de la clase proletaria, como una subclase. En otras ocasiones el término era mencionado de acuerdo al uso generalizado en la época: como sinónimo de vagancia (se hablaba de “vagos y atorrantes”), como atributo descalificativo (“vividores y atorrantes políticos” [los funcionarios], o bien “nos acusan de atorrantes”), o como verbo referido al ocio y la pasividad (“atorrando no nos emanciparemos de la tiranía de los patronos”). Fundamentalmente, se lo mencionaba para dar cuenta de quienes se encontraban en el último estadio de un camino de degradación social. Todo indica, por otra parte, que cuando se recurría a ese término se hacía referencia a la situación de varones jóvenes, en edad de trabajar, mientras que la prostitución aparecía como la situación homóloga para las mujeres.

Fue Adrián Patroni quien desde LV se preguntó por las causas sociales y económicas de su existencia. Decía Patroni que la burguesía preguntaba: “¿Por qué no van a trabajar de peones?”, y agregaba: “Ninguno, o pocos de los que emiten este juicio se encargan de averiguar las verdaderas causas que obligan a muchos hombres a mendigar el pan de cada día” (LV, 1 de mayo de 1895). Si se les preguntaba a los atorrantes sobre su situación, decía, respondían que habían sido obreros: “Yo he sido un obrero, puedo decir más, he sido artista”. Luego de un largo desarrollo concluía: “En una palabra, las causas que origina el aumento de los atorrantes es en parte el desarrollo constante de las máquinas, que mediante su perfección dejan cada día mayor número de obreros desocupados”. Así, en una línea más cercana a la de EO que a otras menciones encontradas en esta publicación, para Patroni el atorrante era un “obrero desocupado”. Con una diferencia sustantiva: para los redactores de EO, atorrante era todo obrero sin trabajo víctima de un etiquetamiento estigmatizante por parte de la burguesía y sus aparatos (prensa, policía, etc.); para Patroni, en cambio, la relación entre desocupación y atorrantismo era otra. “Atorrante” no parece ser en este caso una *etiqueta* que recaía sobre las personas sin trabajo sino que describía un *estado* efectivo en el que podían caer los “débiles de espíritu”. La falta de trabajo podía ser la causa (identificada como causa social) pero eran los factores personales los que explicaban el ingreso a un camino sin retorno: “Es una pendiente –le dijo el atorrante interrogado–: una vez en el fondo, adiós” (LV, 1 de mayo de 1895). De este

modo, a pesar del intento de desresponsabilización (Patroni aclaraba: “el hombre que llega a ser atorrante jamás ha tenido malos instintos”), y la identificación de causas socioeconómicas, su visión no se alejaba demasiado de la de su época.

La diferencia en el tratamiento de esa figura entre *LV* y *EO* resulta relevante en términos de estrategia política y de estructuración de una identidad obrera. En *LV*, “atorrante” y “desocupado” no constituían una misma figura social, como sí ocurría en *EO* en donde esa asimilación se constituía en un frente de disputa política. Por el contrario, era en la diferenciación con esas figuras marginales que se iba configurando al desocupado como parte de las luchas obreras:

En un suelto perverso o estúpido se ocupa *La Prensa* de los “sin trabajo”, de los miles de trabajadores desocupados que hay hoy en Buenos Aires y, ni el injusto sufrimiento de estos obreros, ni la importancia y la gravedad de ese fenómeno social, le inspiran otra cosa que insinuaciones malignas y remedios de charlatán. Desde luego se complace en confundir a los trabajadores desocupados con los vagos y rateros de oficio, hablando de unos y otros al mismo tiempo, sin dudas porque unos y otros inspiran a ese diario el mismo interés. (*LV*, 29 de mayo de 1897)

Era importante no confundir a unos y otros. Una vez deslindada de la capa más marginal del proletariado, la categoría “desocupado” buscaba interpelar de manera amplia a trabajadores de los gremios más variados, pero también a peones y trabajadores por cuenta propia. Planteaban, por ejemplo:

sabemos que no son pocos los trabajadores desocupados: tanto peones, como artesanos y empleados, difícilmente hallan ocupación y la desocupación periódica es lo suficientemente larga para que el malestar de la clase obrera en la Argentina se aproxime cada vez más a la miseria que en Europa acosa a los trabajadores.

De este modo, el problema del desocupado se planteaba como transversal al mundo del trabajo. Pero al mundo del trabajo masculino: la falta de trabajo en las mujeres, a pesar de que podemos suponer que también se había incrementado en esos años,⁸ estaba totalmente ausente

8. La participación femenina en el mercado laboral era para entonces muy significativa. Se desempeñaban tanto en el sector secundario como en el terciario y en trabajos domiciliarios. Ver Falcón (1986), Lobato (2007) y Queirolo (2006).

en la forma en que era problematizado el tema. Más aún, el trabajo de la mujer aparecía como causa del incremento de la desocupación obrera masculina (*LV*, 31 de julio de 1897).

Mencionamos ya que a comienzos de 1897 la FOA convocó a una manifestación de desocupados. Los meses previos al encuentro, *LV* publicó una serie de notas destinadas a mostrar la importancia del tema frente a quienes estaban siendo convocados. La invitación era amplia, “a todos los obreros que se hallen sin trabajo”, y se dirigía a los “trabajadores”.

Entre las notas que preceden al encuentro, llama la atención una ilustración de considerable tamaño ubicada en la parte superior de la primera página del 26 de junio de 1897. Se titulaba “Desocupados”. Era un “grabado de actualidad”, suerte de segundo editorial (implementado sólo ese año) que se orientaba a conquistar un público más amplio (Buonuome, 2015). En este caso, apuntaba a la sensibilidad obrera con un cuadro costumbrista que se suponía generalizado en la experiencia de vida de quienes se buscaba interpelar.

La composición consiste en un recuadro dividido en dos partes. De un lado se observa una familia pobre. Un hombre ingresa a una humilde pieza de conventillo en la que se encuentra una mujer con tres niños. Abajo se lee:

Hoy tampoco tienen que hacer fuego –dice el trabajador a su mujer– al entrar a su pieza de conventillo, de vuelta de la larga caminata en que ha ido de taller en taller ofreciendo inútilmente sus brazos. Hace muchas semanas que no encuentra trabajo, y por todo sustento sus hijitos tienen que contentarse con un poco de pan. (*LV*, 26 de junio de 1897)

Y continúa: “La madre no cocina, los niños apenas comen, el padre vaga lleno de tristeza y de rabia”.

Encontramos aquí elementos que estaban presentes en la formulación del problema de los “sin trabajo” en *EO*. Un relato que apelaba a la empatía: un hombre de familia con hijos que mantener, el sufrimiento por no poder garantizar el sustento familiar. En un recurso habitual, la trama se sostenía en la idea de que correspondía al hombre el sostenimiento económico del hogar (Palermo, 2016). La apelación a la idea del varón proveedor otorgaba legitimidad a la demanda de los desocupados. Por esa misma razón, la representación estigmatizante de los “vagos y atorrantes” omitía cualquier referencia a la familia. Y por eso también las mujeres, aunque trabajadoras en un porcentaje considerable, estaban ausentes en la problematización.

A su vez, la imagen recreaba el antagonismo de clase. El grabado “Desocupados” dividía la imagen en dos planos. Del otro lado se encuen-

tra un matrimonio adinerado en una coqueta habitación. Él también está “desocupado”, sin saber en qué usar su improductivo tiempo: “Él se aburre, hastiado de una vida de disipación”. Y con esto *LV* iba al hueso de la concepción moderna del desocupado: el obrero, en cambio, “encontrará mil cosas a qué aplicar con provecho sus fuerzas, pero no le es permitido hacerlo”. Lo que faltaba no era la voluntad ni la capacidad de trabajo, sino el trabajo mismo. El desocupado quedaba así claramente posicionado en la clase obrera en oposición a una burguesía parasitaria. La desocupación *forzosa* del obrero se presentaba como la contracara de la desocupación *licenciosa* del burgués: “¿por qué no les piden que en lugar de derrochar millones en lujo, y en parrandas por Europa, empleen a los que no tienen trabajo, ocupándose ellos también, *los eternos vagos y desocupados*, en crear establecimientos de interés general” (*LV*, 6 de febrero de 1897). Así, el obrero desocupado, parte de la clase obrera, se recortaba en la diferenciación tanto de los “vagos y atorrantes” como del burgués “desocupado”.

Pero aún en ese contexto de crisis, se mantiene la tensión en relación a qué estatus otorgarle al tema y a qué debía hacer el Estado, aunque con mayor ambivalencia. Persistía el temor a que la demanda de respuestas ampliara las atribuciones de un Estado en el que no creían; pero sostenían que “un gobierno como el argentino, que gasta sendas sumas en la propaganda por la inmigración, está obligado a evitar que se mueran de hambre los trabajadores que ha hecho inmigrar” (31 de julio de 1897). Así, no sin tensiones, se abría la puerta a las demandas de intervención en un contexto de crisis. Se quejaban, por ejemplo, de que nadie dijese que

en vistas de la escasez de trabajo haya que suprimir los impuestos de consumo, ni que acortar la jornada en los talleres del Estado, ni que emprender mil obras necesarias para el pueblo [...]. Faltan edificios para escuelas, faltan buenos libros para los niños que debieran ir a ellas, falta una buena casa de correos, ¿qué mejor oportunidad para hacerlos?” (*LV*, 29 de mayo de 1897)

La obra pública aparecía como la vía privilegiada para “paliar momentáneamente la calamidad social de la desocupación”, frente a opciones que descartaban como las colonias de desocupados (colonias agrícolas) o la caridad. Criticaban a los célebres Talleres Nacionales implementados sin éxito en la Francia revolucionaria, pero proponían obras de saneamiento y embellecimiento a cargo de las municipalidades para dar empleo “a los brazos parados” (*LV*, 31 de julio de 1897).

De la crítica dirigida a los Talleres Nacionales franceses se desprende

un último elemento que quisiéramos destacar. El trabajo –decían citando a quien había llevado a cabo una experiencia que consideraban exitosa de obra pública para desocupados en Lancashire (Inglaterra)– debía ser “necesario y útil”, pero además “los hombres deben recibir un trato razonable y un pago equitativo” (*LV*, 31 de julio de 1897). Mientras que los redactores de *EO* insistían, en pos de demostrar la actitud activa y esforzada, que los “sin trabajo” estaban dispuestos a trabajar “de cualquier cosa”, desde *LV* sostenían que el empleo ofrecido debía cumplir determinadas condiciones. Sin ellas, el desocupado podía rechazarlo sin que se justificara acusarlo de falta de esfuerzo y voluntad. Este punto resulta fundamental porque nos permite ver, a contraluz del problema del desempleo, qué consideraban “trabajo” estos socialistas en ese fin de siglo caracterizado por un mercado de trabajo inestable y marcado por la alternancia entre ocupaciones. A grandes rasgos, esas condiciones eran: salario justo, condiciones laborales dignas, pero también que se respetase el “oficio” en el caso que el demandante de trabajo lo tuviese. Los anuncios de colocación para cortar árboles en Chaco, por ejemplo, eran esgrimidos con insistencia por quienes sostenían que había trabajo para quien lo buscara; frente a eso, desde *LV* se preguntaban si podía decirse efectivamente que había trabajo disponible cuando el que se ofrecía suponía recorrer extenuantes distancias –con el riesgo incluso de ser detenido bajo las leyes de vagancia–, obligando en muchos casos a abandonar a la familia. O cuando se ofrecían condiciones insalubres y salarios miserables.

Aunque no podamos detenernos en este tema, importa señalar que de este modo se ponía en cuestión uno de los argumentos centrales de la época –y de buena parte de los estudios posteriores– respecto de la existencia de trabajo para todo aquel dispuesto a esforzarse (apelando a los anuncios de colocación en distintas zonas del país y a las frecuentes quejas de los sectores dominantes por falta de mano de obra). Sin entrar en esa controversia directamente (como hacían desde *EO*), cambiaban el eje de la discusión: ¿podía considerarse “trabajo” a las ofertas que se mencionaban? ¿O pedirsele a obreros formados en un oficio que dejaran todo para ir a cortar árboles al Chaco o emplearse como lacayos? En este sentido, señalaban con ironía que la nota de *La Prensa* ya citada, además de confundir a los “trabajadores desocupados con vagos y rateros de oficio”, “por si la humillación no es suficiente agrega que las «familias» de Buenos Aires luchan con dificultades para conseguir buena servidumbre! Ya saben los tipógrafos, pintores, mecánicos, etc. que estén desocupados: pueden, si quieren, entrar de lacayos o mucamos”. Y agregaba:

Pero la principal razón que tienen los desocupados, según

La Prensa, para no quejarse, es que hay en los alrededores de Buenos Aires muchos terrenos fértiles, donde ellos podrían sembrar legumbres. Es decir que sin terreno, sin herramientas, sin semillas, sin instalaciones de riego, sin habitaciones, y sin competencia especial, los obreros desocupados de la ciudad, en un momento y por un tiempo cualquiera, pueden ir a sembrar legumbres en los alrededores de la Ciudad. (LV, 29 de mayo de 1897)

De este modo, se ponía en cuestión ni más ni menos que la idea de que debía haber disponibilidad absoluta para aceptar cualquier trabajo, en cualquier condición y en cualquier lugar. Punto que resulta de suma relevancia si tenemos presente que la cuestión de la *disponibilidad* sería un tema central años más tarde para la definición del desempleo por parte de los “expertos”.

Reflexiones finales

Hacia fines del siglo XIX, a pesar de que las crisis económicas tuvieron un considerable impacto en las oportunidades de empleo, las representaciones sobre la pobreza que habían caracterizado a las décadas previas no se vieron sustancialmente modificadas. En ese marco, este artículo tuvo como objetivo analizar el modo en que los socialistas de *EO* y *LV* problematizaron ciertas formas de pobreza asociadas a la falta de trabajo como un problema específico, configurando así la figura del “trabajador sin trabajo” o “desocupado”.

Ello supuso, en primer lugar, sostener que la falta de trabajo era un problema en Argentina –contra las voces hegemónicas que señalaban insistentemente el problema de la escasez de brazos–. Para *EO*, que salió a la luz en plena crisis de 1890, no había dudas: coyuntural o no, el tema merecía ser atendido. La disputa por el significado de la figura del atorrante ocupó un papel muy importante en la búsqueda por instalar la falta de trabajo como un problema económico y sistémico, en oposición a la lectura individual y moral.

En *LV*, cuyos primeros números salieron en un momento de cierta recomposición económica, el posicionamiento fue más ambivalente. Esa ambivalencia se matizó, pero se sostuvo, en el marco de la crisis de 1897. No obstante, desde este periódico se dieron pasos fundamentales en la formulación de la noción de “desocupado”. Por un lado, se utilizó de manera generalizada ese término para referir a una situación específica de no-trabajo. Pero mientras que desde *EO* se sostenía, en un posicionamiento casi monolítico, que la idea misma de vagancia (representada de manera paradigmática por la figura del atorrante) era una

invención burguesa para estigmatizar toda falta de trabajo, y que por tanto los así llamados eran “obreros sin trabajo” a los que el socialismo debía interpelar, en *LV* es posible advertir más matices entre quienes escribieron sobre el tema. Por momentos, se observa una visión más cercana a las representaciones que distinguían entre un no-trabajo legítimo y otro moralmente condenable. Menciones a los atorrantes como “el último residuo social” –en la pluma de Ave Lallemand–, o como un estado al que llegaban los “débiles de espíritu” –en Patroni–, ubicaban el componente moral como criterio de demarcación entre el trabajo (en el que se incluían, a diferencia de las representaciones hegemónicas, ciertas formas de no-trabajo legítimas, como la desocupación en trabajadores con oficio) y el no-trabajo condenable (“atorrantes y rateros de oficio” pero también la prostitución como forma de ganarse la vida en las mujeres). Más cerca que *EO* de la distinción marxista entre ejército de reserva y *lumpenproletariado*, en *LV* el desocupado, entendido como ejército de reserva, tomaba forma en la diferenciación con “los vagos y rateros de oficio”. Así, en el caso de *LV* el desocupado emerge en contraposición tanto con el no-trabajo ocioso del burgués como con esas manifestaciones marginales del proletariado identificadas (no sólo por la mirada burguesa sino también por esta publicación) con la vagancia.

Por otro lado, vimos que con la categoría “desocupado” se buscaba interpelar de manera amplia a trabajadores de los gremios más variados, como también a peones y trabajadores por cuenta propia. Se planteaba entonces como transversal al mundo del trabajo masculino. Punto importante en lo que refiere a los intentos por movilizar a este sector.

De este modo, hemos intentado demostrar que estas organizaciones tuvieron un papel destacado en la temprana problematización del desocupado. Buscaron nombrar, describir, fundamentar y proponer respuestas para un fenómeno que, entendían, no podía ser pensado bajo las tradicionales conceptualizaciones de la pobreza y la vagancia. Pero además, en el marco de la conformación de una clase obrera que estaban contribuyendo a estructurar como tal, ubicar ciertas formas de no-trabajo como un problema obrero (distinguiéndolo de un problema de vagancia) tenía un potencial político-organizativo, como se puede ver en los intentos por organizar mítines de “sin trabajo” o “desocupados” tanto en 1890 como en 1897.

Finalmente, mostramos que, a contraluz del problema del desocupado, se iban perfilando las características que debía asumir el trabajo. El cuestionamiento al supuesto de que el obrero desocupado debía tener absoluta disponibilidad para aceptar cualquier trabajo que se ofertase, y la defensa del respeto al oficio, resultan elementos centrales tanto en la definición del desocupado como del trabajo aceptable o digno. Así, si en 1890 el eje de la disputa por el sentido del no-trabajo pasaba en

gran medida por demostrar que los “sin trabajo” estaban dispuestos a aceptar cualquier empleo con tal de trabajar (como forma de enfatizar la voluntad y disponibilidad), en 1897 desde LV planteaban que bajo ciertas condiciones, el rechazo de un empleo no implicaba falta de voluntad de trabajar. En otros términos, que la existencia de colocaciones en zonas lejanas y por salarios irrisorios no resultaba suficiente para sostener que no había desocupación.

De este modo, EO y LV pusieron en cuestión elementos que habían sido cruciales en las representaciones del no-trabajo a lo largo de todo el siglo XIX y que seguían siéndolo hacia la última década del mismo: la distinción entre buenos y malos pobres, las motivaciones individuales y morales de la ausencia de trabajo, la asociación de todo no-trabajo con la idea de la vagancia y la imagen de la Argentina como un país con oportunidades laborales para todo aquel dispuesto a trabajar. Por otra parte, hay algo de estas ideas movilizadas por el socialismo temprano que nos brinda otras claves para interpretar lo que ha sido caracterizado tantas veces por la historiografía como la “paradoja” de la Argentina de ese momento: la coexistencia de escasez de brazos y abundancia de *vagos*.

Referencias

- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Bertolo, Maricel (2008), *Estado y trabajadores en Argentina. El Departamento Nacional del Trabajo ante el fenómeno de la desocupación, 1907-1934*, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Bilsky, Edgardo (1985), *La FORA y el movimiento obrero/1 (1900-1910)*, Buenos Aires: CEAL.
- Buonuome, Juan (2015) “Fisonomía de un semanario socialista: *La Vanguardia*, 1894-1905”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 6, pp. 11-30.
- Camarero, Hernán (2015), “El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917”, *Izquierdas*, n° 22, pp. 158-179.
- y Carlos M. Herrera (eds.) (2005), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo.
- Daniel, Claudia (2013), “De crisis a crisis: la invención de la desocupación en la Argentina”, *Revista de Indias*, vol. LXXIII, n° 257, pp. 193-218.
- Dimarco, Sabina (2016a), “Los socialistas y el problema de la falta de ocupación en la crisis de 1890”, *Estudios Sociales del Estado*, vol. 2, n° 4.
- (2016b), “Marx y el problema de la falta de ocupación”, *Astrolabio*, n° 17.

- (2018a), "Los «sin trabajo» antes del «desocupado». Socialistas y anarquistas en la construcción de un problema social a fines del siglo XIX", en prensa.
- (2018b), "Atorrantes. Categorías marxistas para una nueva interpretación de una figura popular a fines del siglo XIX en Buenos Aires (*El Obrero*, 1890-1892)", *Izquierdas*, n° 46, pp. 86-104.
- (2018c), "Argentina, la OIT y el problema del desempleo: procesos de categorización a escala internacional", en Norberto Ferreras, Andrés Stagnaro y Laura Caruso (eds.), *A Conexão OIT. América Latina: Problemas regionais do trabalho em perspectiva transnacional*, Niteroi: Mauad.
- Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: CEAL.
- (1986), *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires: CEAL.
- Gálvez, Manuel (1913), *La inseguridad de la vida obrera: informe sobre el paro forzoso*. Buenos Aires: Imprenta Alsina.
- Golbert, Laura (2010), *De la Sociedad de Beneficencia a los Derechos Sociales*, Buenos Aires: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- González Bernaldo, Pilar y Ricardo González Leandri (2015), "Regulación pública de la acción social: Beneficencia y educación en el Río de la Plata independiente", *Regulación social y regímenes de bienestar en América Latina*, Madrid: Polifemo.
- Grondona, Ana (2012) «Tradición» y «traducción»: un estudio de las formas contemporáneas del gobierno de las poblaciones desempleadas en la Argentina, Buenos Aires: CCC
- Huard, Raymond (1988), "Marx et Engels devant la marginalité: la découverte du lumpenproletariat", *Romantisme*, n° 59, Paris, pp. 5-17.
- Lobato, Mirta (2007), *Historia de las trabajadoras en Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa
- (2009), *La prensa obrera*, Buenos Aires: Edhasa.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2003-2004), "Campeones del proletariado. El periódico *El Obrero* y los comienzos del socialismo en la Argentina", *Políticas de la Memoria*, pp. 91-110.
- Marx, Karl (1988), *Las luchas de clases en Francia (1848-1850)*, Buenos Aires: Anteo.
- (1998), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires: Need.
- (2004), *El capital*, t. 1, vol. 3, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Moreno, José Luis (2009), *Éramos tan pobres...: de la caridad colonial a la Fundación Eva Perón*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Netz, Reviel (2013), *Alambre de púas. Una ecología de la modernidad*, Buenos Aires: Eudeba.
- Oddone, Jacinto (1983), *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires: CEAL.
- Palermo, Silvana (2016), "El derecho a mantener el hogar: demandas obreras en la gran huelga ferroviaria desde una perspectiva de género", en Andrea Andújar *et al.* (coords.), *Vivir con lo justo. Estudios de historia*

social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX, Rosario: Prohistoria.

- Poy, Lucas (2012), "Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera en Argentina: problemas historiográficos y apuntes metodológicos", *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 1, pp. 1-34.
- (2014), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1880-1896*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pugliese, Enrico (2000), "Qué es el desempleo", *Política y Sociedad*, n° 34, pp. 59-67.
- Ratzer, José (1969), *El movimiento socialista en la Argentina*, Buenos Aires.
- Spalding, Hall (1970), *La clase trabajadora (Documentos para su historia, 1890-1912)*, Buenos Aires: Galerna.
- Suriano, Juan (2000), "Una aproximación a la definición de la «cuestión social» en Argentina" en Juan Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina: 1870–1943*, Buenos Aires: La Colmena.
- Tarcus, Horacio (2007), *Marx en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2003), "¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé Lallemand y su recepción de Karl Marx en la década de 1890", *Políticas de la Memoria*, n° 4, pp. 71-90.
- Topalov, Christian (1994), *Naissance du chômeur, 1880–1910*, París: Albin Michel.
- Unsain, Alejandro (1920), "Conferencia Internacional del Trabajo", *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, n° 45.
- Walter, Richard (1977), *The Socialist Party of Argentina 1890-1930*, Texas: University of Texas.
- Zimmermann, Bénédicte (2001), *La constitution du chômage en Allemagne. Entre professions et territoires*, París: MSH.
- Zimmermann, Eduardo (1995), *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana.

ARTÍCULOS

La historiografía sobre las izquierdas en Chile: un campo en expansión

Rolando Álvarez Vallejos

Universidad de Santiago de Chile
rolando.alvarez@usach.cl

Title: The historiography of the Left in Chile: A Burgeoning Field

Resumen: El presente artículo examina la evolución de la historiografía sobre las izquierdas en Chile desde el retorno a la democracia en 1990 hasta el presente. Plantea que a partir de cambios político-sociales relacionados con el contexto nacional del país, así como por otros producidos en los cuerpos docentes de las principales universidades chilenas, el campo historiográfico sobre las izquierdas ha experimentado un marcado proceso de expansión. Se examinan los principales autores y corrientes que dieron origen a las nuevas orientaciones de la historiografía de las izquierdas, surgidas durante la década de 1980 en Chile a partir de las reflexiones académicas y políticas de los científicos sociales de la época. A partir de esto, el artículo ofrece una visión panorámica de la producción historiográfica sobre las izquierdas chilenas en las últimas tres décadas.

Palabras clave: izquierdas – historiografía – partidos políticos – sindicalismo

Abstract: The following article examines the development of the historiography of the Left in Chile, from the transition to democracy in 1990 to the present. It argues that the field has experienced a significant expansion and diversification, propelled by social and political changes within Chile and by changes in the faculty of the country's main universities. It analyzes, first, the pioneering trends and the work of those who, inspired by the political and academic debates of the 1980s, led the scholarship in new directions. It provides, then, a panoramic view of the scholarship on the Chilean Left in the last three decades.

Keywords: left – historiography – political parties – trade unionism

Recepción: 16 de diciembre de 2018. **Aceptación:** 10 de enero de 2019.

I

La historiografía sobre la izquierda chilena ha tenido un importante desarrollo en las últimas décadas. Hoy en día sistemáticamente se publican libros y artículos en revistas científicas de Chile y el extranjero sobre distintos aspectos de su trayectoria en el siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI. A nivel de tesis de grado y posgrado, las nuevas generaciones de historiadores e historiadoras anuncian nuevos trabajos que alimentan una masa de producción historiográfica que está lejos de agotarse. Producto de razones históricas y políticas que afectaron al país, la historiografía de la izquierda chilena por años fue escasamente visitada, cuestión que solo en las últimas dos décadas comenzó a ser revertida. Iniciativas editoriales, como Lom Ediciones y más recientemente América en Movimiento, o proyectos como la revista *Izquierdas*, han dado gran visibilidad a la producción historiográfica sobre la izquierda chilena. Cada año, el programa estatal Fondecyt, el principal mecanismo de financiamiento de la investigación científica en Chile, aprueba proyectos sobre partidos de izquierda, experiencias militantes y movimientos sociales. Inclusive, investigadores chilenos han comenzado a realizar pesquisas transnacionales, realizando proyectos de estudios comparados con los casos especialmente de Argentina y Uruguay.¹ Así, es posible afirmar que en la actualidad Chile vive un momento de especial desarrollo de investigaciones sobre la historia de las izquierdas.

De acuerdo a nuestra perspectiva, el desarrollo de la historiografía chilena durante el siglo XXI tiene algunas características fundamentales. En primer lugar, no conforma un programa de investigación común o tampoco se refugia en un paradigma historiográfico genérico que lo aglutine. Por el contrario, la caracteriza la fragmentación temática y epistemológica. Solo es posible detectar ciertos hilos conductores generados por algunas líneas de investigación de algunos de los más importantes historiadores chilenos. Con todo, esto no alcanza a constituir una escuela o matrices orgánicas comunes de proyectos historiográficos. Así, la historiografía de las izquierdas en Chile no escapa de la tendencia global, que vincula su quehacer al de los historiadores universitarios y a los estudiantes de posgrado. Además, los programas de investigación dependen en gran medida, de lograr financiamiento externo. El formato de la investigación en Chile, basado en proyectos individuales de 3 o 4 años de duración, tras los cuales se debe volver a concursar para obtener financiamiento, tiende a reforzar la fragmentación del quehacer de los profesionales de la historia. Evidentemente este hecho escapa de

1. Son los casos de las investigaciones que se encuentran desarrollando las historiadoras chilenas María Olga Ruiz y Tamara Vidaurrázaga.

los límites del gremio de historiadores e historiadoras y se relaciona con aspectos epocales ligados a las formas como se lleva a cabo la investigación científica en una sociedad neoliberal como la chilena.

En segundo lugar, al igual que en el resto de América Latina, la historiografía de las izquierdas convivió con la tensión entre la historia “científica” y la “militante”. Desarrollada fundamentalmente por personas que tienen gran afinidad con su objeto de estudio, la historiografía chilena sobre la izquierda ha debido recorrer un camino para diferenciar los trabajos propiamente políticos con la producción de textos acordes con el canon historiográfico “científico”. En la actualidad, producto de la cada vez más acentuada profesionalización del quehacer de la disciplina, la historiografía de las izquierdas ha logrado ocupar un espacio entre los saberes reconocidos en el gremio de la historia. Por este motivo, desde 1990 hasta el presente, pasó de ser un campo marginal y políticamente incorrecto dentro del gremio de los historiadores, a ser una de las áreas más productivas y que convoca mayor interés entre los estudiantes de posgrado. Esto también se puede apreciar al evaluar las temáticas de los proyectos de posdoctorado e iniciación de Fondecyt, en donde la temática tiene una permanente presencia.

En tercer lugar, en Chile el marxismo sufrió un serio revés histórico, que no solo se expresó en la derrota política de la izquierda, sino también en distintas esferas, incluidas las ciencias sociales. Los historiadores de izquierda aglutinados en la llamada “nueva historia social”, encabezada por Gabriel Salazar y conformada por Mario Garcés, Julio Pinto y María Angélica Illanes, fueron descritos por el historiador Eduardo Devés como una generación unida por “un marxismo mínimo”. Es decir, aunque sin abandonar la matriz marxista, quienes serían los formadores de la generación de historiadores de la posdictadura en Chile, representaron una escuela historiográfica que durante el “invierno de la teoría” (así se denominó un seminario historiográfico realizado en Santiago a fines de la década de 1990), optó por caminos más eclécticos y por una mirada laxa ante el paradigma que ponía a la clase como centro de la problemática histórica. Por ello, en la actualidad en Chile no existe una abundante historiografía chilena desde la perspectiva de clase. Predominan, por el contrario, los enfoques de las culturas políticas, la identidad, los imaginarios, las representaciones y las subjetividades militantes. Más recientemente, han irrumpido los enfoques de género y raza, aunque todavía de manera muy tímida.

En cuarto lugar, en la actualidad la producción historiográfica sobre la izquierda chilena se encuentra viviendo un proceso de transición. Terminada la dictadura de Pinochet en 1990, durante un extenso período, el trabajo historiográfico se dedicó a reconstruir la trayectoria de este sector político, brutalmente reprimido durante ese régimen y,

en gran medida, borrado de la historia por la predominante historiografía conservadora. Peor aún, la triunfante Concertación proclamó un discurso oficial que intentó establecer –con bastante éxito durante la década de 1990– una visión de la historia de Chile que enfatizaba los consensos y excluía del relato las luchas sociales y las formas más radicales de combate contra la dictadura, desarrollada por fuerzas de izquierda. Por ello, “contar lo que pasó” fue la primera necesidad que abordaron los historiadores preocupados por el pasado de la izquierda chilena. En buena medida, las nuevas generaciones formadas bajo el alero de estos especialistas continuaron esta tarea. Sin embargo, en la actualidad este modelo tiende a agotarse. El síndrome de la repetición de enfoques temáticos es notorio, especialmente en algunas áreas. Por lo tanto, las nuevas generaciones de historiadores, así como también los investigadores “senior”, están abriéndose a nuevas perspectivas y enfoques para volver a pesquisar periodos y acontecimientos visitados en indagatorias anteriores. De esa forma, en distintos campos temáticos que engloba la “historiografía de las izquierdas” en Chile, están irrumpiendo novedades historiográficas que cada vez más dejan atrás el testimonialismo de las primeras investigaciones.

En quinto lugar, desde el retorno a la democracia la historiografía sobre la izquierda chilena ha tenido importantes continuidades respecto a la etapa previa a 1973, pero también novedades rupturistas. Por un lado, los partidos políticos siguieron siendo objeto privilegiado de las pesquisas. Destacan especialmente el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), organización que a pesar de ser fundada en 1965, producto de ser la primera organización chilena que proclamó la lucha armada como vía para la construcción del socialismo, ha cautivado a las nuevas generaciones de historiadores. A la vez, su desaparición a comienzos de 1990, la convirtió en un objeto de estudio que tiene un comienzo y un fin claramente establecido. Por su parte, el Partido Comunista de Chile, poseedor de una larguísima trayectoria histórica, también ha sido ampliamente estudiado. No se puede decir lo mismo del Partido Socialista de Chile, que fuera fundado, entre otros, por Salvador Allende, la principal figura histórica de la izquierda chilena en el siglo XX.

Por otro lado, una de las principales novedades temáticas de la historiografía chilena sobre las izquierdas la representan las investigaciones sobre el anarquismo.² Olvidada y vilipendiada por la primera generación de historiadores marxistas anteriores al golpe de Estado de 1973, la corriente anarquista en la actualidad cuenta con importantes trabajos,

2. Una completa revisión del desarrollo de la historiografía sobre el anarquismo en Chile la realizó Godoy (2016: 453-476).

que han servido para hacer justicia a su papel dentro del desarrollo del movimiento popular chileno.

Por último, la historia del movimiento sindical constituye un espacio particular. En Chile a lo largo del siglo XX, el sindicalismo estuvo estrechamente vinculado a la izquierda. Sus principales dirigentes militaban en colectividades pertenecientes a este espectro político. Aunque partidos de centro como la Democracia Cristiana y el Partido Radical contaron con influencia en su interior, sin temor a equivocarse, se puede afirmar que las izquierdas fueron ampliamente hegemónicas al interior del movimiento sindical chileno. Luego del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, que impuso la prolongada dictadura cívico-militar encabezada por Augusto Pinochet, la historiografía sobre el movimiento popular sufrió una severa ruptura epistemológica. La “historia del movimiento obrero”, forma principal como la historiografía sobre las clases dominadas denominaba a su objeto de estudio, dio paso a una nueva concepción. En efecto, los historiadores de la corriente de la “nueva historia social” depusieron al “obrero” como único actor popular, privilegiando las indagaciones sobre el denominado “bajo pueblo” y los sectores no organizados. En este aspecto destacó especialmente el influyente programa historiográfico de Gabriel Salazar.³ Solo algunos historiadores, como Jorge Rojas Flores y Sergio Grez Toso, continuaron la indagatoria sobre los trabajadores organizados. Sin embargo, tras un largo periodo en que parecía que estos especialistas estaban solos en esta cruzada, en los últimos diez años se ha renovado el interés por la historia sindical, incluida su fase más reciente, después del retorno de la democracia en 1990. Las movilizaciones sociales de 2011 constituyeron un momento de repolitización de la sociedad chilena que, de alguna u otra manera, se ha expresado en el campo historiográfico en el interés de rescatar el enfoque de clase para analizar la sociedad chilena. De esta forma, las investigaciones sobre el movimiento sindical han recuperado interés en las nuevas generaciones de historiadores e historiadoras.

En sexto y último lugar, en la actualidad, la tendencia más genérica del campo de estudio de las izquierdas es evitar la separación radical o explícita entre historia política e historia social. Esta dicotomía ha dado paso a la integración de las miradas, en donde también se han incluido crecientemente temáticas culturales, como las representaciones, imaginarios y construcciones de género. Así, corrientemente se investiga a los partidos políticos de izquierda en relación a sus conexiones con las organizaciones sociales y su inserción de masas. Y, al revés, se tiende a pesquisar las organizaciones de la sociedad civil, como sindicatos y

3. Al respecto, es paradigmático la introducción inicial del libro de Gabriel Salazar (1985).

organizaciones territoriales, teniendo en cuenta el papel más o menos determinante de los partidos políticos de izquierda. Aunque algunos especialistas chilenos han planteado que estas expresiones constituirían lo que han denominado como una “nueva historia política” (Ponce y Pérez, 2013: 453-476), nosotros preferimos denominarla una “historia político-social”, en referencia explícita a que la frontera entre la historia social y la historia política se disuelve en objetos de estudio que unifican estos campos otrora tan claramente separados.

En resumen, la historiografía sobre las izquierdas disfruta de un presente saludable, con prometedoras perspectivas de futuro, porque numerosas nuevas investigaciones en desarrollo permiten abrigar esperanzas sobre el desarrollo de nuevas líneas de investigación, dispuestas a romper y repensar antiguas verdades sobre distintos tópicos.

II

Para comprender el actual desarrollo de la historiografía sobre las izquierdas en Chile, es necesario remontarse un par de décadas hacia el pasado. El año 1990 fue un año bisagra para comprender la historia política reciente del país. El término de la dictadura de Pinochet y el inicio del largo ciclo de gobiernos de la Concertación, fueron el marco dentro del cual se desarrollaron las rutas de la historiografía de las izquierdas en Chile. Sin embargo, fue en la década de 1980 cuando se desarrollaron sus bases y principales soportes. En efecto, el germen de los posteriores trabajos sobre las izquierdas en Chile se relaciona con la labor del sociólogo Tomás Moulian, con la del historiador Gabriel Salazar y, en tercer lugar, con el heterogéneo grupo de historiadores e historiadoras agrupados en la llamada generación de la “nueva historia social”.

Durante 1980 Tomás Moulian, militante del MAPU Obrero-Campesino (Movimiento de Acción Popular Unitaria), editó un conjunto de textos sobre la historia política de Chile, especialmente sobre el período 1932 a 1973, con especial preocupación sobre la etapa del gobierno de la Unidad Popular (Moulian, 1983). Si bien el texto tenía una fuerte matriz sociológica, disciplina de la cual provenía Moulian, la abierta influencia gramsciana en sus trabajos lo ligaron a la reflexión historiográfica. Resumir las tesis de Moulian es una tarea que escapa a los espacios de este artículo, pero planteamos que fueron fundamentales y muy influyentes para las posteriores generaciones de historiadores, que leyeron la obra de Moulian en clave de una historia política renovada, que demostraba que los partidos de izquierda habían constituido la piedra angular del desarrollo de la democracia en Chile durante el siglo XX. En efecto, una de sus principales hipótesis señalaba que las clases dominantes chilenas sufrían de una “debilidad hegemónica”, y

“dominaban sin hegemonía”. Por lo tanto, los portadores del proyecto de desarrollo económico y profundización democrática habían sido los partidos de centro pero fundamentalmente los de izquierda. Es decir, la historia de Chile en el siglo XX se había caracterizado por una derecha defensiva y antidemocrática, versus una izquierda proyectual y democratizadora. Este planteamiento, duramente rebatido por la historiadora Sofía Correa Sutil (2005), sigue siendo uno de los ejes del debate historiográfico chileno.

Por otra parte, Moulian exportó para Chile la tesis del “Estado de compromiso” que Francis Weffort acuñó para el caso brasileño. Según Moulian, entre 1938 y 1948, el sistema político chileno habría logrado un “compromiso” con los sectores en torno al proyecto industrializador y democratizador del Frente Popular. Su implementación habría sido tolerada por la derecha a cambio de paralizar la reforma agraria. Este compromiso se habría acabado con la persecución desatada contra los comunistas a partir de 1948. Esta tesis, hoy puesta en tela de juicio por diversas investigaciones, ha sido muy influyente y todavía se la puede encontrar presente en diversos trabajos sobre este período histórico.

En otro ámbito, la verdadera obsesión del programa de investigación de Tomás Moulian fue la Unidad Popular. Al respecto, escribió varios libros, algunos de ellos decisivos, en donde esparció fructíferas hipótesis de trabajo. Por ejemplo, analizó la experiencia de la UP preguntándose si esta fue una “tragedia” o un “drama”, es decir, si estaba condenada de antemano a ser derrotada o si tuvo alguna posibilidad de evitar el golpe de Estado (Moulian, 1993). En su señero trabajo junto a Manuel Antonio Garretón, entregó lúcidos aportes para responder a este aserto (Garretón y Moulian, 1983). Con respecto a la izquierda, resaltó la paradoja entre la heterodoxia de la “vía chilena al socialismo” –que se planteaba sustituir al capitalismo sin mediar una guerra civil– versus su incapacidad teórica para pensar cómo sería la sociedad poscapitalista. (Moulian, 2005). Por último, a pesar de que la óptica de algunos de sus trabajos era fuertemente tributaria de los enfoques politológicos del libro de Arturo Valenzuela *El quiebre de la democracia en Chile* (Moulian, 2005), Tomás Moulian fue precursor de las perspectivas más culturales sobre el período. Su texto sobre “los campos culturales” de Chile en la década de 1960 y la dimensión de “fiesta” de la Unidad Popular (Moulian, 1993) dio origen a dos influyentes libros colectivos sobre la Unidad Popular (Pinto, 2005 y 2014). Ratificando la importancia de su influencia política y académica, Tomás Moulian publicó en 1997 un ensayo –convertido en un inusitado éxito editorial– que desmontaba desde un punto de vista de izquierda el exitismo de los gobiernos concertacionistas. Este libro fue y sigue siendo muy gravitante para quienes se dedican a investigar la dictadura militar y la posdictadura chilena, entregando claves inter-

pretativas todavía vigentes para evaluar el desguace ideológico y político de un sector de la izquierda chilena, que adoptó en la práctica y en el discurso el legado neoliberal de Pinochet.

De esta manera, la influencia de Moulian se reflejó en la influencia de muchas de sus hipótesis sobre la historia política chilena en el siglo XX y el papel de las fuerzas de izquierda dentro de ese marco general. Su importancia radicó, por lo tanto, en entregar un lugar a la izquierda chilena dentro de la historia política del país. En una etapa de dictadura e imposición de las tesis historiográficas conservadoras, como las representadas por Gonzalo Vial Correa, la obra de Moulian fue recibida como un balón de oxígeno para quienes buscaban una reflexión historiográfica alternativa.⁴ Con todo, sus textos estaban lejos de ser obras definitivas y su opción cercana a la politología hizo notoria la ausencia de los actores sociales, de gran influencia en el desarrollo de la izquierda chilena.

Por su parte, Gabriel Salazar es uno de los historiadores más importantes que ha dado Chile. A mediados de 1985 publica en Chile su obra capital, titulada *Peones, labradores y proletarios*, la que le aseguró un lugar como *primus inter pares* de su generación. Pocos años más tarde publicó un nuevo texto, con lo que completó una visión general sobre la historia de Chile (Salazar, 1990). Sus tesis dieron origen a una perspectiva historiográfica de izquierdas, pero crítica de las organizaciones políticas y sindicales. Para decirlo en una apretada síntesis, Salazar plantea que el “bajo pueblo” chileno, desde los tiempos de la colonia hasta la actualidad, ha tenido capacidad de organización, deliberación y desarrollo de proyectos sociales-populares de manera autónoma al Estado, el que siempre ha reprimido esta “deliberación autónoma de los pueblos”. En este esquema, el papel histórico de los partidos políticos de izquierda (y también del movimiento sindical) habría sido violentar la autonomía popular, al conectar sus proyectos emancipatorios a la participación en esferas estatales, como el parlamento y gobiernos. En el fondo, los partidos de izquierda fueron, según Salazar (1994), un factor más para impedir el desarrollo del proyecto popular autónomo.

Este planteamiento se popularizó ampliamente entre los jóvenes estudiantes de historia. Los textos de Salazar fueron leídos no solo como buenos libros de historia, sino como una fórmula política y teórica para reconstruir el tejido social-popular después de la derrota histórica que sufrió la “izquierda partidista” en 1973 y durante el ciclo de las protestas contra Pinochet. La incapacidad de derrocarlo y la integración de un

4. Gonzalo Vial Correa, que fue Ministro de Educación de Pinochet, es autor de una voluminosa historia de Chile en seis tomos, cuyos planteamientos fueron profusamente divulgados en textos escolares y otros de distribución masiva (Vial Correa, 1981). El resto de los volúmenes fueron publicados en los años siguientes.

segmento importante de las fuerzas de izquierdas en el diseño de transición pactada de dictadura a democracia, parecía dar la razón a Salazar. Así, se desarrollaron numerosas tesis de grado sobre el movimiento de los pobres de la ciudad (“pobladores”) y organizaciones representativas del “poder popular” (ajenas y/o alternativas al Estado), inspiradas en la obra de Salazar. Para decirlo de otra manera, fue una historiografía de izquierdas pero que negaba el papel de los partidos políticos en el proceso de construcción de una alternativa al orden dominante. Desde nuestra perspectiva, aunque de manera crítica, los planteamientos de Salazar permitieron seguir pensando en la importancia y el potencial histórico de las organizaciones sociales populares. En un período histórico, como la década de 1990 en Chile, en donde la euforia neoliberal popularizaba las tesis del fin de la historia, la obra de Salazar representó la existencia de una alternativa concreta de pensar la historia de Chile “desde abajo”.

Por último, el tercer soporte en torno al cual se desarrollaría la historiografía sobre las izquierdas en Chile fue la “nueva historia social”. Es necesario advertir que esta corriente historiográfica no debe ser considerada homogéneamente. Sus principales representantes tienen notables diferencias entre sí. Julio Pinto Vallejos representó más una línea de continuidad que de ruptura con la generación marxista anterior a 1973 que investigó los orígenes del movimiento obrero (Pinto, 1998, 2007 y 2013; Pinto y Valdivia, 2001). Mientras tanto, María Angélica Illanes fue muy receptiva a la crítica posmoderna a las ciencias sociales, incorporando nociones deconstructivas y biopolíticas en algunas de sus obras (Illanes, 2002, 2004, 2007 y 2012). Por su parte, Mario Garcés (2002), que sería el principal historiador del movimiento de los “pobladores” en Chile y promotor de la historia oral en el país, se mostraba mucho más cercano a las tesis de Gabriel Salazar. Con todo, desde nuestro punto de vista, el aporte de los trabajos de Pinto, Illanes y Garcés radicó en el desarrollo de una historiografía que se autodefinía como “social” (en el sentido de opuesta a la historia política tradicional, aquella de los grandes personajes y batallas), pero que incluía en ella a los partidos y militantes de izquierda. Como decíamos más arriba, esto se explica por la estrechísima vinculación entre los partidos políticos de izquierda y el origen y desarrollo de organizaciones sociales como sindicatos, comités de sin casa o centros culturales de todo tipo. En otras palabras, sin haberlo tematizado, era una historia social con partidos políticos incluidos.

Como ya dijimos, Chile recuperó la democracia en 1990, pero el proceso de “despinochetizar” la institucionalidad fue una tarea prolongada y según muchos sectores políticos y académicos, aún hoy día no se termina. En el caso de la historia, recién en 1992 se reabre la formación de esa carrera en la Universidad de Santiago de Chile. Durante esa década los historiadores de izquierda fueron incorporándose, poco a poco, a

diversas universidades públicas, las que todavía estaban dominadas por sectores conservadores. Por eso, el clima de “consensos” con la derecha, la vigencia del protagonismo político de Pinochet –quien continuó siendo Comandante en Jefe del ejército hasta 1998– y las propias políticas de los gobiernos de los presidentes Aylwin y Frei, obsesionados con “olvidar el pasado y mirar al futuro”, ralentizaron los procesos de desarrollo de la historiografía de las izquierdas. Pero en octubre de 1998 Pinochet fue detenido en Londres acusado de crímenes de lesa humanidad, desatando un fuerte reclamo social por la memoria y la historia. Así, en 1999 un grupo de historiadores, encabezados por Sergio Grez, Gabriel Salazar, Mario Garcés, Julio Pinto, María Angélica Illanes y Verónica Valdivia, entre otros y otras, redactaron un *Manifiesto de historiadores*, para responder a las visiones históricas defendidas por Pinochet y Gonzalo Vial Correa (Grez y Salazar, 1999). En breves páginas, articularon una visión alternativa de la historia de Chile, especialmente explicando las razones del golpe de Estado de 1973. La iniciativa despertó un río de debates y comentarios, posicionando, después de décadas, a la historia (como disciplina), como una cuestión de interés nacional.

De esta manera, factores institucionales, como el ingreso de académicos de izquierda a las universidades públicas, y factores nacionales, como la coyuntura generada por la captura de Pinochet y la reflexión sobre las insuficiencias del proceso chileno de transición democrática, generaron las condiciones para el desarrollo de la historiografía sobre las izquierdas en Chile. En todo caso, como reflejo de las carencias existente en este campo, algunos de los principales textos sobre la izquierda chilena publicados durante el decenio de 1990 fueron escritos en las décadas anteriores por un cientista político y un abogado. En efecto, en 1992 se publicó la traducción de la tesis doctoral del norteamericano Paul Drake, escrita en 1977, y también en 1992 se editó la versión en español de la obra de Julio Faúndez, chileno radicado en Estados Unidos, cuya versión original databa de 1988. Por su parte, en 1999 Lom Ediciones editó un libro colectivo a cargo de Paul Drake e Iván Jaksic (1999) sobre la última década del siglo XX en Chile, en el cual los textos referidos a los movimientos sociales y partidos políticos fueron escritos por sociólogos y científicos políticos.

Durante la década de 2000 ocurrieron a lo menos tres hechos que fueron importantes para el desarrollo de la historiografía de las izquierdas. En primer lugar, en el año 2002 se publicó *Tomando su sitio*, obra clave de Mario Garcés sobre el origen y desarrollo del movimiento de pobladores hasta 1970. Combinando historia oral y un frondoso cuerpo de fuentes documentales, Garcés dio vida a un texto canónico, que ha influido de manera directa en todos los investigadores que se han centrado en las organizaciones territoriales chilenas. El posterior ingreso de Garcés a la

Universidad de Santiago de Chile lo terminó de convertir en un referente para los estudiantes de posgrado que realizan investigaciones centradas en las experiencias populares territoriales. La perspectiva de Garcés problematiza el papel de los partidos de izquierda en su interior, pero en ningún caso los descarta al estilo más radical de Salazar. En segundo lugar, se publican en español los libros de Peter Winn (2004a) y Peter de Shazo (2007). Por razones distintas, constituyeron un fuerte aliento para el desarrollo de investigaciones sobre la izquierda chilena. En el caso de Winn, su texto, que databa de 1986, terminó de consolidar la popularidad de la historia oral (algo que el mencionado libro de Garcés ya había comenzado a hacer) y, sobre todo, dio pie a investigaciones sobre los cordones industriales durante la Unidad Popular. Su tesis sobre la existencia de una “revolución desde arriba” representada por Allende y los partidos afines a la vía pacífica al socialismo, versus una “revolución desde abajo” que escapaba del control de los partidos de izquierda, rápidamente cobró gran popularidad. Algunos la leyeron en clave “salazariana”, por su crítica a los partidos. Tributarios del trabajo de Winn son muchos libros sobre la Unidad Popular, como los de Sandra Castillo (2009), Franck Gaudichaud (2016) y los de las brasileñas Elisa Campos Borges (2015) y Marcia Cury (2018), entre otros. Por su parte, el texto de Peter De Shazo (editado por primera vez en inglés en 1984) planteaba una mirada crítica a la historiografía marxista. Según él, el anarquismo y no el marxismo había sido el verdadero forjador del movimiento obrero chileno. De esta manera, se constituyó en baluarte de quienes quisieron reposicionar al anarquismo dentro de la historia de Chile. Pero, tal como había ocurrido con parte de la producción de Julio Pinto durante la década de 1990, el texto de Peter De Shazo funcionó como motivador para refutar sus polémicos planteamientos. Un caso es el libro de Jorge Navarro López (2017) que examina el papel del Partido Obrero Socialista en la segunda década del siglo XX.

El tercer hito que representó un fuerte impulso al desarrollo de la historia de las izquierdas lo simbolizó la publicación en 2005 de un célebre artículo de Sergio Grez Toso. Escrito abiertamente en clave de polémica con la tesis de Gabriel Salazar, el texto de Grez se constituyó en una especie de marco teórico de su fecundo programa de investigación. En este breve texto, Grez refutaba a Gabriel Salazar y reivindicaba como un aspecto indispensable la incorporación de la dimensión política para reconstruir la historia del mundo popular. Para ello, confrontaba su monumental trabajo sobre las organizaciones mutualistas del siglo XIX (Grez, 1997) con *Peones, labradores y proletarios* de Salazar. Este texto puede ser considerado como el anuncio de su trilogía que examina distintas vías de politización del movimiento popular durante las primeras décadas del siglo XX (Grez, 2007, 2011 y 2016). Su ingreso

como profesor de jornada completa en el Departamento de Historia de la Universidad de Chile facilitó la difusión de la influencia historiográfica de Grez. Dirigiendo numerosas tesis de grado y posgrado, la óptica de una historia social con la política incluida ganó adeptos.

III

En base a estas influencias fragmentadas y dispersas, a partir de la década de 2000 hasta la actualidad, un torrente continuo de trabajos ha alimentado la producción historiográfica chilena sobre las izquierdas. Esta se ha concentrado sobre todo en algunos partidos políticos, fundamentalmente el MIR y el Partido Comunista (y su antecesor directo, el POS) y en menor medida el MAPU y mucho menos el Partido Socialista. Asimismo, ya hemos hablado sobre la recuperación de la visibilidad historiográfica del movimiento sindical y del anarquismo. Por último, las organizaciones territoriales constituyen otro foco de interés. En todo caso, tampoco han estado ausente evaluaciones de conjunto sobre la trayectoria de las izquierdas en algunas coyunturas históricas cruciales (Casals, 2010). Bajo el riesgo de cometer injusticias flagrantes por omitir autores y textos importantes, esbozaremos a continuación una breve panorámica sobre la evolución más reciente de la historiografía de las izquierdas en Chile.

En el caso del Partido Comunista, es posible diseccionar las investigaciones en varias aristas. Por un lado, existe una contundente producción bibliográfica sobre el Partido Obrero Socialista y los primeros años como PC. Destacan los mencionados trabajos de Sergio Grez como también los de Julio Pinto, que se caracterizan por ser un enfoque proveniente de la historia social, pero que se alejan del modelo “antipolítico” de Gabriel Salazar. También debe mencionarse los textos de Jorge Rojas Flores (1986, 1993 y 2018) en los que combina la trayectoria de la organización comunista de la mano de su inserción social de masas, tanto en el movimiento sindical como las organizaciones territoriales. Unido al importante libro del fallecido Jaime Massardo (2008) sobre el imaginario político de Luis Emilio Recabarren, hoy constituyen el grupo de historiadores de larga trayectoria dedicados al comunismo. Desde perspectivas distintas, el mencionado Jorge Navarro López, Nicolás Acevedo (2017) y la joven historiadora Ximena Urtubia representan a la generación de recambio. El primero ha enfatizado la dimensión cultural del activismo socialista-comunista. Por su parte, Acevedo es autor de un señero libro sobre el papel del PC en el proceso de politización campesina en las décadas de 1930 y 1940. Por último, Urtubia (2015) ha explorado las características de la subjetivación militante de la primera generación de comunistas.

Otra vertiente de investigación del comunismo la representa la dupla compuesta por Olga Ulianova y Alfredo Riquelme. Ambos editaron tres gruesos volúmenes llamados *Chile en los archivos soviéticos*, que tonificaron de manera fundamental la historiografía de las izquierdas en Chile (Ulianova y Riquelme, 2005, 2009 y 2017). En estos y otros textos, la fallecida historiadora ruso-chilena desarrolló un programa de investigación consistente en examinar la dimensión internacional de la historia del comunismo chileno. Alfredo Riquelme (2009) realizó una importante monografía sobre la historia reciente del comunismo chileno, examinando como sus matrices ideológicas, en el contexto del declive del socialismo real en el mundo, marcaron su suerte durante las décadas de 1980 y 1990. En esta línea, el historiador italiano Alessandro Santoni (2011), quien investigó de manera comparada el PC italiano con el chileno, también desarrolló una mirada historiográfica basada en las conexiones transnacionales de la experiencia comunista.

Por nuestra parte, hemos examinado la historia del PC desde la perspectiva de la cultura política, la subjetividad militante, sus conexiones con el movimiento sindical y territorial (Álvarez, 2003, 2011 y 2019). Estos trabajos forman parte del importante número de textos que se han preguntado sobre el giro armado de los comunistas durante la década de 1980, como los de los historiadores Viviana Bravo (2010), Luis Rojas Núñez (2011 y 2018) y Claudio Pérez Silva (2012). Por su parte, el historiador Manuel Loyola ha explorado en diversos tópicos de la historia del comunismo chileno, como el pensamiento de Recabarren, el papel de las juventudes comunistas, algunas disidencias y sus proyectos editoriales. Además, ha encabezado varios textos colectivos sobre la historia comunista (Loyola y Rojas, 2000; Ulianova, Loyola y Álvarez, 2012; Álvarez y Loyola, 2014). Este mezuquino recuento no hace justicia con diversos historiadores e historiadoras que han abordado episodios de la historia del PC, como Augusto Samaniego y Hernán Venegas (Álvarez, Samaniego y Venegas, 2008). Además, son muy numerosas las tesis de grado y de maestría que han abordado diversos aspectos de la trayectoria comunista, que investigan materias escasamente analizadas en los trabajos citados más arriba, como el papel de las mujeres, la perspectiva de género y la vida privada. En general, es posible concluir que en el caso del PC, todavía quedan muchísimos aspectos por investigar.

Por su parte, el atractivo generado por la breve pero intensa existencia del MIR sigue siendo irresistible para las antiguas y nuevas generaciones de historiadores chilenos. Entre los primeros, destacan los textos de Julio Pinto Vallejos (en Valdivia *et al.*, 2006, y Valdivia *et al.*, 2008), quien además junto a Mario Garcés y otros editaron un libro con documentos para la historia de la organización de la bandera rojinegra (Naranjo *et al.*, 2004). Una versión centrada sobre todo en la organi-

zación interna del partido, pero que aporta una visión de conjunto de su historia, la constituyen los libros de Carlos Sandoval Ambiado (por ejemplo, Sandoval, 2004). Igor Goicovic (2012 y 2016) también entregó un breve texto que sintetiza la historia de esa colectividad, así como otro que profundiza en diversos aspectos de su trayectoria. Como todos los autores mencionados tuvieron una relación más o menos estrecha con el MIR, el texto de la historiadora griega Eugenia Palieraki (2014) constituyó una mirada “desde fuera” que causó polémica entre los especialistas del MIR. Desde su perspectiva, este no puede ser considerado “la nueva izquierda” chilena, pues la cultura política de sus fundadores estaba profundamente anclada en las tradiciones de la “izquierda histórica”. Por su parte, Tamara Vidaurrázaga (2006) y Olga Ruiz (2018) han abordado la dimensión de género y las subjetividades militantes de los integrantes del MIR. En todo caso, no se termina de comprender la magnitud de la producción historiográfica sobre esta organización sin mencionar a la editorial Escaparate y su colección “Rojo y Negro”. A la fecha, cuenta con casi 20 libros que abordan distintas dimensiones de la historia mirista, a saber, desde la memoria militante, la teorización de su política militar, enfoques sobre su identidad política, experiencias de lucha armada y miliciana, su inserción en el movimiento poblacional, entre otros. Por estos motivos, en Chile constituye un lugar común afirmar que el MIR es el partido que ha convocado más investigaciones en nuestro país. En este sentido, el desafío para los inagotables interesados en examinar su trayectoria histórica será cuestionar hipótesis ampliamente aceptadas y, sobre todo, explorar nuevos enfoques y problematizaciones.

El MAPU, a pesar de ser una colectividad con una trayectoria incluso más breve que la del MIR, ha sido objeto de interés historiográfico por el carácter influyente de sus militantes. Compuesto en parte por un número importante de intelectuales universitarios provenientes de familias acomodadas, la militancia mapucista destacó por estar integrada por “hombres” y “mujeres” del poder, destacados intelectuales y hábiles lobistas y empresarios en el Chile neoliberal. Desde la perspectiva de la cultura política y la historia intelectual, la historiadora Cristina Moyano (2009 y 2010) ha escrito dos importantes obras sobre este singular partido de la izquierda chilena. Por su parte, el politólogo Esteban Valenzuela, ex militante de la colectividad, también publicó una obra (2014) que engloba sus líneas políticas y sus conexiones con el sistema político chileno.

Una mención aparte merece el aporte de chilenas y norteamericanos que han publicado libros de historia política y social referidos a la izquierda chilena en inglés. Su impacto en el país depende fundamentalmente de la existencia de versiones traducidas. Es el caso de la Elizabeth Hutchinson (2006), que aborda la participación de las mujeres

en los movimientos políticos a comienzos del siglo XX. Pero la barrera idiomática ha impedido que se conozcan textos importantes, como los de Katherine Hite (2000) sobre la evolución de los líderes de la izquierda chilena en la segunda mitad del siglo XX o los de Ángela Vergara (2008) y Thomas Klubock (1998), sobre los trabajadores del cobre y las políticas de género y clase en la mina El Teniente. También destaca el de Karin Roseblatt (2000) sobre cómo el género unió a fuerzas políticas de diversos orígenes (incluidos comunistas y socialistas) en torno a una visión tradicional de familia. Muy novedoso es el texto de Jody Pavilack (2012) sobre los mineros de Lota, que pone en tela de juicio la supuesta armonía de clases promovida por la izquierda durante los primeros años del Frente Popular. Por último, cabe destacar el texto editado por Peter Winn junto a un grupo de historiadores de Estados Unidos sobre el impacto negativo que el modelo neoliberal impuesto por la dictadura tuvo sobre la clase obrera chilena (Winn, 2004b). Esperamos que no suceda con estos trabajos lo mismo que con la tesis doctoral del británico Andrew Barnard sobre el Partido Comunista. Defendida en 1977, solo 40 años después ha sido traducida al español y facilitado su conocimiento para la mayoría de la comunidad de historiadores chilenos (Barnard, 2017).

En todo caso, la composición del libro editado por José Ponce, Camilo Santibáñez y Julio Pinto (2017), sobre el accionar del movimiento sindical chileno desde 1979 hasta la actualidad, representa una síntesis generacional. De partida, los editores son parte de la nueva y vieja guardia de historiadores centrados en la historiografía social y política de Chile. Asimismo, integró un capítulo traducido al español del citado libro editado por Winn (2004b). Por último, sus principales artículos están compuestos por jóvenes historiadores que examinan la historia sindical atravesada por el papel de los partidos políticos de izquierda. Esta obra, llamada a convertirse en un referente sobre la materia, es parte de un reverdecer de libros editado en los últimos años sobre temas sindicales: el que aborda la resistencia realizada durante la dictadura y los primeros años del retorno a la democracia (Araya, 2015), la historia de la CUT, la más importante central de trabajadores en la historia de Chile (Samaniego, 2016), el fin del ciclo productivo y de acción colectiva de los trabajadores del carbón (Alfaro, 2015) o la experiencia del sector del acero (Ayala, 2016).

Esta apretada síntesis es solo una selección de la bastante más extensa gama de publicaciones que durante los últimos años se han realizado sobre la izquierda chilena. Esto demuestra que la expansión de este campo de estudio está lejos de cerrarse. La sistemática aprobación de nuevos proyectos de investigación y el desarrollo de numerosas tesis de maestría y doctorado, permiten sostener esta sentencia. El desafío

de estas nuevas pesquisas será ir abriendo nuevas perspectivas y preguntas sobre una temática que está lejos de agotarse.

Bibliografía

- Acevedo, Nicolás (2017), *Un fantasma recorre el campo. Comunismo y politización campesina en Chile (1935-1948)*, Santiago: América en Movimiento.
- Alfaro, Karen (2015), *El exilio del trabajo minero en Lota (1973-2007). ¿Fin de la clase en la era neoliberal?*, Concepción: Escaparate.
- Álvarez Vallejos, Rolando (2003), *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, Santiago: Lom.
- (2011), *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990*, Santiago: Lom.
- (2019), *Hijos e hijas de la rebelión. Una historia política y social del Partido Comunista de Chile, 1990-2000*, Santiago: Lom.
- Álvarez, Rolando, Augusto Samaniego y Hernán Venegas (2008), *Fragments de una historia. El Partido Comunista en el siglo XX*, Santiago: ICAL.
- Álvarez, Rolando y Manuel Loyola (eds.) (2014), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*, Santiago: Ariadna-América en Movimiento.
- Araya, Rodrigo (2015), *Organizaciones sindicales en Chile. De la resistencia a la política de los consensos: 1983-1994*, Santiago: Universidad Finis Terrae.
- Ayala, Jorge (2016), *Historia del movimiento sindical de Huachipato, 1970-2013*, Concepción: Escaparate.
- Barnard, Andrew (2017), *El Partido Comunista de Chile, 1922-1947*, Santiago: Ariadna.
- Bravo, Viviana (2010), *¡Con la razón y la fuerza venceremos! La rebelión popular y la subjetividad comunista en los 80*, Santiago: Ariadna.
- Campos Borges, Elisa (2015), *¡Con la Unidad Popular ahora somos gobierno! A experiencia dos Cordones Industriales no Chile de Allende*, Rio de Janeiro: Multifoco.
- Casals, Marcelo (2010), *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970*, Santiago: Lom.
- Castillo, Sandra (2009), *Cordones Industriales. Nuevas formas de sociabilidad obrera y organización política popular (Chile, 1970-1973)*, Santiago: Escaparate.
- Correa, Sofía (2005), *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago: Sudamericana.
- Cury, Marcia (2018), *El protagonismo popular chileno. Experiencias de clase y movimientos sociales en la construcción del socialismo (1964-1973)*, Santiago: Lom.

- De Shazo, Peter (2007), *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile, 1902-1927*, Santiago: DIBAM.
- Drake, Paul (1992), *Socialismo y populismo en Chile, 1936-1973*, Valparaíso: Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso.
- Drake, Paul e Iván Jaksic (1999), *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago: Lom.
- Faúndez, Julio (1992), *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*, Santiago: Bat.
- Garcés, Mario (2002), *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*, Santiago: Lom.
- Garretón, Manuel Antonio y Tomás Moulian (1983), *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago: CESOC.
- Gaudichaud, Franck (2016), *Chile, 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo*, Santiago: Lom.
- Godoy, Eduardo (2014), *La huelga del mono. Los anarquistas y las movilizaciones contra el retrato obligatorio (Valparaíso, 1913)*, Santiago: Quimantú.
- (2016), “Historia e historiografía del anarquismo en Chile (1980-2015)”, *Cuadernos de Historia*, n° 44, Santiago, pp. 101-137.
- Goicovic, Igor (2012), *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Concepción: Escaparate.
- (2016), *Trabajadores al poder*, Concepción: Escaparate.
- Grez, Sergio (1998), *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1910)*, Santiago: DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- (2005), “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas de la historia social”, *Política*, n° 44, pp. 17-31.
- (2007), *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*, Santiago: Lom.
- (2011), *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*, Santiago: Lom.
- (2016), *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*, Santiago: Lom.
- Grez, Sergio y Gabriel Salazar (comps.) (1999), *Manifiesto de historiadores*, Santiago: Lom.
- Hite, Katherine (2000), *When the romanced ended. Leaders of the Chilean Left, 1968-1998*, Columbia University Press.
- Hutchinson, Elizabeth (2006), *Labores propias de su sexo*, Santiago: Lom.
- Illanes, María Angélica (2002) *La batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo. Chile, 1900-2000*, Santiago: Planeta.
- (2004), *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista. Chile, 1810-1910*, Santiago: Lom.
- (2007), *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las visitadoras sociales. Chile, 1880-1940*, Santiago: Lom.

- (2012), *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*, Santiago: Lom.
- Klubock, Thomas Miller (1998), *Contested Communities. Class, gender and politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Duke University Press.
- Lagos, Manuel (2012), *Los subversivos. Las maquinaciones del poder. "República" de Chile*, Santiago: Quimantú.
- Loyola, Manuel y Jorge Rojas (comps.) (2000), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago: Valus.
- Massardo, Jaime (2008), *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*, Santiago: Lom.
- Moulian, Tomás (1983), *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago: FLACSO.
- (1993), *La forja de ilusiones: El sistema de partidos, 1932-1973*, Santiago: ARCIS-FLACSO.
- (1997), *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago: Lom.
- (2005), “La vía chilena al socialismo. Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular”, en Julio Pinto (coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago: Lom, pp. 35-56.
- (2006), *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. Santiago: Lom.
- Moyano, Cristina (2009), *MAPU o la seducción del poder y la juventud*, Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- (2010), *El MAPU durante la dictadura*, Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Muñoz Cortés, Víctor (2013), *Sin dios ni patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*, Santiago: Mar y Tierra.
- Navarro, Jorge (2017), *Revolucionarios y parlamentarios. La cultura política del Partido Obrero Socialista (1912-1922)*, Santiago: Lom.
- Naranjo, Pedro et al. (2004), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*, Santiago, Lom-CEME.
- Palieraki, Eugenia (2014), “¡La revolución ya viene!” *El MIR chileno en los sesenta*, Santiago: Lom.
- Pavilack, Jody (2011), *Mining for the Nation. The politics of Chile's Coal Communities from the Popular Front to the Cold War*, The Pennsylvania State University Press.
- Pérez, Claudio (2012), “De la guerra contra Somoza a la guerra contra Pinochet. La experiencia internacionalista revolucionaria en Nicaragua y la construcción de la fuerza militar propia del Partido Comunista de Chile”, en Pablo Pozzi y Claudio Pérez, *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*.
- Pinto, Julio (1998), *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Santiago: Universidad de Santiago de Chile.

- (2005) (coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago: Lom.
- (2007), *Desgarros y utopías en la pampa salitrera: la consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*, Santiago: Lom.
- (2013), *Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica*, Santiago: Lom.
- (ed.) (2014), *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*, Santiago: Lom.
- Pinto, Julio y Verónica Valdivia (2001), *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago: Lom.
- Ponce, José Ignacio y Aníbal Pérez (2013), “La revitalización de la historia política chilena”, *Polis. Revisa Latinoamericana*, vol. 12, n° 36, Santiago, pp. 453-476.
- Ponce, José et al. (2017), *Trabajadores y trabajadoras. Procesos y acción sindical en el neoliberalismo chileno, 1979-2017*, Santiago: América en Movimiento.
- Quiroga, Patricio (2001), *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago: Aguilar.
- (2016), *La dignidad de América. El retorno histórico a Salvador Allende*, Concepción: Escaparate.
- Riquelme Segovia, Alfredo (2009), *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago: Centro de investigaciones Diego Barros Arana.
- Rojas, Jorge (1986), *El sindicalismo y el Estado en Chile (1924-1936)*, Santiago: Colección Nuevo Siglo.
- (1993), *La Dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*, Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam)-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- (2018), “La lucha por la vivienda en tiempos de González Videla: Las experiencias de las poblaciones Los Nogales, Lo Zañartu y Luis Emilio Recabarren en Santiago de Chile, 1946-1947”, *Izquierdas*, n° 39, pp. 1-33.
- Rojas Núñez, Luis (2011), *De la rebelión popular la sublevación imaginada*, Santiago: Lom.
- (2018), *Carrizal. Las armas del PCCh, un recodo en el camino*, Santiago: Lom.
- Roseblatt, Karin (2000), *Gendered Compromises. Political cultures & The State in Chile, 1920-1950*, The University of North Carolina Press.
- Ruiz, María Olga (2018), “Muertes luminosas, vidas en la oscuridad. Heroísmo y traición en la militancia revolucionaria de los setenta en la Argentina y Chile”, *Izquierdas*, n° 40, pp. 202-230.
- Salazar, Gabriel (1985), *Peones, labradores y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago: Sur.
- (1990), *Violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile, 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*, Santiago, Sur.

- (1994), “Luis Emilio Recabarren y el municipio popular en Chile, 1900-1925”, *Revista de Sociología*, n° 9, pp. 61-82.
- Samaniego, Augusto (2016), *Unidad sindical desde la base. La Central Única de Trabajadores de Chile, 1953-1973*, Santiago: Ariadna.
- Sandoval, Carlos (2004), *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1970-1973. Coyunturas, documentos y vivencias*, Concepción: Escaparate.
- Santoni, Alessandro (2011), *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*, Santiago: Ril.
- Ulianova, Olga y Alfredo Riquelme (2005, 2009, 2017), *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991*, 3 vols., Santiago: Lom-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Ulianova, Olga, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.) (2012), *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago: IDEA-USACH.
- Urtubia, Ximena (2016), *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933*, Santiago: Ariadna.
- Valdés, Pedro (2018), *El compromiso internacionalista. El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos, 1966-1971. Formación e identidad*, Santiago: Lom.
- Valdivia, Verónica et al. (2006), *Su revolución contra nuestra revolución*, Santiago: Lom.
- (2008), *Su revolución contra nuestra revolución*, vol. II, Santiago: Lom.
- Valenzuela, Esteban Teo (2014), *Dios, Marx... y el MAPU*, Santiago: Lom.
- Vergara, Ángela (2008), *Copper Workers, international bussines and domestic politics in Cold War Chile*, The Pennsylvania State University Press.
- Vial Correa, Gonzalo (1981), *Historia de Chile, 1891-1973*, Santiago: Santillana.
- Vidaurrázaga, Tamara (2006), *Mujeres en rojo y negro*, Concepción: Escaparate.
- Winn, Peter (2004a), *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago: Lom.
- (ed.) (2004b), *Victims of the Chilean Miracle. Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973-2002*, Duke University Press.

El giro neutralista del Partido Comunista argentino y los efectos sobre su alianza con el Partido Socialista (1939-1941)

Gabriel Piro Mittelman

UBA
gabrielpiro90@gmail.com

Title: The neutralist turn of the Argentine Communist Party and the effects on its alliance with the Socialist Party (1939-1941)

Resumen: Entre agosto de 1939 y junio de 1941, el Partido Comunista Argentino (PC), en sintonía con la Internacional Comunista, adoptó una posición neutralista frente a la Segunda Guerra mundial, tras la firma del tratado Molotov-Ribbentrop. En este artículo analizaremos el impacto que tuvo este cambio de estrategia respecto del período de “Frente Popular”, en el desarrollo político de esta corriente durante dicho lapso. En particular observaremos el efecto de este viraje en su relación con el Partido Socialista (PS), a partir de los cambios efectuados en sus principales definiciones políticas.

Palabras clave: Partido Comunista Argentino – Segunda Guerra Mundial – neutralismo – Partido Socialista.

Abstract: Between August of 1939 and June of 1941, the Argentine Communist Party (ACP), in the line of the Communist International, adopted a neutral position regarding WWII, after the signing of the Molotov-Ribbentrop treatment. In this article, we will try to analyze the impact this change of strategy elicited on the political development of the ACP during those years. In particular, we will discuss the effect of this shift in its previous system of alliances, especially with the Socialist Party, based on the changes made in its main political definitions.

Key words: Argentine Communist Party – World War II – neutralism – Socialist Party

Recepción: 14 de noviembre de 2018. **Aceptación:** 8 de febrero de 2019.

Introducción

La toma de decisiones en el régimen soviético, concentrada a partir del ascenso de Stalin al liderazgo del buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética, tras la muerte de Lenin en 1924, tuvo impacto no sólo en la política rusa, sino en el conjunto de las organizaciones pertenecientes a la Internacional Comunista (IC). Uno de los ejemplos más claros de esta dinámica fue el giro dado por la IC que implicó el pasaje de la estrategia de “clase contra clase”, adoptada por esta organización en su VI Congreso, a la política de los “Frentes Populares” implementada desde el siguiente congreso realizado en 1935. Este giro implicó un reordenamiento de las fuerzas que moldeaban la geopolítica del período, y la constitución de frentes, como los desarrollados en Francia y en España, basados en la idea de “unidad” de “todas las fuerzas democráticas” para contrarrestar el avance del fascismo. Es decir, la colaboración con unos sectores de la burguesía en oposición a otros, y por ende la idea de que obreros y burgueses podían pelear por el mismo objetivo bajo determinadas circunstancias. Todos los partidos comunistas, incluido el argentino (de ahora en más, PC), debieron reevaluar su política, repensar sus alianzas, y reorientar sus objetivos.

En este artículo nos centraremos en el impacto político del siguiente gran giro estratégico del PC, que fue la adopción de una política neutralista frente a la segunda guerra mundial, producto del pacto sellado en agosto de 1939 entre los ministros de relaciones exteriores de la URSS y de Alemania, Viacheslav Molotov y Joachim von Ribbentrop. Buscaremos en particular observar el impacto que este viraje estratégico tuvo en el desarrollo de la política comunista en Argentina durante los meses que estuvo vigente el pacto, desde agosto de 1939 hasta junio de 1941, con la invasión de Alemania a la Unión Soviética. Para ello, pondremos el impacto sobre la relación política entre el PC y el Partido Socialista tras el cambio de estrategia, como vía para detectar continuidades y rupturas durante el período.

Creemos que la relevancia de abordar este período se debe a que se trata de un tema poco explorado por la historiografía dedicada a los estudios sobre el comunismo argentino¹ y las izquierdas, e incluso aquellos dedicados a la historia del movimiento obrero y sus organizaciones en general. En algunos casos los trabajos que hacen mención al período lo hacen de forma tangencial, poniendo énfasis casi exclusivamente en la dimensión sindical del cambio de estrategia adoptado por los comunistas

1. Para un balance de la producción historiográfica referida al comunismo argentino, nos remitimos a Cernadas, Pittaluga y Tarcus (1998), Campione (1996), Camarero (2005).

(Del Campo, 1983; Matsushita, 1986; Godio, 1989; Horowitz, 2001). En otros se trata de referencias en trabajos de mayor envergadura (Camarero, 2007, quien observa la inserción del comunismo en el medio social). También existen menciones en estudios abocados a analizar el impacto en el terreno intelectual o de las ideas (Barrio de Villanueva, 2001; Pasolini, 2013; Massholder, 2013; Prado Acosta, 2015; Petra, 2018). Finalmente podemos señalar aquellos referidos a la relación entre el PC y la IC (Ramos, 1962; Plá, 1987; Puiggrós, 1973; Lvovich y Fonticelli, 1999). Sobre estos trabajos, creemos necesario destacar que nuestra perspectiva se ubica en las antípodas de un mecanicismo simplista, que pretenda ver únicamente la repetición de los discursos cominternistas en el PC. Creemos que de lo que se trata, es de entender el peso de esta estrategia política en el desarrollo político del PC en esos meses.

Si la política del PC estaba fundamentada en la amenaza nazi, y en una postura de apoyo a las “fuerzas democráticas” a nivel mundial (entre las que se encontraban, desde las perspectiva comunista, Inglaterra y Estados Unidos, limitando la etiqueta de “imperialismos” a la Alemania nazi y a la Italia fascista): ¿cómo pudo adecuar su discurso político a una definición que de antemano cuestionaba el sistema de alianzas que había edificado en los últimos años? ¿Generó dificultades al PC justificar este giro? ¿En qué sentido se modificó su orientación política?

La hipótesis que guiará este artículo es que el giro neutralista del PC en 1939 tuvo un impacto político cualitativo en el desarrollo de la intervención del PC durante los meses que duró el acuerdo, en las definiciones que hacen a su caracterización de aliados, enemigos y adversarios. Al mismo tiempo, seguiremos la idea de que este giro abrió un campo de disputa político-ideológica con el Partido Socialista, que implicó un cambio de actitud respecto del periodo anterior.

Para realizar este análisis utilizaremos centralmente los órganos de prensa comunistas *Orientación* y *La Hora*, por ser sus publicaciones de mayor alcance en esos años. También recurriremos a *La Vanguardia*, y distintos periódicos de tirada nacional para contrastar las elaboraciones comunistas y dar cuenta de los debates que se produjeron.

Este artículo, por su punto de partida, tiene una periodización dada por el propio desarrollo de los acontecimientos internacionales y su relación con la estrategia adoptada por la URSS. Sin embargo, realizaremos un permanente contrapunto con el periodo anterior, para comprender las continuidades y rupturas en la política comunista.

Las primeras reacciones al pacto en la política argentina. El comienzo del debate

El temor a un inminente conflicto armado a nivel internacional atra-

vesaba, hacia mediados del año 1939, a todo el arco político nacional, y ocupaba las páginas de los periódicos argentinos. Según Domingo Varone, de origen anarquista y posteriormente militante comunista, “el ambiente público estaba cargado de combatividad. La guerra contra la Alemania de Hitler, la lucha mundial contra el fascismo, infundía espíritu de combatividad en nuestro pueblo” (Varone, 1989). Si a este clima sumamos la tensión acumulada durante los años de la Guerra Civil en España,² entenderemos que en Argentina los acontecimientos de Europa no pasaron inadvertidos.

A nivel de sus alianzas políticas, los meses previos al pacto de la URSS con Alemania encontraron al PC desarrollando una fuerte política de unidad sindical con las “fuerzas democráticas” (principalmente el Partido Socialista, en adelante PS).³ Tras su Congreso de 1938, la definición de unidad fue acompañada de una búsqueda por construir una hegemonía comunista en ese bloque, cuyo eje principal debía ser la oposición al fascismo. En esta búsqueda de hegemonía, el PC desarrolló dos facetas complementarias en su intervención frentista: a) por un lado, mostrar a la URSS como la verdadera vanguardia de la lucha contra el fascismo, junto con un llamado a la unidad de las fuerzas democráticas, pero haciendo hincapié en las políticas de “apaciguamiento” y “temor”, sobre todo dirigidas al primer ministro británico Neville Chamberlain; b) por otro, como se expresó en el Primer Congreso Ordinario de la CGT, tras la incorporación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC),⁴ en julio de 1939, el PC se fue transformando en el abanderado de la unidad, planteando un escenario idílico de armonía entre las fuerzas que se enfrentaban al fascismo y en donde el “divisionismo” era el principal enemigo (mayormente representado, según la prensa comunista, por los grupos trotskistas o por supuestos grupos fascistas infiltrados en el movimiento obrero).

Lo que intentaremos rastrear en esta primera parte de nuestro trabajo es el impacto del giro neutralista tanto en estas definiciones estratégicas que encauzaban la política comunista hasta semanas y días antes del 23 de agosto de 1939, como en las organizaciones políticas adversarias del PC, que tomaron este giro como una traición a la línea unitaria que estos venían desarrollando.

2. Para una revisión más general sobre el impacto de la Guerra Civil en la Argentina nos remitimos a los trabajos de Goldar (1986), Quijada (1991), Montenegro (2005) y Cattaruzza (2005).

3. Sobre el Partido Socialista durante este período ver Camarero y Herrera (2005).

4. Vale destacar que la FONC representaba un emblema para el comunismo y su inserción en el movimiento obrero, en tanto era un ejemplo de su idea de sindicatos únicos por rama industrial. Ver Camarero (2012) y Ceruso (2010).

Alfredo Palacios, en una columna de *La Vanguardia*, decía pocos días después del pacto, que “no existe en la historia ejemplo de un cinismo tal como el que han demostrado los dos dictadores de los regimenes totalitarios”,⁵ en abierto contraste con las esperanzas del mismo periódico días anteriores, en donde se anunciaba el avance de las negociaciones entre Francia, Gran Bretaña y la URSS. A la izquierda del PC, Mateo Fossa, militante trotskista y dirigente obrero reconocido por su rol en el sindicato de la madera, destacaba también la ruptura en el discurso del PC y sus repercusiones: “Lacayos y esbirros a sueldo, ahora tendréis que cambiar de disco y de librea, pues vuestro amo ha pactado con el “único enemigo», el fascismo”.⁶ Incluso a nivel nacional, en periódicos de tirada masiva como *El Litoral* de Santa Fe, no se obvió el paradójico acuerdo, señalando que “Rusia y Alemania que vivieron llenas de odio, ahora podrán convivir, y hasta presenciar la lucha entre otros países sin atacarse”.⁷ La primera plana de *La Prensa*, también amaneció el 24 de agosto con la noticia: “Los señores Von Ribbentrop y Molotoff firmaron en Moscú el pacto de no agresión”.⁸ También en sus páginas centrales *La Prensa*, destacaba “el hondo impacto en la opinión pública francesa” que había provocado la firma del pacto.

Asimismo, el hecho causó revuelo en el mundo intelectual sobre el que los comunistas argentinos intervenían. En este sentido la editorial del mes de octubre de la revista *Claridad* (que adquiriría una gran influencia entre la intelectualidad de izquierda de la época), dedicada a un análisis del pacto, sentenciaba que Stalin se había consagrado como el “campeón de las traiciones”.⁹

Es decir, prácticamente ningún actor político con los que el PC compartía espacios de intervención o espacios políticos en general se mantuvieron indiferentes al hecho. ¿Pero cómo reaccionaron los propios comunistas? Tanto en elaboraciones posteriores, como en las publicaciones del momento, se pueden detectar las dificultades que tuvo el PC para articular un relato coherente, sin reconocer contradicciones. En relatos con mayor distancia temporal en relación a los hechos, como el *Esbozo de la historia del Partido Comunista de Argentina*, (1947) o en la oficialista *Historia del Partido Comunista*, de Oscar Arévalo (1983),

5. “Una sensación de estupor”, *La Vanguardia*, 2 de septiembre de 1939.

6. “Escribe Mateo Fossa sobre el pacto Nazi-Stalinista”, *La Internacional*, órgano del Grupo Obrero Revolucionario, septiembre de 1939.

7. “El pacto Ruso-Germano, no está basado en afinidades ideológicas, sino en la ley de la necesidad”, *El Litoral*, 24 de agosto de 1939.

8. “Los señores Von Ribbentrop y Molotoff firmaron en Moscú el pacto de no agresión”, *La Prensa*, 24 de agosto de 1939.

9. “Editorial”, *Claridad*, 10 de agosto de 1939.

prácticamente no se hace mención al asunto, estableciendo una continuidad entre las discusiones abiertas por el IX Congreso de 1938 y el siguiente, en el año 1941, que coincide temporalmente con la vuelta de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi al país. Un trabajo bastante posterior, de Isidoro Gilbert sobre la Federación Juvenil Comunista, corriente de la cual el autor fue parte, se corre brevemente del relato oficial de aquel entonces, apuntando que “el mariscal Stalin, había firmado en 1939 un pacto de no agresión con Hitler, más para ganar tiempo en el enfrentamiento que sabía inevitable, que para convertir al convenio en un instrumento de paz entre el Oeste y el Este” (Gilbert, 2009: 192).

Volviendo al eje sincrónico, ya desde el momento mismo del pacto la prensa comunista tuvo que clarificar el contenido del giro para propios y ajenos. En su nota de portada del día 24 de agosto, *Orientación* daba cuenta de la necesidad de responder a las repercusiones de la noticia y de contener la posible confusión que se pudiera presentar en una base amplia de su partido (al menos los lectores de *Orientación*). En ella advierte sobre la necesidad de dar una “lucha verdadera y resuelta contra los capituladores” que “quieren cegar la opinión pública”.¹⁰

Podríamos definir que la primera reacción de la prensa comunista a las críticas fue mostrar el acuerdo como un triunfo. Si tenemos en cuenta las extensas negociaciones entre Francia, Inglaterra y Rusia durante los meses anteriores a la guerra, y las posteriores críticas comunistas al acuerdo de Múnich en 1938, entenderemos que para la diplomacia soviética la firma del tratado con Alemania no podía ser presentada como una sumisión o como un intento de anexión de Polonia. En aquel entonces, la aceptación por parte de Francia e Inglaterra de que Alemania anexara los territorios checoslovacos fue considerada por los comunistas como un complot de los países occidentales para aislar a la Unión Soviética. Pero en 1939 la situación cambió: fueron los comunistas los protagonistas del acuerdo de paz, lo cual se interpretó como una reversión exitosa del fracasado acuerdo de Munich. En este sentido, el PC se limitó a reproducir los principales comunicados de Molotov y las editoriales del *Pravda*, en donde se consideraba la firma del acuerdo de no agresión como un gran “suspiro de alivio” para toda Europa y como una “garantía de paz” para toda la humanidad. *Orientación*, en el primer número tras la firma del pacto, anunciaba que “La política exterior de la URSS tiene un objetivo supremo: La Paz mundial”.¹¹ En la misma

10. “Lucha verdadera y resuelta contra el fascismo. Lucha verdadera y resuelta contra los capituladores. Los responsables de Múnich quieren cegar a la opinión pública”, *Orientación*, 31 de agosto de 1939.

11. “La política exterior de la URSS tiene un objetivo supremo: La Paz mundial”, *Orientación*, 24 de agosto de 1939.

dirección se expresó quien fue un aliado del PC durante todo este período, Benito Marianetti, dirigente del Partido Socialista Obrero (PSO), que definió al pacto como “un gran triunfo diplomático de la URSS”.¹²

Sin embargo, el alboroto generado no detuvo su intensidad por mostrar un triunfo, ya que lo que estaba en cuestión eran los medios por los que se había llegado hasta allí. Por eso la siguiente reacción que tuvo el PC fue buscar encastrar su decisión en el *corpus* teórico comunista.

El secretario general del PC Arnedo Álvarez fue uno de los primeros en abordar el pacto desde esta perspectiva, destacando que sólo “a la luz del marxismo leninismo se debe comprender el pacto”¹³ y apelando a la analogía histórica. El argumento de Álvarez es el siguiente: quienes en otros tiempos acusaron de traición a Lenin por el pacto de Brest-Litovsk, son los mismos que hoy acusan a Stalin de “venderse” a Hitler, con el solo fin de “aislar a la URSS de la simpatía mundial”. Es decir, una especie de comparación transversal en donde Stalin sería Lenin y donde el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial se equipara con las negociaciones de Brest-Litovsk.

A esta idea se sumaba la reafirmación del carácter de la URSS como un estado incomparable con el fascismo. Si bien las analogías por parte de los críticos de la URSS, que tendían a igualar a ambos regímenes bajo el rótulo de “totalitarios”, son previas a la firma del pacto, el acercamiento diplomático entre ambas potencias las puso en el centro de la escena. Así, tras varias semanas publicando artículos en la misma dirección, el 28 de septiembre, encontramos una página completa de *Orientación* con el título “¿Fascismo = comunismo?”.¹⁴ En todo el espacio de la página se van destacando ítems como cultura, ciencias, derechos sindicales, y por supuesto el rol de ambos respecto de la guerra, en donde se resaltan las virtudes del estado soviético, y se establece una suerte de “maniqueísmo extremo” en relación a la Alemania nazi.

Finalmente, detectamos que ya desde los primeros días tras el pacto comienza una serie de polémicas entre el PC y los socialistas, que atravesaría todo el período, y que marcaría fuertemente el discurso de la prensa comunista durante los meses que duró el pacto.

Los socialistas de *La Vanguardia*, en la edición del 24 de agosto, dieron comienzo en sus páginas al “Debate libre” sobre el pacto Hitler-Stalin, el cual se transformó en una sección permanente de su periódico durante las siguientes semanas. Allí escribieron socialistas, trotskistas,

12. *El pacto germano soviético*, Conferencia Pronunciada por Benito Marianetti en la casa de los trabajadores de Mendoza la noche del 30 de agosto de 1939 (folleto).

13. “Es a la luz de la teoría marxista leninista que debe verse el pacto”, *Orientación*, 31 de agosto de 1939.

14. “¿Fascismo = comunismo?”, *Orientación*, 28 de septiembre de 1939.

liberales y hasta los propios comunistas, en una especie de “derecho a réplica”. Ya desde su anuncio, en la primera plana de *La Vanguardia*, un gráfico muy sugestivo superpone una esvástica con una hoz y un martillo, dando cuenta de la línea que editorializaría el “debate libre”: considerar al pacto como una alianza entre ambos regímenes totalitarios y calificar a los comunistas de traidores.¹⁵

La reacción de los comunistas a las críticas también fue inmediata, alarmados por la confusión que pudiese generar ese “debate libre”. *Orientación* publicó un extenso artículo cuyo título graficaba lo que acabamos de relatar: “Algunos socialistas tergiversan el sentido del pacto soviético-germano”,¹⁶ en donde planteaba: “¿Cómo es posible, compañero de *La Vanguardia*, que ustedes hayan dado crédito a las deformaciones que las agencias de Chamberlain y Daladier propalaron sobre el pacto germano ruso?”. Y continúa:

Enrique Dickmann ha reconocido el argumento banal sobre los puntos de contacto entre soviétismo y hitlerismo [...] Romulo Bogliolo, insinúa que tal vez la URSS quiera tragarse a los débiles vecinos y la critica porque su diplomacia mantiene relaciones con los países fascistas. Son regocijantes los escrúpulos de este socialista que ha justificado los compromisos más podridos cuando ellos iban contra los intereses del proletariado, *y no comprende o no quiere comprender que el estado soviético, como condición para su existencia, debe mantener relaciones con todos los estados del mundo, prescindiendo de su régimen interno.*¹⁷

Pero sería limitado quedarnos con la idea de que se abre un período de ruptura terminante entre socialistas y comunistas a partir de estas primeras rispideces que expresa el pacto. La realidad fue otra. Y será uno de los hilos que nos conducirán a entender las contradicciones más profundas que expresa el pacto en el accionar de los comunistas durante los meses siguientes. Para ser más claros, limitémonos a observar cómo concluye una nota de tono polémico:

Ningún insulto nos hará perder la serenidad. Para nosotros

15. Vale aclarar que aunque en este artículo haremos referencia al período neutralista y a la coyuntura que comienza en 1939, algunas de estas caracterizaciones y tensiones entre socialistas y comunistas, pero también al interior de propio partido socialista y en las izquierdas en general, son previas. Ver Bisso (2005), Pasolini (2013).

16. “Algunos socialistas tergiversan el sentido del pacto soviético-germano”, *Orientación*, 31 de agosto de 1939.

17. Ídem

lo más grave de los artículos de *La Vanguardia* es que abren –alentados por los provocadores trotskistas– una brecha en la unidad de acción. De nuestra parte, hoy como ayer más que ayer, seguiremos trabajando por la unidad de acción socialista comunista por objetivos comunes y contra enemigos comunes. Intensificaremos en las fábricas, en los sindicatos, en todas partes nuestro acercamiento a los compañeros socialistas para organizar al proletariado argentino y para robustecer el movimiento sindical.¹⁸

Es decir, pese a las acusaciones de calumnias, de trabajar para el imperialismo francés e inglés y de confundir el pacto con una traición, “lo más grave” para los comunistas, tomando la expresión de su artículo, era la ruptura en la unidad de acción con los socialistas. Pero al mismo tiempo advertían: esa gravedad cobraba importancia, no por las acusaciones morales mantenidas con la dirigencia socialista que escribe *La Vanguardia*, sino por lo que sucede en las fábricas, en los sindicatos, en aquellos lugares donde el contacto entre ambas fuerzas era cotidiano, palpable, donde los epítetos y adjetivos impactaban sobre personas de carne y hueso.

La relevancia de esta advertencia es fundamental ya que da cuenta del impacto en la práctica comunista de un giro que podríamos denominar “exógeno” en relación al “movimiento natural” del partido en los años y meses anteriores, que lo había acercado en la cotidianeidad al Partido Socialista y a sus simpatizantes. La noticia del pacto y de los nuevos realineamientos, además de inesperada, actuó como una fuerza fantasmal sobre el timón del PC, que lo obligó a señalar una dirección cuando el barco aún estaba virando en sentido opuesto. O en otros términos: la IC impuso un giro brusco a la orientación del PC local que debió revisar todos los aspectos de su política para adecuarse a los lineamientos del Kremlin.

Para observar la forma en que impacta el viraje en el período posterior, creemos pertinente detenernos en los cambios de actitud de la prensa comunista hacia el PS y de qué manera los cambios en la propia guerra alteran la relación entre quienes durante el período previo estaban avanzando hacia consolidar alianzas políticas y sindicales.

El debate con el socialismo y la profundización del giro

Ya hemos analizado las primeras reacciones ante al pacto que mar-

18. “Más que nunca, pese a los provocadores se impone la acción común Socialista-Comunista”, *Orientación*, 7 de septiembre de 1939.

can las tendencias del período y detectado cómo el viraje se produce inmediatamente tras la firma del pacto Molotov-Ribbentrop. Pero añadiremos que la instancia de mayor recrudescimiento del giro neutralista y antialiado será mayo de 1940. ¿Por qué mayo? Porque es el momento de mayor ofensiva de las tropas alemanas tras sus triunfos en el norte europeo, y por ende el momento de mayor temor por parte de los aliados a una ofensiva exitosa del Eje.

Efectivamente los socialistas, a partir de esta fecha, aumentaron su retórica proaliada. Lo que hasta el momento era una hipótesis, en mayo de 1940 se transformó en una amenaza real y creciente a la “democracia occidental”. No es casualidad entonces que a partir de esos meses hayan aumentado las rivalidades previas en la CGT.¹⁹ Tampoco lo es que durante el mes de mayo de 1940 el PS haya comenzado las tratativas con personalidades de la cultura y otros partidos políticos para poner en pie, el 5 de junio, Acción Argentina,²⁰ un grupo destinado a promover el apoyo argentino al bando aliado.

Según Pasolini, la aparición de Acción Argentina en el escenario nacional inicia una etapa de disputa entre los grupos antifascistas. Para este autor, la nueva percepción de los comunistas sobre los aliados, como meros defensores de sus intereses imperialistas, generó una oposición entre la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE),²¹ que nucleaba a los intelectuales cercanos al comunismo, y Acción Argentina, que es descrita por Pasolini como “una organización que agrupaba a no pocos políticos e intelectuales de tradición liberal y socialista, cuya prédica tenía un fuerte componente anticomunista, en la medida en que luego del pacto germano soviético, se reactivó el supuesto de una identidad totalitaria entre comunismo y nazismo, excluyendo de este modo a los comunistas de la alianza antifascista local” (Pasolini, 2013: 104)

Es decir, a partir de mayo de 1940 se da un doble movimiento que alejó aún más a socialistas y comunistas.

Por un lado, los socialistas reforzaron su apoyo al bando aliado, amenazado directamente por el fascismo alemán. Para ello recurrieron

19. Aunque el debate entre socialistas y comunistas al interior de la central se recrudesció con la firma del pacto, Matsushita señala cómo en estos meses de 1940 se da una escalada: se separa a Andrés Roca y Carlos Pérez, ambos de la FONC, del C.A de la CGT, y luego a José Peter, histórico dirigente comunista, y por ese entonces representante del gremio de la alimentación.

20. Para una visión más general sobre esta organización nos remitimos al trabajo de Bisso (2005).

21. Para una visión general sobre esta organización durante el período nos remitimos a Cane (1997), además de los trabajos ya mencionados de Pasolini.

a nuevos aliados con los cuales pusieron en pie Acción Argentina y buscaron apropiarse a nivel masivo de la bandera anti fascista, distanciándose del anti fascismo comunista. Muchos de esos aliados eran denunciados por los comunistas como representantes de la Argentina oligárquica y fraudulenta (justistas, alvearistas, etc.) y varios de ellos eran abiertamente anticomunistas. La idea de un Frente Popular integrado por socialistas y comunistas, democrático, nacional, antioligárquico, era una perspectiva cada vez más irrealizable.

En paralelo, en el movimiento obrero, este corrimiento hacia una actitud más abiertamente pro aliada supuso un acercamiento entre el grupo socialista de la CGT y José Domenech,²² llegando al punto de aprobar una declaración que fijaba una línea proaliada desde la central, pese a la extrema cautela de sus dirigentes para pronunciarse sobre los “asuntos políticos”.²³

Por su parte el PC reforzó la relación entre antifascismo y la defensa de la URSS, alejándose del antifascismo proaliado. A nivel local, el avance de Alemania obligó a muchos sectores que se reivindicaban neutrales, pero que guardaban simpatías con Francia e Inglaterra, a hacer aún más explícitas sus simpatías con los aliados, y hasta a pronunciarse por el apoyo argentino contra la avanzada fascista. Esto fue interpretado por los comunistas como una posibilidad real de que Argentina se incorpore a la guerra y por ende como una oposición aun mayor a su neutralismo. Para el PC, la bandera del antifascismo neutral se volvió una causa que contaba cada vez con menos adeptos. A nivel de su disputa con los socialistas en la CGT, esta situación se convirtió para los comunistas en un retroceso dentro de la central, ya que además de implicar la expulsión de importantes dirigentes obreros comunistas de los órganos directivos, ante la avanzada del grupo socialista en alianza con Domenech, supuso la necesidad de recurrir a antiguos aliados, como la USA, para evitar el completo aislamiento político (Matsushita, 1986: 229).

En un artículo de *Orientación* de junio de 1940 en polémica con Enrique Dickmann y Joaquín Coca, Ernesto Giudici explicitó este alejamiento confirmando el peso de la dinámica bélica: “Los que ayer éramos amigos hoy somos nazi comunistas”. Y a continuación se preguntaba

22. José Domenech era en aquel entonces el secretario general de la Unión Ferroviaria.

23. Matsushita relata los constantes esfuerzos, sobre todo de la Unión Ferroviaria, por evitar los pronunciamientos a favor o en contra de alguno de los bandos en guerra. Sin embargo, señala que “tal llamado a la prescindencia respecto del problema internacional no llegó a ser cumplido. Una razón fue que el problema internacional estaba estrechamente ligado a los intereses obreros”. Y agrega: “En especial, en el caso de los ferroviarios, la continuidad del régimen del laudo se convirtió en un problema más serio durante la guerra” (Matsushita, 1986: 224).

qué fue lo ocurrió en el país para que se produjera ese cambio: “Nada, lo que cambió fue la guerra en Europa”.²⁴

Este impacto lo vemos en el cambio de actitud de los comunistas en sus propios periódicos. Si en septiembre de 1939 *Orientación* planteaba en un tono de expectativa y diálogo extremadamente mesurado que “*La Vanguardia puede aún salir del pantano*”, el giro de mayo ya lo ubicaba completamente hundido en él. La primera diferenciación que debió hacer el PC era entre su antifascismo y el de Acción Argentina. Por eso, ya en mayo *La Hora* se encargó de señalar las contradicciones del antifascismo socialista: “Los socialistas repiten hoy las calumnias de la guerra pasada. Pero la historia ha dado ya su veredicto: de la guerra pasada no surgió la democracia por la cual los dirigentes socialistas mandaron tantos hombres a la muerte, sino que surgió el fascismo”.²⁵ Para el PC, el pasado de los socialistas los condenaba a un antifascismo ficcional, que al disputar con los alemanes en el mismo terreno de la puja imperialista sólo lograba fortalecerlo, en tanto no cuestionaba sus raíces profundas.

Solo días después de su formación, se publicó en *La Hora* una respuesta al primer comunicado de Acción Argentina, que señalaba una ruptura doctrinaria y un salto en la posición socialista. En ella se afirmaba que

la declaración del PS, enfoca el problema de la guerra desde un ángulo que nada tiene que ver con la doctrina y los principios del socialismo científico. Atribuye toda la responsabilidad de la tragedia horrorosa que se ha desatado sobre los pueblos del mundo, a los países totalitarios. Pasamos por alto la deliberada confusión que se introduce mediante la utilización anfibológica del término totalitario, destinado a igualar la amplia y genuina democracia socialista soviética, con el régimen de dictadura sanguinaria.²⁶

A continuación *La Hora* se preguntaba sobre las causas de este giro brusco de los socialistas. Y encontraba una explicación funcional: el cambio no se debió solo a lo acontecido en Europa, sino que se trató de una posición ya existente pero disimulada por temor a la reacción de

24. “Del Contubernio a la Quinta Columna. O Coca y Dickmann, dos ideólogos”, *Orientación*, 2 de junio de 1940.

25. “Socialistas que están por la Guerra”, *La Hora*, 21 de mayo de 1940

26. “El Comité Ejecutivo del Partido Socialista y la actual guerra.”, *La Hora*, 30 de mayo de 1940.

los trabajadores. Los socialistas habían esperado el momento oportuno, el avance del fascismo, para hacer explícita su posición:

durante la campaña electoral, ningún orador socialista se refirió al problema de la guerra, a pesar de ser el más terrible problema del momento. Y no se referían a él, pues temían que una posición a favor de uno de los bandos provocase un desastre en los resultados electorales.²⁷

El PC mostraba que la bandera unitaria que levantaban los socialistas era parte de esta estrategia: “¿Unidad nacional para qué? ¿Para llevar el país a la guerra?”.²⁸ Y el argumento que mejor servía a los comunistas para ejemplificar esta impostura era el tendido amplio de proaliados que ahora encabezaban los socialistas:

Ahora, autoriza a sus más destacados militantes, como a Nicolás Repetto, a participar en un dudoso “Comité de acción” al lado de Sylla Monsegur y de González Roura, para ayudar al imperialismo anglo-francés. Estas declaraciones no pasarán inadvertidas para los ciudadanos argentinos a quienes se dirige la declaración de marras.²⁹

Para los comunistas, la unidad nacional que pregonaban los socialistas era una traición. Era una unidad nacional espuria con los principales enemigos de la patria. La alianza entre los socialistas y sectores de la oligarquía fue leída como un intento de garantizar, a través de esa confluencia circunstancial de intereses, el comercio con Inglaterra. Así también se expresó en el movimiento obrero. Matsushita señala, por ejemplo, que el discurso de Domenech pronunciado en un mitin de Acción Argentina, en favor de los aliados, fue interpretado por el PC como una renuncia a la lucha contra el laudo, que implicaba enfrentarse a los capitales ingleses, y por lo tanto era calificada como “traidora, mil veces traidora, traidora a la clase obrera, traidora a la Nación Argentina, traidora a la causa de la democracia”.³⁰ Sin embargo, el punto más alto de la “traición” llegó en el momento en que socialistas, sectores radicales, demócrata progresistas y distintos representantes de los terratenientes votaron la Ley de Emergencia. Más allá de las implicancias represivas

27. Ídem.

28. Ídem.

29. Ídem.

30. Citado en Matsushita (1986: 225).

que tenía para los comunistas esta ley,³¹ en principio estaba destinada a reconocer el impacto de la guerra y a evitar los obstáculos de las relaciones comerciales con Europa.

En este sentido los comunistas intentaron asociar la política de Acción Argentina con su carácter de clase. *La Hora* señalaba que en aquella alianza solo están representados los sectores oligárquicos, que “pueden pagar anuncios en las páginas de los diarios más caros del país”; y denuncia:

¡No hay en ella ni un solo nombre de un dirigente obrero! ¿Así que el doctor César Blaye presidente de la Defensa Anti social es anti fascista? ¿Lo es también por acaso el eminente presidente de la sociedad rural, Dr. Adolfo Bioy? ¿Han olvidado el uno su admiración y el otro su colaboración con el general Uriburu, introductor y propulsor máximo de las actividades fascistas en nuestro país?³²

Sin embargo los comunistas debieron dar cuenta de la popularidad que había logrado el comité de Acción Argentina ¿Cómo tantos trabajadores honestos se habían dejado engañar por unos pocos dirigentes? Para eso la explicación fue simple: habían recurrido a la demagogia. Habían apelado al verdadero sentimiento de las masas contra el imperialismo alemán y el fascismo, y se habían apoyado falsamente, al plantarse como abanderados de la unidad nacional y como los representantes de “lo argentino”, en el sentimiento antibritánico. Por ende este debate con Acción Argentina nos da la idea de que la postura del PC, pese a que lo aísla relativamente del sistema de alianzas con los partidos del régimen, no necesariamente lo hace con el sentimiento de “las masas”. Sería muy difícil, como ya señalamos, tener retrospectivamente una percepción real sobre la simpatía, a nivel “de masas”, con Alemania y con Inglaterra. Pero lo que queda claro es que ambos antifascismos, el

31. Sería tema de futuras investigaciones estudiar la relación entre comunismo y represión en este período, y en especial alrededor de las medidas tomadas por el gobierno nacional, ante el escenario bélico mundial. Pero vale mencionar que son los propios comunistas, pese a su aceptación discursiva del régimen político bajo el gobierno de Ortiz, los que denuncian permanentemente esta avanzada represiva. Por ejemplo, el 3 de junio de 1940, *La Hora* denuncia que la Ley de Emergencia votada por el Ejecutivo nacional era un “virtual estado de sitio”, hasta que finalice la Guerra y agregaba: “Se dice que es para defender la neutralidad. Y resulta que esta Ley de Emergencia, dirigirá su filo contra los verdaderos neutralistas, que no son los partidarios de los nazis ni son los partidarios del imperialismo Inglés” (*La Hora*, 3 de junio de 1940).

32. “Olvidándose de la clase obrera, el diputado socialista Ghioldi obtuvo el aplauso de la reacción”, *La Hora*, 9 de junio de 1940.

del PC de forma explícita y el de Acción Argentina, se mostraron alejados de los intereses extranjeros. Es decir, podemos afirmar que más allá del éxito de cada una de las estrategias, hay un espacio de disputa por una especie de “lugar común”, que es el nacionalismo de distinto tipo.³³

Asimismo, lo que notamos como continuidad en la política comunista es el intento por dialogar con la base socialista, distinguiéndola claramente de las decisiones antipáticas de su dirección. La advertencia sobre las consecuencias del apoyo a los aliados puede reforzar la hipótesis de que existió un sector en disputa sobre el cual el PC quiso influir bajo la idea de que el rumbo aliadófilo era una desviación de los principios socialistas y una “traición” a sus bases. *La Hora* incluso sentenciaba que “los socialistas se apartan día a día de la masa popular”.³⁴ Esto permitió a los comunistas pasar a la ofensiva: “Somos traidores, sí. Pero, ¿a quién? Traidores nos puede llamar el imperialismo Inglés, el imperialismo Alemán, y todos los imperialismos”.³⁵ La diferenciación entre la dirección socialista y sus simpatizantes por parte del PC recurrió al ya mencionado discurso de la unidad:

Ustedes, Alvear, Repetto, Noble, nos proponen la guerra. Nosotros les proponemos la Paz interior, es decir la conciliación interna, la unidad de los partidos, la unidad nacional contra el imperialismo. ¿Por qué no aceptan ésta que está más cerca de nosotros, que es más fiable, más sólida, más sana? [...] Porque ustedes juegan con los sentimientos de las masas.³⁶

La posición de los comunistas pasó a autoidentificarse como la “tercera posición”.³⁷ Ni aliadófilos ni germanófilos: nacionalistas socialistas antiimperialistas. La pretensión al hacer esta distinción era convencer a aquellos que se sentían identificados con una “verdadera neutralidad”, es decir una no beligerancia activa, de que los dirigentes socialistas los estaban llevando detrás de los intereses del imperialismo, y por ende de la oligarquía “antipatria”. Uno de los testimonios más interesantes en este sentido nos lo brinda *La Hora*, en una nota titulada “Palabras

33. En este sentido, no es casualidad que varios autores resalten las semejanzas entre varios de los planteos del PC y grupos como FORJA, y uno de sus principales referentes, Scalabrini Ortiz.

34. “Socialistas que están por la Guerra”, *La Hora*, 21 de mayo de 1940.

35. Ídem.

36. “La Unidad Obrera y democrática, no la Guerra, salvara al País”, *La Hora*, 22 de mayo de 1940.

37. Encontramos por primera vez esta definición el 22 de mayo en *La Hora*, en un artículo que lleva el mismo título.

imprudentes de un militante obrero”, que presenta una polémica (pre-suponemos que ficcional, pero verosímil) entre un militante comunista y un obrero ferroviario que apoyaba a Acción Argentina. El obrero comunista pone contra las cuerdas a su adversario:

El manifiesto del presunto comité de acción niega que exista una lucha por la hegemonía entre dos imperialismos. Existe solamente un imperialismo, el nazi, que es el único que nos amenaza. [...] Pero este obrero ferroviario, no pudiendo negar la existencia del imperialismo inglés, declara su preferencia de ser esclavo de él, antes que esclavo del imperialismo alemán.

Y agregaba, dándole una salida ante la traición de su dirección, que

En esta guerra no existen dos frentes, sino tres. Un frente es el nazi, el otro es el anglo-francés. Pero el tercer frente es el que han levantado los obreros de todo el mundo, los pueblos oprimidos, los campesinos, los hombres de bien, los intelectuales honestos, para terminar de una vez con las causas que generan las guerras de conquista y rapiña.³⁸

Es decir, la idea de “tercera posición” no era solo auto identificadora, sino también una forma de tender un puente entre los comunistas y las bases socialistas que podían haber visto con malos ojos la formación de Acción Argentina. Una pregunta que vuelve a aparecer es efectivamente cual era el “sentir” del movimiento obrero frente a la guerra. Escapa a los límites de este trabajo dar una respuesta, que por otra parte implicaría establecer un método que considere un recorte de clase. Sin embargo, vale señalar que hay una coincidencia en varios autores (Del Campo, 1983; Godio, 1989; Matsushita, 1986; Horowitz, 2001), entre los que se destaca Matsushita por la profundidad de su análisis, en afirmar que la guerra, ya desde sus comienzos, implicó cimbronazos para la economía popular. No casualmente tanto en *La Hora* como en *Orientación* aparecen permanentes referencias a los padecimientos de la clase obrera producto de la guerra. Y tampoco resulta aleatorio que este tópico se haya transformado en un argumento en la polémica con los socialistas.

Creemos que esta actitud más ofensiva hacia la militancia socialista tuvo un salto en noviembre de 1940, tras el congreso del PS. Allí el PC ajustó su definición sobre el rol específico de la clase obrera para su estrategia, alejándose aún más de los socialistas, a quienes caracterizaban como un partido cada vez menos involucrado con el proletariado

38. “Palabras imprudentes de un militante obrero”, *La Hora*, 30 de mayo de 1940.

argentino. La visión del congreso del PS fue extremadamente negativa: “Interesó más el triunfo de las armas británicas y la entrada de Estados Unidos en la guerra que nuestros conflictos obreros y la lucha que en estos momentos realizan diversos sectores de la población contra la opresión imperialista oligárquica”.³⁹

Como hemos dicho más arriba, la política de Frente Popular que proponía el PC implicó darle un rol difuso a la clase obrera, o para ser más claros: un rol subordinado a que la burguesía local tomara la iniciativa revolucionaria. Sin embargo, luego del congreso del PS notamos un ajuste de esta visión por parte del secretario general del PC, Arnedo Álvarez. Citamos en extenso su definición porque creemos que es clarificadora:

El partido debe luchar por organizar un gran bloque nacional, anti guerrero, anti imperialista, anti fascista, en el que deben entrar todos los sectores objetivamente en pugna con el imperialismo. Pero no por temor de ahuyentar a la burguesía deja de proclamar que por lo mismo que lucha por integrar ese bloque en nombre de los intereses de la nación, es decir, de las amplias masas, lucha también porque ese bloque sea dirigido por el proletariado, *la clase consecuentemente nacional*. [...] *Es una cuestión que conviene recordar. No siempre el partido supo interpretar esta política independiente ni jugar su verdadero rol dirigente. La justa política de lucha por la unidad y por rodear al proletariado de sus aliados lo ha conducido también a posiciones erróneas, seguidistas, a la falta de crítica a posiciones equivocadas de los aliados, cayendo muchas veces en el oportunismo. Las profundas experiencias y las grandes enseñanzas del último congreso del Partido Comunista Mexicano y del Pleno del C. Central del Partido Comunista de Chile,⁴⁰ deben ser recogidas por nuestro partido, y a su luz examinar audazmente las de nuestro partido para adoptar una justa línea política.*⁴¹

39. “Miró a Londres y no al País el congreso del partido socialista.”, *Orientación*, 7 de noviembre de 1940.

40. Queremos resaltar que distintos autores han hecho referencia al año 1940 como un momento de “crisis” para los partidos comunistas de estos países, en relación a su política de Frente Popular. En el caso de Chile, donde el Partido Comunista había ganado un gran peso superestructural en su alianza con los socialistas chilenos, el giro neutralista de la IC significa una intensificación de los conflictos al interior del Frente Popular que va a desembocar en su ruptura en 1941. En el caso mexicano, también el congreso de 1940 es visto como un quiebre respecto de su relación con el gobierno de Lázaro Cárdenas. Algunos autores señalan que este quiebre se debió tanto a causas externas (el giro de la IC) como al terremoto al interior del Partido Comunista Mexicano que supuso el asesinato de Trotsky.

41. “El papel del Partido Comunista como destacamento de vanguardia del proleta-

Es decir, no abandona la definición sobre el Frente Popular, pero dictamina que el partido no supo hacer política en su interior, que los “temores” a romper esas alianzas lo llevaron a una política seguidista. Y la solución es volver a la clase obrera, ganarla para que pueda jugar un rol hegemónico, en tanto clase consecuentemente nacional. Creemos que en este sentido se trata de un salto: el PC ya no esperaría un giro del PS que llevase a ambos partidos a una confluencia. En su esquema de alianzas sigue estando incorporado como un potencial aliado pero el aislamiento y la lucha política con los belicistas no sería algo negativo, sino reivindicable y necesario. La caracterización del PC es que no solo el socialismo argentino sino la socialdemocracia mundial estaba entrando en un período de “bancarrotas”,⁴² de crisis tras su apoyo a los aliados. ¿No sería una hipótesis entonces para el PC que la política que Álvarez llama “seguidista” sea un obstáculo para capitalizar esta crisis del PS? Es posible considerar que tras el congreso del PS, y ya en el final de la etapa neutralista, el PC endureció su crítica a los ex aliados, y transformó su posición originalmente defensiva, prounitaria, en una posición ofensiva en busca de hacer mella tras el giro del PS.

Conclusión

A modo de síntesis, podemos decir que efectivamente la relación con los socialistas tiene un punto de quiebre a partir del pacto. Pero también afirmamos que sería muy parcial quedarnos en los primeros debates originados por el pacto en sí, u observar las polémicas entre ambos grupos sólo desde las repercusiones del mismo. Más bien, para entender las discontinuidades, debemos prestar atención a la evolución de ambos grupos durante estos meses y a la evolución de la guerra en particular, que en 1940 se transforma en el foco de atención de los antifascistas locales, sean neutralistas o aliadófilos. La conformación de Acción Argentina como reacción a la avanzada alemana efectivamente significó un salto en el alejamiento de socialistas y comunistas, no tanto por la evolución de una posición más intransigente del PC respecto del apoyo a los aliados, sino por la configuración de un nuevo esquema de alianzas por parte de los socialistas que excluía definitivamente al comunismo. No solo por ser una fuerza que contaba con elementos anticomunistas en su interior, sino porque suponía una hegemonía socialista con apoyo de sectores de la oligarquía, en donde poco cabían los llamados del PC a una unidad nacional, con el proletariado a la cabeza de un frente

riado argentino”, *Orientación*, 5 de diciembre de 1940.

42. “Miró a Londres y no al País el congreso del partido socialista.”, *Orientación*, 7 de noviembre de 1940.

antiimperialista, antioligárquico, antiguerrero y neutralista. Sin embargo, como hemos señalado, este alejamiento respecto de la estructura partidaria del PS no significó la anulación de las líneas de diálogo, que continuaron durante todo el período con los simpatizantes socialistas, a los que se eximió en el discurso comunista de las duras críticas hacia el partido de Justo.

Así como el giro en la política comunista tras la firma del pacto fue extremadamente rápido, también lo fue el ingreso a una línea belicista tras el ataque de Alemania a la URSS en junio de 1941 y la ruptura del pacto de neutralidad. En pocos días, franceses e ingleses volvieron a ser guardianes de la libertad y la democracia, contra la bestia hitlerista. Sin embargo será motivo de futuras investigaciones detectar qué elementos del período neutralista se mantuvieron vigentes.

Lo que aquí queremos resaltar es que el giro dado por la IC en agosto de 1939 abrió una etapa particular en el desarrollo del Partido Comunista Argentino. Y que esta etapa presenta algunas transformaciones cualitativas en varios niveles de su intervención política: trastocó sus definiciones sobre la guerra, su consideración sobre los aliados y adversarios políticos, su discurso, e incluso en su ubicación en ámbitos particulares como el intelectual y el sindical.

La continuidad de las banderas democráticas y frentepopulistas chocó con el remolino político desatado por la guerra. Y el giro fue brusco. En cuestión de horas y días el PC comenzó a delinear los elementos esenciales de la etapa neutralista: la postura antiguerrera, la impugnación de los distintos bandos imperialistas por igual, la adopción de un antifascismo de características diferentes a las del socialismo y otros sectores proaliados, y la exaltación de la consigna de la liberación nacional como el objetivo principal del pueblo argentino ante las diversas formas de opresión imperialista.

Esta brusquedad y este choque con la etapa anterior significó la apertura de un nuevo período de intensa lucha política con todos aquellos sectores que por distintos motivos impugnaron la posición comunista ante la guerra. Donde más se pudo percibir esta ruptura y esta lucha política fue en la relación entre comunistas y socialistas, quienes venían de una estrecha colaboración en el período del Frente Popular, no solo en el plano de la superestructura política, sino también en su intervención en el movimiento obrero, particularmente a través de la CGT.

Sin embargo, no se trató de una ruptura completa. Como hemos señalado, el lenguaje político siguió manteniendo, por preservación (es decir, por la mera necesidad de no perder líneas de diálogo con la base social que lo venía apoyando), o como mecanismo de lucha política (por ejemplo, no dejando en manos de los socialistas la bandera de la "unidad"), elementos que remitían a la etapa del Frente Popular. Más bien

se produce una hibridez en la política comunista producto del choque entre dos tendencias opuestas: por un lado, el desarrollo local que venía teniendo el PC desde 1935 en adelante que tendía hacia una “unidad democrática” principalmente con el PS y la UCR y, por otro lado, su alineamiento con la IC, que tendía a alejar a los comunistas argentinos de los sectores proaliados.

Bibliografía

- Arévalo, Óscar (1983), *El Partido Comunista*, Buenos Aires: CEAL.
- Barrio de Villanueva, Patricia (2001), *El costo de la obediencia. El Partido Comunista Argentino en la encrucijada (1939-1945)*, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Bisso, Andrés (2005), *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires: Prometeo.
- Camarero, Hernán (2005), “La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, I, 1, septiembre-octubre, pp. 77-99.
- (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2012), “Alcances del sindicalismo único por rama antes del peronismo: la experiencia de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), 1936-1943”, *Estudios del Trabajo*, Buenos Aires.
- Camarero, Hernán y Carlos Herrera (2005), “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo.
- Campione, Daniel (1996), “Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia”, *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, I, 1, segundo semestre, pp. 103-115.
- Cane, James (1997), “«Unity for the Defense of Culture»: the AIAPE and the cultural politics of Argentine antifascism, 1935-1943”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 77, n° 3, Duke University Press, pp. 443-482.
- Cattaruzza Alejandro (2005), “Tan lejos y tan cerca. La Guerra de España y la política argentina”, en Diana Wechsler y Marcela Gené, *Fuegos cruzados*, Córdoba (España): Diputación de Córdoba, pp. 13-26.
- Cernadas, Jorge, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus (1998), “Para una historia de la izquierda en la Argentina”, *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, III, 6/7, otoño-invierno.
- Ceruso, Diego Rubén (2010), *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Buenos Aires: Dialectik.

- (2015), *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*, Colección Archivos, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Del Campo, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: CLACSO.
- Gilbert, Isidoro (2009), *La FEDE, alistándose para la revolución*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Godio, Julio (1989), *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires: Legasa.
- Goldar, Ernesto (1986), *Los argentinos y la guerra civil española*, Buenos Aires: Contrapunto.
- Horowitz, Joel (2001), “El movimiento obrero”, en A. Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, t. VII de *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 239-282.
- Lvovich, Daniel y Marcelo Fonticelli (1999), “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)”, *Desmemorias. Revista de historia*, VI, 23/24, julio-diciembre, pp. 199-221.
- Massholder, Alexia (2013), *El Partido Comunista argentino y sus intelectuales: originalidad y marginalidad del pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*, Buenos Aires: Luxemburg.
- Matsushita, Hiroshi (1986), *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Hyspamérica.
- Montenegro, Silvina (2005), *La Guerra Civil española y la política argentina*, tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid.
- Partido Comunista (Comisión del Comité Central) (1947), *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires: Anteo.
- Pasolini, Ricardo (2013), *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Petra, Adriana (2018), *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires: FCE.
- Plá, Alberto (1987), “El Partido Comunista de Argentina (1918-1928) y la Internacional Comunista”, *Anuario Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR*, segunda época, 12, Rosario, pp. 339-363.
- Prado Acosta, Laura (2015), *Los intelectuales del Partido Comunista: Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*, Raleigh, NC: A Contracorriente.
- Puigrós, Rodolfo (1973), *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires: Cepe.
- Quijada, Mónica (1991), *Aires de República, aires de Cruzada: la guerra civil española en la Argentina*, Barcelona: Sendai.
- Ramos, Jorge Abelardo (1962), *El partido comunista en la política argentina*, Buenos Aires: Coyoacán.
- Varone, Domingo (1989), *La memoria obrera. Testimonios de un militante*, Buenos Aires: Cartago.

II Jornadas Internacionales de historia del movimiento obrero y la izquierda

3 al 5 de octubre de 2018
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Los días 3, 4 y 5 de octubre del año pasado realizamos las “II Jornadas Internacionales de historia del movimiento obrero y la izquierda”, organizadas por el CEHTI y la revista *Archivos*, en la sede de la Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto Ravignani de la UBA. Unas 400 personas participaron del evento como asistentes e inscriptos como

ponentes, coordinadores de simposios, comentaristas, panelistas en mesas y presentaciones de libros y revistas. Hubo una presencia tanto de jóvenes como de destacados investigadores, nacionales e internacionales, provenientes de nueve países, representando a unas cuarenta universidades y centros.

Se reflexionó sobre los más diversos temas referidos a la historia social, política, cultural e intelectual y desde la perspectiva de género, sobre el

mundo de las izquierdas, la clase trabajadora y el movimiento obrero en la Argentina y el mundo. Estamos muy conformes con la calidad de los aportes y el respetuoso clima de debate e intercambio de ideas. El evento fue el resultado de un enorme trabajo de muchos meses, cuyo resultado superó nuestras mejores expectativas.

En la sección “Intervenciones” de este número de la revista publicamos las tres exposiciones del panel de cierre.

Saludamos y agradecemos a todos los participantes y los convocamos a seguir acompañando las actividades del CEHTI, la revista *Archivos* y las distintas publicaciones que son parte del proyecto.



INTERVENCIONES

El estudio de la clase trabajadora y las izquierdas: recorridos historiográficos y perspectivas

Sergio Grez Toso - Gabriela Águila - Hernán Camarero

Los días 3, 4 y 5 de octubre se realizaron en Buenos Aires las “II Jornadas Internacionales de historia del movimiento obrero y la izquierda” organizadas por la revista Archivos y el CEHTI. El panel de cierre del evento se dedicó a un examen de la evolución, el actual estado y las perspectivas de nuestro campo de estudios, bajo el título que preside esta Sección. La mesa estuvo integrada por el Dr. Sergio Grez Toso, profesor e investigador de la Universidad de Chile; la Dra. Gabriela Águila, profesora e investigadora del Conicet y la Universidad Nacional de Rosario, y el Dr. Hernán Camarero, profesor e investigador del Conicet y la Universidad de Buenos Aires y director del CEHTI. A continuación se transcriben las intervenciones, revisadas por sus autores.

* * *

La historiografía reciente de la clase trabajadora y las izquierdas en América Latina. Una mirada desde Chile

Sergio Grez Toso

Universidad de Chile
sergiogreztoso@gmail.com

Abordar la historiografía de las izquierdas y del movimiento obrero latinoamericano es una tarea prácticamente imposible de realizar en breves minutos. Por ello expondré algunas ideas sueltas que pueden

servir para un debate que nos ayude a encontrar colectivamente algunos elementos de orientación. Tomaré como punto de partida algunos planteamientos formulados hace treinta años por nuestro amigo y colega Ricardo Melgar Bao en la Introducción de su libro *El movimiento obrero latinoamericano*, quien constataba que hasta ese momento el movimiento obrero del subcontinente había sido historiado a partir de su expresión sindical siguiendo una tradicional perspectiva historiográfica, cuestión que lo llevaba a tomar distancia de dicha perspectiva en la manera de reconstruir el quehacer sindical, poniendo también atención a otras formas de resistencia obrera. Hacia entonces, sostuvo, ya había comenzado a producirse en varios países de la región un distanciamiento de la historiografía relativa al movimiento obrero respecto de “los límites economicistas con los que se han solido analizar y correlacionar los procesos de proletarización-pauperización con las formas de protesta obrera, así como los estrechos ámbitos del sindicalismo y del vanguardismo proletarios que durante media centuria monopolizaron en este campo las investigaciones en ciencias sociales” (*El movimiento obrero latinoamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, tomo I, p. 16).

La auscultación de otros planos de la existencia de la clase obrera –destacaba este historiador– aún revestía en América Latina el “carácter de monografías locales y temáticas segmentadas” que abrían nuevas perspectivas de estudio.

Debemos preguntarnos: ¿qué estaba ocurriendo en la década de los 80 en la historiografía latinoamericana consagrada al estudio de las izquierdas y de los trabajadores?

Aunque es difícil dar una respuesta que englobe a todas las comunidades historiográficas del subcontinente, me parece que es posible detectar ciertos rasgos comunes en varios casos nacionales. De manera apretada destacaría los siguientes:

Los fracasos de las experiencias populistas, nacional desarrollistas y revolucionarias de las décadas de 1960 y 1970 en países como Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia y Chile, junto a las dictaduras que se instauraron en reemplazo de los regímenes democráticos, además de otros casos de establecimiento de sangrientas dictaduras y hegemonía reaccionaria en América Central y el Caribe, produjeron una profunda conmoción entre los historiadores de izquierda, cultores por excelencia de estos temas.

A partir de 1968 se sumaron las crisis de los socialismos reales, que también cuestionaron una serie de supuestos ideológicos, en particular cierto esencialismo atribuido a la clase obrera y a sus autodesignadas vanguardias políticas.

Esto, en medio de debates disciplinarios surgidos en los principales centros de producción de insumos teóricos de Europa –sobre todo en

Francia e Inglaterra— que reforzaron el cuestionamiento de algunos paradigmas epistemológicos, en particular un estructuralismo que, aplicado con particular fervor, llevaba a algunos cultores de la disciplina a entender la historia social como exposiciones caracterizadas por una “larga duración” de carácter determinista en el que las pasiones humanas y los actos conscientes de las personas —por ende la política— no cuentan o cuentan muy poco. En comunidades historiográficas como la chilena —censurada, vigilada, perseguida, encarcelada y con una parte de sus integrantes exiliados— estos hechos provocaron reacciones contradictorias, la mayor parte, a la larga, positivas.

De manera muy resumida podría decirse que, en nuestro caso, desde fines de los años 80 del siglo pasado, la historiografía social —caracterizada hasta la década anterior por el estructuralismo proveniente de la Escuela de los Anales y del marxismo estructuralista— dio paso a un saludable retorno del acontecimiento (estudio de huelgas, movilizaciones sociales, masacres, entre otros). Paralelamente, los historiadores sociales descubrieron nuevos sujetos de estudio: peones, artesanos, campesinos, mujeres populares; ya no solo el proletariado minero y fabril tradicional de la historiografía marxista clásica. También se redescubrieron o auscultaron otros sujetos políticos actuando en el movimiento obrero: anarquistas, demócratas, “nueva izquierda” de los 60 y 70 o incluso más allá de la izquierda (católicos sociales), que se sumaron a los objetos de estudio clásicos como socialistas y comunistas. Posteriormente se añadieron los estudios que se han propuesto una combinación del enfoque más tradicional de la historia social y política con la perspectiva de género en el análisis de la historia del movimiento obrero y de las izquierdas. Estos cambios en la dirección de las miradas llevaron a la historiografía a enfocarse menos en ciertos fenómenos que en algunas versiones historiográficas aparecían revestidos de un fuerte *a priori* ideológico, como el concepto de “conciencia de clase”, para centrarse preferentemente en fenómenos como las “identidades populares”, menos ancladas en los discursos políticos de los partidos “de clase” y con mayor énfasis en las experiencias de la condición popular.

No obstante estos saludables quiebres, la historiografía social chilena incurrió durante un cuarto de siglo en un marcado desprecio por la historia del movimiento obrero y de las izquierdas. Importantes referentes de la disciplina abandonaron el estudio de la clase obrera, el movimiento obrero y sus expresiones políticas (los partidos y corrientes de izquierda) por considerarlo superado, innecesario y hasta contraproducente debido a las justas críticas que cargaba sobre sus espaldas la historiografía marxista clásica (se acusaba su rigidez, dogmatismo, vanguardismo, esencialismo, determinismo y concepción lineal de la historia que desembocaba inevitablemente en una visión teleológica

asociada a la “misión histórica del proletariado”). Aunque no es posible extenderse sobre este asunto, hay que consignar que, de seguro, pesó en este desprecio por la historia del movimiento de trabajadores –al igual que en muchas partes del mundo– la crisis del trabajo y de las organizaciones sindicales, del mismo modo que la “caída de los muros”.

Como bien lo explicó Juan Suriano refiriéndose a la Argentina –lo mismo ocurrió en Chile y otros países– la aplicación de las políticas neoliberales no se agotó en el fenómeno de la exclusión social, también dejó su huella en el ámbito académico. El crecimiento del desempleo y del empleo precario hizo que el trabajo pareciera perder el lugar central que había ocupado durante décadas en la experiencia vital de las personas, lo que redundó en un sostenido deslizamiento de los estudios sobre la historia de los trabajadores hacia los márgenes de la disciplina (J. Suriano, “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores”, en Jorge Gelman, *La historia económica argentina en la encrucijada. Balance y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo, 2006). En una suerte de movimiento pendular de compensación, la “nueva historia social” chilena se inclinó aplastantemente por el estudio de lo premoderno, espontáneo, identitario, irracional y sensual, lo “puramente social”, las rebeldías primitivas y las actividades de subsistencia popular. ¡Sin exagerar, puede decirse que hacia fines de los 90 en Chile no había más que media docena de historiadores centrados en el estudio del movimiento obrero! El rechazo a la “interpretación alucinantemente política” de los procesos históricos planteado por Gabriel Salazar (“Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular”, en Luis Ortega [ed.], *La guerra civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Departamento de Historia - Universidad de Santiago de Chile, pág. 172), llevó a numerosos historiadores sociales y a sus discípulos a postular, si no en teoría, al menos en los hechos, una historia de “los de abajo” vaciada de su acción política.

Afortunadamente, desde hace poco más de una década se empezó a revertir este oscuro panorama de la historiografía del movimiento obrero y de las izquierdas en Chile. Coincidentemente con la repolitización de la sociedad chilena que se insinuó hacia el 2006 y se manifestó con mayor fuerza a partir del 2011, se fue despertando un mayor interés por los trabajos de nueva historia política y, por ende, del movimiento obrero y de las izquierdas. ¡La lucha casi solitaria que habíamos dado un minúsculo puñado de refractarios a las tendencias de moda empezó a dar resultados! (Sergio Grez Toso, “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social [Chile, siglo XIX]”, en *Política*, vol. 44, Santiago, otoño de 2005). Nuevas camadas de historiadores e historiadoras jóvenes se interesaron por estos, hasta poco antes, desdeñados temas, agregan-

do nuevas dimensiones (como las culturales y de género), que se han sumado a perspectivas más tradicionales. Su numerosa presencia en estas Jornadas es prueba de ello.

Tengo la intuición de que en otros lugares de América Latina se están suscitando procesos parecidos. Fruto de esta nueva realidad, podemos constatar con satisfacción que en nuestros países hoy se estudia prácticamente todo lo que hasta ahora es posible imaginar sobre las izquierdas y el movimiento obrero. Pareciera ser que en casi todas partes ha retrocedido la historia militante (apologética y hagiográfica), al igual que la mirada sociológica, con sus tendencias a ignorar las experiencias concretas de los trabajadores. Basta una ojeada a los índices de algunas revistas, libros y reuniones científicas de nuestra área para constatar que en la actualidad son cada vez más abundantes los estudios sobre las organizaciones sindicales, mutualistas, cooperativistas, culturales, deportivas, barriales, etarias y de género de la clase obrera y de los trabajadores; sus liderazgos, composición social, reivindicaciones y estrategias; sus vínculos con los partidos políticos, las iglesias, la masonería y el Estado; los conglomerados internacionales que agrupan a estas instituciones de los trabajadores; las relaciones entre clase, género, etnia y nación; los movimientos sociales y de protesta: petitorios, huelgas, ocupaciones de fábricas y lugares de trabajo; las relaciones del movimiento obrero con otros movimientos como el campesino, indígena y estudiantil; la violencia social y política en las relaciones entre trabajadores, patrones y el Estado: represión, golpes de Estado, asonadas y levantamientos populares, guerrilla, contrainsurgencia, etc.; la actitud y respuesta de los trabajadores frente a las estrategias de contención social y cooptación implementadas por las clases dirigentes (como las leyes sociales, los mecanismos de conciliación y arbitraje y el paternalismo industrial); el sindicalismo latinoamericano observado globalmente y en perspectiva comparativa (aunque en este plano hay que reconocer que los aportes más destacados en las últimas décadas los hicieron algunos sociólogos –como Torcuato Di Tella y Francisco Zapata– que incursionaron en el terreno mixto de la historia y la sociología). Igualmente, se estudian las izquierdas en todas sus dimensiones: sus programas, postulados ideológicos y formas de organización; sus imaginarios y prácticas culturales; su prensa y estrategias comunicacionales; sus postulados éticos y morales; sus estrategias políticas, métodos de lucha, pugnas, disidencias y vínculos internacionales. También se trabaja sobre la historia intelectual de las izquierdas.

Constatamos, pues, que desde el diagnóstico que hiciera Ricardo Melgar Bao hace treinta años, ha pasado mucha agua bajo los puentes de la historiografía latinoamericana sobre estas cuestiones.

Entre los asuntos ya señalados, destaco por mi cercanía temática –no

necesariamente por una supuesta mayor importancia– la revitalización de los estudios sobre violencia política, a la vez que sobre el anarquismo y el comunismo, especialmente en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Colombia, Perú, Brasil, México y Guatemala, tanto en sus facetas más clásicas (ideología, estrategias, organización, acción política, etc.) como en sus dimensiones culturales, además de disidencias y estructuras internacionales.

El internacionalismo de ambas corrientes de redención social ha suscitado el interés de especialistas de otros continentes que han reforzado el conocimiento sobre anarquismo y comunismo latinoamericanos. Destacan especialmente los grandes aportes documentales e historiográficos sobre el comunismo y sus redes realizados por los investigadores rusos Lazar y Víctor JEIFETS, Andrey Schelchkov y, muy especialmente, por Olga Ulianova, fallecida en Chile a fines de 2016.

Existe en estas áreas una incipiente y prometedora tendencia a la colaboración, la constitución de redes formales e informales de investigadores y al comparatismo entre casos nacionales, lo que se ha traducido en los últimos años en iniciativas tales como: la Primera Reunión Internacional Historia de las Izquierdas en América Latina, realizada en Morelia, México, a fines de noviembre de 2007, a través de la naciente Red Iberoamericana para el estudio de las izquierdas en América Latina, cuyo centro en esa ocasión fue el tema de la violencia en México y en Latinoamérica; el Seminario Internacional sobre cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica, que tuvo lugar en El Colegio de México en marzo de 2011; el Seminario Internacional sobre Historia de la Violencia con sus cuatro versiones en Santiago de Chile (2012), Córdoba (2014), La Paz (2016) y Barranquilla (2018); el Seminario Internacional El comunismo y su impacto en América Latina y el Caribe, celebrado en Santiago de Chile en agosto de 2016; el I Congreso Internacional de Investigadores(as) sobre el anarquismo, organizado por el CeDInCI y la Universidad de San Martín, Buenos Aires, en octubre de 2016; las Jornadas sobre Historia de la Izquierda y el Movimiento Obrero organizadas en Buenos Aires por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CETHI) en 2015 y 2018; varios congresos y jornadas realizados en 2017 con motivo del centenario de la Revolución Rusa en Moscú, San Petersburgo, París, Rosario, Buenos Aires y otros lugares, en los que historiadores de nuestros países abordaron los vínculos y repercusiones de este acontecimiento en América Latina; el afianzamiento de revistas como la argentina *Archivos de Historia del movimiento obrero y la izquierda* y la chilena *Izquierdas* (recientemente vinculada a la Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia), en cuyas páginas se da amplia cabida a estudios internacionales sobre estos temas.

Con todo, la lozanía, vigor y variedad que están cobrando los estu-

dios referidos al movimiento obrero y las izquierdas latinoamericanas nos plantean algunos problemas que será necesario resolver para poder avanzar con mayor profundidad en las direcciones ya señaladas y en otras que no tardarán en surgir.

Quiero llamar la atención sobre uno de estos problemas.

Al igual que en otras áreas de la historiografía en otros continentes, nuestro campo de especialización sufre –a medida que crece y diversifica su producción– de un fenómeno de creciente fragmentación o atomización. Cada vez más nos vamos formando como especialistas en determinados temas, de modo que tendemos a dialogar solo con pares ultra especializados en los mismos temas. Los especialistas en anarquismo solo dialogan con otros especialistas en anarquismo, los investigadores del comunismo hacen lo mismo con otros colegas, los del sindicalismo con los que estudian el sindicalismo, y así sucesivamente. Solo excepcionalmente se realizan obras generales de síntesis.

Este fenómeno se acentúa aún más fuera del marco del Estado nación: no abundan las historias generales sobre el movimiento obrero ni sobre las izquierdas latinoamericanas. Paradójicamente ello ocurre cuando la acumulación de conocimientos resultantes de centenares de trabajos monográficos sobre nuestros campos comunes ha crecido de manera exponencial en las últimas décadas. Cada vez nos alejamos más del ideal renacentista del humanismo global y nos acercamos más al especialista de un micro campo que pretendemos dominar con precisión quirúrgica. Tendemos a convertirnos en tecnócratas de la historiografía. De seguir en esta dinámica, corremos el riesgo de que sea una triste realidad aquello que sentenciaba Einstein: “mientras más sabemos, menos entendemos”.

No se trata de buscar culpas ni soluciones personales. Las grandes obras de síntesis rara vez pueden ser individuales, generalmente son el resultado de trabajos colectivos. Las condiciones de trabajo de nuestras comunidades historiográficas no se prestan para ello. Vivimos en sociedades marcadas por la competencia que han profundizado nuestro individualismo. En la mayoría de los países latinoamericanos las condiciones del mercado de trabajo universitario y de adjudicación de recursos para la investigación histórica tienden a acentuar el trabajo individual y la competencia entre investigadores. Los laboratorios o instancias de colaboración permanente son poco frecuentes. Por ello escasean o no existen proyectos comunes de largo alcance que orienten o al menos intenten dar un sentido general a los esfuerzos desperdigados de investigadores y de pequeños colectivos de trabajo. Nuestras obras se asemejan más a la producción “anárquica” propia del capitalismo liberal que a la de una economía comunitaria.

Ciertamente, no preconizamos una producción historiográfica en base

a una “planificación centralizada”, apuntamos más bien a la necesidad de promover iniciativas que, comenzando por el conocimiento mutuo, permitan articular agendas de trabajo con vasos comunicantes en la perspectiva de proyectos conjuntos de larga duración. Instancias como esta podrían permitirnos avanzar en dicha dirección.

* * *

A propósito de los estudios sobre las izquierdas en la historia reciente argentina

Gabriela Águila

ISHIR/Conicet - Universidad Nacional de Rosario
gbaguila@gmail.com

I

El objetivo de esta presentación en el marco de un panel centrado en los abordajes sobre la clase obrera y las izquierdas, es plantear un conjunto de reflexiones en torno a ese objeto de estudio en el campo de la historia reciente argentina. Para empezar, me parece necesario situar algunas cuestiones respecto de ese ámbito de indagación y, en primer lugar, hacer una breve referencia al problema de la periodización consignando que el debate sobre los límites temporales de la historia reciente no tiene la misma vitalidad que hace algunos años. Por una economía de tiempo y de argumentación solo diré que hay un consenso bastante instalado sobre el punto de inicio, o sobre los límites temporales “hacia atrás”, en tanto el grueso de los trabajos que se inscriben en aquel campo de estudios se ubican en la segunda mitad del siglo XX, en el momento abierto por el derrocamiento del peronismo en 1955. En muchos sentidos, la historia reciente argentina es una historia del periodo posperonista o, mejor, posperonismo “clásico” (1945-1955).

En segundo lugar, es sabido que la historia reciente argentina se configuró como campo de indagación académica a partir de los años 2000, si bien algunas de sus bases y presupuestos se delinearón en los 90. Ese nuevo campo de estudios se constituyó sobre algunos vacíos innegables, al menos en aquella coyuntura de fines de los años 90 y principios de la década siguiente. Por un lado, respecto del estudio mismo de las últimas décadas de la historia nacional: para quienes se interesaban por aquel periodo resultaba evidente la ausencia de estudios sobre el pasado reciente en la historiografía argentina, como momento

histórico susceptible de ser analizado según las claves disciplinares de la historia. Son bien conocidas las resistencias de la historiografía y/o de los historiadores/as que hegemonizaron la disciplina desde mediados de los 80 y hasta los primeros años 2000 para abordar ese tramo del pasado con argumentos tales como que se trataba de un pasado “no cerrado”, imposibilitando el distanciamiento del historiador de su objeto de estudio, porque no era historia sino “política” y en tal sentido convocaba a posicionamientos políticos de quienes la abordaran, porque se trataba de “historia militante” contraria a la “historia profesional”, por solo mencionar algunos tópicos muy reiterados.

Por otro lado, tampoco podía negarse la escasez o incluso la ausencia de estudios sobre ciertos fenómenos o procesos acaecidos en ese tramo del pasado, cuyo tratamiento se veía en gran parte obstaculizado por aquellas resistencias del campo académico, si bien se contaba con análisis provenientes de otras disciplinas como la sociología o la ciencia política. Los vacíos de conocimiento sobre el pasado reciente eran muchos, si bien los que convocaban la mayor atención de los estudiosos eran dos: 1) la conflictividad social y política que había recorrido la segunda mitad del siglo XX, y en particular los años 60 y 70 y, más específicamente, la violencia insurgente y la lucha armada desplegada por organizaciones político-militares; y 2) la última dictadura militar, vinculada centralmente con el ejercicio de la represión y las violaciones a los derechos humanos y sus correlatos en el presente. Se trataba de temas que interesaban no solo a una nueva generación de historiadores e historiadoras que se ocuparían de indagarlos, sino que su relevancia y presencia pública se amplificaron notablemente para comienzos del nuevo siglo, en parte como resultado de la crisis de 2001. Se trataba, en resumen, de lo que en uno de los paneles de estas Jornadas Hernán Camarero definía como el “balance sobre los 70”, el gran nudo problemático de la historiografía del siglo XX argentino.

Con todo y las resistencias en el ámbito disciplinar de la historia, es un hecho que los estudios sobre el pasado reciente se desarrollaron con una enorme potencia en la última década y media. Las dos cuestiones que antes mencionamos concentraron el grueso de los esfuerzos del vasto conjunto de académicos y académicas que se involucraron en la construcción del campo, sin dejar de mencionar que se trata de los dos nudos problemáticos centrales pero no los únicos, y que por añadidura la producción sobre esas temáticas exhibe desbalances importantes que interesa explicitar aquí.

Uno de ellos es la existencia de una multiplicidad de estudios sobre las organizaciones político-militares frente a otras expresiones del proceso de conflictividad social y política que atravesó los años 60 y 70. Ello exhibe un panorama de conocimiento desigual, donde puede decirse que

sabemos más de cualquiera de los numerosos grupos armados provenientes de la izquierda marxista y peronista que actuaron en aquellos años que de la burocracia sindical que dirigió al movimiento obrero en la segunda mitad del siglo XX. A la vez, y para seguir con los desbalances, todavía hoy el principal texto sobre Montoneros es el libro de Richard Gillespie escrito en los años 80, *Montoneros. Soldados de Perón*, y la bibliografía disponible sobre las organizaciones político-militares está en gran parte nutrida por textos de corte testimonial, más que por trabajos de investigación histórica. De otro lado, ha sido innegable el crecimiento de los estudios sobre la última dictadura, muy vinculados en particular desde los 2000 a la centralidad de la memoria como campo de estudios y reflexión. Pero incluso sin dejar de señalar que la memoria fue principal vía de entrada a la indagación historiográfica sobre el régimen militar, sin la cual probablemente el estudio del periodo hubiera resultado más tardío aún, la producción de conocimiento histórico se abrió paso con más lentitud y dificultades que la narrativa memorialística.

II

La historia obrera o los estudios sobre los trabajadores y el mundo del trabajo en el periodo posterior a 1955 pueden perfectamente analizarse en forma autónoma de estos desarrollos y por fuera (o relativamente) del campo de la historia reciente. Solo menciono, y muy brevemente porque no será objeto de mi reflexión, que también la clase obrera y los trabajadores fueron relegados como objeto de estudio y colocados en los márgenes de la historia “profesional”, en particular aquellos que se ocupaban del periodo posperonista, más o menos abiertamente cuestionados por su carácter “militante” y deslegitimados en el curso de los años 90.

En ese contexto historiográfico y epocalmente hostil, la historia de los trabajadores y la clase obrera de la segunda mitad del siglo XX pareció desaparecer como campo de estudios, solapándose en análisis desiguales en torno a procesos de corte regional o local, en indagaciones sobre diversas vertientes de la izquierda y/o en el estudio de las décadas del 60 y 70, en el periodo que luego se denominaría “historia reciente”. La fragmentación entre diversos campos de estudio –no ajena, probablemente, a los derroteros de la historia como disciplina– y el concomitante cambio en el foco del análisis coincidieron con aquella pérdida de centralidad y contribuyeron a la invisibilización de los trabajadores o la clase obrera como objeto de estudio. La revitalización de los estudios sobre la clase obrera y el mundo del trabajo se produjo hacia los 2000, en un proceso paralelo y seguramente imbricado con el desarrollo de la historia del pasado reciente.

Retomo ahora el eje de esta intervención, volviendo a poner el foco en el campo de la historia reciente, con el objetivo de buscar algunas articulaciones con los estudios sobre las izquierdas. Para dar cuenta de ello voy a recurrir, como recurso argumentativo, a una reseña tan sintética como sesgada de un libro publicado hace muy poco, donde participo como compiladora (G. Águila, L. Luciani, L. Seminara y C. Viano [comps.], *La historia reciente en la Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*, 2018, Buenos Aires: Imago Mundi); no para hacerle publicidad o porque se trate de la única lectura posible sobre aquel campo, sino porque considero que es una muestra bastante acabada de los principales derroteros de la historia reciente en la Argentina.

Entre sus numerosos capítulos, el libro contiene un artículo-balance sobre el movimiento obrero y los trabajadores, que muestra los ritmos y las oscilaciones en las indagaciones sobre la clase obrera y el mundo del trabajo en la segunda mitad del siglo XX y, de otro lado, otro artículo-balance sobre la “experiencia setentista” cuyo objeto central es la lucha armada y las diversas dimensiones de la actuación de las organizaciones político-militares, provenientes del campo marxista y peronista. Sin embargo, no hay nada sobre la izquierda como objeto de estudio específico (agrego que tampoco hay nada sobre la derecha o sobre los partidos políticos, que hubieran merecido sendos capítulos) o, en todo caso, aquella aparece subsumida en otros abordajes centrados en el movimiento obrero y los trabajadores, en el exilio, en los estudios sobre las mujeres y el género, por solo citar algunos.

Esta ausencia de la izquierda como objeto central de un capítulo en un libro que pretende ser un balance de la historia reciente como campo historiográfico puede deberse a la impericia de las compiladoras, aunque tiendo a pensar que es posible otra lectura: que esta ausencia habilita a plantear que en general, en el campo de la historia reciente, la izquierda ha sido mirada no en su especificidad –como sí ha sucedido para la primera mitad del siglo XX–, sino a partir de problemas que reflejan las preocupaciones y líneas de atención predominantes en el campo. Para decirlo más claro: si bien los “recientólogos/as” se han ocupado de estudiar a la izquierda (v.g. cómo no hacer mención al desarrollo de los estudios sobre la “nueva izquierda” o la vertiente de la historia política, intelectual y cultural que la ha examinado en profundidad en los 60 y 70) creo no equivocarme si afirmo que, en líneas generales, su estudio ha sido subsumido o ha quedado solapado por la centralidad de otros objetos más “propios” del campo de la historia reciente.

III

Quisiera poner atención en el período que más me convoca, el de la última dictadura y la posdictadura, para dar cuenta de los estudios sobre la izquierda. Para empezar, quiero hacer notar que se trata de uno de los tópicos menos analizados por la historiografía del período y que esto contrasta notablemente con las indagaciones sobre la izquierda en todas sus vertientes y matices que están disponibles para el período previo al golpe de 1976. Aunque podría sostenerse que la historiografía de la dictadura todavía está en construcción, así como constatar que existen un conjunto de trabajos que han abordado las relaciones entre dictadura y partidos políticos, lo cierto es que esos estudios prácticamente no se ocuparon de la izquierda y, adicionalmente, ha predominado una imagen que tiende a invisibilizar su actuación en los años dictatoriales, por efectos de la embestida represiva y legal del régimen militar.

Esta perspectiva no es patrimonio de los estudiosos que se ocupan de los actores burgueses o estatales y/o privilegian miradas “desde arriba”, sino que es parte de los estudios realizados también desde la izquierda, por lo que la explicación de tal tendencia historiográfica debe anclarse en la preeminencia de interpretaciones de largo alcance que han enfatizado la cesura que significó el golpe de estado de 1976 respecto de desarrollos previos. El resultado ha sido encapsular las indagaciones sobre la izquierda en sus distintas vertientes en el período de mayor conflictividad social y política (digamos hasta 1975), dando por sentado que la represión estatal desplegada en la segunda mitad de los años 70 borró del mapa político a sus organizaciones y militantes. La centralidad de estos supuestos o perspectivas de análisis –que no son propios de este campo y de hecho vertebran los estudios sobre el pasado reciente argentino así como la memoria sobre el período–, ha tenido como efecto una limitación importante en los estudios sobre la izquierda, inviabilizando la realización de indagaciones en una perspectiva de mediano plazo que puedan dar cuenta no sólo de los cortes y transformaciones que provocó la dictadura sino también de las continuidades y persistencias.

Si nos centramos en los estudios sobre la izquierda en el contexto de la última dictadura, debe mencionarse que el Partido Comunista (PC) ha sido la organización más analizada, entre otras muchas razones por los contactos entre la URSS y el régimen militar y por la misma línea partidaria así como, en otro registro, por la amplia cantidad de material documental que el partido produjo en el período, de fácil acceso y disponibilidad (incluso en un contexto donde la organización era reacia a abrir sus archivos). Sin embargo, contamos con una producción despereja: trabajos de índole periodística o escritos por ex militantes o allegados a la organización; balances o estados de la cuestión sobre la

historia política del PC; algunos artículos que han analizado fundamentalmente la línea del partido durante la dictadura y/o las relaciones con la URSS, pero solo una investigación de largo aliento y con una amplia documentación que recorre todo el período dictatorial: la tesis doctoral de Natalia Casola.

Para el resto de la izquierda marxista, la bibliografía es notablemente escasa. Hay pocas historias “oficiales” de las organizaciones de la izquierda marxista y, menos aún, trabajos que incluyan las últimas décadas del siglo XX y los estudios académicos sobre la problemática en general se detienen a las puertas de la última dictadura militar. En suma, solo disponemos de un trabajo académico sobre el Partido Socialista de los Trabajadores en la dictadura, y unos pocos textos de militantes o ex militantes de organizaciones trotskistas y, en menor medida, maoístas. Finalmente, contamos con algunos estudios sobre el exilio de ciertos grupos, sobre algunas organizaciones “colaterales” del PC (Liga Argentina por los Derechos Humanos, Unión de Mujeres Argentinas), sobre algunas experiencias en el exterior como la participación en la revolución sandinista, sobre ciertas experiencias artístico-culturales o sobre espacios de sexualidad disidente. No hay indagaciones en profundidad de los efectos de la represión a la izquierda no armada (excepción hecha del PC y algunos relatos memorialísticos), de las relaciones entre los partidos de izquierda y los organismos de derechos humanos, de la izquierda en la coyuntura de Malvinas o las elecciones de 1983, por solo citar algunas cuestiones relevantes y de las que sabemos muy poco.

En lo que refiere al período de la transición democrática o más en general a los años 80, tampoco se ha analizado en profundidad el rol y la actuación de las fuerzas de la izquierda. En primer lugar, resulta necesario consignar que los análisis sobre la transición a la democracia en la Argentina estuvieron en gran parte contruidos sobre perspectivas que privilegiaron los aspectos institucionales y políticos (lo que Waldo Ansaldi denominó “reduccionismo politicista”). Uno de sus principales resultados fue la atención dispensada hacia algunos actores y elementos presentes en el recambio institucional (v.g. el derrumbe de las Fuerzas Armadas, la actuación de los partidos políticos burgueses, los pactos o las negociaciones establecidas entre las cúpulas partidarias y militares) determinando que pasaran a segundo plano, se los considerara negativamente o, incluso, se invisibilizaran otros: la movilización social o la protesta popular, el movimiento obrero y sindical o las fuerzas de la izquierda. Por su parte, y como se ha dicho, el análisis de las relaciones entre partidos políticos y dictadura fue uno de los tópicos que preocuparon a los estudiosos en el curso de los años 90, tributarios de una perspectiva que cuestionaba la idea de que los partidos habían estado ausentes o que su papel había sido irrelevante durante dicho período.

Si bien centrados en los años de la dictadura, algunos de esos trabajos avanzaron hasta las etapas iniciales del gobierno de Alfonsín y analizaron el rol clave cumplido por los partidos mayoritarios (radicalismo, peronismo) en el proceso de transición.

No es muy diferente lo que sucede con los trabajos centrados en el período alfonsinista, preocupados por analizar un conjunto de dinámicas políticas, sociales y económicas, pero que en general omitieron cualquier referencia a los partidos de la izquierda, por lo demás minoritaria en términos políticos y electorales. Excepciones son algunos trabajos sobre el PC en los años 80 con distintos énfasis y sustento documental, el texto inédito de Luciano Alonso sobre el Partido Intransigente y algunos artículos que han explorado ciertas experiencias de la izquierda específicamente en el movimiento obrero a escala regional. En resumen, sobre la temática y el período predomina un panorama caracterizado por la escasez y la fragmentariedad de los estudios. Y si es posible coincidir con el diagnóstico que indica que todavía persisten vacancias notables en el conocimiento del período de la transición democrática, sin dudas una de ellas es lo que acaeció con la izquierda argentina.

Lo que a mi juicio caracteriza los estudios sobre la izquierda en la historia reciente argentina son desbalances notables, que enuncio en un orden de vacancia creciente: 1) menor producción de conocimiento disponible sobre las organizaciones de la izquierda no armada en relación con la izquierda armada; 2) menor densidad historiográfica sobre la izquierda en dictadura respecto de los años previos al golpe; 3) menor disponibilidad aún de estudios sobre la izquierda en la posdictadura. A ello deberíamos agregar el predominio y la amplia difusión de imágenes cristalizadas, supuestos o incluso el desconocimiento liso y llano de un conjunto de cuestiones sobre la actuación de la izquierda en el período.

Sólo para establecer un breve contrapunto con los estudios sobre el movimiento obrero y los trabajadores en el contexto de la dictadura y la posdictadura, es evidente que estos exhiben mayor vitalidad y desarrollos más densos y complejos que los estudios sobre la izquierda en el mismo período. Superada la polémica inmovilidad/resistencia en los años dictatoriales, se ha avanzado en estudios sobre la conflictividad laboral, la resistencia obrera a la dictadura, las actitudes sociales, la vida cotidiana, los trabajadores dentro y fuera de los lugares de trabajo, etc., si bien aún subsisten vacíos significativos en esa línea de estudios. Con todo, nada similar en su extensión, densidad y complejidad está disponible para la izquierda como objeto de indagación.

Sin embargo, a favor cuentan algunos elementos. Una de las tendencias que parecen afirmarse en el campo de la historia reciente es el retroceso o el desplazamiento de la memoria a favor de la historia o de la investigación histórica, que a mi juicio es un dato positivo. Asimismo,

se han multiplicado las posibilidades de acceder a fuentes documentales antes inaccesibles, en archivos físicos o digitales, cuestión a la que no he hecho ninguna referencia porque hubiera tomado un tiempo considerable.

Para finalizar, me gustaría postular la necesidad de poner en diálogo los campos o subcampos (las distintas “familias” o “tribus”, como decía hace poco un colega) en las que nos inscribimos: la historia reciente, la historia de la izquierda, la historia obrera, más allá de las matrices que formatean y de modo de romper con la fragmentación de los abordajes y desdibujar las fronteras, ubicar las vacancias y los problemas centrales, generar un necesario diálogo e intercambio entre quienes estamos pensando y estudiando problemas muy similares. Ello habilitaría a imaginar la construcción de una historia de la izquierda que avance más allá de las décadas centrales del siglo XX y se ponga a la par de los estudios sobre el movimiento obrero y los trabajadores, a la vez que se integre más cabalmente al campo del pasado reciente, como un objeto de estudio relevante y específico.

* * *

Algunas notas de agenda sobre la historiografía de la clase trabajadora y las izquierdas

Hernán Camarero

Conicet – UBA – CEHTI
hercamarero@gmail.com

Agradezco mucho la participación de Gabriela y Sergio en este panel. La idea con la que se pensó este encuentro era la de ayudar a reflexionar sobre el pasado y el presente de la historiografía referida a la clase trabajadora y las izquierdas en nuestros países. En ambas intervenciones hubo elementos valiosos en este sentido, desde sus respectivos ángulos y temáticas. En mi caso, quería retomar las cuestiones de balance y, al mismo tiempo, trazar ciertas perspectivas o posibilidades de desarrollo de nuestro campo hacia el futuro. La brevedad del tiempo y del espacio disponibles hace que todo quede como una enunciación apenas telegráfica, a modo de agenda, en la que podré concentrarme solo en algunos aspectos, dejando a muchos otros de lado.

Es posible reconocer varios puntos comunes en la estructuración de nuestras áreas de estudio en Argentina y Chile, en convivencia, claro, con otras características diferenciadas, sobre todo, por el peso de ciertas tradiciones políticas, teóricas e interpretativas, así como en

las temporalidades de los fenómenos. A un lado y otro de la Cordillera, y esta dimensión geográfica podemos extenderla al otro lado del Río de la Plata, en Uruguay y Brasil, contamos con una rica tradición de historiografía obrera militante, formateada en un estilo muy de la primera mitad del siglo XX, y vinculada a las identidades políticas constitutivas y luego hegemónicas del movimiento obrero. Creo que en los otros tres países mencionados la predominancia más observable en esa obra fue la impronta comunista. En Argentina hubo más diversidad pues, además de esa producción proveniente del PC, también fueron significativas las elaboraciones surgidas desde comarcas ideológicas tan variadas como las del socialismo, el anarquismo y el sindicalismo revolucionario. Siempre realizamos un señalamiento crítico de esta obra, por el evidente tono ha-giográfico que la caracterizó y la limitación en su objeto de análisis, esto es, un movimiento obrero entendido en términos estrechos, de raigambre sindical y activista, sin las aperturas más obvias a una historia social que considerara al conjunto de la clase, constituida, hoy lo sabemos bien, de trabajadores y trabajadoras no sólo o no siempre militantes. Pero al mismo tiempo la reconocemos como una producción que ayudó a posteriores avances y con sus testimonios permitió mantener los hilos de continuidad de una experiencia histórica. Estas elaboraciones conocieron la impugnación, a partir de los años 50 en adelante, desde territorios distintos a las izquierdas clásicas. En la Argentina se las pretendió reemplazar por un relato mayormente originado en el amplio espacio del nacional populismo de izquierda.

La constitución de una historiografía social y política de la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas ocurrió en el medio académico recién hacia los años 60 y 70, aunque no desenfocado o escindido de preocupaciones militantes. La disciplina histórica interactuó con otras ciencias sociales, en especial la sociología, para formular los ejes de algunas de sus discusiones. En la Argentina, por ejemplo, lo fue sobre todo para organizar el debate sobre los orígenes del peronismo y el reconocimiento de sus tendencias preexistentes en el universo laboral. Pero pudo también incursionarse en otros períodos y terrenos de investigación y difusión, como puede advertirse si uno repasa la experiencia del Centro Editor de América Latina (CEAL) o la experiencia del CICSO, entre muchas otras. Creo que en Chile ganó más peso específico la consideración sobre el proceso de formación y desarrollo inicial de la clase obrera y sus partidos (intentando descifrar las características de las tradiciones recabarrenistas), y en Uruguay la indagación se orientó sobre todo hacia la comprensión de las singularidades del desarrollo de una clase trabajadora en el marco de una sociedad más estable. Las limitaciones de una parte de esta producción en clave de historia social en la región estuvieron en el excesivo peso de un determinismo

estructuralista, que en algunos casos desatendió un análisis específico del problema de la conciencia, la incidencia de la subjetividad política y la dimensión de la cultura.

Las dictaduras de los años 70 y 80, desde luego, en tanto procuraron arrasar con las izquierdas y el movimiento obrero, supusieron un golpe descomunal sobre nuestro campo de estudios, tanto en Argentina como en Chile, Uruguay y Brasil, y no es casual que algunos de los principales aportes en el tema deban hallarse en ediciones fuera del subcontinente, elaborados por exiliados/as e incluso por investigadores extranjeros. Si bien no se estableció una bifurcación radical en el desarrollo historiográfico entre nuestros países, sí existieron algunas discontinuidades y matices. La mayor brevedad de la dictadura argentina (que ya desde 1982 caía en desgracia), sobre todo en comparación con el régimen chileno, permitió una reconstitución más temprana de la producción local. Pero el impacto y la “metabolización de la derrota” del proceso de luchas y de radicalización ideológico-política de los años 70 ocurrió en sentidos muy similares en todos lados. Buena parte de la generación de historiadores/as e intelectuales que antes comulgaba con la perspectiva de una historia social marxista preocupada por el estudio de la clase trabajadora mutó tras la imposición de los regímenes dictatoriales. Al calor de las lecturas sobre la crisis terminal del marxismo y bajo el prisma de una nueva revalorización de la democracia, y no del socialismo, como horizonte de deseos y convicciones, los intereses teóricos e historiográficos cambiaron y se desplazaron en todos los países.

Desde los años 80, si bien en lo inmediato hubo avances en la historia de la clase trabajadora y el movimiento obrero, un eje preponderante del relevamiento, sobre todo en Buenos Aires, se fue situando en otros tópicos: procesos de ciudadanización política, sociabilidades barriales, situaciones aleatorias de la vida cotidiana o fenómenos capturados desde una preponderante perspectiva de historia cultural, todo lo cual encontró una línea de investigación madre en la problemática de los sectores populares en el período de entreguerras. Ellos no dejaron de expresar progresos y ampliaciones del conocimiento. Pero la historia de la clase obrera y la propia dinámica del conflicto social quedó ubicada en la intrascendencia, y ello comprometió al propio estudio de las izquierdas, apenas limitadas a un abordaje desde el plano de las ideas o de sus intelectuales. Hubo una amplia adaptación a estas tendencias, que acumularon prestigio, autoridad y control material de las estructuras universitarias y académicas. Fue una deriva que puede reconocerse mucho más allá de la ciudad porteña y en los otros países.

Ayer, en otra mesa, discutíamos sobre las dimensiones teóricas de la producción historiográfica referida a las izquierdas en Chile. Y se señalaba la tardanza que allí había ocurrido en la recepción de la historia

social marxista anglosajona, por ejemplo, de la obra thompsoniana, reapropiada con más sistematicidad recién a partir de la década de los 90. En Argentina, en cambio, si bien había ingresado previamente, en los primeros años 80, lo había hecho sobre todo para convertirse en un ariete que impugnara una historiografía de clase, y para centrarla en el análisis de experiencias de construcción de consensos, integraciones y ansias de reformas democrático-populares, y no en las formas de conflicto, de resistencia o, menos aún, de proyectos revolucionarios que operaran como elementos coadyuvantes en la constitución de los sujetos sociales y políticos.

No obstante, la historiografía sobre las izquierdas y los trabajadores pudo mantenerse y progresar en estas décadas, inicialmente con cierta fragilidad, y con desigualdades y discontinuidades. Aún a pesar del medio ambiente por momentos hostil, particularmente cuando en la década del 90 en todos nuestros países imperaron las políticas, las teorías y los discursos propios de un neoliberalismo que declaró el fin de la clase, del socialismo y de la centralidad del trabajo, con la que comulgaron ciertas tendencias posmodernas en las ciencias sociales. En cierta medida, estas visiones luego también tuvieron sus crisis. En la Argentina, todo el proceso que desembocó y se heredó del 2001 fue un elemento clave para ello. Pero ese año no fue el exclusivo punto de inflexión, y no correspondería otorgarle a un factor externo semejante trascendencia. En nuestro país, hubo investigadores/as que mantuvieron esta tradición de estudios en los 80, a las que pronto nos sumamos otros y otras, que a veces nos sentíamos como una suerte de generación sobreviviente, transitando un circunstancial desierto. Quizás era una imagen abusiva, porque en esos años 80 y 90 también ocurrieron cosas significativas, con la publicación de algunos textos importantes y el surgimiento de revistas, de algunas redes, talleres de estudio y archivos. Éramos más de lo que parecíamos, pero estábamos más dispersos y menos asociados. Si bien hubo intentos de crear espacios basados en voluntades colectivas, quedaba pendiente su sistematización como proyecto integral y con una dinámica más ofensiva, a través de centros y políticas de investigación y editoriales con continuidad. En Uruguay entiendo que la reconfiguración de una historiografía de los trabajadores y las izquierdas fue un desafío más difícilmente tramitado tras la caída de la dictadura. En Chile, con la vuelta de los/as exiliados/as también fue reconstituyéndose un nuevo campo de estudio para la historia de las izquierdas, de creciente vigor, aunque, en ciertos sentidos, con un abordaje que en muchos casos dejaba un poco escindido el vínculo de estas expresiones políticas con la experiencia de la clase trabajadora, o recaía en una tendencia opuesta, a subsumir o subordinar a aquellas al puro plano del movimiento social.

Precisamente, retomando este último aspecto, ocurrió en términos teóricos y disciplinarios una cierta disociación de nuestra problemática historiográfica entre Chile y Argentina. De este lado de los Andes, el empeño estuvo muchas veces centrado en sostener la vitalidad de la historia social y una perspectiva de clase, en clave renovada y no conservadora. Frente a una producción demasiado inclinada al análisis de los procesos políticos y del Estado, o en otra variante, hacia una historia intelectual y cultural que desatendía la experiencia del conflicto y con frecuencia toda dimensión de actores sociales, se nos presentaba la faena de recuperar lo mejor de las viejas y las nuevas perspectivas de la historia social, pero en vínculo estrecho con el plano de la política. Claro que no de una historia “objetivista”, de sujetos sociales posibles de comprenderse en su configuración por su pura disposición o agencia sin la mediación decisiva de la conciencia y la subjetividad política. En Chile, por el contrario, lo que recordaba Sergio hace un rato, la discusión quedó planteada con una prolífica obra y una perspectiva de análisis que tendió a subestimar o directamente a anular la dimensión de la política, en función del rescate de aquella potencia de lo social, de una permanente fuerza social de bajo pueblo o sectores populares. Por eso la agenda de contestación para la reafirmación de un campo de estudios sobre la clase trabajadora y las izquierdas quedó inscripta allá bajo la consigna “hacer historia social con la política incluida”. En cambio, en nuestro país entendimos la necesidad de un empeño bifronte, recordando, por un lado, la imposibilidad de hacer una historia política (y también cultural e intelectual) de las izquierdas “sin historia social incluida” (todavía hay que precisárselo a algunos), y al mismo tiempo, invirtiendo el énfasis, debimos reafirmar la importancia de la mediación de las subjetividades políticas como componente clave en una historia social de la clase trabajadora, en oposición a planteos “objetivistas”, en algunos casos, o centrados en un “descriptivismo” thompsoniano populista.

Para evitar dicotomías falsas no sólo es necesario abogar por un diálogo fértil entre las dimensiones de la historia social y la historia política en el estudio de la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, concibiéndolas como planos de análisis no escindidos sino concurrentes de un proceso único y de sujetos y actores completamente interrelacionados. Todo este empeño tampoco puede ser encarado sin el concurso de una historia intelectual, cultural y de género, y a partir de un diálogo interdisciplinario, cuyos enfoques apenas deberían ser ocasionalmente disociados, y en esos casos, solo en función de recortes expositivos o de especificidad temática. Convengamos que los rasgos fuertemente empiristas de la disciplina histórica y las demandas del actual modo de producción académico, obsesionado por diseñar pro-

yectos fragmentarios y cruelmente específicos (cultores de estudios de caso a veces irrelevantes), conspiran contra el intento de reconstrucción de tramas historiográficas más densas y articuladas.

Nos parece que una parte de la nueva historia de los trabajadores y las trabajadoras, de las izquierdas y del movimiento obrero, de la que nos sentimos más representados y de la que somos también impulsores, viene produciendo conforme a este balance. Y en los últimos diez o quince años ha aparecido una nueva generación de historiadores e historiadoras que lo asumen con más naturalidad y tratan de trabajar e incluso superar estas comprensiones. Algunos de aquellos viejos debates les parecerá, con toda justeza, irrelevantes o arcaicos, aunque también es útil saber los recorridos previos y las formas de constitución de nuestro campo. Ya surgirán, probablemente ya lo están haciendo, nuevos ejes de debate y posicionamientos.

Es claro que emergen algunas perspectivas de trabajo, que se presentan como retos impostergables. Lo discutimos en estas Jornadas, en una de las mesas que abordó específicamente la relación entre género y clase como parte esencial de nuestro proyecto historiográfico. Ya hace tiempo se llegó a un punto de inflexión incuestionable, inevitable e irreversible: no puede ni siquiera formularse hoy la posibilidad de una historia de la clase trabajadora y de las izquierdas que no cuente con una radical perspectiva de género y feminista. Hablamos de una asunción definitiva y una reorientación estratégica, que plantee el vínculo esencial entre clase y género, y que coloque en un lugar de examen protagónico la secular opresión de la mujer y de las disidencias sexuales, por parte del sistema patriarcal y heteronormativo. Todo lo cual no puede pensarse sólo en términos de clase, aunque tampoco fuera de ella. Ello exige una reactualización crítica de los conceptos de explotación, opresión, dominación, hegemonía, subalternidad, antagonismo, resistencias y lucha. Ayer se dialogó aquí sobre algunas de las actuales reformulaciones teóricas de los feminismos que no se consuelan con las anteriores difíciles relaciones entre éstos y el marxismo, y que propone seguir pensándolas, volviendo a enunciar ciertos problemas con un énfasis nuevo, como la cuestión del vínculo dinámico entre la producción y la reproducción, es decir, reformulando una teoría de la reproducción social. Ello abre curso a una batería de nuevas preguntas, instrumentos teóricos, sensibilidades y formas narrativas, y que está derivando en el intento de volver a escribir de nuevo, y esperemos que mejor, la historia de la clase trabajadora, del movimiento obrero y de las izquierdas. En la revista *Archivos* y desde la actividad del CEHTI fuimos avanzando en esta dirección, aun siendo conscientes de todo el inmenso camino por recorrer.

Ello no implica negar la propia centralidad del trabajo, dimensión fundamental de la experiencia de los hombres y las mujeres, la que

volvió humana a nuestra especie, pero que desde siempre es trabajo enajenado. La subsunción del proceso de trabajo al proceso de valorización marca ya el nacimiento del fetichismo del capital, que como “cosa” parece autovalorizarse con independencia del trabajo vivo. De la resistencia a la subsunción del trabajo al capital emergió hace dos siglos la clase obrera como fuerza social. Y el movimiento obrero expresa la constitución de esta clase como movimiento social, en donde las mediaciones políticas, ideológicas y culturales son fundamentales. Por ello, el estudio de la clase obrera o, como nos gusta decir, de la clase-que-vive-del-trabajo, sigue adquiriendo una indudable relevancia histórica, sociológica y política. Estamos convencidos de que el análisis de las vicisitudes del mundo de los trabajadores y las trabajadoras y la exploración de las transformaciones del movimiento obrero, continúan teniendo una importancia crucial y es un canal decisivo para la comprensión de nuestras sociedades.

Desde hace ya un tiempo largo avanzó mucho la propuesta de una historia global del trabajo, replanteando el lugar del asalariado y la variedad de formas que adquirió el trabajo productivo, improductivo y reproductivo. Al mismo tiempo, se ha ido esbozando la necesidad de una historia transnacional de las izquierdas, que replantee los problemas desde un punto de vista más amplio, abarcador, teóricamente más riguroso y a la vez ambicioso, atento a la reconstrucción de los intercambios y flujos entre fenómenos militantes, que en ocasiones se expresó en formas corporizadas (como internacionales, partidos, redes o centros asociativos) pero que en otras oportunidades alcanzó sólo la experiencia individual o de esfuerzos más acotados. Creo que en nuestros países seguimos mostrando lentitud y atraso en incorporarnos a estas discusiones, que avanzaron más en otros continentes. Nos referimos a una dimensión de reflexión global que vaya mucho más allá del también necesario enfoque de estudio comparativo de casos.

Quizás sea adecuado comenzar con un paso mucho más modesto. Y es el de integrarnos más a escala regional y si fuera posible subcontinental. Porque eso aún no ocurre como debería. Al menos entre los países más próximos, donde las problemáticas y los marcos suelen ser comunes aún en las diferencias. Y donde, además, operaron vínculos concretos entre nuestros países en los mismos procesos históricos: viajes, redes, organismos, tránsitos militantes. El solo hecho de desbordar el caso nacional nos hace un poco más lúcidos, pues pone en otra perspectiva y escala nuestros asuntos. Por eso son importantes los encuentros como éstos que estamos teniendo. Y tratamos de aprovechar cada iniciativa o proyecto de colaboración entre y con compañeros/as de Chile, Uruguay, Brasil o Bolivia, por ejemplo, por nombrar algunos de los vínculos más frecuentes. Debemos persistir en la tarea, proyectar publicaciones

y seminarios de elaboración y estudio intensivos, y pensar en redes o nodos de articulación más firmes. Es lo que procuramos contribuir con la iniciativa del CEHTI. Como decía ayer en otra mesa, todavía veo mucho esfuerzo individual y disperso en Chile (donde la producción ya es inmensa y de gran calidad) y creo que también en Uruguay, en donde nos conectamos con lo que son esfuerzos más bien personales, no con proyectos más compactos. Con Brasil, donde el panorama es un poco distinto, nos falta lograr mayor intercambio.

Antes, o al mismo tiempo, que nos trazamos el objetivo de fortalecer esta perspectiva transnacional, al menos en escala latinoamericana, debemos asegurar ya definitivamente la construcción de un programa que se configure en una perspectiva no porteñocéntrica del mundo de los trabajadores/as y de las izquierdas. Que sin negarle su trascendencia, considere al caso de Buenos Aires como uno dentro de un entramado nacional más vasto y diverso. Y que identifique esa heterogeneidad como una cuestión empírica, conceptual, histórica y metodológica compleja, no sencilla de resolver con el amontonamiento de un par de casos regionales.

Asimismo, se impone romper la dependencia de ciertos ejes y prioridades temporales en la indagación, evitando la concentración en temas, preguntas y períodos recurrentes de tratamiento. Algo de ello se debatió también en nuestras Jornadas, en una mesa sobre historiografía chilena y argentina. Nos preguntábamos si podía reconocerse desde hace mucho tiempo algunos problemas centrales que habían organizado una parte importante de la producción y de las preguntas. En el caso de la Argentina, lo era en torno al peronismo: el significado de su aparición y de su impacto para la izquierda y la clase obrera, lo cual permitiría explicar procesos previos y tendencias posteriores, incluso hasta la actualidad. No sólo se ha escrito mucha historia de la izquierda y de los trabajadores sobre la base de lo que el peronismo expresó a partir del 17 de octubre, sino que incluso muchas de las indagaciones sobre las décadas anteriores se organizaron teniendo en cuenta y para explicar ese desenlace de 1945. Y quizás otro de los problemas articuladores en los últimos tiempos fue el del balance del ascenso revolucionario de los años 70: es decir, la relación entre la izquierda y la revolución, como proyecto, como programa, como método. En el caso de Chile, conjeturábamos si no había sido la experiencia de la Unidad Popular, como punto de llegada que condensaba tendencias previas de la izquierda y que conducía a los interrogantes acerca del porqué de su derrota. Muchos de estos análisis dieron lugar a una suerte de historiografía del fracaso anunciado.

Reconocer una preponderancia a estas problemáticas no significa necesariamente que haya que aceptarlas como tópicos casi exclusivos, pues ello no haría más que limitar la imaginación historiográfica, esta-

bleciendo una serialidad en los ejes de discusión e incluso acotando el tiempo histórico bajo análisis. Hacia atrás, dificultando una producción más estructurada y profusa sobre los largos períodos formativos y de primer desarrollo de la clase obrera y las izquierdas en nuestros países, aun cuando ya contemos con valiosos aportes. Hacia adelante, el problema es obvio: tras la constelación de trabajos sobre la lucha armada y el ascenso setentista en la Argentina o sobre la UP en Chile, la historia de las izquierdas y los trabajadores de las etapas siguientes siguen siendo muy escasos, si bien contamos con algunos avances significativos, sobre los cuales aquí ha expuesto Gabriela.

Todo esto también nos conduce a la necesidad de seguir afrontando el desafío de encontrar la singularidad de las izquierdas: como cultura, como identidad y como tradición política, tanto en escala local como latinoamericana y mundial. Identificando sus rasgos distinguibles y relativamente homogéneos, pero también interpretando la heterogeneidad que la recorrió desde sus comienzos, conscientes de que es una categoría amplia y de contornos a veces imprecisos. Ello implica capturar su riqueza y variedad a lo largo de la historia, en la que se presentan una gran cantidad de elementos de análisis: ideologías, programas, estrategias y tácticas, discursos, polémicas, formas organizativas, modalidades de intervención, prácticas socio-culturales, influencias y liderazgos políticos e intelectuales. La historia de los partidos y corrientes políticas es sólo una de sus expresiones.

Nos interesa desarrollar estas perspectivas, a partir de los balances antes trazados. Tratamos de contribuir al desarrollo de estas líneas de investigación desde hace varios años. Y a partir de 2012 con la edición de la revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, su Colección de libros, la puesta en funcionamiento del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI) y la realización de un número importante de actividades, como talleres, cursos, conferencias, mesas debate y estas mismas Jornadas. No hace falta más que ver la enorme cantidad de temas abordados durante estas experiencias para entender la vastedad y diversidad con las que queremos pensar nuestros objetos de estudio, independientemente de que los resultados sean más o menos logrados. Lo asumimos como expresión de un emprendimiento colectivo, que aúna voluntades múltiples y se basa en un compromiso activo. Un proyecto que tiene dimensiones historiográficas, teóricas y culturales, y que aspira a construir un mejor conocimiento, con el fin de contribuir a la lucha emancipatoria de los trabajadores y las trabajadoras, y de las izquierdas.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 11

Dossier: “A cien años de la Revolución Rusa”: • La izquierda argentina frente a la Revolución Rusa, por *Hernán Camarero* • La prensa cominternista en América Latina, por *Ricardo Melgar Bao* • El revolucionario suizo Alfred Stirner en México, por *Victor y Lazar Jeifets* • Historiografía reciente de la Revolución Rusa, por *Stephen A. Smith* • Pashukanis y los debates jurídicos en la URSS, por *Facundo C. Rocca*.

Artículos: • Las escuelas del ICUF, por *Nerina Visacovsky* • El PCR en el SMATA, por *Matías J. Rubio* • Huelga portuaria en Bahía Blanca en 1966, por *Ana Belén Zapata*

Nº 12

Dossier: “Tras las huellas de la Reforma Universitaria: historias del movimiento estudiantil”: • Evolución del movimiento estudiantil en el siglo XX, por *Pablo Buchbinder* • Reclamos de los estudiantes porteños, de Avellaneda a Yrigoyen, por *Natalia Bustelo* • La Universidad de La Plata bajo el frondicismo, por *Nayla Pis Diez* • El movimiento estudiantil en los años 60 y 70, por *Pablo Bonavena, Juan S. Califa y Mariano Millán* • La izquierda estudiantil en la transición democrática, por *Yann Cristal y Guadalupe Seia*

Artículos: • La lista Marrón del SMATA Córdoba, por *Rodolfo Laufer* • El socialismo pampeano y la organización agraria, por *Federico Martocci*

Nº 13

Dossier: “Las derechas frente a la clase obrera y las izquierdas”: • El catolicismo social, por *Miranda Lida* • El Círculo de Obreros de Rosario, por *María Pía Martín* • El nacionalismo de los años 30, por *Mariela Rubinzal* • Sindicatos católicos en Mendoza y Córdoba, por *Jessica Blanco* • Las patronales argentinas de los años 60 ante las luchas obreras, por *Silvia Simonassi*.

Artículos: • El Partido Socialista Argentino de Alfredo Palacios, por *Carlos Herrera* • El Partido Comunista ante la radicalización política después de la caída de Perón, por *Ezequiel Murmis*

Entrevista: • Michael Burawoy, por *Paula Varela*

Crítica de libros

Adriana Valobra y Mercedes Yusta (comps.), *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2017, 296 pgs.

Esta original compilación, fruto de un sostenido trabajo colectivo de años de diálogo, reúne estudios sobre mujeres comunistas en diez países de Iberoamérica. El libro recorre dos caminos pocos conocidos todavía: el desarrollo del comunismo en el ámbito iberoamericano y la actividad política femenina comunista. Vale advertir que esta obra contribuye a una historia del comunismo en construcción en dos sentidos. Por un lado, este libro se ocupa del lugar de las mujeres en dicho movimiento, aportando a una historia de género del comunismo, que en gran medida aún está por escribirse. Por otro lado, procura contribuir a una historia del comunismo entendido como un movimiento transnacional cuyas diferentes apropiaciones nacionales requieren ser exploradas. En tal sentido, la compilación se inscribe en la renovación de la agenda historiográfica puesta en evidencia a fines del siglo XX. La caída del muro de Berlín en 1989 y el fin de los estados comunistas en Europa representó un punto de inflexión para la escritura y comprensión de la historia del mundo comunista en su unidad y diversidad. Además, permitió entender la historia de los comunismos desde una perspectiva social y cultural de la política con la apertura de los archivos soviéticos, específicamente la Comintern. Tras una sintética introducción a cargo de Valobra y Yusta, el capítulo de Francisca de Haan explora los orígenes de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM, 1945), propiciados por la científica francesa y feminista de izquierda Eugénie Cotton. Esta autora también destaca la participación latinoamericana en el desarrollo de la FDIM, al demostrar la contribución y vínculos entre las mujeres de esta región y sus pares europeos.

En el segundo capítulo Mercedes Yusta distingue las principales etapas en la organización de las mujeres comunistas en España desde el nacimiento del Partido Comunista Español hasta el debilitamiento de las organizaciones feministas comunistas tras la derrota de la República española y el

consecuente exilio de algunas de sus militantes en Francia. Asimismo, la autora destaca el protagonismo de la FDMI en la organización colectiva de esas mujeres españolas, dado el casi nulo interés de los dirigentes del PCE “para formular una verdadera «cuestión femenina»”.

Centrada en el caso argentino, Adriana Valobra indaga el lugar de las mujeres en la vida interna del PCA y en actividades extrapartidarias, como la acción sindical en las décadas del 30 y del 40. A su entender, el acercamiento de las comunistas con las feministas permitió fortalecer la visibilidad de la agenda de los derechos de las mujeres como sujetos.

Por su parte, Hildete Pereira de Melo y Cintia Rodrigues documentan la participación de las mujeres adheridas al comunismo brasileño. Para comprender su dinámica y crecimiento, las autoras engarzan los logros de muchas militantes anónimas en favor de la igualdad de género en la sociedad local, con los esfuerzos impulsados por la FDIM. Revelan que el crecimiento exponencial de las comunistas en Brasil les permitió llevar adelante con éxito el Congreso Nacional de la Mujer en Río de Janeiro, en 1949, donde se creó la Federación de Mujeres de Brasil. Su creación estuvo ligada con la reunión prevista en Moscú por la FDIM en 1949, a la cual las mujeres brasileñas asistieron.

El capítulo 5 se centra en la historia del comunismo en Paraguay, un país aún marcado por un vacío historiográfico en los estudios sobre la movilización y participación política de las mujeres. La autora, Lorena Soler, con su trabajo salda esta deuda al explorar el nacimiento de la Unión Femenina del Paraguay en 1936, en el marco de las luchas por la igualdad de las mujeres en los años 20 y potenciada por la movilización y politización de vastos sectores, inclusive las mujeres en el contexto de la Guerra del Chaco.

Eugenia Rodríguez Sáenz se ocupa de la participación femenina en el partido Comunista de Costa Rica. Enfatiza la contribución de las militantes comunistas en las campañas a favor de la emancipación política y salarial de las mujeres a la vez que demuestra su potencial en la organización de diversas actividades femeninas. En 1947 las militantes comunistas crearon la Unión de las Mujeres del Pueblo, una sección local de la FDIM que les permitió aprovechar el apoyo internacional para mantener la defensa de sus reivindicaciones, pese a las ambigüedades con que el PCCR abogaba por la causa de la mujer.

Verónica Oikión Solano explora las prácticas políticas de las mujeres en el Partido Comunista Mexicano (1919-1981). Destaca el desempeño del Frente Único Pro Derechos de la Mujer (1935-1941), una organización interpartidista e interclasista, con un fuerte espíritu de cambio social, a la que la autora califica como un movimiento de masas. Abogó principalmente por el derecho al sufragio y los derechos laborales femeninos. Al finalizar el régimen cardenista, según la autora se creó la Unión Democrática de Mujeres Mexicanas con el propósito de ser el pilar de la FDIM en la sociedad local, la cual según la autora se convirtió entre 1951 y 1964 en un pilar de

esa federación, pasando a concentrarse en la lucha contra el imperialismo y el militarismo.

Al abordar el papel de las mujeres en el PC de Guatemala, Anamaria Coñío Kepfer reconoce que la carencia de documentos fruto de su destrucción sistemática a causa del anticomunismo que reinaba en el país dificulta una reconstrucción histórica en profundidad de esta temática. No obstante, su capítulo logra brindar un panorama de la creación de la Alianza Femenina Guatemalteca en 1947, surgida con el objeto de defender los derechos de las mujeres y la niñez. La misma estableció contactos con la FDIM, lo cual según Kepfer propició la adquisición de nuevos conocimientos y experiencias enriquecedoras para la labor de estas militantes.

Por su parte, Michelle Chase saca de la invisibilidad a la Federación Democrática de Mujeres Cubanas, una asociación afiliada a la FDIM. La autora subraya la centralidad de la FDMC a la hora de entender el activismo de las mujeres cubanas en la década de los 40 y principios de los 50. De este modo, cuestiona el supuesto de que el proceso de la liberación femenina se haya iniciado fundamentalmente tras la Revolución Cubana.

Ana Laura de Giorgi examina quiénes son y cómo se construye la agenda de la cuestión femenina en el PC uruguayo en su largo período democrático que media entre 1942 y 1973. Su análisis pone en evidencia las transformaciones que en términos de liderazgo femenino experimenta el comunismo uruguayo en todos esos años. Es precisamente en función de los cambios en el perfil social y cultural de las dirigentes que, según advierte esta autora, va modificándose la agenda de la cuestión femenina en ese partido.

El estudio de las comunistas peruanas a cargo de Laura Balbuena cierra el análisis de los casos nacionales. La autora demuestra que entre 1930 y 1970, la izquierda peruana no contó con una agrupación de mujeres dedicadas a abogar por la solución de las problemáticas específicas de su género. Sendero Luminoso constituye la excepción, pues dio a las mujeres la posibilidad de obtener puestos dentro de su organización política. Sin embargo, a criterio de la autora su visión dogmática y la prioridad atribuida al triunfo de su propia causa le impidió valorizar a las mujeres en forma igualitaria y respetar los derechos de aquellas que se oponían a sus métodos violentos de accionar político.

Sandra McGee Deutsch concluye la compilación con un útil repaso de la totalidad de los capítulos que la integran. Resalta el esfuerzo de estas autoras por escribir la historia de las mujeres comunistas de Iberoamérica.

Seguramente quienes recorran esta compilación concluirán que sus capítulos hacen justicia a la originalidad de su propuesta: escribir una historia que abarque la unidad y la diversidad del mundo comunista, destacando particularmente la labor de las *“queridas Camaradas”* en el espacio iberoamericano. Es decir, escribir una historia capaz de dar cuenta del modo como las redes trasnacionales se articulan con las historias locales para dar fuerza y singularidad a la militancia comunista femenina en la región. Por tanto, y especialmente por las celebraciones de los cien años de la Re-

volución Rusa, esta obra no es solamente oportuna, sino que representa una contribución imprescindible para el conocimiento de la historia de las mujeres, el feminismo y la política del siglo XX en Iberoamérica.

Fátima Alvez (UNGS)

* * *

Patricio Herrera González (coord.), *El comunismo en América Latina. Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955)*, Universidad de Valparaíso, 2017.

El libro es el resultado de una selección de trabajos presentados en el Seminario Internacional “El comunismo y su impacto en América Latina y el Caribe: 1917-1948”, realizado en la ciudad de Santiago de Chile, en agosto de 2015. La coordinación estuvo a cargo de Patricio Herrera González, de la Universidad de Valparaíso. En total cuenta con 16 artículos, ordenados en cuatro apartados, y una introducción, que propone un estado de la cuestión sobre la temática y un balance sobre temas vacantes.

Como destaca la mayor parte de las autoras y autores convocados, en el libro se reflejan nuevas miradas en torno al comunismo en América Latina, producto de diferentes preguntas, distintos recortes temporales y espaciales, y el hallazgo de nuevos archivos y fuentes, que han permitido hacer aportes significativos al conocimiento de la problemática.

El libro, por otra parte, se inserta en un período donde se ha visto resurgir el interés por la historia del comunismo, el marxismo y las izquierdas. A contramano de los augurios del paradigma neoliberal –que había sentenciado el “fin de la historia” y las “ideologías”– desde comienzos del siglo XXI hay una creciente producción académica, que ha vuelto sus ojos hacia los sujetos sociales subalternos, sus prácticas, sus organizaciones y sus luchas cotidianas.

Los trabajos se ciñen al período 1917-1955 y abordan diversas experiencias latinoamericanas. Con un predominio lógico de estudios sobre Chile –sede del congreso– incluye trabajos sobre Argentina, Uruguay, Colombia, Brasil, México y Guatemala. Por otro lado, varios artículos trabajan desde una perspectiva transnacional. En este sentido, aparecen tanto las vinculaciones entre los diversos países latinoamericanos con la Komintern, como también las redes y articulaciones interregionales.

El libro abre con una introducción de Barry Carr, que constituye una reflexión sobre el estado de los estudios alrededor de los comunismos latinoamericanos. El autor propone un balance sobre las pesquisas realizadas y propone una agenda de temas y problemáticas pendientes. Entre ellas, Carr destaca la importancia de estudiar más profundamente las relaciones del comunismo con otras fuerzas de izquierda, multiplicar las investigaciones comparativas, revisar las periodizaciones en función de las particularidades

latinoamericanas y reforzar el estudio de los espacios del consumo, ocio y prácticas militantes más allá de los sindicatos y la actividad partidaria. Por otro lado, el autor resalta los cambios positivos de la bibliografía reciente, que se deben tanto a la apertura de nuevos archivos y reservorios documentales, como a la renovación de las preguntas, intereses y perspectivas de análisis. En este sentido, el libro constituye un cabal muestra de estas nuevas miradas.

La selección está ordenada en cuatro partes. La primera se denomina "Recepciones del comunismo en América Latina". Los artículos que la componen bucean en las relaciones políticas e ideológicas que construyeron diversas organizaciones latinoamericanas frente a la Revolución Rusa y/o la Internacional Comunista. Edgar Andrés Caro Peralta estudia la experiencia del Partido Socialista Colombiano (1919-1924): un intento de confluencia de diversas organizaciones obreras y grupos de difusión, que tuvo una corta vida organizacional, atravesada por la agenda de debates de la revolución rusa. Y por las particularidades de Colombia, donde, según el autor, la limitada migración, la expulsión rápida de algunos socialistas y anarquistas y el ambiente antisocialista de las elites dificultó el desarrollo de estas primeras corrientes socialistas. Otro trabajo de esta sección aborda los relatos testimoniales de los visitantes de la URSS, publicados en la prensa comunista chilena. Santiago Aránguiz Pinto muestra cómo este mecanismo comunicacional tuvo un espacio preferente en los periódicos partidarios del país andino (1922-1927). Los relatos de viaje cumplían con el rol de narrar "la verdad" sobre los avances de la revolución, a la vez que se convertían en poderosos anunciantes del "luminoso porvenir". Por su parte, Rolando Álvarez Vallejos estudia el proceso de "bolchevización" del PC Chileno. Tomando un eje que atraviesa varios artículos del libro, el trabajo analiza los avatares del partido local, sus tradiciones y particularidades frente al proceso de homogeneización impulsado desde la Komintern. Proceso que, según el autor, es necesario entender en su complejidad y no como una mera imposición desde arriba. En un sentido muy similar, Gerardo Leibner procura complejizar la mirada en torno al "eurocentrismo" y la "dependencia ideológica" en el PC de Uruguay (1934-1955). El trabajo busca contextualizar histórica y socialmente determinados comportamientos del PCU.

El segundo apartado se denomina "El comunismo y su dimensión cultural". Incluye un primer capítulo dedicado a José Carlos Mariátegui, que subraya el carácter heterodoxo del marxismo del Amauta. En el segundo se incluye un trabajo comparativo sobre las editoriales comunistas en los años 30. Sebastián Rivera Mir analiza de qué manera dichas editoras se fueron profesionalizando, en los marcos del proceso de "bolchevización". A la par que se profundizaban los lazos entre las distintas regiones. En particular las redes entre México, Argentina, Chile y España. Manuel Loyola estudia la Asociación de Amigos de la URSS en Chile (1927-1943). Organización colateral del PCCh que tuvo sus propios periódicos y se destacó por organizar variadas actividades culturales, de manera similar a otras

existentes en diversos países latinoamericanos. Los artículos que componen este apartado coinciden en mostrar las conexiones y coordinación que existió entre los distintos PC latinoamericanos. Justamente, el trabajo que cierra el apartado se dedica a Jorge Amado, Pablo Neruda y el Frentismo Cultural latinoamericano (1939-1945). En el mismo se estudia de manera comparada y relacional las trayectorias de los escritores latinoamericanos y las iniciativas culturales y editoriales de los PC, en el contexto signado por la segunda guerra mundial.

La parte III está destinada a las “Militancias y estructura partidaria”. Víctor Piemonte analiza el PC de Argentina durante la década del 20. En sintonía con otros trabajos del libro, intenta repensar y complejizar la forma en la cual se construyó históricamente la estrecha relación entre el PCA y la URSS. Por su parte, Grez Toso analiza los conflictos al interior del PCCh en los marcos de las políticas del “tercer período”. La campaña presidencial de 1931, la intervención del Secretariado Sudamericano, y las divisiones en el partido son analizados en detalle por el autor. También el trabajo de Fernández Abara es sobre el PCCh. Y nuevamente la mirada se posa sobre los vínculos entre países hermanos. En este caso, se analiza la lectura que hacía el PCCh sobre la emergencia del peronismo en Argentina (1943-1946). El apartado cierra con un trabajo sobre las mujeres comunistas en Guatemala (1923-1954). Ana María Cofiño procura recuperar, en tono biográfico-político, las principales figuras femeninas del comunismo guatemalteco.

El último apartado se denomina “Comunismo, disidencias y perspectivas transnacionales”. Yáñez Andrade analiza los archivos de la OIT y las visitas a Chile que realizó el presidente de la entidad, tendientes a establecer algún diálogo con los referentes obreros del PC y la Federación Obrera Chilena, durante la década del 20. Por su parte, Patricio Herrera González estudia las tensiones regionales e internacionales que estuvieron presentes en la creación de la Confederación de Trabajadores de América Latina. La figura de Lombardo Toledano, dirigente de la Central de Trabajadores de México, y su relación con el PC y la Internacional, son parte de la trama reconstruida por el autor. Alexandre Fortes estudia el PC brasileño entre 1922 y 1945. Fortes sostiene que, tanto la inserción del PC en los centros industriales, como su protagonismo en las luchas democráticas de los años 40, han permanecido parcialmente opacadas. El libro concluye con un trabajo de Jody Pavilack sobre Henry Wallace y sus “amigos” en América Latina. El autor trabaja sobre algunos aspectos de la biografía política de quien fuera vicepresidente de Franklin Roosevelt, los contactos que estableció con políticos sudamericanos y su relación con las propuestas del Frente Popular.

El libro es una buena muestra de los avances y nuevas perspectivas en el estudio de los comunismos en América Latina. Constituye un valioso aporte para las y los interesados en la historia de las izquierdas y el movimiento obrero latinoamericano.

Andrés Carminati (UNR)